

*Las mujeres que
no salen
en los libros*



Mercedes Gallego Moro

D.J.57

LAS MUJERES QUE NO SALEN EN LOS LIBROS

Mercedes Gallego Moro

© Mercedes Gallego Moro

ISBN: 9781688393066

Sello: Independently published

Diseño de portada: Mercedes Gallego Moro

Fotografía cedida en exclusiva para esta portada por los hermanos
Gutiérrez Sánchez

Dedico este libro a todas las mujeres anónimas que lucharon por la igualdad en unos años en los que el anonimato era un forma de supervivencia.

A mi madre, que hizo lo que pudo en una sociedad que te obligaba a ser sumisa.

A mis hermanas, que han triunfado como mujeres y como madres y me han regalado los mejores sobrinos del mundo.

También, como siempre, al mayor de la saga, Francisco Gallegoi, Paco para nosotros, porque sin su ayuda mis libros no estarían en las estanterías de muchas casas.

Agradecimientos:

En esta ocasión el apartado de agradecimientos será largo, porque son muchas las personas que han aportado su granito de arena. Trataré de empezar por orden de aparición, como decían las novelas de antaño.

Carmen Martín Audouard fue la primera en leer el manuscrito y tomar nota de cada una de los párrafos susceptibles de mejora. Empezando por su gran conocimiento de Madrid y su sierra. Ella fue la que me ilustró y me inspiró algunos pasajes que, de no ser por su ayuda, no tendrían mucho sentido. También aportó sentimientos que se me habían pasado por alto en un episodio; me denunció la falta de narrativa, mis escuetas descripciones, puesto que vengo del policiaco que, como sabéis, tiene un lenguaje mucho más concreto. Eso, por no hablar de su bagaje en la historia de España y de esos años sesenta que vivió en Madrid, donde nació y reside en la actualidad.

Gracias, Carmen, por tu paciencia y tu trabajo.

La siguiente en la lista es Mayte Diez, la segunda en leerla. Ella colocó algunas comas en su sitio y sugirió cambiar algunas frases que no decían lo que yo quería decir. Suena raro, pero es así.

María José Morena, a pesar de ser pobre en tiempo y rica en ideas y conocimientos, cuando leyó la novela me instó a trabajarla más y no darla por concluida cuando yo pensaba que ya estaba todo hecho.

Como lectora incansable, Almudena Gutiérrez leyó el resultado y le gustó, sin embargo, yo continué trabajando porque había pasajes que necesitaban nuevo enfoque, nuevos datos.

Y llega la familia. Mi hermana Reyes había leído el primer manuscrito antes de la criba de Carmen y le gustó, pero... Tuvo la paciencia de volver a leerla con los «arreglos» y dejó de poner pegas, bueno, no tanto, porque no le gustaba el final.

Los demás, mi hermana Nani y mi cuñado José Luis también la han leído y, a tenor por lo poco que les ha durado, aunque no me

hubieran dicho que les gusta daría lo mismo. Nadie se traga casi cuatrocientas páginas en unos días si algo no le gusta.

¿Y a mí? A mí me gusta, aunque sea la novela que más me ha costado escribir porque he tenido que aprender a narrar de otra manera, sin buscar el misterio en cada esquina, sin perseguir a un asesino, sin policías buenos y malos, que era lo mío. Aunque solo sea por eso, por lo mucho que me ha enseñado, estoy satisfecha del trabajo que ahora publico y someto a juicios que no son de mi entorno. Aceptaré las críticas como hago siempre porque de ellas he aprendido mucho más que en cualquier taller.

Solo me queda añadir que nunca pensé en escribir una novela así, fue el azar quien me llevó a hacerlo. Doy por buenos los tres años que me ha costado y no me parece mala opción para despedir mi vida como novelista, puesto que, si no pasa nada extraordinario, no escribiré más novelas. Necesito el tiempo para mí.

Mercedes Gallego Moro
Torre de Benagalbón, octubre de 2019

1

Madrid, junio de 1936 — Calle Serrano

—Laureano, tenemos que abandonar Madrid cuanto antes.

—¿Qué pasa?

—Vengo de casa de mis padres. Los militares van a dar un golpe de estado y dicen que estallará una guerra porque los republicanos no se van a quedar quietos. Mi padre me ha dicho que no durará mucho, pero que es mejor salir de España cuanto antes.

—¿Quién se lo ha dicho? Porque esos rumores corren también por el despacho y son eso, rumores.

—Que no, Laureano. Que mi padre es amigo del Marqués Luca de Tena y no le hubiera dicho nada si no lo supiese a ciencia cierta.

Laureano permaneció pensativo unos instantes.

—¿Y adónde vamos a ir?

—A Portugal. Mi abuela es muy amiga de un matrimonio de allí. Ha hablado con ellos y nos han ofrecido su casa para estar el tiempo que necesitemos toda la familia.

—Veo que ya habéis tomado la decisión sin contar conmigo.

—No es eso, Laureano. Mis padres se van a ir, sobre nosotros todavía no he dicho nada.

—Pero cómo nos vamos a ir cinco personas a una casa, es una invasión.

—No, cariño. Se trata de un chalet con varias plantas. Yo lo conozco, estuvimos una vez de vacaciones cuando era pequeña. Aquello es enorme. Con decirte que tiene diez habitaciones y varios cuartos de baño, además de jardín, piscina y pista de tenis. Una mansión, vamos. A mí me parece una buena idea.

—Son rumores, Leonor. Nadie sabe nada con certeza.

—Te equivocas, Laureano. Rumores eran hasta ahora, que hace tiempo que se oyen, pero mi padre tiene amigos en las altas esferas y el rumor es un hecho. Antes de un mes se va a liar. Ya te he dicho que el marqués le ha confirmado el rumor —Laureano miró a su mujer con una mezcla de miedo e incredulidad.

Don Gonzalo, el padre de Leonor sabía de lo que hablaba, puesto que pertenecía a la Unión Monárquica Nacional, que lo tenía en alta consideración por la ayuda prestada al rey, con el que mantuvo una estrecha relación a raíz de su trabajo como joyero real. De hecho, cuando don Gonzalo recompró las joyas que él mismo había diseñado para la familia real, prestó una gran ayuda económica al monarca para poder exiliarse en 1931. Laureano no ignoraba la relación de su suegro con la monarquía, aun así, se negaba a dar crédito a lo que él consideraba ‘rumores sin importancia’, por más que Leonor, su esposa, estaba segura de que no lo eran.

—Id vosotras si queréis, yo me quedo en Madrid. No puedo dejar de trabajar por unos rumores. Te recuerdo que yo no vivo de rentas, sino de mi trabajo —siempre aprovechaba el momento para remarcar las diferencias.

—Laureano, no es un rumor, es que va a estallar. Un general destinado en Canarias está orquestándolo desde hace tiempo. Van a terminar con la república y piensan instaurar un régimen militar.

A Laureano le había costado lo indecible entrar a formar parte del bufete en el que trabajaba, algo que había logrado al ser de los primeros de su promoción. Su éxito en la gestión de complicadas herencias y sus amplios conocimientos en el derecho penal, le permitieron gozar de la confianza del propietario del bufete, si bien, él nunca llegó a superar el complejo de inferioridad que arrastraba por sus orígenes humildes.

El ambiente en las calles corroboraba las palabras de Leonor. Los partidos de extrema derecha respondían con violencia a lo que ellos consideraban provocaciones de la izquierda, que continuaba arremetiendo contra el clero que veía con buenos ojos el golpe militar en ciernes. El ambiente en las calles presagiaba lo que sucedió, aunque Leopoldo no quisiera verlo. Su suegro insistía en la necesidad de abandonar España mientras pudieran hacerlo.

Leonor intentaba convencer a su marido de lo grave de la situación, pero él, una vez más, en vez de sacar partido de los privilegios de la familia de su mujer, se negaba en redondo. Se había enamorado de ella en un baile de Navidad que organizaba el casino militar, al que él había sido invitado por su jefe, el dueño del bufete en el que trabajaba desde que terminó la carrera de Derecho,

algo impensable para el hijo de un mecánico de barrio, que a base de sacrificios pagó sus estudios; la entrada en uno de los bufetes más importantes de la capital, no hizo más que acrecentar sus complejos, hasta tal punto, que casi sintió alivio cuando se enteró de la muerte de su padre por un cáncer fulminante. Su madre aceptó la idea del hijo de entrar en una residencia, en la que no tardó mucho en morir.

Ante la insistencia de su jefe, acudió a la fiesta, gastando parte de sus ahorros en comprar el esmoquin exigido como vestimenta.

Deambulaba acompañado por la sala, en la que reconoció a algunos de sus clientes, que lo saludaban con simpatía, pero él, temeroso de entablar conversaciones, se movía solo de un lado para otro. Fue aquella noche cuando se fijó en una mujer que, si bien no era la más bella de la fiesta, sí la que irradiaba un magnetismo del que era difícil sustraerse. En aquel momento no podía imaginar que, la que hoy era su mujer, pertenecía a una clase social a la que siempre consideró superior, lo que despertaba sus odios en algunas ocasiones, un odio que bien podía ser una envidia disfrazada.

Se acercó a la barra a pedir una copa y allí estaba ella, sola, mirando el salón abarrotado de gente. Se abrió paso buscando con un camarero, pero lo que encontró fueron unos ojos pardos con destellos amarillos, que le hicieron olvidar la copa y sus complejos, atreviéndose a saludarla.

—Hola. Me llamo Laureano Martínez, soy abogado del bufete Minagorre y Asociados —le dijo tendiendo su mano.

—Hola, soy Leonor Sánchez. Encantada.

Una corriente de simpatía unió a los desconocidos, y permanecieron juntos el resto de la noche, alternando bailes, risas y alguna copa. Quedaron en verse más allá de la fiesta y, como mandaba los cánones de la época, la abuela de Leonor ejercía su papel de carabina, viendo con buenos ojos al acompañante de su nieta, del que no tardó en saber su vida y milagros. No le importó su falta de fortuna ni sus orígenes humildes. La señora pensaba que «mucho debía de valer el pretendiente de su nieta para haber llegado tan lejos siendo hijo de un mecánico».

Llegó el temido momento para Laureano de formalizar la relación, porque tras varios meses de noviazgo, Laureano supo que la joven de la que se había enamorado era la heredera de una de las grandes fortunas españolas. Al saberlo estuvo a punto de romper con ella; fue por casualidad cuando paseaban una tarde junto a la inseparable abuela, que al pasar por la joyería de su marido situada en la calle Goya, casi esquina a Serrano, próximo a la Plaza de Colón; les pidió que

la esperasen porque «iba a entrar un momento para hablar con el abuelo».

«¿El abuelo?» —preguntó Laureano sorprendido—. «Trabaja aquí?» La risa de Leonor despertó las suspicacias del abogado, pero su estupor llegó a lo indecible cuando supo que no trabajaba allí, sino que era el negocio familiar. Cuando le dijo que, además de tienda, su interior albergaba un taller de joyería en el que confeccionaban joyas exclusivas, para las clases acomodadas. «El rey era cliente de mi padre, que ahora está al frente del negocio porque el abuelo apenas trabaja; solo viene de vez en cuando por algún encargo especial de sus amigos», la cara de Laureano cambió su color. ¿Quién era él? Un don nadie, el hijo de un mecánico y una criada que había llegado más lejos de lo que jamás pudo imaginar, pero casarse con una rica heredera no entraba en sus planes. Él pensaba que si un día se casaba sería el cabeza de familia, el que llevaría el sustento a su casa y nadie discutiría su autoridad.

Laureano durmió mal aquella noche. Barajaba la idea de romper con la joven que había conocido sin saber quién era y de repente, se encontraba ridículo al pretenderla. Su intención era pedir su mano cuando llevasen un tiempo saliendo y conocer su posición, alejó sus deseos.

Pero Leonor no era solo una niña bien, era una mujer divertida y con muchas ganas de vivir. Su sueño era casarse y viajar y tener muchos hijos. Le gustaba la música, leer, el arte y hacer alguna labor en las tardes de frío cuando se cansaba de leer. Ella también se enamoró de aquel abogado serio con un fino bigote dibujando la línea de su labio superior. Su mirada indescifrable la invitaba a sondear sus pupilas buscando la incógnita que guardaba. Necesitó meses para vencer la resistencia de su pretendiente, que se alejó de ella sin ninguna explicación el día que supo la abismal diferencia que los separaba. Una vez más, la mediación de la abuela, que mantuvo una conversación con él a espaldas de la familia, convenció al acomplejado abogado, que dejó claro desde el principio que él sería el cabeza de familia y Leonor tendría que amoldarse a vivir de lo que él ganaba. La abuela sonrió y el noviazgo se formalizó con el beneplácito de los padres que veían feliz a su hija, aunque nunca les gustó Laureano, pero no por su pasado sin linaje, sino porque veían en él un hombre lleno de complejos, con un tinte autoritario que Leonor no veía, pero que sufrió con los años.

La boda se celebró en 1924, en esos felices Veinte, a menos para Leonor, sí lo fueron. Laureano no llegó a enterarse de que lo eran hasta el momento que conoció a la que se convirtió en su mujer, si bien, para llegar hasta allí, ella había tenido que tragarse su orgullo y lo hizo con la advertencia que su futuro marido le había hecho a la abuela: él sería el cabeza de familia y su mujer tendría que

conformarse con su sueldo. La abuela logró arrancarle la promesa que si enfermaban o sucedía algo, utilizase el dinero de Leonor para ello. Laureano aceptó

Los padres de Leonor soñaban con una boda a la altura de su posición, pero el abogado carecía de capital. La casa en la que vivían sus padres en un barrio obrero era de alquiler y cuando ellos murieron decidió mudarse a un apartamento en una zona que no denotase sus orígenes, que ocultaba como si de la peste se tratase. Al no sentirse a la altura, no consentía en celebrar la boda, si él no podía pagar la mitad de los gastos. Era evidente que no podía.

Finalmente Leonor logró convencerlo amenazándole con no casarse, puesto que no estaba dispuesta a dar un disgusto así a su familia. Laureano cedió, pero nunca lo olvidó. La idea de romper con su novia ni siquiera se la había planteado porque, a pesar suyo, se había enamorado de esa joven burguesa que no respondía a los cánones de su clase social. Era sencilla en sus gustos, nada caprichosa y, pudiendo elegir destino, soñaba con una familia propia, unos hijos y un marido al que cuidar, para gran disgusto de todos, que soñaban casarla con un diplomático y hacer de ella una embajadora de sus joyas. El matrimonio tuvo una única hija, a pesar de los deseos de Leonor de formar una familia numerosa, pero el parto no fue sencillo y estuvo a punto de costarle la vida. La salvó, pero le advirtieron que no podría volver a ser madre. Le pusieron Consuelo, nombre elegido por Leonor que veía en la recién nacida el consuelo de su vejez.

La víspera de San Juan, de 1936, mientras se cargaban las armas, Leonor, sus padres y su hija Consuelo, de once años recién cumplidos, partían rumbo a Portugal. Dos días antes, Laureano fue movilizado como alférez provisional y no tuvo que tomar la decisión de acompañarlas.

Consuelo siempre fue una niña rebelde a la que no gustaban las muñecas ni jugar a «las casitas», como a la mayoría de sus amigas, hijas de la burguesía, como ella. Más bien se encerraba en su habitación devorando las lecturas que siempre pedía a los Reyes o por su cumpleaños. La ropa era un conflicto recurrente entre madre e hija, porque Consuelo detestaba los encajes, los gorritos con los que las madres adornaban a las niñas de la época y aborrecía todo lo que le resultase incómodo. Era una niña inquieta e inteligente; cuando abandonó España cursaba primero de bachillerato, que interrumpió por la dificultad con el idioma y la diferencia con los planes de estudio, pero la abuela materna, siempre

a su lado, se hizo cargo de su educación contratando profesores particulares y ocupándose ella misma de elegir las lecturas para la niña, además de enseñarle Lisboa de punta a punta, visitando museos y lugares de interés que entusiasmaban a Consuelo, que por fin se había librado de las amigas impuestas por sus padres.

Madrid, julio de 1936, Carabanchel

Antonio Hierro abrió nervioso el sobre que le habían entregado hacía unos instantes unos guardias. Su mujer lo miraba con ansiedad, en silencio y Laura, la hija de ambos, abrió sus grandes ojos todo lo que sus párpados daban de sí, fijos en el papel que su padre llevaba en las manos.

—No lo vas a leer, ¿o qué? —preguntó la mujer.

—Es que me temo que ya sé lo que es, Caridad, se lo están mandando a todos.

Lo abrió con mano temblorosa y cuando vio el membrete oficial, ya no le cupo ninguna duda. Siguió leyendo y lo único que transmitió a la mujer y la niña que lo miraban fijamente fue:

—Mañana tengo que estar en el cuartel. Me han reclutado.

—¿Y nosotras qué vamos a hacer? Con lo que yo gano limpiando no tenemos ni para el alquiler.

—No lo sé, Caridad. A lo mejor es por los rumores de golpe de estado que circulan por la calle, pero seguro que me dejan en el cuartel.

Antonio se equivocó. No lo dejaron en el cuartel, sino que lo subieron a un tren militar junto con otros movilizados camino de Zaragoza, que necesitaba reforzar posiciones de cara a la ofensiva sobre Valencia, un fuerte núcleo del bando republicano. La pregunta sin respuesta que lanzó Caridad a su marido dejó a la familia sumida en la miseria. El ejército no contemplaba lo que iban a hacer las familias que se veían privadas del salario de los hombres de la casa; su única preocupación era hacerse con el control de España. Sabían que las mujeres que trabajaban cobraban muy poco, la mayoría apenas sabía leer y escribir y sus empleos eran siempre de limpiadoras, costureras, niñeras... todos ellos tan mal pagados, que no alcanzaban para mantener una familia.

Caridad y Antonio, habían nacido en Carabanchel, se conocían desde pequeños y la costumbre los llevó al altar. A su manera, se querían, aunque Caridad era de carácter seco y distante, pero tenía el encanto de un cuerpo

esbelto de buena estatura para la mujer de la época y vestía con una cierta elegancia, dentro de sus escasas posibilidades. Antonio se decidió a pedirle matrimonio en las fiestas de Santiago Apóstol, patrón local. La manzanilla y las palomitas de anís ayudaron a ello. Caridad dijo sí, y ese mismo año, 1928, se casaron, no necesitaban un noviazgo para conocerse porque habían pasado toda la vida juntos. Ambos eran de origen muy humilde: él, de un obrero de la construcción, ella, de un empleado de la panadería del barrio. Los sueldos de la época hacían que la clase obrera no contemplase salir de la miseria, aunque, hasta estallar la guerra, vivían con una cierta dignidad carente de lujos, pero les permitía comer caliente cada día.

Un año después nacía Laura, una niña sana y despierta que pasó su infancia en la trastienda de un bar, al amparo de la señora Engracia, la dueña, que cuidaba de ella mientras su madre trabajaba, a cambio de que esta le lavase la ropa que usaba en el bar. El día que se recibió la carta, Laura tenía 8 años, iba a la escuela del barrio y su maestra decía que era una niña aplicada, buena y muy despierta. Después de aquel día dejó de ir porque Caridad, a duras penas ganaba para pagar el alquiler y algo de comida, que muchas veces eran sobras de las casas para las que trabajaba. Unos meses más tarde, no había escuela porque las bombas habían destruido el barrio. Su madre ya no trabajaba porque nadie podía pagar una mujer para limpiar, comían gracias a la generosidad de doña Engracia, que no podía contratarla para trabajar y pagarle un sueldo, si bien, a cambio de una ayuda no les faltaría comida.

El bar fue saqueado y destruido por un grupo revolucionario que justificaron el asalto por el enorme cuadro con la imagen del Corazón de Jesús, que doña Engracia tenía colgado desde que su padre abrió el bar, hacía ya varias décadas, bajo la excusa de que a todos los católicos habría que matarlos, destrozaron las instalaciones. No la mataron porque parte del vino almacenado se lo llevaron puesto y apenas se tenían de pie cuando lo abandonaron. Pero no hizo falta, doña Engracia murió a los pocos meses de una pulmonía, en la trastienda destrozada que la mujer utilizaba como vivienda hasta el día que fue saqueado y reducido a escombros. Caridad y su hija comenzaron a mendigar en la parroquia, por las casas, por las calles... Por dónde hiciera falta con tal de poder comer. Mientras pudieron se refugiaron en las ruinas del bar de doña Engracia, en el que se habían instalado para cuidarla mientras la mujer estuvo enferma.

Antes de la contienda los padres de Laura eran una familia humilde perteneciente a ese grupo social que solo aspiraba a comer caliente cada día; él

trabajaba en el depósito de sal de la zona, en la sección de embalado y ella, limpiando en algunas casa, la mayoría lejos de Carabanchel, por lo que pasaba muchas horas recorriendo la distancia en trasporte público, cuando lo había, o caminando en los tramos que carecían de él. Hasta que tuvo edad de ir a la escuela, doña Engracia fue lo más parecido a una madre que tuvo Laura, porque la suya, el poco tiempo que permanecía a su lado, no lo empleaba en complacer a su hija, más bien al contrario, reprendía sus travesuras de niña con dureza. Antonio, el padre de Laura, callaba, aunque intentaba compensar con sus caricias y algunos mimos la frialdad de su mujer. Era consciente de su falta de carácter y sabía que lo único que podía hacer por su hija, era darle las caricias que su madre le negaba.

Capítulo 2

Madrid, octubre de 1939

La guerra no terminó para todos de la misma manera. Consuelo retomó su vida y no tuvo ningún problema para ser evaluada e incorporarse al curso correspondiente a su edad. La nueva ley de 1938 crea un bachillerato al que se accede mediante un curso de ingreso a los diez años y siete cursos, seguidos de un examen de Estado organizado por la Universidad. La enseñanza incluye, además de la formación religiosa, abolida durante la República, latín y griego, obligatorios en cuatro cursos, además de un idioma, que generalmente era el francés. Acorde con su edad, a Consuelo la incorporaron al quinto curso y a los 18, logrando vencer la resistencia paterna, aprobó el examen de Estado, requisito para matricularse en la Universidad, si bien su padre no contemplaba esta opción porque su hija pretendía estudiar la carrera de Derecho. Leonor, su madre, logró el permiso alegando que nada perdía con estudiar un año más y tener abiertas las puertas para el futuro. Laureano quería que su hija estudiase magisterio, que al menos le serviría para algo cuando fuese madre.

La desaparición de los institutos públicos y dejar la enseñanza en manos de centros privados, mayoritariamente adscritos a la iglesia, no permitió a Laura volver a la escuela, toda vez que su padre se hallaba sin trabajo, lo mismo que su madre, además de carecer de una vivienda. Lograron reconstruir un chamizo en el que refugiarse a base de planchas de metal procedentes de derribos y recogiendo cartones que Antonio apilaba y vendía. La comida procedía de los desperdicios de los mercados, que poco a poco iban abriendo sus puertas entre las ruinas.

Por el contrario, Laureano Martínez, el padre de Consuelo, que ahora ostentaba el rango de comandante jurídico, fue destinado al ministerio del Ejército bajo las órdenes del Teniente General Varela, dentro de la secretaría jurídica, por su condición de abogado. Los privilegios económicos otorgados le permitieron abrir un bufete privado en la calle Alcalá, muy cerca del ministerio, que estaba en la plaza de Cibeles, en pleno centro de Madrid. El edificio que lo albergaba, mandado construir por la Casa de Alba en el siglo XVIII, debido a su ubicación se conocía como Palacio de Bellavista, que hasta el final de la contienda había sido la sede del Ministerio de la Guerra, con varios edificios encadenados entre sí por jardines suntuosos, por los que Laureano paseaba sintiéndose alguien importante por primera vez en su vida.

No. La guerra no había terminado igual para todos.

Antonio Hierro, el padre de Laura, nunca había destacado por ser un emprendedor y se veía incapaz de revertir la situación, pero el destino vino a socorrerlo por un acto al que él, en su día, no dio valor, pero fue el detonante para que el núcleo familiar saliese de la miseria. Aquel día en el que las trincheras hervían de odio, el teniente que mandaba su pelotón cayó herido, lo que provocó el descontrol de la tropa que huyó en desbandada ante el asedio del bando contrario. Cuando las ametralladoras callaron, Antonio no dudó en cargar al oficial herido sobre sus espaldas hasta conseguir llegar con él al puesto de socorro salvando así su vida.

El teniente herido era hijo de un coronel muy cercano a Franco, que no cejó hasta conocer el nombre de aquel soldado anónimo que había arriesgado su vida por él. Para conocer la identidad de su benefactor, algo a su alcance puesto que los nombres de los supervivientes de la batalla se hallaban en los archivos del Ministerio de la Guerra, ordenó a los militares bajo sus órdenes que localizasen a los supervivientes y buscasen a un soldado del que solo sabía que se llamaba Antonio y que formaba parte del pelotón bajo su mando el día que resultó herido. Una vez conocido el nombre, no le costó trabajo dar con él movilizándolo a la policía militar. Antonio se encontraba recogiendo cartones por las inmediaciones de su chabola, cuando se vio abordado por dos uniformados que le transmitieron la orden de su capitán de conducirlo al Ministerio.

Antonio los siguió temeroso, pero cuando estuvo frente al, mando, ascendido a capitán, reconoció en él al teniente al que había salvado la vida, puesto que el tiro que recibió en el abdomen, hubiera terminado con él si no

hubiera recibido atención médica. El oficial abrazó a su benefactor invitándole a un café, un bocadillo y una copa de vino en el comedor de oficiales. Antonio devoraba el inesperado obsequio quitándole importancia a su acción, pero el capitán valoraba en su justa medida lo que ese desarrapado desconocido había hecho por él. El oficial se despidió de él, no sin antes decirle que no tardaría en tener noticias suyas.

Eran unos tiempos en los que las viviendas que hasta entonces habían sido usurpadas a sus dueños por los militares republicanos, se hallaban abandonadas. El capitán se ocupó personalmente de localizar un piso «sin dueño», porque los antiguos propietarios había fallecido a manos de los asaltantes. No dudó en mover sus influencias para adjudicar una vivienda más que digna al soldado, gracias al que ahora vivía para contarle. Apenas transcurrido un mes, fue el capitán el que se presentó ante él con una sonrisa triunfante en el rostro.

—Antonio, acompáñame. Tengo algo para ti.

El padre de Laura ya no tuvo miedo del militar, pero jamás pensó en la suerte de un acto humanitario y fortuito, iba a tener en su vida. El capitán llevaba un sobre en las manos que le entregó con un abrazo que Antonio no olvidaría en su vida. Era la escritura a su nombre de un piso en el barrio de Chamberí. El oficial le preguntó si sabía leer y escribir.

—Sí señor —respondió Antonio mirando al suelo.

—Pues ya tienes trabajo también. Vamos, acompáñame.

1940 se avistaba con una nueva vida para Laura y su familia. Antonio pensó que la vida le ofrecía una nueva oportunidad, pero Caridad, su mujer, tampoco era feliz con la perspectiva que se abría ante ellos. «Algo querrán, nadie da algo por nada». Por más que Antonio insistía en decirle que no había sido por nada, que él había salvado la vida de ese oficial, aunque lo hizo por humanidad, como lo hubiera hecho por un soldado raso. Pero ella, una mujer desconfiada llena de amargura, recorría las habitaciones de su nueva casa con la misma expresión que antes apilaba cartones y chapas encontradas entre los escombros para cubrir la chabola en la que vivía para resguardarse del frío intenso que azotaba Madrid en un mes de noviembre implacable.

Laura sonreía feliz preguntando a su padre si podía elegir su habitación. Antonio abrazaba a su hija asintiendo a todo con una expresión de felicidad que nunca creyó poder experimentar. Si la guerra había servido para eso, bienvenida fuese, porque su vida no sería la misma a partir de ese momento. «Claro que sí,

hija», pero antes tu madre tiene que elegir la nuestra.

El piso constaba de tres dormitorios y un salón lo suficiente grande como para acoger en un rincón la zona de comedor y la de estar con la mesa camilla con la que siempre había soñado. La vivienda estaba amueblada, por lo que no necesitaban comprar nada; eso sí, todo estaba deteriorado, lleno de polvo y con rincones de grasa en la cocina, lo mismo que los dos baños: uno grande con bañera, el otro, de reducidas dimensiones con un váter y un lavabo. Caridad paseaba su vista por los más de ochenta metros en los que iba a vivir, sin mostrar la más mínima alegría. «Esto está hecho polvo. Pasarán meses hasta que podamos adecentarlo». Antonio la miraba con tristeza dándose cuenta de que su mujer nunca tendría bastante. Sin embargo, era feliz al ver a Laura corretear por las habitaciones lanzando expresiones de alegría cada vez que descubría algún mueble de su gusto. «Este para mi cuarto», decía feliz.

Tanto Antonio como Caridad no habían conocido algo así en toda su vida. Él había nacido en un piso bajo de apenas treinta metros, durmiendo en un catre que de día hacía las veces de sofá y de noche se convertía en su cama, aunque jamás le faltó el cariño de sus padres. De Caridad apenas se sabía nada, puesto que nada contaba; algunos vecinos que conocieron a sus padres decían que él era alcohólico y maltrataba a su madre. La temprana muerte de ambos la dejó sola con la misma edad que tenía su hija. Con ocho años conoció la miseria y el hambre, por lo que mendigar comida no había sido una excepción en su vida, sino retomar algo que interrumpió su matrimonio y le devolvió la guerra. No se fiaba del destino, no creía que lo que ahora se abría a sus ojos fuese a durar mucho. «Ya veremos cuánto dura», decía a su marido que en ese momento se afanaba en devolver el lustre a un aparador que ocupaba una de las paredes del salón.

Antes de finalizar el año, la familia ocupaba el piso de Chamberí; un sueño para Antonio, el inicio de una nueva vida para la pequeña Laura, el miedo a perderlo de Caridad... Cada uno a su manera miraban hacia el futuro. Aquella Navidad fue la primera de una vida digna para Laura y su familia. Corría el mes de febrero cuando Antonio comenzó a buscar colegio para Laura, aunque Caridad decía que ya sabía leer, escribir y las cuatro reglas y con eso tenía suficiente, pero Antonio, ahora que trabajaba en el Ministerio y veía mujeres jóvenes de secretarías, pensaba que su hija podía aspirar algún día a algo así. Caridad, daba por sentado que Laura se casaría y para ser ama de casa lo que tenía que aprender era a coser, cocinar y organizar una casa.

El piso estaba muy cerca de la Glorieta de Cuatro caminos; Antonio

decidió acudir a las Monjas Franciscanas, que acababan de restaurar la escuela casi derruida por la guerra, que había sufrido el saqueo de sus obras de arte. Se encontraba en la calle Santa Engracia, a menos de un kilómetro de donde vivían, relativamente cerca, lo que permitía que Laura pudiese ir caminando sin necesidad de obligar a su madre a llevarla y recogerla. Era caro para sus posibilidades, pero desde que Caridad había encontrado trabajo como limpiadora en un hospital público, gracias a los nuevos contactos de Antonio en el Ministerio, la economía de la familia era más boyante. La madre de Laura accedió a regañadientes a las pretensiones de su marido y al deseo de la niña, que ansiaba ir al colegio.

Por avatares del destino, todo iba propiciando que las vidas de Laura y Consuelo confluyeran algún día, aunque en aquellos años ninguna de ellas podía preverlo. Don Laureano, el padre de Consuelo, ocupaba un lujoso despacho en el Ministerio del ejército. Antonio, compartía una mesa en el pasillo de la misma planta, con otros conserjes. No se conocían; Antonio saludaba ceremonioso cada mañana a los oficiales que pasaban ante su puesto de trabajo. Apenas cruzaban las palabras de rigor cuando alguno de los mandos enviaba a su secretario para que el ordenanza le trajese un café, un encargo personal, como recoger un uniforme de la tintorería o ir al estanco para comprarle tabaco.

Laura logró retomar sus estudios a los once años; primero cursó el examen de acceso a ingreso, que aprobó ayudada por su padre que le daba clases tomándole de memoria las lecciones que las monjas le recomendaron para poder cursar el bachillerato en el colegio. Sin embargo, Laura no llegó a permanecer en la escuela los siete años necesarios para terminarlo, porque cuando cumplió los 16, sus padres consideraron innecesario el gasto de su educación, prevaleciendo así la opinión de su madre. En realidad a Laura lo que le gustaba era aprender idiomas, algo que tampoco permitió su madre por los mismos motivos: «para ser ama de casa, con saber leer y escribir tenía suficiente».

A pesar de carácter adusto de Caridad, entablaron amistad con un matrimonio propietario de la tienda de comestibles cercana a su casa, a la que acudían con asiduidad. La pareja tenía un hijo unos años mayor que Laura, Felipe, que a veces se encargaba de repartir los pedidos de la tienda. Al joven adolescente de dieciséis años, le hacía gracia la hija de los nuevos amigos de sus padres. Una amistad surgida cuando el dueño del comercio precisó unos permisos para remodelar los desperfectos que la guerra había causado en la

fachada, así como las losetas de parte de las instalaciones, además de las grietas que iban apareciendo por los bombardeos cercanos.

Una mañana de sábado, que Antonio libraba en el Ministerio, entró en el establecimiento a comprar una lista que Caridad, su mujer, le había dejado sobre la mesa. Ella sí trabajaba los sábados de forma habitual, por lo que él accedía gustoso a librarla de ese menester. Antonio hacía todo lo que estaba en su mano para arrancar una sonrisa a su mujer, algo que solo conseguía a veces. Ese día vio a Felipe, el dueño del comercio, abrumado por un montón de papeles que había desplegado sobre una parte del mostrador, mientras resoplaba sin saber cómo rellenarlos ni entender los nombres que los impresos utilizaban para nombrar a cosas sencillas.

—Yo no sé por qué tienen que usar ese lenguaje tan farragoso —comentó en voz alta.

Antonio se acercó solícito.

—A ver, déjeme echar un vistazo a esos papeles, que yo estoy familiarizado con ellos porque trabajo en el Ministerio.

Felipe tendió los papeles a su vecino con cara de alivio. Tras examinarlos, Antonio concluyó que no era tan difícil, que después de comer iría a su casa y lo dejarían todo preparado para que el lunes por la mañana, tras comprar la correspondiente póliza, pudiera llevarlos al Ministerio de Comercio, que era donde debía presentarlos toda vez que se trataba solo de reconstruir partes dañadas y no una construcción nueva.

El agradecimiento de los tenderos propició la amistad, que Caridad, como todo lo que entraba en su vida, aunque fuese para mejorarla, miraba con desconfianza. El adolescente Felipe enseñó a Laura algunos cuentos que él ya no usaba y le pidió permiso a sus padres para regalárselos a la pequeña, que daba saltos de alegría porque le gustaba mucho leer, pero en su casa ni había libros, ni se pensaban comprar. En cambio en casa de los tenderos sí los había y al saber que a Laura le gustaba la lectura, ambos ofrecieron su biblioteca a la pequeña, si sus padres no tenían inconveniente, naturalmente. Caridad puso pegas aduciendo que los libros llenaban la cabeza de pájaros, pero Antonio consideró que la niña no hacía mal a nadie si sus ratos libres los empleaba en leer. Las objeciones de la madre eran consecuentes a su forma de pensar, pretextando que lo que debía hacer era aprender a coser en vez de perder el tiempo con historias sin sentido.

Capítulo 3

Madrid, 1950

Diez años más tarde el destino se las ingenió para que ambas se conociesen. Laura consiguió que sus padres le permitieran estudiar secretariado, pero Laureano, el padre de Consuelo, se había cerrado en banda y se negaba a permitir a su hija cursar la carrera de Derecho; la proximidad a su mayoría de edad, además del mensaje «machacón» de su madre, dieron sus frutos y las metas de ambas se habían consolidado. Laura era una mujer felizmente casada a sus veintidós años; Consuelo, a sus veintiséis, una tardía estudiante universitaria a la que faltaba un año para concluir la carrera soñada.

El sueño de Laura siempre había sido estudiar idiomas y Felipe, su marido estaba orgulloso de que su mujer fuese feliz; por otra parte pensaba que le facilitaría sus planes para importar productos de otros países. Los padres de Laura ya no podían hacer nada para impedirlo y se lamentaban de la «falta de carácter» de su yerno, que en vez de embarazar a su mujer y darles un nieto, le permitiera campar a sus anchas abandonando las tareas del hogar, algo que Felipe desmentía con vehemencia diciéndoles que su casa no estaba desatendida y que Laura dedicase unas horas a su formación, no se lo impedía.

La lucha de Consuelo por estudiar Derecho llegó a su fin cuando un día se plantó ante su padre diciéndole que cuando fuese mayor de edad, no solo estudiaría la carrera que deseaba, sino que se iría de casa y no la volvería a ver. Instado por Leonor, Laureano accedió con la esperanza de que su hija trabajase en el bufete para hacerse cargo de asuntos menores relacionados con herencias o pequeños pleitos vecinales. Leonor aconsejó a su hija no protestar diciéndole que cuando terminase ya se vería, que por el momento lo mejor era no discutir y poder cumplir su deseo. A la madre de Consuelo le preocupaba la deriva que iba

tomando la vida de su hija, que pasaba horas deambulando por las calles y sin relacionarse con ninguna de las amigas de la infancia. La proximidad a terminar la carrera motivó que Consuelo buscase una profesora de francés.

Fabianne, la viuda de un oficial fallecido en la guerra, no tenía hijos y aunque económicamente no necesitaba más ingresos que la pensión de viudedad, ansiaba llenar sus horas con alguna actividad que le permitiera sobrellevar la ausencia de su marido. Su juventud llena de energía, pues apenas había pasado la treintena cuando enviudó, la llevó a ofrecerse en los comercios que se lo permitieron. Uno de ellos fue Ultramarinos Rubio, que en ese momento gestionaba Felipe, después de la jubilación de su padre que al casarse su hijo, le cedió el negocio. Laura trabajaba codo con codo a su lado llevando la contabilidad y la correspondencia con los proveedores.

Otra de las tiendas en las que Fabianne repartió su propaganda para lograr alumnas estaba próxima a la casa de Consuelo. Ambas eligieron a Fabianne para sus clases de francés con grupos reducidos —rezaba el anuncio—. En efecto, eran cinco las alumnas que aquella tarde, a la hora convenida, acudieron a la primera clase.

Formaban un grupo curioso por la diferencia de edades de las participantes: dos adolescentes que iban a un colegio de monjas de la zona y que habían suspendido el francés; Fabianne impartía las clases en su casa, en las inmediaciones de la Glorieta de Bilbao. Consuelo y Laura, cada una con motivos diferentes para estar allí, se miraron con curiosidad desde el primer momento. La quinta, una joven con vocación de monja que necesitaba el idioma porque deseaba ser misionera en las Antillas francesas, saludó con una sonrisa tímida al presentarse. La profesora dedicó los primeros minutos de clase en pedir a las integrantes del grupo que se presentasen ante las demás y explicasen el motivo que las había llevado hasta allí.

Consuelo fue la primera en hacerlo con su desenvoltura habitual:

—Me llamo Consuelo Martínez, soy estudiante de cuarto de derecho y me interesa perfeccionar mi francés para poder leer algunos libros que no se han traducido, además de viajar a Francia, un país que me parece un ejemplo de libertad, algo de lo que adolecemos en España.

La profesora no dijo nada, pero miró temerosa a Consuelo.

Acto seguido fue Laura la que tomó la palabra; sin ponerse de acuerdo fue la edad lo que marcó el orden.

—Hola. Me llamo Laura Hierro, estoy casada y ayudo a mi marido con la contabilidad y la correspondencia en nuestra tienda de comestibles. Siempre me

han gustado los idiomas y la negativa de mis padres me ha impedido estudiarlos hasta ahora. Por suerte mi marido está de acuerdo y piensa que será una ventaja para importar productos franceses y venderlos en España.

La sonrisa de Fabianne demostró que se hallaba más próxima al pensamiento de ella que al de la primera que tomó la palabra.

La aspirante a monja apenas habló.

—Hola a todas. Me llamo Matilde y quiero aprender francés porque mi ilusión es ser misionera y, si Dios quiere, marchar a las Antillas francesas que hace mucha falta ayudar a los lugareños, que apenas saben leer y escribir y desconocen las más elementales normas de higiene.

Las adolescentes confirmaron lo que parecía evidente. Habían suspendido el francés y sus padres esperaban que con la ayuda de una profesora pudieran aprobarlo.

Fabianne tomó la palabra para recomendarles el libro que seguirían durante las clases. El resto del tiempo lo empleo en la traducción al francés de un texto y otro del francés al español. También les pidió que leyesen otro texto, el mismo para todas. Como suponía, Consuelo iba por delante de las demás, pero consideró aceptable que todas comenzasen desde el principio porque en la gramática y la ortografía el nivel no era tan dispar.

A Laura, la estudiante de leyes le pareció una niña bien con pose de revolucionaria, con una indumentaria claramente masculina que contrastaba con sus gustos y su coquetería. Por el contrario, Consuelo veía en Laura a la típica mujer de derechas contenta con la sumisión a la que la sociedad la abocaba. La lluvia propició el encuentro. Llevaban más de dos meses de clases, que habían comenzado en octubre; ambas salieron de la improvisada academia en el piso de la profesora, cuando una lluvia torrencial las obligó a buscar refugio en un bar cercano. Las más jóvenes, desafiando el aguacero, caminaron presurosas hacia el metro.

Fueron a refugiarse en el mismo bar: el café Comercial, en la Glorieta de Bilbao, que había renacido de las ruinas de la guerra y en ese momento era gestionado por los propios trabajadores. Llegaron corriendo huyendo de la lluvia y ocuparon la única mesa libre. Tras la conversación ineludible sobre «la que estaba cayendo», derivó al motivo por el que cada una de ellas estudiaba francés. Para Consuelo la razón primordial era leer libros que en España estaban prohibidos. El objetivo de Laura, además de sentir pasión por estudiar idiomas, era poder viajar con su marido a Francia para comprar productos galos y, si podían lograrlo, venderlos en su tienda, ambas lo habían dicho en clase. Lo que

Consuelo no había aclarado era que los libros que ansiaba leer no estaban traducidos porque en España no estaba permitida su lectura.

—¿Te gusta trabajar en la tienda? —preguntó Consuelo.

—Claro que me gusta, aunque yo trabajo más desde nuestra casa, que está muy cerca, porque en la tienda no hay sitio para un despacho.

—¿Cuántos años tienes?, si no es indiscreción —preguntó curiosa Consuelo.

—Veintidós. ¿Y tú?

—Veinticinco.

—¿Y cómo es que todavía no has terminado la carrera?

—Mi padre no me dejó estudiarla cuando terminé el bachillerato y el examen de Estado, así que me quedé en casa pululando hasta que cumplí los veintiuno y le amenacé con empezar la carrera en cuanto cumpliera la mayoría de edad.

—Ah, pues mira. En eso estamos igual, porque a mí me sacaron del colegio a los dieciséis porque mi padre decía que para casarme no necesitaba estudiar. Y por supuesto, no quería ni oírme decir que quería estudiar idiomas, que siempre me han gustado.

—Pues sí. Lo mismo que piensa mi padre aunque no lo diga. Lo que pasa es que a estas alturas ya se ha convencido de que mi vocación de casada es nula. Vamos, ni se me ha pasado por la cabeza. No voy a pasar del yugo de mi padre al de mi marido, ¡sólo me faltaba eso! —afirmó Consuelo elevando la voz.

—Eso depende con quien te cases. A mi marido le encanta que aprenda francés. A él no le gusta estudiar, lo dejó en segundo curso y se metió de mozo en la tienda.

—Pero si un día decides hacer algo que a él no le guste, si no te da su permiso, no puedes hacerlo. Perdona, Laura, pero no estoy de acuerdo contigo. No podemos depender de tener un marido más o menos permisivo. Yo no pararé hasta que las leyes que oprimen a la mujer no cambien.

Laura la miró como si en ese momento hablase un idioma desconocido. Reaccionó mirando el reloj.

—Oye, se ha hecho tardísimo, Felipe estará preocupado. Además, ya no llueve tanto. Me voy a marchar.

—¿Vas al metro?

—No, mi casa no está lejos. Voy caminando.

—Nos vemos el lunes. Hasta entonces, Laura. Me alegro haber hablado contigo.

—Yo también, Consuelo. Hasta el lunes.

Poco a poco comenzaron a verse al margen de las clases, aunque ese primer encuentro puso en evidencia las diferencias que las separaban, si bien, una corriente de simpatía más allá de las palabras, surgió entre ambas, que aprovechaban la salida de las clases para tomar una merienda juntas, sobre todo, los días en los que Felipe estaba de viaje y no llegaría hasta bien entrada la noche; Consuelo conoció a Felipe y comprendió que Laura tenía razón. Era una buena persona, incapaz de imponer a nadie su criterio, pero lo que más le gustó, fue el amor que demostraba por su mujer, acompañado de un profundo respeto. A él le pareció chocante la amiga de su mujer con esa forma inusual de vestir: pantalones, boinas, jerséis y chalecos masculinos, y un pelo cortado al descuido, exento todo ello de feminidad y coquetería.

El tiempo se encargó de unir soledades, porque Consuelo tenía camaradas, pero no amigos. Se había afiliado al Partido Comunista al terminar la carrera, cuando ya llevaba un tiempo colaborando con ellos, a veces, guardando propaganda en su casa, sin pensar en el riesgo que corría si su padre llegaba a descubrirla. Por su parte, Laura era feliz con Felipe y le gustaba el trabajo que hacía, pero también añoraba una amiga con la que compartir esas pequeñas cosas de cada día, incluso una discusión con el marido, que siempre surge en toda convivencia.

Lo que más afianzó su amistad, fue la ayuda prestada por Laura en las revueltas de febrero de 1955; hacía cinco años que se conocían y las clases de francés dieron paso a otras para aprender inglés, que ambas desconocían por completo. Las metas para aprender un nuevo idioma continuaban siendo las mismas: Laura, mantener correspondencia con otros países para importar sus productos. Consuelo, acceder a lecturas prohibidas en España. Aquella tarde, cuando miles los falangistas asaltaron la Facultad golpeando a los estudiantes entre los que ya no se encontraba Consuelo pero sí sus correligionarios, propició al día siguiente una manifestación por la calle de San Bernardo, cerca de la casa de Laura.

Consuelo marchaba a la cabeza junto a otros dirigentes comunistas, cuando fueron sorprendidos por falangistas de la Guardia de Franco, los manifestantes, al sentirse acorralados por hombres armados se dispersaron a la carrera, lo que no evitó la detención de algunos hombres relevantes de la resistencia franquista, como Ramón Tamames, Enrique Múgica y Gabriel Elorriaga, dirigente del SEU.

Corría desesperada temiendo que si era detenida, lo que le hiciera la

policía quedaría pequeño comparado lo que su propio padre pudiera hacerle. Al pasar cerca de la casa de Laura no lo pensó dos veces; llamó a la puerta, con la suerte de encontrarla dentro. No sabía cómo explicar su presencia y el aspecto desaliñado que mostraba ya que su amiga no conocía sus actividades en torno al Partido Comunista. En la carrera huyendo de los hombres armados había caído al suelo y, además de llevar roto el pantalón, se había herido una rodilla.

—¡Válgame dios, Consuelo! ¿Qué te ha pasado?

—Déjame quedarme aquí esta noche, por favor y no me hagas preguntas, te lo ruego.

Laura la miró consternada, porque aunque nada concreto sabía, se daba cuenta de que su amiga pertenecía a grupos de izquierda a juzgar por su forma de hablar y sus continuas protestas sobre el régimen de Franco. Ella no pensaba igual, pero respetaba las ideas de Consuelo. Le franqueó la entrada sin dudarle. Felipe todavía no estaba en casa, pero no tardaría en llegar. Laura se afanó en curar su herida de la rodilla, pero no usaba pantalones y lo máximo que podía ofrecerle era una falda, que a su amiga le quedaría corta por la diferencia de estatura entre ambas. Consuelo la rechazó y lo máximo que consintió fue que Laura cosiera el roto de la rodilla de su pantalón, además de limpiar con un poco de amoníaco las manchas de sangre que había dejado la herida. Cuando llegó Felipe apenas se notaba el estado en el que había llegado Consuelo, si bien, el nerviosismo de la amiga de su mujer era evidente.

Los padres de Consuelo también conocían a Laura, que en alguna ocasión había acudido a su casa con el pretexto de repasar algunos ejercicios de inglés. Con doña Leonor, su madre, se estableció de inmediato una corriente de simpatía que perduraría con los años. Don Laureano, su padre, aunque más distante, aceptó de buen grado la amistad con una mujer que vestía como tal, y que mostraba un talante femenino, tan diferente al de su hija. Le gustó que Consuelo les ayudase con los aspectos legales de su negocio y pensó que podría ser una buena influencia para su hija, por lo que aquella noche, cuando llamó diciendo que se quedaría a dormir en casa de Laura porque se les haría tarde resolviendo asuntos de la tienda, no le pareció mal. Al contrario, prefirió que su hija no deambulase de noche sola por la ciudad.

Laura no preguntó nada, sin embargo intuía, por el aspecto que su amiga procedía de la manifestación que poblaba la calle, visible desde el balcón de su casa. No lo dudó cuando al día siguiente, mientras Felipe leía la prensa como cada mañana, le hizo un comentario insinuando que Consuelo a lo mejor estaba en la manifestación del día anterior; a él no le pasó inadvertido el aspecto de la

amiga de su mujer cuando la encontró en su casa al llegar de uno de sus viajes. Por la mañana, mientras desayunaban y Consuelo ya se había marchado, le advirtió que tuviera cuidado con ella porque probablemente huía de la policía la noche anterior.

—Eso no es asunto nuestro, Felipe. Si ella no ha contado nada, por algo será.

—No, si a mí me da lo mismo, es que no quiero que te puedas meter en líos por su culpa, ya me entiendes, que por menos de nada te detienen y ya sabes cómo se las gasta la policía.

—Por eso no te preocupes, Consuelo sabe cuidarse.

Laura era feliz, tanto, que había olvidado aquellos primeros años de su vida recogiendo comida de la basura, pero no lo olvidó hasta el punto de no ser sensible al hambre que asolaba España, donde la mayoría de la población ganaba salarios miserables, los que lograban trabajar, pues muchos carecían de empleo. Ella acudía con frecuencia a la parroquia del barrio aportando productos de la tienda con el permiso de Felipe, que no escatimaba un saco de legumbres, patatas y lotes de Navidad con dulces, turrónes y algún embutido.

Los años cincuenta tampoco fueron igual para todos...

Capítulo 4

Madrid, 22 de noviembre de 1963

Laura nunca olvidaría aquel día. Tenía treinta y cinco años y su vida era plácida, sin sobresaltos. La rutina le gustaba. Trabajar junto a su marido constituía su mundo y la amistad con Consuelo había enriquecido su vida. Con ella iba al cine a ver películas que a su marido no le gustaban; aconsejada por ella, leía libros que muchas veces, no solo no comprendía, sino que no estaba de acuerdo con lo que decían, pero Consuelo siempre tenía una explicación que ofrecerle para intentar convencerla de sus ideas.

Felipe, por su parte, no aspiraba a que la suya fuese una tienda más. Quería convertir Ultramarinos Rubio en un comercio pionero, vendiendo productos que otros no ofrecían. La había abierto su abuelo en la segunda mitad del siglo XIX. Estaba decorada al gusto de la época; en su interior destacaba el mostrador construido en madera maciza rematada por un mármol blanco, en el que las pequeñas vitrinas mostraban los embutidos, salazones y algunos dulces. Su interior, con las paredes cubiertas hasta media altura, también con madera noble, en las que sobresalían vitrinas que exhibían conservas, aceites refinados y productos exclusivos que Felipe iba incorporando.

El interior del establecimiento se había salvado de los bombardeos y el mostrador de mármol blanco pulido, junto a las estanterías de madera, conservaba el fulgor de tiempos pasados. Laura pensaba en su vida como un regalo que jamás hubiera soñado. A su manera intentaba paliar los problemas de los más desfavorecidos socorriéndolos en la hambruna que soportaba España, que intentaba renacer de las cenizas ocasionadas por la aviación. Ya no se miraba qué bombas habían destrozado la ciudad, si la aviación alemana, aliada de los militares franquistas o la rusa, de los republicanos. Lo único importante era

reconstruir los destrozos y devolver a la ciudad su esplendor.

Felipe no tardaría en llegar. Había ido a León para cerrar un trato con carniceros de la zona que le permitiría vender cecina en su tienda. Laura abandonó la máquina de escribir y guardó las últimas facturas. Estaba cansada y se dejó caer en el sofá después de encender el televisor. Quedó estupefacta con las imágenes que ofrecía la pequeña pantalla. Mostraban el coche descapotable en el que el presidente de los Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy estaba siendo tiroteado. Su esposa Jacqueline, volcada sobre él, intentaba protegerlo. Demasiado tarde, como se pudo comprobar después.

Las imágenes pasaban una y otra vez solapando los comentarios del locutor, que reflejaban el impacto que podía tener en el mundo un atentado de esa magnitud. Laura no daba crédito a lo que veía y estaba segura de que algo así no sucedería nunca en España. «Franco será un represor, pero no está tan mal atar corto a los enemigos del orden» —pensó.

Se acordó de su amiga Consuelo y, una vez más, estaba segura de que exageraba cuando hablaba de la represión que sufrían en España los que no compartían las ideas de la dictadura. «Yo no creo que sea para tanto» —le decía cuando hablaban del tema—. Sin embargo, Consuelo pensaba que sí lo era, y mucho más en lo tocante a la mujer, algo que Laura, a pesar de la sistemática labor de su amiga, ni siquiera se planteaba. La visión de Laura de la dictadura difería sustancialmente de la de su amiga, pues de vivir en la miseria con la República, había pasado a la que gozaba al finalizar la guerra, desahogada y en un estatus superior al que habían dejado atrás. Su madre no volvió a limpiar casas ajenas, aunque su carácter agrio no cambió a pesar de la bonanza. Viuda desde hacía diez años vivía sola desde que su hija se casó y pocas veces frecuentaba el piso en el que vivía el joven matrimonio.

Todavía no había reaccionado al impacto de la noticia cuando el timbre de la puerta comenzó a sonar con insistencia. Como una autómatas corrió a abrir, convencida de que sería Felipe que, como tantas veces, se habría olvidado las llaves. No era él, sino dos guardias civiles que la miraban consternados, al tiempo que le preguntaban si era la esposa de Felipe Rubio. ¿Era? La frase que siguió a la afirmación todavía resuena en sus oídos:

—Señora, lamentamos decirle que su esposo ha sufrido un grave accidente...

Los invitó a pasar. Era incapaz de procesar lo que contaban los uniformados... «una curva...» «derrapó...» «...contra un árbol...». Frases entrecortadas se abrían camino en su mermada capacidad de comprensión por el

impacto. La voz del televisor, que continuaba sonando al fondo, ya no le importaba. Lo apagó cuando los guardias se hubieron marchado; pasaron minutos, o tal vez segundos, antes de que las lágrimas derramasen desde su alma la amargura que sentía. ¿Felipe había muerto? No podía ser. ¡Si él no corría nunca con el coche! Sería un error, tenía que serlo. Sobre la mesa de centro situada frente al sofá, que momentos antes ocupaban los portadores de la noticia, dejado como al descuido, resaltaba un papel con el teléfono al que llamar para proceder al traslado del cuerpo hasta el depósito de Madrid, donde debería ser enterrado. ¿Enterrado? De repente, el llanto se convirtió en sollozos que sacudían su cuerpo, como si la realidad la hubiera abofeteado con fuerza. Miró en torno suyo. Ahí estaba el sillón que él ocupaba, la manta con la que cubría sus piernas, el paquete de cigarrillos y el mechero que ella le había regalado por su cumpleaños... Todo esperaba a Felipe. Ella ya no.

¿Qué sería ahora de su vida? ¿Qué pasaría con su tienda? ¿Sabría llevar las riendas del negocio sin su marido? Este y muchos interrogantes más poblaban sus pensamientos. De repente, una inseguridad que hacía muchos años no sentía, se coló en su alma. Se vio como esa niña que rebuscaba en las basuras algo para comer, porque a pesar de ser ella la que llevaba el peso del negocio, pues él se limitaba a darle el visto bueno a cuanto hacía, se vio desbordada. Laura proponía y Felipe aceptaba, pero ella hacía tan bien su labor en la sombra, que se lo había creído. En lo sucesivo estaría sola para todo. Había llegado el momento de enfrentarse a la terrible realidad. A lo mejor no era capaz de tomar las decisiones que, en última instancia, siempre tomaba Felipe. «Felipe... ¿Qué voy a hacer sin ti?».

Se refugió en los recuerdos cuando quiso aprender idiomas, su gran sueño vetado por su padre, que a Felipe le pareció un gran acierto porque les abriría las puertas a un mercado mucho más extenso. Recordaba las palabras de su padre: «Una mujer lo que tiene que aprender es a llevar la casa, cocinar, coser y atender a su marido y a sus hijos», tan diferentes a las de su marido, que elogiaba la capacidad de su mujer para «los estudios», como decía él.

Felipe no necesitaba esa dedicación exclusiva y la animó en su interés por los idiomas. «Si viajamos al extranjero nos vendrá bien», le había dicho. Se dio cuenta de la suerte que había tenido casándose con él, y ahora no estaba. No podía permitirse sucumbir a la tristeza ni dejar que el llanto se convirtiera en un vano intento por liberar el inmenso dolor que la embargaba; que los recuerdos paseasen por su mente, incapaz de aceptar la realidad que se abría ante sus ojos.

Necesitaba reaccionar. No podía permitir que el sufrimiento volviese a su

vida. Se recostó en el sillón y cerró los ojos. Dicen que al morir la vida desfila ante nosotros como si de una película en blanco y negro se tratase, solo que Laura no había muerto y era el miedo quien proyectaba la película. Ahí estaba ella, cuando apenas comenzaba a caminar y su madre la dejaba en el bar de la señora Engracia, junto a su casa, un bajo sombrío y pequeño con un solo dormitorio, una cocina minúscula y un cuarto de estar, en el que dormía.

Se dio cuenta de que las imágenes no incluían a su madre, mujer seca y adusta, poco dada a las caricias y parca en palabras. La señora Engracia, por el contrario, sí era cariñosa y jugaba con ella cuando se despertaba. Recordó los escombros que un día impidieron entrar en su casa; revivió la marcha de su padre a la guerra, en silencio, sin protestar, y que ni siquiera se llevó al frente un beso de su mujer. Lo único que acompañó su despedida fue el llanto de su hija, que con ocho años no comprendía lo que estaba pasando y por qué caían del cielo esas bombas que destrozaban cuanto hallaban a su paso, matando a todo el que se encontrase cerca. Sacudió la cabeza. No iba a permitir que su ánimo volviese a derrumbarse, y mucho menos por un pasado de más de veinticinco años. Desdeñó la imagen de soledad durante los bombardeos, cuando caminaba con su madre, pero no junto a ella, por las calles llenas de escombros y la espalda pegada a la pared para evitar las bombas, buscando algo para comer o pidiendo por las casas. En esos momentos se sentía como aquella niña aterrada por la vida, pero ahora era una mujer que acababa de quedarse viuda. No necesitaba caminar pegada a la pared.

Lo primero que hizo cuando pudo controlar su dolor fue llamar a Consuelo para comunicarle la noticia, antes que a su propia madre o a los padres de Felipe. Su amiga no tardó en presentarse en casa, y gracias a ella la gestión del traslado del cuerpo de su marido desde el hospital de Astorga, adonde lo habían llevado tras el accidente, hasta Madrid, donde se realizaría el entierro, algo que a ella le hubiera costado varios días se resolvió en un momento. «¡Bendita sea!» —pensó.

Los días posteriores al accidente de Felipe se sucedieron como una nebulosa envuelta en dolor y confusión. Cuando abrió el féretro en el que trasladaron su cuerpo, porque las autoridades lo exigieron para identificarlo, y vio el cráneo cubierto por vendajes y su rostro intacto, serio, frío e inerte, creyó morir ella también. Apenas podía reconocer al fiel compañero que había perdido cuando hacía poco más de diez años que se habían casado, aunque desde que se conocieron, hacía muchos más. Toda una vida a su lado que ahora se

desmoronaba como si nunca hubiera existido.

Los preparativos para el funeral convirtieron a Laura en una autómatas que firmaba papeles en el Registro Civil, en Pompas Fúnebres, en los bancos... Los padres de Felipe pasaban el día con ella, pero, dada la cercanía de su domicilio, dormían en su casa, aunque no así su madre, que acudió al enterarse del suceso y decidió quedarse con ella, a pesar de que vivía tan cerca como sus suegros, por lo que ni siquiera pudo disfrutar de la soledad necesaria para conectar con la nueva situación que el destino le tenía preparada. No solo era cambiar de estado civil, sino ver desmoronarse una vida que, hasta entonces, se le antojaba perfecta. A la incertidumbre de los pasos a seguir en el negocio que ambos habían regentado se unían las trabas legales por el hecho de ser mujer. En ese momento empezaba a comprender lo que su amiga le repetía una y otra vez sobre la situación de la mujer en España.

Al entierro acudieron muchas personas que conocían a su marido desde niño. Las múltiples visitas de vecinos y clientes que dejaban patentes sus condolencias, al tiempo que ofrecían su ayuda «para todo lo que hiciera falta», desbordaron a Laura porque nadie le ofrecía lo único que necesitaba en ese momento: soledad. Soledad para los recuerdos, para contemplar su vida, que se había quedado vacía sin Felipe. Ni siquiera podía organizar su propia casa porque su madre y la de su difunto marido peleaban por el gobierno, como si ella no existiera. Desde la comida hasta la ropa que debía vestir. Todo pasaba por la opinión de esas dos mujeres que le impedían pensar y mirar hacia adelante.

El sepelio le devolvió parte del protagonismo. Era la viuda, al fin y al cabo. Cada frase de condolencia iba seguida de otra ofreciendo ayuda, que no necesitaba, porque lo único que quería era recuperar su espacio y no se lo permitían. Consuelo fue quien la rescató de la vorágine de clientas, madre y suegros, amén del encargado del comercio, Rafael, que se movía como pez en el agua decidiendo el cierre de la tienda por luto durante una semana, sin contar con nadie. Doña Caridad siempre había mirado con recelo a Consuelo. La forma de vestir de la amiga de su hija, su seguridad en la toma de decisiones y algunas ideas que había ido captando en su lenguaje, la hacían a sus ojos una mujer masculina y poco recomendable como amistad. Sin embargo, callaba, como era costumbre en ella, pero su mirada se tornaba más osca, más distante, y su rostro mostraba lo más duro de su persona.

Laura sabía que debía estar muy alerta a todos los que se acercaran a ella, y que tenían el atrevimiento de darle consejos que no había pedido. Ahora todos o casi todos pensaban que viuda, joven y sin hijos era una pieza fácil de engañar

y abatir. Esos pensamientos la inundaban de miedo e inseguridad, aunque algo tenía muy claro: la dueña de la tienda ahora era ella y lucharía por todo aquello, aunque tuviera sus malos momentos, que a nadie debían de importarle.

No hacía mucho, el día que celebraban su cumpleaños, hacían planes para incorporar productos franceses y ahora, la cercanía de la Navidad, la sorprendía sin haber podido hacerse a la idea de su nueva vida. Los primeros días de diciembre amanecieron lluviosos y grises como su ánimo. Rafael se deshacía en ofrecimientos de que se haría cargo de todo. «Que ella no tenía que preocuparse de nada porque para eso estaba él allí». Laura no estaba de acuerdo, pero en un primer momento se dejó llevar. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sin embargo, no cedió a sus requerimientos cuando una tarde se presentó en su casa para retirar del despacho de Felipe, que en realidad era el suyo, porque él no lo pisaba, los libros de cuentas, las fichas de proveedores y todo lo que, hasta el momento, constituía su trabajo. La excusa de Rafael era brindarle su ayuda, por más que ella insistiera en que, hasta la muerte de Felipe, se había encargado de todo y no solo no le molestaba, sino que llenaba su tiempo y daba sentido a sus días; ahora que Felipe no estaba, con más motivo. Le costó trabajo lograr que el empleado desistiera de su propósito, no sin antes asegurarle que más adelante hablarían del tema.

Capítulo 5

La creación del Tribunal de Orden Público en diciembre de 1963 desencadenó una violenta disputa en casa de Consuelo cuando la noticia fue emitida por televisión. Su padre celebraba la creación del nuevo ente jurídico y el hecho de formar parte de él, mientras Consuelo se lamentaba de un nuevo órgano represor y, como tantas veces, doña Leonor, su madre, intentaba suavizar el conflicto entre padre e hija.

Mientras que Laura intentaba retomar su vida, rota tras la muerte de Felipe, Consuelo vivía volcada en el apoyo a los presos, junto a las mujeres de estos, que veían agravada la situación con la creación de un tribunal dedicado a juzgar los delitos políticos, desesperó a la izquierda y la hija de uno de los juristas al frente de este organismo, acrecentaba las diferencias con su padre. Como abogada, había denunciado las condiciones de hacinamiento que padecían los reclusos en las cárceles y el trato a que estaban sometidos por parte de los funcionarios, aunque Consuelo se limitaba a redactar los escritos que otros cursaban. Su doble clandestinidad hacía que su vida viviese en un continuo sobresalto.

Leonor se daba cuenta de que su hija ocultaba algo; muchas veces le había preguntado en qué empleaba su tiempo, a lo que Consuelo respondía con evasivas, cuando no, con una respuesta que inquietaba más a la señora que el silencio:

—Cuanto menos sepas menos tendrás que callar, mama.

Los juicios que conducían a prisión a todo el que no abrazase los Principios Fundamentales del Movimiento estaban a la orden del día; simulacros de legalidad, según Consuelo, que se verían incrementados por la llegada de ese tribunal, que a ella le parecía un nuevo mecanismo represor para revestir de justicia la barbarie.

Pensaba en su amiga Laura, que se ahogaba por las trabas para la gestión de su tienda y no se paraba a pensar que sus pequeños problemas no eran nada comparados con los que sufría la izquierda en el país, que se cebaba en la mujer, a la que humillaba hasta lo indecible llegando al punto de arrebatarle sus hijos. Laura ni siquiera estaba al corriente de que el pasado verano habían condenado a muerte a tres anarquistas, ni había seguido con el denuedo de Consuelo las huelgas de mineros hacía un año, que más tarde darían lugar al nacimiento de las Comisiones obreras, sindicato adscrito al partido comunista, que Consuelo apoyó desde Madrid, organizando manifestaciones que se saldaban con muchos detenidos que ahora, al amparo de este nuevo tribunal, facilitaba la entrada en la cárcel de algunos de sus amigos.

La clandestinidad a que se veía abocada Consuelo, como toda la izquierda dedicada a revertir la dictadura, era un obstáculo doble para los hijos de la derecha, como ella, porque el enemigo a combatir estaba en sus casas y además debían cargar con la desconfianza que suscitaban entre sus correligionarios, que no creían en su compromiso y con frecuencia los acusaban de espías. Consuelo se defendía diciendo que nadie elige sus orígenes, pero lo cierto era que sus padres no constituían la mejor carta de presentación para su militancia ni para el trabajo que llevaba a cabo.

Cuando sus camaradas comentaban las experiencias de la Guerra Civil, ella callaba. La mayoría desconocía hasta qué punto era hija de la burguesía, y a lo mejor, de haberlo sabido, no la mirarían con tanto recelo como el ser hija de un jurista del régimen. Nunca hablaba de su infancia, ni de la enorme mansión de sus abuelos maternos, fallecidos en 1952 en un accidente de coche, que heredó su madre, como hija única, una herencia que un día sería suya, y eso sin contar el capital depositado en el banco y el negocio de joyas de su padre, que engrosó de forma ostensible el patrimonio de la heredera. Lo paradójico de la situación era que, transcurridos tantos años, nadie disfrutase de esa riqueza, puesto que su padre, a pesar de que la ley le otorgaba plenos poderes para hacer y deshacer a su antojo con el patrimonio de su mujer, el desmedido orgullo que presidía su personalidad hacía, que no solo despreciase ese privilegio, sino que le impedía a su mujer hacer uso de un dinero y unos bienes que les hubieran permitido una situación mucho más placentera.

Don Laureano decía que él era el cabeza de familia y el encargado de su manutención. El sueldo, los complementos y las prebendas de su condición de militar no eran nada despreciables. Sin embargo, su mujer pensaba que, al menos para las vacaciones, no estaría mal utilizar parte de esa fortuna. Aun así, doña

Leonor se las había ingeniado para tener algunos ahorros que guardaba celosamente dentro de un baúl, en una caja metálica que antes contenía galletas y ahora, cubierta en su última capa por fotografías familiares, su tesoro.

La enorme diferencia que separaba a Consuelo de Laura no venía dada solo por la familia, sino por las experiencias vividas. Mientras Laura se arrastraba por las calles durante los años que duró la guerra, buscando comida o acudiendo a las cantinas infantiles creadas por la ayuda internacional, Consuelo paseaba por Lisboa disfrutando los placeres de la paz. Laura valoraba lo que tenía y consideraba más que cubiertos sus derechos y no entendía que su amiga no disfrutase de su privilegiada posición y dedicase su vida a una lucha que, en su opinión, ni le iba ni le venía. El tiempo igualaría a ambas en esa lucha. Sin embargo, el pasado marcaba, aunque no los orígenes.

Consuelo era más alta que Laura y con mayor belleza reflejada en sus ojos color miel, rodeados de espesas pestañas que acompañan a un cuerpo atlético, armonioso y bien torneado, si bien ella ni siquiera era consciente de su enorme atractivo, Despreciaba los piropos. Se había convertido en un tipo de mujer que asustaba a los hombres por su seguridad y las opiniones que emitía sin pudor, ni pararse a valorar lo que pudieran pensar de ella. Mientras Laura devoraba novelas de amor, Consuelo buscaba feministas para leer o bibliografía comunistas recomendada por el partido.

La primera vez que Consuelo supo de la existencia de Clara Campoamor y Victoria Ken fue por su padre, cuando ella todavía era estudiante, que las ponía como ejemplo de que «las mujeres que estudiaban esa profesión eran gentuza comunista indeseable». No olvidó esos nombres, pero a quienes preguntaba guardaban silencio, unos escandalizados, otros temerosos, lo que no hacía más que aumentar su curiosidad. En el colegio, una de las profesoras a las que preguntó habló con su padre por la preocupación que le causaba el interés de la niña por esas mujeres. Todo contribuyó a que, una vez terminados los estudios que le permitirían ir a la Universidad, la única opción que tuvo fue quedarse en su casa y ver pasar los días, bajo la mirada preocupada de su madre y la indignación de su padre. Pasear era su única diversión, y vestir ropa masculina la protesta contra su padre.

Hizo lo único que podía hacer: dejar pasar los años. Por las tardes, cargada con una libreta y su inseparable pluma estilográfica, se perdía sola recorriendo callejuelas que los obreros se afanaban en reconstruir. A veces entraba en alguna cafetería a merendar, algo que pocas mujeres solas hacían, por lo que llamaba la atención. Pero lo que más propiciaba que muchos se volvieran a mirarla era su

forma de vestir con un pantalón, que le había costado discusiones bizantinas con su padre, chalecos y su inseparable boina. Fueron los tiempos en los que, tímidamente, iban apareciendo en Madrid tiendas de ropa que exhibían pantalones femeninos, atuendo que Consuelo adoptó sin vacilar. El primer día que su padre la vio vestida así, su casa se convirtió en un verdadero campo de batalla, por suerte, dialéctica. De no haber sido por doña Leonor, su padre hubiera llegado a las manos, algo que jamás había hecho. El pantalón, de pierna muy ancha por abajo, se ceñía a las caderas que forma provocativa, como dijo su padre, a lo que su protectora madre respondió que, al tener tanto vuelo en las perneras, parecía más una falda larga. Al final, don Laureano, como siempre que no podía salirse con la suya, abandonó la casa dando un portazo.

Los años infructuosos iban pasando sin que Consuelo hallase forma de llenarlos. Fue en aquellos paseos solitarios, cumplidos ya los veinte años, vestida con uno de sus pantalones, cuando conoció a Olivia, una mujer gallega un poco mayor que ella en cuanto a edad, pero que parecía mucho más por lo descuidado de su aspecto, consecuencia de sus vivencias. Olivia la vio desde la calle a través de uno de los ventanales sentada dentro del café. Llevaba varios días deambulando por el barrio; le llamó la atención su forma de vestir y el hecho de que siempre fuese sola y se dedicó a seguirla. El aspecto de esa desconocida que fumaba, vestía de forma diferente y siempre estaba escribiendo en una libreta, llamaron su atención.

Aquella mañana, tras varios días siguiéndola, al verla sentada en la cafetería, después de observarla durante unos minutos, decidió acercarse. No era muy usual ver a una mujer vestida de esa guisa y sin atisbo de feminidad escribiendo en una libreta. Entró en la cafetería, se acercó a Consuelo y, tras pedirle permiso, se sentó frente a ella.

En un primer momento la desconocida se limitó a pedirle que la invitase a un bocadillo. Consuelo la miró con simpatía sin extrañarse de su petición. Había mucha hambre en aquellos años y no era la primera vez que la abordaban desconocidos, hombres y mujeres, para pedirle algo de dinero para comer. No solo accedió a invitarla, sino que le ofreció dinero, que la mujer rechazó avergonzada.

—Tengo hambre, lo reconozco, pero no soy ninguna aprovechada ni una mendiga. Me he atrevido a abordarte porque me ha parecido que eras diferente. Estoy harta de que las mujeres me miren con desconfianza y los hombres con lujuria.

Consuelo estudió a la mujer. Llevaba un vestido que a todas luces le estaba

grande y una chaqueta masculina sobre él. Zapatos raídos y desgastados, piernas sin medias y un pelo, aunque limpio, falto de un corte, que cubría apenas su cabeza como si hubiera crecido sin forma.

—No pienso nada así de ti —respondió Consuelo—. Nadie pide un bocadillo por capricho

Las dos se observaban sin disimulo mientras la mujer comía sin ansia, pero de prisa, como si hiciera mucho tiempo que no degustaba comida recién hecha, a pesar de ser un bocadillo de tortilla de patatas, el que ella eligió. Al final fue Consuelo la que rompió el silencio.

—Eres de los que perdieron la guerra, ¿verdad?

La mujer fijó sus ojos en la desconocida sin atreverse a responder. Se dio cuenta de que no tendría más de veinte años y, por su aspecto, parecía pertenecer a la burguesía madrileña. Cuando Consuelo se sintió observada, quiso tranquilizarla.

—No tengas miedo. Puedes confiar en mí.

Consuelo tampoco se atrevía a sincerarse porque conocía de primera mano la creación de vigilantes de la moralidad pública que había puesto en marcha la Sección Femenina aparentemente para impedir la prostitución, pero que en el fondo era una caza de brujas encubierta. Sin embargo, la desconocida no tenía aspecto de ser vigilante, sino vigilada.

—Supongo que sí, pero en mi caso perdí mucho más que la guerra. Mi familia fue asesinada. No tengo trabajo ni posibilidad de encontrarlo como no sea de prostituta y, créeme, no sirvo para eso.

Consuelo miró a la mujer como si evaluase depositar en ella su confianza, pero decidió callar, ya que Olivia era parca en palabras y tampoco era su intención despertar su desconfianza.

Después de aquel día vinieron muchos más; como si se esperasen todos los días, excepto los fines de semana, que Consuelo pasaba con sus padres, que no aceptaban el paso de los años y que su hija tenía derecho a tener sus propias amigas y círculos que frecuentar al margen del grupo familiar. Leonor, su madre, se las ingeniaba para comprar entradas para el teatro, la zarzuela, estrenos de cine y cuanto pudiera servir para que su hija quisiera permanecer con ellos. Por su parte, la joven prefería algo así a tener que alternar con las amigas que le imponía su padre, todas ellas hijas de otros militares o juristas del régimen, con unas ideas que chocaban frontalmente con las suyas. Tampoco podía manifestarse con libertad ante ellas, pues en alguna ocasión, había llegado a oídos de sus padre alguna conversación que le había costado una reprimenda de

su padre.

Los meses fueron pasando y las conversaciones con Olivia fueron ganando mutua confianza, si bien era Consuelo la que más contaba sobre sí misma. Olivia, por su parte, tenía miedo y así se lo decía aquella mañana ante el consabido bocadillo que pedía ya sin timidez, y que Consuelo intuía que sería la única comida del día. De nuevo observó a su inesperada compañía. Sus manos, aunque descuidadas y reseacas, se veían limpias. Tampoco parecían curtidas en trabajos domésticos. Poco a poco Consuelo había ido desgranando retazos de su vida, su frustración por no poder estudiar Derecho porque su padre se lo impedía, lo indignada que estaba sobre la situación de la mujer en España... Sin entrar en detalles, Olivia conocía al dedillo la vida de Consuelo, pero esta lo ignoraba todo de ella.

—Ya sé que no me conoces de nada y puedes pensar que todo lo que te cuento son patrañas, pero te juro que nunca había hablado con nadie con la sinceridad que lo estoy haciendo contigo. Llevamos unos meses viéndonos, tú conoces casi toda mi vida, en cambio yo no sé de qué huyes, pero es evidente que lo haces. No hay más que ver tu cara de espanto cuando entra algún policía a tomar un café mientras estamos aquí.

—Tienes razón. A estas alturas no debería desconfiar, pero es que tengo tanto miedo... He visto morir a la mayoría de mis compañeros, unos directamente por las balas en la calle, otros, torturados en la Dirección General de Seguridad y todos por lo mismo: ser anarquistas.

—¿Eres anarquista?

La mujer miró a un lado y a otro antes de responder.

—Baja la voz, por favor. No sabes quién puede estar escuchándonos.

Consuelo todavía no había adquirido los tics de la clandestinidad y le costaba comprender a la desconocida, a la que poco a poco iba considerando una amiga con la que poder hablar. El día anterior le había preguntado por libros que hacía tiempo ansiaba leer, pero Olivia miró para otro lado desviando la conversación. Ese día no lo hizo.

—Yo bajo la voz, pero no me des más esquinazos. Sé que tienes miedo, pero te aseguro que no soy una espía de la Sección Femenina, a estas alturas deberías fiarte un poco más de mí.

Olivia miraba a Consuelo valorando si confiar o no en esa extraña hija de la burguesía. Conocía sus orígenes, incluso que su padre era jurista del Ministerio del Ejército, aunque empezaba a darse cuenta de que nada tenía que ver con las ideas familiares. Incluso pensaba que ello le causaba más problemas

que beneficios.

—Verás, me voy a arriesgar confiando en ti. No sé por qué, pero me pareces una persona de fiar.

—Lo soy, Olivia. Mucho más de lo que puedas imaginarte.

Intercambiaron palabras de compromiso antes de que Olivia decidiese sincerarse con su inesperada amiga. Por otra parte, las circunstancias la empujaban a hacer algo o su vida terminaría como la de sus compañeros, en una celda en el mejor de los casos, muerta a balazos, en el peor.

—Pertenezco a la CNT y he sido responsable de uno de los Ateneos Libertarios existentes en la ciudad, hasta que, al finalizar la guerra, los pocos que quedaban fueron clausurados. Logré salvar parte de la extensa biblioteca del centro llevándome libros a mi casa, que ahora está medio derribada. Los enterré en una fosa que yo misma cavé, pero me han dicho que van a demoler las ruinas para levantar una nueva casa y peligran. Y más peligro yo si los descubren, porque iría a la cárcel.

Consuelo iba a hablar, pero Olivia se lo impidió.

—No hace falta que te diga que me la estoy jugando al decirte la verdad, pero me daría mucha pena que esos libros desapareciesen porque no volverán a estar a la venta.

—¿No serán pornográficos?

La desconocida se echó a reír, mientras le aclaraba que no, que el contenido era político y que en los tiempos de la República eran la lectura de cabecera de las jóvenes de izquierda. Los temas de feminismo y marxismo todavía no le decían nada a una joven de la burguesía madrileña, por muy rebelde que fuera. Con sus veinte años recién estrenados, su ignorancia política no difería mucho de la mayoría de las jóvenes, hijas de los que ganaron la guerra.

—¿Tienes alguno de Victoria Kent y Clara Campoamor? He buscado por todas partes algo de estas mujeres y solo he visto en periódicos antiguos que estaban en el Gobierno de la República y que Victoria Kent era directora de Instituciones Penitenciarias, pero nada más. Me encantaría leer sus obras.

—De ellas y otras que van en la misma línea. Algunos hablan del marxismo; revistas del Partido Comunista, autores como Bakunin, Emma Goldman... Como comprenderás los autores anarquistas no podían faltar. Una verdadera bomba si los pillan los franquistas.

La cara de Consuelo cambió de repente. Por fin iba a conocer algo diferente del discurso único al que estaba acostumbrada. Por más que los

vencedores se empeñasen en ensalzar su victoria, Consuelo veía por las calles muchas personas que caminaban con la cabeza gacha, atemorizadas y huidizas... Y lo peor de todo: hambrientas.

—Mira, Olivia. No creo en Dios, pero si creyese, pensaría que él te ha puesto en mi camino para dar sentido a mi vida. Hablaré con mi madre para que me dé dinero y poder comprarte los libros. Al menos para que puedas ir tirando. No puedo ayudarte a buscar trabajo, pero sí económicamente.

Olivia, por primera vez desde que había abordado a Consuelo, mostró una sonrisa que le iluminó la cara. Los ojos azules, apagados y tristes, se encendieron hasta parecer otros, mostrando una belleza que hasta ese momento había permanecido oculta.

—¿Lo dices en serio? Creo que es la primera vez que soy feliz desde hace mucho tiempo. Gracias, Consuelo. Yo tampoco creo en Dios, pero sí en el destino, y él ha propiciado este encuentro.

—¿Cuánto dinero necesitas?

—Lo que puedas darme estará bien. Lo importante es salvar los libros.

—Déjate de tonterías, dime cuánto te hace falta para retomar tu vida y veré qué puedo hacer.

—Lo primero que necesito es cambiar de aspecto para pasar desapercibida. Cortarme el pelo, comprarme algo decente para vestir... En fin, esas cosas. He pensado viajar a Galicia con mi familia... Bueno, con lo que queda de ella, porque algunos murieron durante la guerra. Soy consciente de que con este aspecto, en cuanto subiese al tren me detendría.

—Yo no tengo ropa muy adecuada para darte, pero a lo mejor te puede servir algo de mi madre. Es todo más clásico y llamarás menos la atención.

—Lo que sea por pasar desapercibida, tampoco estoy en condiciones de elegir.

—La ventaja es que al ser ropa cara se atreverán menos contigo

—Consuelo miró a Olivia evaluando su talla.

Era algo más baja que ella, tal vez la ropa de su madre solo le viniera un poco ancha, pero eso se podía solucionar.

—¿Qué número calzas?

—El treinta y ocho, ¿por qué?

—Porque va a ser. Para traerte algunos zapatos.

Necesitaba hablar con su madre sobre los libros, conseguir que le diera algo de

ropa y además para buscar un lugar seguro donde guardarlos, en el que su padre no pudiera encontrarlos. A Leonor no le gustaban las prohibiciones, pero jamás se rebelaba abiertamente ante las que salían a su paso. La sumisión era una seña de identidad de las mujeres de la época, pero en la madre de Consuelo la sumisión no era total, porque a su manera se las ingeniaba para salirse con la suya a espaldas de su marido. El baúl donde guardaba enaguas antiguas le podría servir, el mismo que cobijaba su pequeño capital. Una parte provenía de la venta del piso paterno, que Laureano se negó a ocupar, a pesar de ser mucho mejor vivienda que la que habitaban en la actualidad. La amistad con el notario de sus padres propició que el precio percibido fuese ocultado a su marido, que, por otra parte, no quería saber nada de la operación financiera, limitándose a firmar como «cabeza de familia».

Él nunca miraba baúles de ropa. Durante varios días, Consuelo iba y venía con un capazo de mimbre lleno de libros, tapados con ropa por si la sorprendía su padre poder decirle que se la llevaba a los pobres, pero no necesitó la excusa porque no fue sorprendida. Tanto ella como su madre conocían el rutinario día a día del padre y marido, respectivamente. Cuando habló con ella de la existencia de Olivia, los ojos de Leonor brillaron con malicia. Por primera vez se podía rebelar contra esa maldita guerra, de lo que estaba pasando con los que no pensaban como los que ostentaban el poder; no podía manifestar su desacuerdo con la posición a la que habían relegado a la mujer, aunque callaba y hacía lo que se esperaba, aunque no estaba acostumbrada a prohibiciones, en su casa se discutía, pero no se imponían las ideas.

La semilla oculta en doña Leonor provenía de su propia madre, abuela a la que Consuelo adoraba. Ella le dio clases cuando estaban en Lisboa hasta que encontraron profesores y la paseaba en el coche conducido por un chófer, para enseñarle los lugares más emblemáticos de la ciudad. Un viaje en ese mismo coche les costó la vida a los tres: sus abuelos y el chófer, pero la abuela vivió el tiempo suficiente para transmitir a su hija Leonor no dejarse avasallar por nadie, por más que en ese momento la dictadura hubiera relegado a la mujer a un papel secundario. Era consciente que disfrutaría de patrimonio suficiente para no depender de nadie, incluido su marido, por eso había ocultado parte de su fortuna, ayudada por el abogado familiar, íntimo amigo de la abuela. La madre de Consuelo escondía esa forma de pensar porque, si su marido hubiera podido sospecharlo no habría dudado en tomar cartas en el asunto. En España no existía el divorcio, pero el dinero compraba una anulación, y ella la hubieran pagado. Pese a todo, Leonor estaba enamorada de Laureano y, a su manera, era feliz, si

bien la abuela nunca llegó a conocer lo sometida que estaba su hija.

Accedió a la petición de Consuelo, como una niña que por fin encuentra la forma de rebelarse ante las prohibiciones paternas, en este caso conyugales. Una chispa de rebeldía brilló en sus ojos cuando Consuelo le pidió ayuda para comprar esos libros, que ella también leyó a escondidas. Al hablarle de Olivia, insistió en conocerla y que se probase la ropa que quisiera.

—Hija mía, me parece una atrocidad lo que está pasando, pero yo no puedo hacer nada, ni siquiera decirlo porque para eso tendría que pedir la anulación de mi matrimonio. Por más que pensamos de diferente manera, quiero a tu padre. Eso no quita para que me parezca una atrocidad lo que está pasando en España. Dile a tu amiga que no tenga miedo, que la ayudaremos a huir.

Todavía corrían los años cincuenta y a Olivia no volvieron a verla, si bien, nunca la olvidaron ni la madre ni la hija, aunque hubieran transcurrido más de diez años.

Forrados con un grueso papel de estraza que ocultaba la portada, Consuelo fue leyendo uno a uno los volúmenes adquiridos a la misteriosa Olivia que, sin pretenderlo, había sembrado en Consuelo la semilla ideológica. Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, Victoria Kent, y otras autoras feministas, además de obras en las que se hablaba de la teoría marxista, calaron muy hondo en su pensamiento y, más tarde, ya en la Facultad, halló en el Partido Comunista el vehículo que canalizaría su lucha, iniciada en esos libros que encontró cuando intentaba llenar su ocio, paseando por las calles de un Madrid lleno de escombros y miseria.

A la familia de Leonor nunca le cayó bien Laureano. Por mucha toga que vistiese, lo consideraban un hombre anclado en una moral que relegaba a la mujer a un segundo plano y ellos no habían educado a su hija para estar a las órdenes de nadie. Ciertamente que Leonor no había querido estudiar, pero sus padres le procuraron una educación y los conocimientos necesarios sobre historia, filosofía, lengua y cuantas disciplinas necesarias para hacer de ella una persona culta que pudiera alternar en sociedad sin ser una ignorante, aunque su sueño fuese casarse, ser madre y dedicarse a gobernar su casa, pero, eso sí, tomando sus propias decisiones y no acatando las de su marido. Los abuelos de Consuelo temían que no fuese de ese modo, pero murieron muy pronto para darse cuenta de hasta qué punto Laureano bloqueaba la vida de su hija, y lo que era peor, de su nieta.

Parecía que los años junto a su mujer habían suavizado la rigidez de Laureano, pero la guerra y la convivencia con la cúpula del franquismo le

hicieron retroceder en el tiempo y, desde que regresaron de Lisboa, cuando Consuelo entraba de lleno en la rebeldía adolescente, saltaron las alarmas de Leonor, pero ya era tarde. Su marido decidía por ella hasta el más mínimo detalle.

Capítulo 6

La primavera de 1964 florecía en los campos con la misma intensidad que se marchitaba la vida de Laura. La única persona con la que podía hablar de sus preocupaciones era Consuelo, su amiga del alma, que permanecía soltera y no por falta de candidatos, porque era una mujer atractiva y con las suficientes curvas para despertar el deseo de los hombres, a los que ignoraba. Dedicaba su vida al Derecho, aunque no de la forma que su padre hubiera querido.

Al terminar la carrera Consuelo logró situarse entre las intelectuales de la época vinculadas al Partido Comunista, que luchaban por la emancipación de la mujer. Su labor era muy apreciada entre los miembros del partido, aunque su padre lo ignoraba. Había logrado convencerlo de que su trabajo era velar por las mujeres a las que la guerra había abocado a la pobreza y que apenas tenían recursos para subsistir. Él le decía que todo eso estaría muy bien si trabajase por las «mujeres decentes, y no para esas rojas», a lo que Consuelo respondía que el hambre no conocía ideologías y que muchas de ellas no eran ni rojas ni azules, porque su única culpa era ser esposa, hija o madre de republicanos.

Había quedado con su amiga Laura que acudiría a hablar con ella de un asunto que le preocupaba. Consuelo la esperaba impaciente. Laura, lucía un traje de chaqueta con falda de tubo ceñida al cuerpo y una blusa color malva. Eso sí, el traje era negro, como correspondía a una viuda reciente; apareció a la hora acordada cuando quedaron por teléfono, aparato que, desde que la Compañía Telefónica había sido nacionalizada, aumentaba su número de usuarios sin parar. Felipe comprendió que era de gran utilidad para su trabajo y mandó instalar uno a mediados de los años cuarenta. En casa de Consuelo, siempre lo tuvieron.

Se disponían a entrar en la estancia que Consuelo había destinado a despacho cuando doña Leonor hizo acto de presencia.

—Pero hija, ¿es que no vas a ofrecer nada a tu amiga? Perdónala, Laura.

Esta hija mía cada día pierde más las formas. Le diré a Rosario que os prepare algo de merienda, que ya son casi las seis.

Las amigas intercambiaron una mirada cómplice, conscientes de que nada podrían hacer para librarse de Leonor. Decidieron quedarse con ella sentadas alrededor de la mesa baja situada en un extremo del salón, justo al otro lado del espacio que servía de comedor en la amplia habitación, que solo se usaba cuando recibían visitas, puesto que, lo que ellos llamaban el comedor de diario, era otra más pequeña amueblada al estilo clásico: un gran aparador con un enorme espejo enmarcado y repujada de la misma madera que el mueble, frente a otro de iguales dimensiones, pero con vitrina. La inevitable pregunta no tardó en resonar en el aire.

—¿Cómo llevas la pérdida, hija? —preguntó Leonor.

—Ya me voy haciendo a la idea. Pronto hará cuatro meses que Felipe nos dejó y no me queda otra que empezar a tomar las riendas de mi vida, si no quiero que lo que nos costó tanto trabajo levantar se vaya al traste.

—¿Es que no va bien la tienda?

—Claro que sí, no se inquiete. Pero cuando murió Felipe estábamos en medio de unos proyectos que nos reportarían pingües beneficios, además de prestigio, y necesito que Consuelo me asesore sobre unos temas legales para retomar lo que dejamos a medias cuando...

—No me des explicaciones, hija. Solo me interesaba por ti. Ya sabes que si necesitas algo siempre podrás contar con nosotros. Mi marido y yo te tenemos en gran estima.

Una mujer uniformada y con delantal blanco interrumpió las palabras de la señora de la casa, apareciendo en escena con una enorme bandeja con servicio de café para tres, una jarra de leche y una fuente con pastas surtidas.

—Son de tu tienda, así que si no te gustan... —comentó risueña Leonor señalando los dulces.

Consuelo, que permanecía callada, se hizo cargo de las viandas.

—Déjalo, Rosario. Puedes retirarte. Yo serviré la merienda.

Cuando por fin pudieron deshacerse de Leonor, entraron en el pequeño gabinete convertido en despacho, en el que la abogada pasaba muchas horas dedicada a su trabajo.

—¿Qué andas tramando ahora? —preguntó Laura.

—Ya te contaré. Estoy en contacto con un grupo de mujeres francesas para estudiar una serie de medidas que nos conciernen a todas, a ver si consigo que en España cambien un poco las cosas.

—Dios te oiga, Consuelo, porque me las he visto y deseado para poder recuperar el control de mi economía. Menos mal que mi marido me había autorizado firma en la mayoría de los bancos y estoy al tanto de todos sus negocios, pero no está siendo fácil, te lo aseguro. El primer escollo que me encuentro es mi propio empleado, porque ahora es eso, mi empleado, pero él se niega a admitirlo y pretende que la empleada sea yo. No, si al final vas a tener razón en eso que dices de la mujer.

Consuelo pasó por alto las palabras de su amiga. No era momento, pero, ahora que Laura estaba viuda, intentaría convencerla para que se uniera a su lucha.

—Tendrás que despedirlo. Te lo dije desde el primer día.

—De momento no puedo hacerlo. Él conoce a toda la clientela y lo peor de todo es que se los tiene ganados. Son muchos años al frente de la tienda, desde que la regentaba mi suegro. Ya sabes cómo era Felipe... Lo dejaba hacer a su antojo y, si no hubiera sido porque yo me empeñé en llevar la contabilidad y los pedidos, él seguiría haciéndolo. No quiero ser malpensada, pero lo cierto es que la recaudación subió desde que yo me hice cargo de todo, aunque comprobé algunos descuadres que oculté a Felipe para no disgustarlo. Él quería mucho a Rafael.

—Pero ahora el negocio es tuyo y eres tú quien decides a quién emplear en él.

—Te equivocas. Rafael es zalamero y adulator. Todas las clientas están encantadas con él, y te recuerdo que son ellas las que nos dan de comer, pues pocos hombres vienen a comprar a no ser una caja de bombones para sus esposas.

Consuelo permaneció pensativa unos instantes. Se dirigió a su pequeño escritorio, sacó un cigarrillo y lo encendió. El humo disipó la imagen del encargado de la tienda y las palabras que pronunció lo evaporaron como por ensalmo.

—Cuéntame qué es eso tan importante que querías consultarme.

—Se trata de llevar a cabo por mi cuenta un proyecto que habíamos iniciado Felipe y yo. Verás, estábamos al habla con una empresaria de París para importar quesos franceses y venderlos en nuestra tienda. Nos escribimos desde que falleció mi marido y ayer me contestó a una carta en la que le pedía retomar nuestros proyecto y me aseguró que su muerte no tiene por qué afectar a nuestros planes.

—Y tiene toda la razón —apostilló Consuelo.

—Me ha pedido que vaya a verla para ultimar los detalles del acuerdo, que ya estaba prácticamente cerrado. Tan solo faltaban los aspectos legales sobre aranceles y demás, y lo más importante: elegir el queso. El transporte también es un tema por tratar, ya que el material es delicado y necesitaríamos un camión frigorífico o algo parecido.

—¿Y para qué me necesitas? Veo que lo tienes todo controlado, incluso la cuestión legal, de lo que, por otra parte, me alegro, porque yo de la legislación sobre el comercio internacional no tengo ni idea.

—No es eso. Se trata de convencer a mi madre de la conveniencia de hacerme cargo de ello. Ya sabes cómo es, chapada a la antigua, de las que piensan que las mujeres estamos mejor en casa.

—Es de otra época y no ha disfrutado de la vida. Le tocó vivir lo peor de la dichosa guerra que nos trajo lo que ahora tenemos.

—A veces me da envidia de tu madre, que respeta tus decisiones, mientras que la mía las cuestiona. Además, tu madre es más joven. A ella, lo mismo que a ti, la guerra no la marcó tanto porque no estabais aquí. Por eso te necesito, Consuelo. Mi madre, que en su día no me permitió estudiar idiomas y ni siquiera lo vio bien cuando Felipe me animó a ello, ya lo sabes, piensa lo mismo que decía mi padre, que una mujer de su casa lo que necesita es saber coser y esas cosas, y que lo que tendría que hacer era darle nietos. Menos mal que Felipe no pensaba así. —Sin poder evitarlo sus ojos se llenaron de lágrimas—. Lo echo tanto de menos, Consuelo. Cada minuto que pasa, una canción en la radio, un paseo por el barrio... Todo está lleno de él.

—Me lo imagino, Laura, pero tienes que sobreponerte. Me parece una buena idea que tomes el control de tu negocio. Ya pensaremos cómo puedes deshacerte del dichoso encargado. De momento seamos prácticas. ¿Tienes pasaporte?

—Sí. Felipe y yo pensábamos ir a París a ver a Sophie, la empresaria francesa. Hace mucho que no disfrutábamos de unas vacaciones y planeábamos pasar unos días conociendo la ciudad y recorriendo los pueblos de Francia, una vez cerrado el acuerdo que nos había llevado a París.

—Pues un problema menos. Nos iremos juntas. A mí me interesa mucho visitar a un grupo de mujeres de allí. Están valorando la viabilidad de llevar a cabo unas jornadas internacionales, pero como en España no existe un movimiento organizado, nos dejarán fuera si no nos movemos. Necesito hablar con ellas. Las de Barcelona se están reuniendo de forma clandestina, pero en Madrid somos muy pocas. Quiero recoger información sobre todo lo que hacen

las francesas con el fin de crear algo similar aquí. Tenemos que coordinarnos también con las de Valencia, alguna más en Asturias, las Vascongadas y las que quieran unirse. Las gallegas no andan lejos, pero son muy suyas y siguen una línea muy romántica abanderadas detrás de la imagen de su poetisa Rosalía. ¡Para poemas están las cosas! Lo que hay que conseguir es tener derechos, que así no podemos seguir.

—Entonces, ¿cuento contigo? ¿Hablarás con mi madre?

—No, Laura. Hablarás tú con ella. No te das cuenta de que eres una mujer viuda, que tu madre ya no tiene ningún poder sobre ti. Y ni se te ocurra pedirle permiso, solo se lo cuentas, que no tienes que darle explicaciones.

A Consuelo le pareció una buena oportunidad ir a París con su amiga. Estaba segura de que la policía vigilaba sus pasos a raíz de un contacto establecido con la esposa de un conocido dirigente comunista. De eso hacía poco, pero había notado la presencia de extraños tras ella. Tal vez fuese por la celebración de los veinticinco años de paz. Estaba indignada ante estas celebraciones. ¿De qué paz hablaban? Era muy fácil presumir de paz cuando a todo el que no secundase su doctrina lo metían en la cárcel o lo mandaban fusilar, si no lo mataban directamente tirándolo por una ventana como había sucedido con Grimau, que salvó la vida de milagro, aunque de poco le sirvió, porque en abril había sido fusilado en el campo de tiro de los cuarteles de Campamento, después de someterlo a un consejo de guerra sumarísimo. ¡Y su amiga Laura preocupada por traer quesos franceses...! Suspiró.

El régimen intentaba dar algunos pasos aperturistas, pero la mano derecha de Franco, el almirante Carrero Blanco, no lo apoyaba y su opinión pesaba en el dictador; aun así, para lograr el apoyo de la comunidad internacional, el régimen necesitaba hacer algún cambio en su política, que no fueron más que maniobras para maquillar lo que en realidad sucedía: nada cambiaba, no al menos para el bando perdedor porque la Brigada Social de la policía, tenía barra libre para hacer y deshacer a su antojo.

Laura no conocía a Sophie, la empresaria francesa. Solo había hablado con ella por conferencia. Le pareció una mujer cercana y segura de sí misma con la que era muy fácil entenderse. Ardía en deseos de verla y conocer de primera mano un comercio francés. Ahora debía sortear dos frentes: su madre y Rafael, el encargado de la tienda.

En el camino de regreso a su casa pensaba en él. Lo conocía desde que era una niña y empezó a frecuentar la tienda que hoy era suya. Entonces era un joven de veinticinco años al que Felipe adoraba. Rafael no se había casado, lo

que era un misterio para todos porque era un joven bien parecido y con mucho don de gentes. Los años fueron pasando y la belleza de Rafael se había marchitado; bebía mucho, algo que en su día el padre de Felipe ya le había recriminado. En ese momento, pasados ya los cincuenta años, su nariz mostraba venas rojas por su adicción, su pulso comenzaba a temblar y sus ojos iban cambiando la mirada simpática por otra lasciva que incomodaba con frecuencia a Felipe, que muchas veces comentaba con Laura: «Suerte que no tenemos un bar, porque este se lo bebe». A pesar de todo, el marido de Laura no olvidaba aquellos años en los que el encargado de su padre le permitía coger puñados de caramelos para repartirlos con sus amigos del barrio.

Capítulo 7

Laura, poco a poco, se iba dando cuenta de que su amiga tenía razón en lo tocante a la mujer. Las primeras trabas que encontró a su paso provenían de las leyes vigentes que les impedían abrir una cuenta corriente o gestionar su patrimonio sin consentimiento del padre o del marido. Por suerte, como Felipe le había otorgado firma en los bancos, durante un tiempo no tuvo ningún problema, pero este vendría si necesitaba un préstamo, cosa que por el momento no se planteaba porque no le hacía falta. A pesar de todo, su vida fue un continuo ir y venir para algo tan sencillo como continuar con una tarea que venía haciendo desde hacía años, pero eso sí, respaldada por la firma de su marido. En la España de la dictadura la mujer no existía. Era un cero a la izquierda y solo podía decidir si era avalada por un hombre. Así lo decía la Ley.

Necesitaba cambiar el rótulo de la tienda. Aconsejada por Consuelo, Ultramarinos Rubio debía llamarse ahora «Viuda de Felipe Rubio. Ultramarinos». El nuevo nombre le abriría las puertas de sus gestiones, puesto que tanto ella como los padres de Felipe estaban considerados *adeptos al Régimen*, lo que en aquellos momentos constituía una garantía.

Sin darse cuenta, su forma de pensar iba cambiando a medida que tomaba conciencia de una realidad que había ignorado, pero que ahora le cerraba las puertas. La mujer no tenía derechos si no era al amparo de un hombre. Se iba contagiando del espíritu crítico de su amiga. A veces pensaba en ella. La imaginaba sentada ante su mesa de trabajo revolviendo infinidad de papeles, algunos escritos por ella, otros, por mujeres que compartían su lucha por la igualdad, que veían lejana, porque las primeras que no creían en esa aspiración eran ellas mismas. Laura era consciente de que con todo a su alcance para ser libre e independiente no lo era, y sí prisionera de un miedo y una inseguridad inoculados durante años. Junto a los inconvenientes que figuraban en la ley, que

la hacían dudar de su propia valía y capacidad para tomar decisiones, se hallaba una educación que configuró su personalidad en la aceptación de la autoridad masculina como algo natural.

Sabía lo que pensaba Consuelo al respecto. Por mucho que insistiera en tomar las riendas de su vida, Laura estaba segura de no ser capaz de enfrentarse al cúmulo de trabas que se alzaban en el camino de su independencia, porque jamás había mirado a su alrededor para darse cuenta de la opresión que sufría. Hasta ese fatídico mes de noviembre, era feliz con su marido, y su mundo de relaciones se limitaba a él y a otras parejas de comerciantes con los que salían a comer, celebrar cumpleaños, frecuentar la Pradera de San Isidro cada año para honrar al santo... Amigos que la dejaron de frecuentar con el paso de los meses. La única que permaneció a su lado de forma incondicional fue Consuelo, a la que debía también haber estudiado otro idioma, cuando, después de tres años de clases, el francés no tenía secretos para ellas y su incansable amiga se las ingenió para conseguir un profesor de inglés.

Primero las lecturas se limitaron a novelas de Dickens que Consuelo le prestaba. Después, y casi sin que Laura se diera cuenta, otros libros de feministas que, a la vista estaba, no le habían calado tan hondo como a su amiga, pero de eso hacía años y creyó llegado el momento de releerlas con ojos más críticos. Hablaría con ella para que le prestase algunos de aquellos libros que en su día leyó sin estar preparada para ello. No es que ahora se encontrase más preparada, pero necesitaba conocer la realidad de la mujer, algo que entonces no le preocupaba.

Laura decidió ir a ver a su madre en vez de llamarla por teléfono. Quería dejar las cosas claras de una vez para siempre, aunque le costaba un mundo.

—¿Cómo que te vas a París con Consuelo? ¿Y qué se te ha perdido a ti allí, si se puede saber?

—Voy a cerrar un proyecto que iniciamos Felipe y yo que, de no haber muerto él, ya sería un hecho.

—¿Tú? Vamos, hija, no seas ilusa. Eso es cosa de hombres. Los negocios y demás no son para nosotras. Lástima que no hayas tenido hijos, porque ahora no estarías todo el día mano sobre mano pensando tonterías.

—No son tonterías, madre, y no estoy mano sobre mano. Y, mire usted lo que le digo. Rafael tendrá que olvidar su empeño de tomar las riendas del negocio si no quiere que lo despida. Las llevaba yo en vida de Felipe y no pienso dejar de hacerlo.

—¡Pero tú te has vuelto loca! ¿Dónde se ha visto que una mujer gestione

un negocio?

—Pues las hay, aunque no se lo crea. En Manresa, sin ir más lejos, Tecla Sala era una empresaria modélica que gestionaba su empresa y con mucho más éxito que en vida de su marido. Y no hace falta mirar tan lejos. Hay infinidad de comercios regentados por mujeres y viudas, para más señas. No tiene más que ver las marcas: Viuda de Solano, por ejemplo y algunas bodegas.

—Sí, claro, pero los llevan sus hijos o encargados, no son ellas las que pelean cada mañana con las facturas y los contratos. Y encima pretendes traer productos del extranjero... Eso es cosa de hombres, hija. Vas a fracasar.

—Tenga en cuenta que otra cosa no habrá en España, pero viudas sobran. Que de eso se ha encargado la guerra. No todas tienen hijos que gestionen sus negocios y ellas salen adelante sin ningún problema.

—¿Y a quién piensas dejar en el negocio mientras te vas a Francia?

—De momento a Rafael, que es el encargado.

—No quieres a Rafael y lo piensas dejar solo al frente del negocio mientras tú te marchas a Francia.

—No está solo, madre. Está Esteban, el chico para los repartos que le puede echar una mano en lo que haga falta. Las cuentas las pondré al día cuando regrese, que tampoco voy a estar fuera tanto tiempo.

Doña Caridad guardó silencio, consciente de que nada podía hacer para obligar a su hija a cambiar de planes. Eran otros tiempos. En su juventud las cosas no funcionaban como ahora. La autoridad de los padres iba más allá del matrimonio de los hijos, sobre todo, de las hijas. Laura no valoraba lo que era tenerla a ella. Recordaba la soledad de su infancia al quedarse huérfana antes de ser una mujer. Unos tíos la recogieron, pero a cambio de que fuese su criada. Ni siquiera pudo salir sola con el que más tarde fue su marido. Iba siempre con carabina, como llamaban a la persona que se veía obligada a acompañar a las parejas para, según decían, «ahuyentar tentaciones». Su tía se encargaba de ello.

Cuando le contó a Consuelo la conversación con su madre, reaccionó como Laura esperaba:

—¿Y qué pensabas, que te iba a aplaudir? No, Laura. Pero eso no debería importarte y, mucho menos hacerte cambiar de opinión.

Tenía sus razones para hablarle así, porque cuando llamó a su amiga por teléfono, llena de dudas para hacer el viaje, esta volvió a convencerla. Ya se lo había comunicado a su madre y, siguiendo los consejos de Consuelo, no volvió a mencionarlo hasta el día de partir. Su amiga se encargó de buscar vuelo y hotel, y sin lugar a dudas aquel lunes veintidós de abril comenzó algo parecido a la

independencia de Laura.

El avión llegó a París alrededor de las doce. Un sol luminoso les dio la bienvenida. A pesar de todo, Laura estaba helada.

—No me extraña que tengas frío con esa ropa —comentó Consuelo—. Medias finas, zapatos de tacón y la falda estrecha, no son el mejor atuendo para pasear por las calles parisinas.

Propuso en primer lugar una visita las tiendas.

—Te llevaré a las Galerías Lafayette. Tienen de todo —dijo Consuelo convencida.

Cuando Laura divisó el edificio no le pareció nada especial, pero la impresión se evaporó al traspasar la puerta. Ver su cúpula la transportó a otro mundo. No se cansaba de mirarla, como si los colores de la cristalera que dejaba pasar la luz la hipnotizasen.

—Parece un teatro. Es extraordinario. Una obra de arte —exclamó impresionada.

—Sabía que te gustaría. Espera a ver la ropa que tienen. Las últimas tendencias de moda se exhiben aquí. Ven, vamos a buscar lo que necesitas para convertirte en una nueva Laura, a ver si dejas ya de lado esa imagen de viuda desconsolada que tienes.

—Tampoco hay que exagerar, Consuelo, que luego en el barrio me crucifican. No hace ni un año que murió mi marido.

—¿Y qué? ¿Se quiere más al difunto por ir vestida de luto? Deja ya el qué dirán y vive como te dé la gana. Además, sabes que Felipe estaría de acuerdo.

En la sección de ropa de mujer se dio cuenta de la enorme diferencia que existía entre esos almacenes y los españoles. Pantalones, chaquetas y blusas con aire deportivo y, sin embargo, femenino, la cautivaron, aunque no se decidía por nada, mientras Consuelo la miraba divertida.

—Esta chaqueta te quedará muy bien —le dijo cuando se probaba una jaspeada en tonos beis.

—¿Tú crees? ¿No me hace muy bajita? ¿Y el color? ¿No sería mejor buscarla negra o gris?

—No te hace, Laura. Eres bajita, ¿y qué? No tienes que preocuparte por ello. Mira a tu alrededor y verás que hay muchas mujeres como tú y más bajas. Además, eso del luto es una tontería.

—Yo lo decía porque con esta chaqueta no pegan demasiado mis tacones.

—Claro que pegan, pero no te lo aconsejo. Luego vamos a la sección de

zapatos y verás cómo encuentras algo de medio tacón, pero cómodo. No sé cómo puedes andar con esas agujas que llevas.

Al final, asesorada por Consuelo y seducida por los modelos franceses, compró un par de cada una de las prendas. Al salir de allí ardía en deseos de regresar al hotel para cambiarse de ropa. Eso sí, cuando llegase a Madrid las guardaría. No quería ni pensar lo que diría su madre si se quitaba el luto. Consuelo reía al ver el asombro de su amiga y sus comentarios no tardaron en llegar.

—En el fondo eres una provinciana, Laura. Por más que hayas nacido en Madrid.

Pensó que su amiga tenía razón. Jamás había abandonado Madrid, y mucho menos España. Para ser sincera, admitió que su mundo se reducía a Chamberí, el barrio en el que se encontraba el comercio y en el que había vivido desde que terminó la guerra. Durante la contienda, el barrio a las afueras de Madrid donde había nacido y vivido los bombardeos apenas existía en su memoria. La casita de Manzanares el Real en la que pasó los veranos de su adolescencia, propiedad de los padres de Felipe, que estos regalaron a su hijo junto con la tienda cuando se casó, y que ahora también era suya, eran los mejores recuerdos que atesoraba. Acababa de volar por primera vez y había sentido pánico, pero la tranquilidad de Consuelo le había sosegado el ánimo.

Se dirigieron al hotel en el metro; lo habían elegido próximo a Le Gar du Nord. Laura examinó la ropa comprada y se decidió por unos pantalones, una blusa camisera, la chaqueta jaspeada y unos mocasines. Al ponerse la nueva vestimenta, la imagen reflejada en la luna del armario le dio la sensación de ser otra mujer. Sentía que una Laura estaba muriendo para permitir renacer a la persona en la que, cada vez más convencida, quería convertirse. Una mujer independiente dueña de su destino.

Reconocía que Consuelo tenía mucho que ver en su transformación. Desde que Felipe había muerto, ella fue el pilar en el que se apoyó cuando el mundo se le vino abajo. Su marido no era un hombre como los demás. Todas sus conocidas le tenían envidia por la libertad que siempre le ofreció y por considerarla mucho más que una esposa. Era su amiga, confidente y compañera de trabajo. Valoraba sus opiniones y, aunque las decisiones las tomaba él, nunca lo hacía sin contar con su beneplácito. Retomar la idea de importar quesos franceses la llenaba de tristeza, porque recordaba la ilusión con la que emprendieron el proyecto y lo felices que se imaginaban en el viaje, que ahora se hacía realidad sin él. No pudo evitar que las lágrimas le resbalaran por las mejillas, como cada vez que pensaba

en que no volvería a verlo. Lo echaba de menos a su lado en la tienda y, cuando llegaba a casa, el techo se le venía encima. Meterse en la cama era otro sufrimiento. Siempre tenía frío. Faltaba el calor de su cuerpo. Nunca una cama le había parecido tan grande. Recordaba sus momentos de amor, su despertar con él, los buenos días y los desayunos que Felipe se encargaba de preparar, mientras ella terminaba de arreglarse para salir los dos a la tienda. Era muy duro despertar a media noche y darse cuenta de que estaba sola. Nadie sabía de sus lágrimas en soledad, de ese sollozo que le nacía de lo más hondo, de sus sueños con él, en los que era feliz, para despertar sintiendo la soledad como una losa de mil quilos sobre su corazón. Ahora no hablaba con nadie hasta que llegaba a la tienda, y menos mal que se evadía durante el tiempo que se encontraba allí. Por eso era tan importante para ella, a pesar de los comentarios que tenía que oír algunas veces, seguir con su negocio, luchar por él y aceptar su vida sola. Era lo único que le importaba.

Consuelo se acercó a ella con cariño.

—Vamos, Laura. Tienes que ser fuerte. Felipe estaría orgulloso de ti. Mañana veremos a Sophie y no puedes echarte a llorar a las primeras de cambio.

—Lo sé, y puedes estar segura de que no lloraré, pero no lo puedo evitar, Consuelo. Este viaje era nuestra verdadera luna de miel porque, en su día, lo más que pudimos hacer fue un corto viaje a Marbella, que a los dos nos hacía ilusión conocer, pero ni tiempo ni dinero teníamos para más. Precisamente hoy hace cinco meses que murió.

Consuelo, inmune al desánimo, tiró de ella una vez más.

—No tenemos tiempo para penas, Laura. Mañana temprano nos espera Sophie y por la tarde tengo la reunión en la sede de la Asociación Internacional de Mujeres. Tú me vas a acompañar, que ya va siendo hora de que tomes conciencia de nuestras limitaciones y te unas a la lucha.

—¿Yo? Pero si no tengo ni idea de esas cosas. Además, yo no necesito luchar por nada. Estoy bien como estoy.

—¿Ah, no? Y las trabas que hemos tenido que sortear para que estés hoy aquí y que seas tú la que se encargue de importar a España los quesos, ¿qué? Esa es la lucha. Un hombre no hubiera tenido ningún problema. ¿Acaso has olvidado las colas que hemos tenido que hacer y la de papeles que hemos necesitado para cambiar simplemente el nombre de tu tienda por el mismo, pero poniendo «viuda» delante?

—En eso tienes razón. Nunca pensé que tendría que ir de acá para allá con el certificado de defunción de mi marido, el libro de familia en el que se refleja

la condición de viuda y qué sé yo... Y eso que trabajaba con él. Todavía falta la Oficina Española en París. Ya veremos.

—Para el caso es como si no lo hubieras hecho, porque no existe ningún papel que lo acredite, y bien sabes que, sin un papel con sello, póliza y demás, nada existe.

Consuelo se daba cuenta de que, por primera vez, Laura se enfrentaba al hecho de ser mujer en la España franquista. Sabía que el verdadero problema de algunas mujeres era su ignorancia política. Ya se encargaban los padres afines al régimen de vigilar lo que leían y las amistades que frecuentaban. Lo mismo que los de izquierdas, que, inmersos en su lucha de clases, olvidaban también a la mujer. Consuelo consiguió burlar la estricta vigilancia de su padre manteniendo la relación esporádica con algunas compañeras de colegio, hijas de sus amigos y, por consiguiente, con la misma ideología franquista que ellos. Así despistaba sus verdaderos intereses, aunque cada vez le costaba más pasar una tarde con ellas por lo insustancial de su conversación. Las lecturas que tenía que hacer a escondidas en la biblioteca de la Residencia de Estudiantes, junto a los libros que compró a Olivia, que llenaron su forzado tiempo de ocio y más tarde los compañeros de la Facultad eran su verdadera compañía.

Los padres de Laura no habían sido una excepción. Él, como ordenanza del aparato franquista, había educado a su hija en los principios del movimiento. Cuando murió ella tenía más de veinte años y ya estaba casada. Nunca se había parado a pensar si estaba o no de acuerdo con ellos, porque no conocía otra cosa. Todavía recordaba Consuelo la ignorancia de su amiga cuando se conocieron y el trabajo que le había costado hacerla reflexionar sobre la política española, porque, en lo tocante a la mujer, Laura nunca había echado de menos la libertad, tal vez por desconocimiento, pero la discusión estaba asegurada casi siempre que tocaban el tema.

La vida de Consuelo estaba condicionada por ser hija de quien era: un comandante jurídico al servicio de Franco. Le costó ganarse la confianza del partido y, si no hubiera sido por la mediación de los profesores de la Facultad, con los que mantuvo una amistad estrecha, ni siquiera la habrían admitido como militante. Ahora su ideología se encontraba en crisis. No es que no creyese en los principios que inspiraba el comunismo, no era eso, porque su verdadero interés, ya desde su adolescencia, era la igualdad, sí, pero la de la mujer, que tampoco la veía entre sus correligionarios. Seguía adelante ilusionada por la promesa de un movimiento dedicado exclusivamente a la lucha feminista. Sus compañeros le recriminaban el sectarismo emergente de las llamadas feministas,

mientras los militantes eran encarcelados y torturados. Su respuesta era siempre la misma. «¿Dónde están los grupos de hombres que se preocupan por las presas?», pero ninguna respuesta le satisfacía. Los grupos de mujeres de apoyo a los presos eran cada vez más numerosos y, entre ellas, muchas estaban próximas a la opción que defendía Consuelo.

Sophie las esperaba en su tienda, un comercio situado en las inmediaciones del Sacré Coeur, en pleno Montmartre. Era un espacio pequeño y acogedor. Su mostrador de cristal estaba repleto de quesos de diferentes clases, que en España no se habían visto nunca. Una empleada atendía a la clientela con un impecable uniforme blanco y guantes de tela del mismo color, mientras Sophie se dedicaba a la gestión del negocio y, a ratos, se ocupaba también del público, sobre todo en los días que llegaban autocares turísticos para visitar la basílica, parada ineludible recomendada por todos los guías. Consuelo, sin embargo, no miraba los quesos, sino a Sophie, como hacía con cada mujer que conocía. Intentaba penetrar en sus pensamientos para ver el grado de libertad del que gozaba y, si no era el que a ella le parecía que debería tener, intentar convencerla de que luchase por ello.

Laura por su parte no podía dejar de reconocer que estaba impresionada. El Sacre Coeur le había parecido una maravilla, con su enorme cúpula sobresaliendo en aquel monte, que se divisaba desde bastantes lugares del centro de París. El espíritu bohemio de Montmartre la había impresionado. Los pintores en la calle exponiendo sus cuadros en los pequeños tenderetes, aglutinados unos junto a otros, mientras seguían componiendo nuevos lienzos, ajenos a todo el que no se interesara por su obra, daban una nota de color al entorno. Al final reconoció que se respiraba un aire de libertad inexistente en España.

Sophie se alegró de que las españolas hablasen francés porque su español era escaso y poco fluido. Intercambiaron frases de cortesía y con rapidez pasaron al tema que las había llevado hasta allí.

—Yo creo que el Normanville tendrá una buena acogida en España. Es mi preferido. Lo elabora mi familia. No sé si tenéis tiempo para visitar la granja. Está a unos doscientos kilómetros. Unas tres horas en coche. Podemos ir el fin de semana si estáis aquí.

—No lo descartamos —respondió Consuelo—. Esta tarde tengo una reunión y, dependiendo de lo que se trate en ella, es posible que me quede unos días. Si a Laura le parece bien, por supuesto. Si no, me quedará yo sola.

Laura no tuvo nada que objetar. Parecía que su vida estaba destinada a obedecer. Antes a sus padres, después a su marido y ahora a su mejor amiga. Asintió con entusiasmo como si fuese lo que estaba deseando, aunque no se lo hubiera planteado. Por fortuna, el único problema que no tenía era el económico.

—La fundó mi abuelo —continuó Sophie—. Ahora la lleva mi padre desde hace cinco años. El pueblo es muy bonito. Está cerca de Normandía, pero es muy pequeño. Apenas tiene vida para una mujer. Por eso propuse a mi familia abrir una tienda en París para comercializar nuestros productos, y accedieron. Hace apenas dos años que la inauguré, y la verdad es que estoy muy contenta. Mi idea era exportar a otros países y pensé en España porque es una tierra en la que se aprecia el queso. Un viaje a Madrid me hizo fijarme en vuestro comercio y decidí escribir a su dueño. —Miró a Laura consternada—. ¡Oh, querida! Lamento mucho que haya muerto.

Un silencio denso se coló entre ellas. Lo rompió Consuelo.

—Creo que estaría bien que probásemos la mercancía con un buen vino.

Sonrieron y Sophie salió al paso.

—¡Qué mala anfitriona soy! Perdonad, me pongo a ello.

Felipe había quedado flotando en el ambiente. Soñaba con probar la sidra de pera y el auténtico Calvados. Laura tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contener las lágrimas, algo que no pasó desapercibido para su perspicaz amiga. Cuando la francesa se alejó, acarició con cariño a Laura.

—No te atormentes, Laura. No hace ni medio año que tu marido ha muerto. Es normal que lo eches de menos. Era un buen hombre. Un poco corto, pero un buen hombre.

—¿Qué quieres decir con eso de que era «un poco corto»?

—¡Ay, Laura! Lo hemos hablado mil veces. Incluso nos hemos reído a costa de ello. No me digas que vas a ser de las que, cuando alguien se muere, quedan ciegas a sus defectos. Muerto o vivo, era corto de entendederas. Si no hubiera sido por ti el negocio sería hoy de vuestro encargado. Mejor dicho, las deudas serían vuestras, porque los beneficios se los habría bebido.

A su pesar, la hizo reír. Tenía razón. Felipe era bueno y generoso; demasiado, pensaba Laura. Pero tenía la inteligencia justa y era incapaz de manejar dos ideas a la vez. Recordó que cuando hablaban de un tema y, sin poder evitarlo, Laura saltaba a otro, él se ponía nervioso y siempre volvía a la anterior conversación para poder seguir el hilo.

—¿Dónde estás? —preguntó Consuelo cuando se percató de que su amiga se había perdido en sus pensamientos, si bien sonreía.

Antes de poder responder, Sophie regresó a la estancia donde se encontraban: la trastienda del establecimiento. En ella se podían ver estantes y armarios de cocina con utensilios para cortar los quesos, algunas fuentes y platos de cristal presididos por una mesa en el centro con sillas de madera alrededor. Todas las baldas estaban adornadas con paños blancos rematados de encaje, intercalando pequeños jarrones con flores.

Además del Normanville que le interesaba para la transacción, sirvió otros de elaboración familiar. A Laura le gustó mucho un Camembert, cremoso y suave, y pensó que más adelante, dependiendo del éxito, lo incluiría en su pedido. El envase en cajitas de madera muy fina y su envoltura interior con tela, le llamó la atención.

La sidra de pera no le recordó a Laura la asturiana. Tenía un contrapunto entre dulce y agrio que la hacía única. Consuelo eligió Calvados porque no le gustaban los espumosos ni tampoco el champán, pero en París hacía una excepción porque en nada se parecía a los españoles. La charla duró hasta la hora de comer. Congeniaron como si se conocieran de toda la vida. Sophie, más joven que ellas, rondaba la treintena, y su forma de vivir, libre y sin complejos, contagiaba vitalidad. Era una mujer atractiva y desinhibida. Vestía de manera informal, pero con esa elegancia y soltura de la mujer francesa, de la que carecían las dos amigas españolas: una, provinciana; la otra, despreocupada por el vestir y un tanto masculina.

Consuelo aprovechó la conversación para sus fines, como hacía siempre.

—¿La tienda está a tu nombre?

Insistía en conocer detalles del grado de autonomía de la mujer francesa, por lo que sus preguntas iban cargadas de intención.

—Sí. Claro. La he comprado yo. Antes, como os dije, trabajaba en el negocio de la familia, pero al vivir con ellos no tenía demasiados gastos y ahorraba casi todo el sueldo. Entre otras cosas porque en el pueblo había poco que hacer —rio—, conseguí reunir una pequeña fortuna. Bueno, debo reconocer que mi padre me ayudó.

—¿Y no tuviste trabas legales siendo mujer? —insistió Consuelo.

Sophie puso cara de extrañeza y no pudo evitar responder con asombro.

—¿Por qué habría de tenerlas? ¿Por ser mujer? Se nota que vienes de España, *cherie*.

Laura intervino para evitar que la conversación se tornase interminable, como siempre que Consuelo trataba temas relativos a los derechos de la mujer, en este caso, para constatar los de las mujeres francesas y los no derechos de las

españolas.

—¿Qué os parece si nos vamos a comer algo por aquí? —propuso Laura.

—¡Oh, no! Vamos a la Brasserie Lipp, uno de los restaurantes históricos de París y, si os gusta el cocido que hacen en Madrid, quiero que probéis *le pot au feu*, algo parecido, pero con alguna diferencia. De todas maneras, tienen una extensa carta. Si no os apetece podemos pedir otro plato.

—A mí me parece bien, pero pediré *foie*. Estar en París y no probarlo me parece un crimen —sugirió Consuelo.

—Pues yo me apunto al cocido parisino. A lo mejor me animo a hacerlo en mi casa. —La cara de Laura se entristeció—. Aunque no sé... Desde que Felipe no está apenas cocino.

Sophie salió al paso con su habitual desenvoltura contándoles que era uno de los restaurantes preferidos de Hemingway, Gide, Malraux, Proust, Saint-Exupéry, Sartre y Camus, entre otros intelectuales.

—Vale la pena que lo conozcáis.

La resistencia exiliada en París sabía que Franco no se había conformado con haber ganado la guerra, sino que necesitaba aniquilar a todo el que pensase de diferente manera, y, de una forma muy cruenta, a la mujer, a la que había relegado al mismo nivel que los niños o los dementes. Este era el tema que más le preocupaba y se daba cuenta de que la izquierda tampoco incluía en sus prioridades estos derechos. Ese había sido el motivo de su viaje a París y entregar un documento que proponía la creación de un Movimiento Democrático de la Mujer, al amparo del Partido, que luchase por sus reivindicaciones.

Como era de esperar, Consuelo convenció a su amiga para que la acompañase a la reunión. A Laura algunos temas que iban a tratar le parecieron exageraciones, pero, como en los últimos meses había vivido en propia carne experiencias de discriminación, accedió a ir con ella. Poco a poco se fue interesando por lo que hablaban. Consuelo y Laura eran las únicas españolas y pudieron constatar el abismo que las separaba de la mujer francesa, por no hablar de las norteamericanas. No así de algunos países sudamericanos y árabes, excepto México y Argentina, aunque no representó ningún alivio para ella. No lo era ver que había otras mujeres que gozaban de menos derechos.

Cuando llegó el turno a Consuelo y expuso la discriminación que sufría la mujer en España, tuvo que oír lo que ya sabía: «Contra una dictadura no podemos pensar en reducir la lucha a la reivindicación de la mujer, porque,

mientras no cambie el sistema político, es como dar palos al viento», a lo que ella respondía: «Dudo mucho que, aunque cambiase el régimen, a los que gobiernen les importen nuestros derechos, tal y como los concebimos nosotras». Estas palabras desataban la ira de las militantes comunistas que defendían también ideas feministas, porque ellas creían en lo que defendía el partido. La discusión se zanjó por la moderadora de la mesa, convencida de que ese era otro debate y no tenía sentido traer a colación si comunismo y feminismo podían ser una misma lucha.

En contra de lo que pensaba Consuelo, las inglesas no estaban a la cabeza. Parecía mentira los coletazos que daba la Inglaterra victoriana —pensó Consuelo—. Lo que relató Evelyn, una empresaria de Londres, no difería tanto de la experiencia española. Ahora bien, parecía que se debía a su núcleo familiar, casi aristocrático, más que al país en sí.

Salieron de allí entrada la noche. Fueron muchas las mujeres que pidieron la palabra cuando las representantes de otros colectivos intervenían. Consuelo relató la triste situación por la que pasaba la madre soltera en España. Habló del Patronato de Protección para la Mujer, que recluía a mujeres que el Estado consideraba «perniciosas para el buen orden» y para el ejemplo que debía ofrecer la mujer como tal. De nuevo Laura abrió los ojos a la realidad, tomando conciencia de la discriminación a la que estaba sometida la mujer en España, y se avergonzó de su ignorancia.

Sophie también se había unido a la reunión, más por curiosidad que por interés. Evelyn, no lo tuvo tan fácil como Sophie, pero no por la legislación de su país, sino por su familia, que procedía de la aristocracia inglesa y no admitía que su nombre se vinculase a las *saleswoman* porque denigraría a los suyos. «A veces la familia es peor que las leyes» —se lamentaba la inglesa, que se unió a ellas cuando se enteró de que irían a cenar—. Laura se interesó por los productos de Evelyn, mermeladas y pastas para té. Invitó a ambas a visitar Madrid y las dos aceptaron encantadas. Mucho más interesada, Evelyn ante la idea de exportar sus productos para venderlos en España, como había hecho Sophie.

Cansadas llegaron al hotel cerca de las once de la noche. Consuelo iba radiante y Laura no conseguía dilucidar cómo se encontraba. El agotamiento fue la primera sensación con la que conectó, pero también la impresión por la cantidad de proyectos que tenía en marcha la asociación, aunque dudaba de las posibilidades de las españolas para unirse al movimiento. La libertad no era la misma en lo tocante a reuniones, crear plataformas para aglutinar mujeres y, en definitiva, organizar un grupo con el que hacer presión para que las cosas

cambiasen. «Yo no tengo ganas de problemas, que bastante tengo con la tienda. Solo me faltaba meterme en líos, con la que me ha caído encima al morir Felipe», se tranquilizó Laura.

El recepcionista entregó a Consuelo un telegrama que no abrió hasta que estuvieron en la habitación.

Capítulo 8

Consuelo tenía un colega de profesión, llamado Fidel, al que conoció en sus años de universidad, que había alquilado un piso en un barrio muy próximo a la cárcel de Carabanchel. Le propuso compartirlo ante la imposibilidad de alquilar uno a su nombre; si se enteraba su padre, haría un flaco favor a las actividades que proyectaba para el futuro: montar un despacho para poder llevar las causas de las mujeres perseguidas por la dictadura. Tenía problemas para trabajar junto a los militantes que iban surgiendo en torno al partido, que no se fiaban de ella. Le parecía mentira despertar desconfianza entre ellos con los años que llevaba de lucha, pero la clandestinidad era así: desconfiada hasta la paranoia.

Fidel no tuvo ninguna dificultad para aceptar y compartir el piso, pero lo que menos le gustaba a Consuelo de un trato tan beneficioso era que su amigo reservase una habitación para «sus cosas», que no eran otras que llevar de forma asidua a toda clase de mujeres. Cuando se lo contó a Laura, a esta no le pareció mal. Llegó a decirle que, si era liberal, como decía, debería respetar lo que decidieran hacer los demás con sus vidas.

—Laura, a veces no te enteras. No es la cuestión moral lo que me preocupa, es que se trate mujeres sin recursos; chicas de servicio, dependientas... Todas ellas ignorantes y esperanzadas por hacer una boda ventajosa que las saque de la miseria. Él las utiliza fomentando falsas esperanzas, porque estoy segura de que jamás ha pensado casarse con ninguna.

—Pero ellas van de forma voluntaria —respondía Laura cargada de razón.

Entonces Consuelo se enfurecía más y le recordaba lo fácil que era juzgar el mundo desde una posición tan cómoda como la que ellas gozaban. La de Laura, por haber tenido un marido inusual para la época y ella, por el estatus de sus padres, que le había permitido tener acceso a una educación al alcance de muy pocas y a una economía solvente sin tener que preocuparse por la

supervivencia.

De cualquier manera su amiga tenía razón, reflexionaba Laura al quedarse a solas. Consuelo decía de sí misma que era «una niña bien con ideas revolucionarias y reconocía que era muy fácil serlo cuando tienes la tripa llena». Sin embargo, Laura sabía que Consuelo era injusta consigo misma, porque, pudiendo vivir cómodamente al amparo del Régimen y protegida por su padre, se enfrentaba a ellos en pro de los más débiles.

Poco a poco, Consuelo fue entablando amistad con mujeres de presos políticos, a los que en principio ayudaba, y se dio cuenta de que el protagonismo de la lucha se lo llevaban los hombres y que, cuando alguna proponía incluir en las reivindicaciones la libertad e igualdad de la que gozaron en la República, siempre tenían una palabra amable para acallar las protestas: «Con un gobierno de izquierdas no tendrías ninguna discriminación». «Sí —respondía ella— pero ninguno de vosotros lava la ropa, hace la comida y se ocupa de los hijos. Y encima, nos tenéis que dar vuestro permiso».

Estos eran los pensamientos de Consuelo, sin hablar de los problemas para trabajar una vez casadas. Las empresas preferían dar lo que llamaban «la dote» y que la empleada no volviese después de la boda, mientras sus maridos se vanagloriaban de que «se bastaban y sobraban para mantener la casa con su sueldo», aunque ese sueldo fuera escaso y condenara a la familia a pasar penurias, que con otro salario hubieran sido menores. Además, la penuria cerraba la posibilidad a los hijos de cursar unos estudios superiores. Hijos que, en la mayoría de los casos, empezaban con catorce años de aprendices en algún taller, sin sueldo, pero aprendiendo un oficio. Por otra parte, si alguna posibilidad existía en una casa para que algún hijo pudiera estudiar, era para los varones, que tendrían que mantener la suya propia el día de mañana. Las chicas... ya se sabía; habían nacido para realizar «sus labores», como vergonzosamente constaba en el documento nacional de identidad de las españolas en el apartado «profesión». Consuelo se daba cuenta de que, hasta cierto punto, pensaban lo mismo que la derecha, que la mujer no era una reivindicación urgente y que ya llegaría si lograban derribar la dictadura.

—Bueno, ¿qué? ¿No piensas decirme lo que pasa? —preguntó impaciente Laura, al ver que Consuelo había leído el telegrama y permanecía en silencio, absorta.

Por toda respuesta le tendió el mensaje: «Regresa rápido. Macarena muerta».

La miró interrogante.

—Es una mujer que estuvo en el piso de Carabanchel hasta hace un par de meses. Estaba embarazada de siete cuando los del Patronato de Protección de la Mujer se enteraron de su existencia y la trasladaron a la fuerza a la maternidad de la calle O'Donell. No le permitían visitas, pero supimos a través de una infiltrada que tenemos allí, que estaba bien, al menos de salud, y que su hijo nacería en la fecha prevista.

Macarena se había quedado embarazada del «señor» de la casa en la que servía. Como era de esperar, en cuanto se le notó la gestación la despidieron y una amiga suya le habló de Consuelo. Lo demás vino rodado. Se instaló en una habitación compartida con otras desahuciadas de la vida en lo que, en principio había sido pensado para un gabinete jurídico, y poco a poco se fue convirtiendo en casa de acogida para mujeres desamparadas, con el consiguiente enfado de Fidel, que terminó por abandonar el piso, eso sí, permitió que siguiese a su nombre. Al fin y al cabo él era también militante comunista y entre ellos se ayudaban.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Laura ansiosa.

—Me voy a Madrid. Tengo que saber qué ha pasado con Macarena y, lo más importante. Con su hijo —respondió su amiga mientras metía la ropa en la maleta.

—No puedes dejarme aquí tirada, Consuelo.

—¿Tirada? No digas tonterías, Laura. Tú no estás «tirada». No me necesitas para nada. Puedes terminar de cerrar el trato con Sophie sin mi ayuda. La cuestión legal está casi resuelta y solo queda decidir el transporte de la mercancía hasta tu tienda, y eso puedes hacerlo sola.

—Pero, Consuelo, por favor. Si tu amiga Macarena ha muerto poco puedes hacer ya por ella.

—Por ella no, pero por su hijo sí. Además, no es mi amiga, sino una mujer que nos pidió ayuda. Es mi trabajo, Laura.

—¿Tiene familia? Porque imagino que, si no es así, el recién nacido irá al hospicio para adopción.

Consuelo movió la cabeza exhibiendo el gesto característico que constataba el desconocimiento que Laura tenía de la realidad. No se daba cuenta de tantas cosas... En un matrimonio las mujeres cargaban con la exangüe economía familiar, haciendo juegos malabares para poner un plato de comida en la mesa, pidiendo crédito en las tiendas de barrio cuando el dinero no llegaba, comprando a diario incluso los huevos que se iban a comer aquel día y dando mil vueltas en el mercado para encontrar lo más barato. Se ocupaban de vigilar a

sus hijos para que hicieran los deberes del colegio, aunque no pudieran ayudarles porque muchas eran analfabetas, y ni pensar en un embarazo inoportuno, porque entonces la situación para ellas llegaba casi a ser dramática y solo había dos opciones: tener ese nuevo hijo o un aborto clandestino encima de alguna mesa de cocina en manos de un matarife o una partera. Se hablaba de una pastilla que evitaba los embarazos, pero aquello era como pensar en encontrar un millón de pesetas en la basura.

Lo que Laura ignoraba era la deriva de Consuelo hacia lo que estaba sucediendo en torno a las clínicas privadas que ofrecían hijos en adopción. Desde el momento que tuvo conocimiento de estos hechos, la joven abogada intentaba terminar con estas prácticas.

—Algunos de los hijos de estas desgraciadas los venden, Laura. No se adoptan, se los venden a familias acomodadas que no quieren pasar por ningún registro para simular que el hijo es suyo. A las desgraciadas que caen en sus manos les dicen que el niño ha nacido muerto.

—Tampoco veo el problema. Si van a parar a una casa con posibles, la vida que les espera siempre será mejor de la que tendría junto a una madre que no tiene dónde caerse muerta. Y si encima sacan algún dinero para alimentar a la familia, no sé por qué las criticas.

—¡Laura, por favor! Abre los ojos. No se los venden las madres, sino la institución que las acoge. A las madres les dicen que su hijo nació muerto y se quedan tan frescos —tras un silencio, continuó—. A veces me desespera tu simplismo. Esos niños tienen derecho a crecer entre los suyos. Pobres o ricos, son su familia. Ninguna madre vende a su hijo por muy necesitada que esté.

Laura no daba crédito a lo que oía. No era madre, pero imaginaba lo duro que sería para una mujer verse desposeída de su hijo. Consuelo prosiguió:

—La madre de Macarena también trabaja de sirvienta y tiene familia que podría hacerse cargo del niño. Viven en un pueblo de Andalucía. Pero, por encima de todo, tienen derecho a decidir lo que quieren hacer con sus hijos.

Laura asentía con la cabeza incapaz de pronunciar palabra. Consuelo, como si de un monólogo se tratase, proseguía su discurso.

—¿Te has parado a pensar en el trasfondo de lo que sucede al separar a los hijos de sus madres? Tú me hablas de proporcionarles una vida mejor y yo te digo que eso es lo que menos le importa al régimen. El objetivo no es otro que cortar la transmisión ideológica de sus familias verdaderas. Todos, escúchame bien, ¡todos los hijos robados, lo son a mujeres comunistas o viudas e hijas de comunistas! De esta forma se corta de raíz la influencia familiar sobre ellos, que

son adoptados por fascistas y educados en su doctrina.

Laura no supo qué responder. Nunca se había parado a pensar en lo que decía su amiga y comprendía que a lo mejor tenía razón. De nuevo se avergonzó de su ignorancia, de ver pasar la vida ante sus ojos como si fuese una película de la que no entendía el idioma.

—¿Por qué me dices ahora todas esas cosas? Nunca me habías hablado así.

—Porque ahora es distinto. Eres o deberías ser una mujer libre. Cuando vivía tu marido seguro que se lo contabas a él. Lo mejor que hubieras conseguido es que te prohibiera mi amistad. Lo peor, que me denunciase.

—Das por sentado que le habría ido con el cuento. ¿Y tú, qué? Jugando a ser heroína defensora de las mujeres, pero viviendo como una marquesa a costa de tus padres. ¡Menuda revolucionaria!

A Consuelo le pareció que su amiga ahondaba en su complejo y encontró injusto que se lo echase en cara. No era la única hija de los vencedores que luchaba para que los años de paz, que tan pomposamente celebraba el Caudillo, lo fuesen para todos: ganadores y perdedores. Entre esos perdedores se hallaba la mujer de uno y otro bando. La única diferencia era que las franquistas no gozaban de libertad para elegir su doctrina y, al no conocer otra cosa, estaban contentas con su destino, lo mismo que Laura. La mayoría eran católicas practicantes, y ya se encargaba la Iglesia, a través de los confesionarios, de asegurar la sumisión a unas ideas que nada tenían que ver con Dios. El asesinato durante la contienda de miles de religiosos, la quema de templos y destrucción de símbolos por algunos grupos cobijados bajo la República servía a los confesores para que los feligreses identificasen a la izquierda como el portador del mal en el mundo, lo mismo que los franquistas decían ser «portadores de valores eternos». ¿Eternos para quién? Ese era el verdadero enemigo a combatir, el mensaje sistemático al que la dictadura había relegado a las mujeres para asegurar el pensamiento de la prole. Los hijos eran educados en función de su sexo: «Los niños no lloran, eso es cosa de mujeres», para ellos, así como la eterna servidumbre de las hermanas hacia los hijos varones, lo mismo que las madres servían sin rebelarse a sus maridos y más tarde a sus hijos varones, a los que consideraban jefes indiscutibles de la casa y a los que había que obedecer sin cuestionar nada.

Consuelo se daba cuenta de lo bien que había funcionado esta educación en el caso de Laura. Se marchó enfadada y su amiga se quedó sola en París.

Al principio la inseguridad se apoderó de Laura. Le faltaba por hacer el trámite en la aduana francesa, es decir, el permiso de «salida» de los quesos

hacia España. El de «llegada» debería tramitarlo en Madrid, una vez que el producto estuviese allí. El modo más rápido era un tren de mercancías nocturno. De esta forma evitaban uno de los problemas: la temperatura que alcanzaría el queso. No era mucha cantidad. Por el momento se reducía solo a unos diez kilos, o eso era lo que había pensado. Pero lo importante no era ese envío, sino los posteriores, porque el procedimiento debería ser automático en el futuro, de tal forma que, con una simple llamada o un telegrama, el queso estuviera en menos de dos días en la tienda.

Mientras caminaba hacia el establecimiento de Sophie, no podía evitar la tristeza que le producía recordar a Consuelo. Le hervía la sangre al pensar que siempre que discutían era por lo mismo: los derechos de la mujer. Laura no se había planteado nunca que careciera de ellos. «Que la mujer fuese tratada de la misma manera que los dementes o los niños», en palabras de Consuelo. Tal vez había tenido suerte o quizá su amiga exageraba. La opinión de Laura oscilaba en ambos sentidos cada vez que discutían el tema, aunque hasta la muerte de Felipe no se había enfrentado a su carencia de derechos. El mundo era así y nunca le había parecido que necesitase cambiar, por más que Consuelo, de un tiempo a esta parte, se hubiera vuelto monotemática.

Algunas veces había hablado con doña Leonor cuando acudía a la tienda y le contaba que Consuelo había sido una niña muy diferente a las demás. Apenas le gustaba jugar con muñecas y su única distracción desde muy pequeña había sido leer, si bien la biblioteca de su padre, llena de libros de Derecho y ordenanzas militares, no fueron las lecturas que la formaron, aunque se guardó de revelar a Laura el origen de los libros que todavía escondía en el baúl de las enaguas. Por suerte su padre era ajeno a todo lo que no fuese llegar de trabajar, tomar un vaso de vino mirando la televisión, y alguna tapa que su madre le servía solícita mientras esperaba la cena. Laura se daba cuenta de que la madre de su amiga criticaba la forma de vestir de Consuelo, más para satisfacer a su marido que porque a ella le pareciese mal. Nunca hablaban de ello, pero a veces Consuelo sorprendía en su madre miradas de complicidad cuando su padre censuraba su forma de vivir y que, con la edad que tenía, nunca hubiera mostrado interés por casarse.

Bien mirado, nunca se le había conocido un novio, un amante ni una relación amorosa. Las veces que Laura le preguntaba al respecto reaccionaba mal o se enfadaba y la obsequiaba con uno de sus más encendidos discursos sobre la libertad de la mujer, provocando que Laura se enfadase a su vez, diciéndole que eso no tenía nada que ver con el amor. Laura preguntaba por

sentimientos y Consuelo no sabía cómo identificar los suyos. Tal vez por eso los dispersaba entre muchas mujeres, y también hombres, que sufriesen atropellos por situaciones injustas que, a su modo de ver, solo se daban en las dictaduras.

Después de haber visto en la tertulia de la Asociación a algunas mujeres que ostensiblemente formaban pareja amorosa, comenzó a pensar que a lo mejor era esa la opción de Consuelo. De repente notó cómo el rubor cubría su cara. ¿Sería Consuelo lesbiana? No quería ni pensarlo. «Por otra parte, a mí qué me importa. Pero sí. Sí me importa. De confirmarse mi sospecha me sentiría insegura a su lado. No sería lo mismo. ¡Cómo voy a compartir una habitación con ella si le gustan las mujeres! Es lo mismo que compartirla con un hombre. No. No puede ser. Lo que le pasa a Consuelo es que es muy exigente; eso es. Busca un hombre que defienda los derechos de la mujer, como hace ella. A mí me parece una utopía, a la vez que un imposible. ¿Por qué iba un hombre a defender algo que, a la postre, le restaría poder?», pensaba. Esos pensamientos contradictorios la hacían reflexionar y aceptar que, en el fondo, Consuelo tenía razón cuando hablaba de derechos, pero de eso a defender la relación entre dos mujeres iba un abismo. La homosexualidad seguía siendo para Laura una aberración.

Sin darse cuenta llegó a la quesería. Tanto interés por conocer París, recorrerlo para ver sus casas y su gente, y en cambio caminaba cual autómatas, metida en sí misma. Sacudió la cabeza jurándose disfrutar del tiempo que le quedaba allí. En cierto modo se alegraba de que no estuviese su amiga. Empezaba a estar harta de que cada frase que decía fuera censurada o usada para tacharla de ignorante.

Laura no quería recordar el rocambolesco recorrido en pos del permiso de exportación en las oficinas francesas. Allí, entre los requisitos que debería exigirles para su trámite, figuraba el permiso del marido o del padre. Se dio cuenta en ese momento de que el principal problema no era otro que ser mujer. La condición de viuda devolvía de manera automática la autoridad a su padre, que también estaba muerto. Su madre no servía por lo mismo que ella, era evidente. Y como los gendarmes ya no sabían a quién recurrir para que tuviera que pedir permiso, le aseguraban que se pondrían en contacto con el Consulado Español para ver qué decía la Ley al respecto. Total, pensaba Laura, para hacer lo que estaba haciendo: importar productos franceses para una tienda de comestibles de su propiedad, puesto que Felipe y ella poseían bienes gananciales

y su matrimonio se había celebrado con este requisito. Además, sin hijos, la propiedad pasaba a sus manos, pero... ¿La gestión?

Algunos funcionarios se miraban entre sí, porque el problema lo tenían en la legislación española, que nada decía de las viudas. Había gastado un dineral en taxis, porque una cosa era ir de turismo por la bohemia Parisina y otra muy diferente moverse por las oficinas estatales para conseguir los permisos y poder vender algo fuera del territorio en el que se ha fabricado. En lo único que se parecía la administración francesa a la española era en la desidia; en la cerrazón de los funcionarios a entender algo razonable, si no se ajustaba a una lista de requisitos que, más que impresa en un papel, parecía formar parte de su religión. Al final, exhibiendo el certificado de defunción de su marido, logró pasar el trámite.

Las idas y venidas de una oficina estatal a otra representaron para Laura una cercanía a la lucha de Consuelo, porque no estaba acostumbrada a ser discriminada como mujer y cuando un funcionario llegó a preguntarle si no tenía algún hombre que se hiciera cargo de la exportación, lo que facilitaría las cosas, la venda cayó de sus ojos. Entonces pensó que Consuelo estaba en lo cierto. Los franceses insistían en que no eran ellos los que ponían las trabas, sino España, donde la mujer necesitaba el permiso de un hombre para realizar cualquier negocio. Por fortuna, las leyes sobre comercio recién modificadas ayudaron a pasar los trámites con éxito. De inmediato sus ideas entraron en contradicción. Algo estaba pasando dentro de Laura, porque nunca se había parado a pensar en sí misma como persona sin libertad. Hasta el momento, solo había sido hija y esposa. Lo que había vivido equivalía a no ser nadie, si no era en función del amo al que pertenecía.

Sophie, en cambio, era una mujer feliz, desinhibida y dicharachera. No tenía problemas ni los buscaba. Su mayor preocupación era pasárselo bien y lo conseguía. El establecimiento contaba con dos empleadas, una de siete de la mañana hasta las tres de la tarde y otra desde esa hora hasta las once. Por la ubicación de la quesería, su mayor cliente era el turista, y si quería obtener beneficios debía estar a su servicio. Cuando se lo contó a Laura, esta reconoció sentir envidia por la facilidad con la que podía disponer de su vida.

Capítulo 9

Los quesos llegaron en perfecto estado unos días después. Laura intentaba darle instrucciones a Rafael para poner en marcha la venta de los nuevos productos. Lo primero que tendría que hacer era partir uno de ellos y ofrecerlo a las clientas como degustación. Los demás, guardarlos en el frigorífico e ir sacándolos de allí al venderlos.

—Tú verás lo que haces, pero te advierto que si se estropean perderás dinero y tú serás la responsable.

—Siempre lo soy, Rafael. Te recuerdo que la tienda es mía —respondió en un tono más agrio del que le hubiera gustado.

Las venas rojas que surcaban la cara del encargado parecían a punto de reventar.

Desde que Felipe había muerto Rafael intentaba llevar las riendas del negocio a espaldas de Laura. Su última idea era que ella tuviera que permanecer más horas en la tienda y no tuviera tiempo para la gestión y por eso había despedido al dependiente que le ayudaba. Laura se enteró a su regreso de Paris cuando preguntó por él.

—Por cierto, Rafael. ¿Dónde está Esteban?

—Se marchó de un día para otro —enrojeció aún más al decirlo.

—¿Se marchó o lo despediste?

—¡Qué más da! —respondió alzando la voz—. Lo que es evidente es que se ha ido.

—Está bien, Rafael. Ahora no es momento de hablar de eso. Lo que tienes que hacer es guardar los quesos en el frigorífico y poner algunos en el expositor.

—¿Y no puedes hacerlo tú? Yo tengo que atender a la clientela.

En ese momento dos mujeres esperaban pacientes que terminase la discusión. Laura se puso a guardar los quesos esperando mejor ocasión para

poner en su sitio al encargado.

Estaba cansada psíquicamente y su ánimo no era bueno. No había paso que no resultase un problema. Permisos para una cosa, para otra, incluso fuera de España, pérdidas de un tiempo que ella no tenía... La burocracia podía llegar a ser infinita, y menos mal que hasta el momento las cosas iban saliendo medianamente bien. Ahora debía enfrentarse a un problema que había ido posponiendo: poner límites a las ínfulas de su empleado.

Agotada de discusiones estériles, se marchó de la tienda, cuando terminó con los quesos. Deseaba llamar a Consuelo, pero se habían despedido con una ardua discusión. Laura lamentaba haberle dicho que era muy cómodo ser comunista con el respaldo económico de su familia. Necesitaba hablar con ella cuanto antes para decirle que no pensaba así, que había sido una salida de tono y que se arrepentía.

El vuelo de París a Madrid no iba muy lleno, Consuelo dormitaba recostada en su asiento planeando lo que haría al llegar a Madrid. Como no llevaba mucho equipaje, decidió que iría directamente a la maternidad a ver qué había pasado con Macarena. Si, como le habían dicho, estaba muerta, necesitaría localizar a la madre para que se hiciera cargo del nieto.

El ruido sordo de los motores del avión actuó como un hipnótico y su vida comenzó a desfilarse como una película de la que a veces no se sentía protagonista. Algo empujaba su destino hacia un rumbo en el que los demás tomaban decisiones por ella. ¿En qué se estaba convirtiendo? Casi cuarenta años vividos y, desde que terminó la carrera, tarde para lo que ella hubiera deseado, no había perdido el tiempo, aunque ahora se lo parecía. Durante esos años se fraguó la mujer que era hoy, a pesar de que en aquellos días, al despertar, se preguntaba lo mismo; lo peor era que la pregunta continuaba vigente: ¿Qué hacer con su vida?

Una vez más veía la mano de la Iglesia detrás de la sumisión femenina porque el mayor proselitismo se llevaba a cabo a través de los confesionarios. Para consternación de su padre dejó de ir a la iglesia, aunque su madre intentaba limar asperezas diciéndole a su marido que era normal en la juventud tener una crisis de creencias, que era un momento de la vida en el que se cuestionan muchas cosas, pero Laureano no quería ni oír hablar de ello e intentaba imponer su voluntad como hacía con su esposa.

Tal vez fuese porque algunas personas nacen con la rebeldía incorporada, o

por la forma de ser dictatorial de su padre. O quizá debía buscarlo en la sumisión de su madre... Ya no lo sabía y a estas alturas no le importaba. Una sacudida del avión cortó sus recuerdos. Se había dormido, porque en pocos minutos aterrizarían en el aeropuerto de Madrid. Como había planeado, se presentó en la maternidad. Lo primero sería saber por qué había muerto Macarena, procurarle un entierro digno y hacerse cargo de su hijo. Nada sucedió como esperaba y por la noche, cuando regresó a su casa, estalló la bomba. Su padre la esperaba sentado en el sillón, frente al televisor. Al verla entrar, lo apagó y se encaró con ella.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —fue su bienvenida.

—No sé a qué te refieres. Vengo de París.

—Haz el favor de no hacerte la tonta y contéstame. Me vas a decir ahora mismo qué se te ha perdido a ti en la maternidad de O'Donnell y de qué conoces a la desgraciada esa que se ha muerto de parto. Eso, por no decir con qué derecho reclamas a su hijo. ¿Te has vuelto loca?

—Los que se han vuelto locos son ellos. ¿Con qué derecho roban los niños a sus madres?

—Nadie roba nada. Lo único que hace el Gobierno es defender a la infancia y procurarles una vida digna a esos pobres desgraciados, que nacen de mujeres pervertidas, impuras e irresponsables, que lo mejor que pueden ofrecerles es pasar hambre. ¿Acaso te parece mal que se intervenga para buscarles un porvenir?

El tono de voz se fue elevando. Leonor observaba la escena temiendo lo peor, que no tardó en llegar. Laureano estaba fuera de sí y Consuelo, en vez de amilanarse, se empleó a fondo defendiendo sus ideas. La discusión se saldó como temía doña Leonor:

—No quiero volver a verte, ¿lo oyes? Ni en esta casa ni en mi vida. A ver quién lucha ahora por ti —el padre de Consuelo zanjó la conversación después de añadir—: mañana no te quiero ni aquí ni en el bufete. Esta ya no es tu casa.

A Consuelo todavía le quedaron ganas de responder:

—Tu bufete no me importa lo más mínimo. En cuanto a esta casa, a pesar de que no es solo tuya, no sufras. Me iré.

La ira de su padre se zanjó dando un portazo y dejando a su hija con la palabra en la boca. El hecho de que le recordase que la casa la había comprado también su mujer, le encendió todavía más.

Laura no podía dejar de reflexionar sobre lo que era o había sido su vida, porque notaba que algo se removía en su mundo. Recordaba a Felipe, que no llegó a terminar ni el bachillerato elemental. Su madre decía que la culpa la había tenido su padre por llevarle tanto a la tienda, pero, de no haber sido así, nada hubiera cambiado y eso Laura lo sabía. Sonrió al recordar las palabras de Consuelo no hacía muchos días cuando le dijo que «Felipe era un poco corto», algo que él mismo reconocía sin complejos, porque se conformaba con ser un buen comerciante y para eso no había necesitado estudiar.

Más que nunca recordaba aquellos domingos en los que las dos familias iban al cine con sus hijos; ella con catorce años, Felipe, ya con veinte, tenía edad de hacer lo que otros jóvenes de su edad, pero prefería estar junto a Laura, de la que se había enamorado siendo todavía una niña. Las vacaciones también las hacían juntos con sus inseparables vástagos, en una casa propiedad de los padres de Felipe, sita en un pueblo de la sierra madrileña. Una casa vieja y destartada en la que no había que tener cuidado con romper las cosas porque todas estaban rotas. Pero no les importaban las vajillas desportilladas, las sillas que necesitaban reponer sus asientos de enea, los vasos diferentes todos ellos... Lo cierto era que lo pasaban muy bien, especialmente los niños. En los bajos vivía una familia que había trabajado algunas tierras del abuelo de Felipe, antes de venderlas para montar la tienda de comestibles que, a Laura le parecía mentira, ahora era suya y, en cierto modo, no lo encontraba justo. Por otra parte, el padre de Felipe ya no era él. De repente sus ojos empezaron a mirar más allá de sus interlocutores y su mirada se quedó vacía. Los años habían pasado muy de prisa. Las tierras tampoco eran suyas, los caseros se habían muerto y la casa de la sierra estaba ruinososa.

Laura temía que su vida se desmoronase lo mismo que había sucedido con ese pasado, pero no podía dejarse abatir y debía luchar por el presente. Se puso en contacto con su amiga instándola a verse al día siguiente. Consuelo le avanzó por teléfono lo sucedido a su regreso de París. Quedaron en el Café Comercial de la glorieta de Bilbao, el mismo en el que hablaron por primera vez. Hacía buen día y ocuparon una de las mesas de la acera. Consuelo se mostraba impaciente por hablar y Laura no se lo impidió; la dejó explayarse. Ella no quería nada y lo quería todo, pero era evidente que los problemas de Consuelo no eran metafísicos, sino existenciales. Se interesó por ello.

—¿Qué ha pasado?

—De todo, Laura. Parece mentira que haga solo tres días que no nos vemos. Mi padre se ha enterado de mis andanzas en torno a la maternidad y me

ha echado de casa.

—¡Pero qué dices! ¿Cómo se ha enterado?

—Imagino que por la policía. Debieron de llamar los de la maternidad.

—¿Qué te dijo? Debió de ponerse como una fiera.

—Una fiera parecería un corderito a su lado. Pensé que me pegaría, te lo juro. Nunca lo había visto así.

—Me dejas de una pieza. ¿Y ahora qué harás?

—Reorganizar mi vida. No me queda otra solución. Se ha enterado de lo del piso de Carabanchel. Ha sido a raíz de lo de Macarena, que estoy segura de que se la han cargado, pero eso es otra cosa. Desde el aeropuerto me fui allí y me dijeron que en el parto habían muerto los dos, pero no me lo creí. Yo sabía del comercio que se traen con niños de madres solteras, y estaba investigando la forma de cortarlo; la mayoría son prostitutas que se han quedado embarazadas, otras, como Macarena, que han abusado de ellas en las casas donde trabajaban... Por lo visto, en la misma clínica hay mujeres que, amparadas por un médico que dirige el negocio, fingen un embarazo controlado por ese ginecólogo y, pasados los nueve meses, llevan a cabo la maniobra por la que percibe un dineral. Esperan que una de estas mujeres dé a luz y luego le dicen que su hijo ha muerto y la falsa embarazada sale de allí con un flamante niño que le han arrebatado a otra.

—¡Consuelo, por Dios! Eso que dices es muy grave. ¿Estás segura? ¿Cómo te has enterado?

—Hablando con algunas mujeres que han perdido a sus hijos de esta forma.

—¿Y ellas cómo lo han sabido?

—Por casualidad y por las sospechas de más de una, que notó maniobras extrañas después del parto porque no les permitieron ver al recién nacido. Más tarde, cuando insistían en ver a ese hijo muerto, por lo visto tenían un cadáver congelado, se lo mostraban diciéndoles que era su hijo y la conmoción del momento, hacía que estas infelices aceptaran sin rechistar el engaño.

—Es escalofriante lo que cuentas. ¿Y cómo sabes lo de las falsas embarazadas?, porque eso sí que es grave.

—Verás, una mujer que sirve en casa de unos señores que acaban de tener un hijo asegura que su señora nunca estuvo encinta. Oyó algunas conversaciones entre el marido y la mujer que la pusieron alerta. Quiso asegurarse y la espío. Se dio cuenta de que su barriga no era la de una embarazada y, mirando por el ojo de la cerradura de su dormitorio, la sorprendió colocándose la falsa tripa. Se

quedó de piedra. ¡Eran cojines!

—¡No puede ser! ¿Para qué fingir un embarazo?

—Primero para no tener que esperar la adopción y segundo, para registrar el hijo como suyo. Los más solicitados son los varones. Esta gentuza no quiere a las mujeres ni recién nacidas.

—Lo siento, Consuelo... —intentó interrumpir Laura, pero Consuelo no la dejó.

—Espera. No he terminado. Lo peor viene ahora. Resulta que insistí en verla y me dejaron hacerlo si me hacía cargo del entierro. Su cara reflejaba tal dolor que me acerqué sin pensarlo y le cogí una mano. Alrededor de su muñeca vi marcas de ligaduras y no pude evitar preguntar con gesto airado a la monja por qué las tenía, pero no me dio ninguna explicación convincente. Todavía no sé cómo me dejaron verla porque era evidente que me iba a dar cuenta de las marcas.

»Cuando le pedí a la monja que me enseñase el cadáver del niño, me echó de allí con cajas destempladas y yo, en vez de callarme, que un día me voy a meter en un lío... —Hizo una pausa acompañada de una sonrisa triste—. Un día no. ¡Ya! Pues eso, lo de siempre. Que le dije que era abogado, que eso no se iba a quedar así, que tendría noticias mías... Pero no. Las tuve yo de ellas. Por la tarde ya lo sabía mi padre y por la noche tuvimos la bronca del siglo. Conclusión: tengo que buscar trabajo, casa y ver qué hago con mi vida. En su bufete no ganaba mucho, pero lo suficiente para ir tirando y pagar el piso de Carabanchel.

—Me dejas de una pieza. A lo mejor a tu padre se le pasa y dentro de unos días puedes volver.

—No. Esta vez no. Ya no depende solo de él, sino de sus clientes, a los que pesca en los despachos del juzgado como abogado del Estado y a los que atiende por la tarde en privado. Si cae en desgracia su carrera se va al traste. No sería el primero. Está claro que me toca a mí. Mi madre está que no vive.

—Dale tiempo, a lo mejor tu madre le hace reflexionar. Todavía no sé cómo te permitió estudiar la carrera —respondió Laura.

—Ya sabes que tuve que pelear lo mío. En cuanto a mi madre... Sé que ella no piensa así, pero no puede hacer nada. Por eso lucho, Laura. Para que algún día nosotras podamos decidir nuestras vidas sin que las condicione primero el padre y, cuando te casas, el marido. Ahora lo que me atormenta es lo que está pasando con estas mujeres y no voy a parar hasta conseguir que eso se acabe. Bueno, eso y cómo voy a vivir, porque todavía no he podido hablar con

mi madre a ver si me echa una mano hasta que encuentre algún trabajo.

»Ahora cuéntame tú. ¿Qué tal terminó tu aventura parisina?

Laura contó su periplo en la oficina de exportación francesa; su visita al consulado español y las trabas que tuvo que sortear para conseguir su propósito.

—¡Pero esto no puede ser! —gritó Consuelo—. La Ley de 1961 dejaba claro nuestro derecho a ejercer como empresarias, contratar personal y otros temas que tendría que mirar. Eso sí, lo del permiso marital o paterno, ni se toca.

—Yo no tengo padre ni marido. Ese es el problema y mi suegro, aunque no tenga nada que ver en todo esto, porque la tienda estaba a nombre de mi marido, está enfermo. Tiene una enfermedad parecida a la demencia y el pobre a duras penas reconoce a su mujer.

—Tenemos que solucionar este tema de una vez por todas. Ahora me es imposible ayudarte, necesito buscarme un trabajo y un piso para vivir. No puedo seguir en casa de mis padres. La situación se ha vuelto irrespirable. Hasta mi madre dice que lo mejor que le puede pasar a esos niños es caer en una familia como Dios manda y no quedarse con una mujer soltera y pobre.

—Tu madre tiene miedo, no la culpes. En cuanto a esas mujeres... No puede haber nada más duro que perder un hijo, o saberlo vivo y que te lo hayan robado. ¿Qué piensas hacer?

—Mi madre no tiene miedo. Ninguna de las vencedoras tiene miedo. Lo que les pasa es que tienen una mentalidad como la de los hombres. Vaya, la mentalidad franquista, que en este sentido no difiere demasiado entre hombres y mujeres y, para las que intentan pensar, está la Iglesia en la retaguardia ideológica.

—Tu madre es distinta, Consuelo, pero para llevarse bien con tu padre tiene que ceder.

Un silencio reflexivo se abrió entre ellas. Laura no era madre. No le había preocupado nunca. Al año de casados, acudieron a un ginecólogo para que dictaminara por qué Laura no se quedaba embarazada. El diagnóstico fue tajante. Laura no tenía ningún impedimento para engendrar. El problema perfectamente podía ser de su marido. Tal vez con el paso del tiempo y cuando menos lo esperasen habría un embarazo. Recordaba que, al salir de la consulta, Felipe todo lo que le dijo fue que lo sentía mucho, pero que él no necesitaba hijos. Con tenerla a ella le bastaba, pero tampoco se había dignado preguntar la opinión de su mujer.

Volvió al presente ofreciendo su casa a Consuelo, quien se la quedó mirando como si no entendiera qué le estaba diciendo.

—No, no. De ninguna manera. Esto no es un problema puntual. Me parece que es definitivo y quiero una solución para siempre. Creo que alquilaré un piso en un barrio cercano a la cárcel de mujeres. Así no tendré que pasarme el día arriba y abajo. Además, meterme en tu casa te comprometería y es mejor que estés al margen, por lo que pueda pasar.

—Consuelo, por Dios. No te puedes ir a vivir a las inmediaciones de una prisión. Aquello está lleno de maleantes y de gentuza.

—Querida Laura, creo que tenemos mucho que hablar. No puedes llamar gentuza a todo el que no tenga dinero para vestir con dignidad. Cierto que hay sectores marginales que roban y llegan a matar por un mendrugo, pero eso es hambre, querida. ¡Hambre! Y es muy cómodo llamar gentuza a los marginados, huir de ellos, en vez de proporcionarles la oportunidad de salir de su situación.

—¡Ya salió la redentora! Y tú vas a cambiarlo, ¿verdad? ¡Vamos, Consuelo! Piensa un poco y busca la forma de salir del lío en el que te has metido, en vez de pensar en unas personas que son un problema del Estado, no tuyo.

Notó que Consuelo enrojecía y estaba a punto de uno de sus estallidos. Sin embargo, esta vez recuperó el control.

—No he sido yo la que se ha metido en un lío, sino ellos, porque no pienso descansar hasta que consiga saber qué ha sido del hijo de Macarena y, ya que no pude hacer nada por su madre, lo haré por el niño.

Consuelo no podía permanecer impassible ante el tema del robo de recién nacidos hijos de madres solteras o mujeres sin recursos. Macarena era rubia y lo más probable era que, según el espíritu ario que impregnaba el franquismo, se valorase por encima de todo una piel blanca y un pelo rubio. Por qué mataron a Macarena era todavía una incógnita, pero eso se escapaba a cualquier investigación por motivos obvios. Se trataba de una mujer venida de un pueblo de Andalucía, hija de un republicano muerto en el frente, que consiguió escapar ayudada por el cura, quien le había encontrado a ella un trabajo para servir en Madrid en casa de un mandamás del régimen, al que aseguró que la mujer no tenía nada que ver con las actividades del marido. Le extendió una especie de certificado en el que aseguraba que era una buena cristiana, buena persona que confesaba con él, lo mismo que su madre, a la que consiguió un puesto en una casa con familia numerosa. El «señorito» de Macarena se encaprichó de ella, la dejó embarazada y, probablemente, fue quien ordenó su ejecución para no dejar cabos sueltos.

Como había planeado, encontró piso en las inmediaciones de Las Ventas,

donde se hallaba la cárcel de mujeres. La calle Aniceto San Juan no recordaba en nada el lujoso barrio de Salamanca, del que provenía, pero no tenía elección. Las casas apuntaladas y calles sin asfaltar que en los días de lluvia se volvían intransitables para unas gentes desahuciadas de la fortuna, vestida con harapos la mayoría o con prendas a las que sobraban o faltaban tallas y esa expresión de derrota en los ojos; gente que no habían ganado ni perdido la guerra, sino la dignidad. Ese era ahora el vecindario de Consuelo.

El primer día que durmió en su nueva cama, por llamar de alguna manera al catre con un colchón de borra cubierto por telas compradas en el rastro, que hacían las veces de sábanas, terminaron con las reservas emocionales de la abogada, que lloraba lamentando que para ayudar a los que más lo necesitaba, el destino la llevase a una situación que le restaba fuerzas y deprimía su personalidad alegre y luchadora. Ni siquiera contaba con un trabajo para pagar el alquiler. De momento contaba con algunos ahorros, pero no durarían mucho y temía que su madre no le prestase su ayuda confiando en que pidiese perdón a su padre para regresar a su casa. Eso, y que dejase de una vez su encarnizada lucha contra el franquismo.

En los últimos días de junio, recién comenzado el verano, ya estaba instalada independiente de sus padres y libre, pero pobre. Abandonó el piso de Carabanchel; ya no le importaba que el contrato estuviese a su nombre, puesto que su padre le había abierto la puerta y en algún sitio tenía que vivir. Su nueva casa dio cobijo a las mujeres embarazadas que en su nueva actividad, volcada a destapar el robo de recién nacidos, no impidió que abandonase su protección a las reclusas brindándoles apoyo jurídico, si bien todo le costaba dinero y todavía no tenía un trabajo con el que costearlo.

La ruptura con su padre le dolía, pero no por él, sino por su madre. Lo sucedido la entristecía al recordar su infancia y a un padre que no se parecía en nada al que marchó a la guerra. Laureano siempre había sido un hombre serio, pero no intransigente; recordaba las tardes en El Retiro paseando de su mano y respondiendo con paciencia a la curiosidad de una niña, que nunca se conformaba con explicaciones imprecisas, lo que despertaba sus risas. Veía feliz a su madre cogida de su brazo; hacían muy buena pareja. Era alto y elegante. Aunque sus orígenes fuesen obreros, sus padres no habían escatimado los escasos recursos que tenían para darle la mejor educación posible. Cursó estudios en colegios privados en los que se rodeaba de las familias adineradas de la capital. Eligió estudiar la carrera de Derecho y, a base de privaciones, sus padres se la costearon. Tal vez fuese ese el motivo de su desmesurado orgullo;

quizá fuese la razón por la que no aceptaba el dinero de su mujer. Consuelo nunca lo sabría, lo que sí pudo comprobar y sufrir, lo mismo que su madre, fue el cambio drástico que sufrió cuando, convertido en comandante, regresó a Madrid una vez terminada la contienda.

Algunas veces había hablado con su madre, que le quitaba importancia diciendo que tenía mucha responsabilidad y por eso había cambiado. Consuelo no lo veía así. Jamás había hablado de ello, pero recordaba el odio cerval que exhibía sin pudor hacia el bando perdedor. No comprendía por qué su padre había cambiado tanto, tal vez la guerra había inoculado en él ese odio a los comunistas... Se preguntaba con frecuencia sin hallar respuesta. Ahora, después de la discusión del otro día, se daba cuenta de que no lo quería. Que sentía por él un profundo desprecio por su obsesiva persecución a unas personas a las que no solo habían derrotado en la guerra, sino que les habían arrebatado la dignidad y ahora, también, a su descendencia.

La revista del Partido Comunista le ofreció trabajo. Ganaba muy poco, aunque a través de ellos consiguió también algún cliente como abogado, pero su opulencia de antes se convirtió en supervivencia. Aunque Laura intentaba solucionarle la comida enviándole paquetes con productos básicos: aceite, legumbres, latas de conserva y embutidos, la generosidad de Consuelo daba al traste con cualquier ayuda, puesto que su casa era refugio de indigentes, sobre todo mujeres embarazadas que temían ser descubiertas y correr la misma suerte que Macarena, pero eso en cuanto a las que dormían allí, a las que había que añadir las que iban cada día a comer.

Una de ellas, que había sido amiga de Macarena, fue la que contó a Consuelo el nombre del padre del hijo que esperaba. Cuando lo oyó, dio por perdida toda esperanza de esclarecer la muerte de la mujer, pero avivó sus deseos de recuperar al niño. Porque había sido niño. Al menos, eso dijo la monja que la recibió cuando fue a interesarse por ellos. La insistencia de Consuelo por recuperar al hijo de Macarena enfureció a la directora de la maternidad, que impidió el traslado del cuerpo para darle sepultura. Finalmente a Macarena la enterraron en una fosa común y dieron carpetazo al asunto. No era el primer caso que conocía. Otras mujeres, que no habían terminado como Macarena, y con las que se puso al habla Consuelo, le desvelaron varios casos en los que los hijos nacían «muertos» con más frecuencia de lo que era razonable admitir y no le cupo duda de que habían sido robados, lo mismo que el de Macarena.

El odio se había instalado en torno a doña Leonor: su marido, a los comunistas; su hija, a los franquistas, odio que para ella era una fuente de sufrimiento constante, temiendo lo que finalmente había sucedido. Estaba en un fuego cruzado sin encontrar la salida. Añoraba más que nunca a sus padres... Si vivieran, pensaba con frecuencia, las cosas serían más sencillas, porque ahora su hija se hubiera ido con ellos y no tendría que vivir como una indigente. Y lo peor de todo era que no podía hacer nada. Que su marido le había prohibido tajantemente verla y, mucho menos, ayudarle económicamente. Leonor estaba segura de ser vigilada. Había notado presencias extrañas tras ella cuando salía de casa. Incluso en el mercado los veía, porque no era frecuente encontrar entre las gentes que lo frecuentaban a individuos con traje y evidente aspecto de policía. Se hallaba atada de pies y manos.

Consuelo se alegraba de haberse instalado en las inmediaciones de Las Ventas, junto a la cárcel de mujeres construida en el año 1931 por la que fuera directora general de prisiones, Victoria Kent. Los descampados que la rodeaban entonces aparecían ahora sembrados de casas baratas, y la cárcel, planeada para ofrecer a las reclusas una dignidad de cara a su reinserción, se convirtió en un lugar en el que la pérdida de libertad no era nada comparada con las condiciones infrahumanas que soportaban. En la guerra civil se utilizó como prisión provisional de hombres, ahora, había recuperado sus orígenes y volvió a albergar mujeres, pero jamás la filosofía con la que fue construida. El hacinamiento y la miseria de las reclusas era notorio. Nadie pensaba en su reinserción porque el objetivo era que nunca salieran de allí. Consuelo había decidido estar más cerca de ellas.

Después del caso de Macarena y el evidente robo de su hijo, se radicalizó en su lucha por los derechos de la mujer y esta vez sí consiguió involucrar a Laura en su empresa.

El inmueble en el que se había instalado Consuelo era un piso amueblado de forma precaria, situado en una calle cercana al recién inaugurado metro de Ciudad Lineal. Laura miraba a su amiga con tristeza, aunque ella aseguraba que no le importaba vivir así, que valoraba más su independencia que los lujos de su casa. Su forma de vestir también habían cambiado. Con frecuencia usaba pantalones, ahora masculinos y zapatos comprados en Segarra para «que duren» y, sobre todo, baratos. Carecía de lavadora y a veces acudía a casa de Laura para lavar la ropa y se quedaba a dormir.

Lo que más echaba de menos era la comida que preparaba su madre, las sábanas de algodón recién planchadas y el olor a limpio de las toallas, pero, por

encima de todo, echaba de menos su aparato de radio de largo alcance, un regalo de su madre. Con ella escuchaba La Pirenaica, como llamaban a Radio España Independiente, emisora clandestina que explicaba la realidad de una dictadura que el Gobierno pretendía camuflar como democracia, con el fin de ser aceptado por la comunidad internacional. La buscó para llevarla consigo y no la encontró. Pensó que su padre la habría escondido. Intentó recuperar la radio, pero su padre se lo había prohibido expresamente a su madre, por lo que nada podía hacer.

Capítulo 10

Junio tocaba a su fin. Siete meses ya desde la muerte de Felipe. A Laura le parecía mentira que hubiese pasado tan poco tiempo cuando constataba lo mucho que había cambiado su vida. Sus problemas empresariales se habían solucionado una vez que cambió la titularidad de la tienda, a nombre de su marido hasta ese momento, por el de Viuda de Felipe Rubio. Esperaba la ocasión para despedir a Rafael, con la oposición de su madre que, aunque no tenía ni voz ni voto en el asunto, expresaba su opinión siempre que podía, cuestionando la iniciativa de su hija, a la que acusaba de querer comportarse como un hombre. Culpaba a su amiga Consuelo de meterle «ideas raras» en la cabeza. Laura había aprendido a no discutir, pero hacer y deshacer a su antojo, dijese su madre lo que quisiera.

En los primeros días de julio las cosas empezaron a complicarse en la tienda. El asunto de los quesos coleaba porque a Rafael no le había sentado bien que Laura tomase la iniciativa, y que desde aquellas fechas los envíos se sucedieran sin dificultad, una vez solucionados los problemas de importación. El encargado veía claro que lo despedirían en cualquier momento y aprovechaba cualquier ocasión para enfrentarse a Laura. No estaba dispuesto a dejarse mandar por una advenediza que engatusó al hijo del dueño para terminar usurpando su puesto. Siempre había bebido, pero en los últimos meses los excesos con el alcohol eran más que evidentes y algunas clientas se lo habían comentado a Laura, que veía un resquicio por el que poder echarlo, pero las cosas se precipitaron en el momento más inoportuno.

Un día, alrededor de las cinco de la tarde, con el abrasador calor del verano en las calles de Chamberí, estrechas y poco ventiladas en algunos tramos, Laura se dirigía a su establecimiento para hablar del horario de verano y suspender los pedidos de productos perecederos. Se extrañó al ver la persiana echada, señal

inequívoca de que estaba cerrado. Por lo general, la tienda abría a las cuatro y Rafael era el encargado de hacerlo. Levantó la persiana metálica y se dispuso a entrar. El interior presentaba un gran desorden, como si se hubiera librado una batalla campal. Algunos productos estaban apilados sobre el mostrador y la caja abierta sin dinero. Se asustó. Pensó en llamar a la policía. Le hubiera gustado hablar antes con Consuelo, pero ya no tenía teléfono. Lo malo era que a esa hora no podía localizarla. Algunas clientas entraron cuando vieron el cierre alzado y preguntaron por Rafael, sorprendiendo a Laura con la mirada perdida en el desorden y sin reaccionar.

—No sé dónde está —respondió—. ¿Alguien sabe si ha pasado algo antes de cerrar?

—No lo sé, pero a la una y media ya estaba cerrado —respondió una asidua que vivía enfrente de la tienda—. Lo vi salir desde mi ventana.

En ese momento lo único que podía hacer era recoger el desaguisado y quedarse atendiendo a la clientela. Llamó a su madre para que le echase una mano. A veces ayudaba y le servía de distracción. No tardó en acudir.

—Rafael está raro, hija —dijo al llegar—. Me parece que está a disgusto aquí. En los últimos días no ha parado de protestar por todo. Además, cada día bebe más. Creo que fue a raíz de los quesos que trajiste de Francia.

—¿Por eso?

—No exactamente. Dice que no le consultaste nada y que él está aquí para algo.

—Exacto, madre. Para despachar y guardar los pedidos, pero la que decide lo que se hace soy yo. Le guste o no, es un empleado mío. Eso es lo que no le entra en la cabeza.

Rafael oyó las últimas palabras, porque en ese momento entraba en la tienda.

—¿Qué me tiene que entrar en la cabeza? Porque supongo que hablas de mí —dijo mirándola con desafío.

A Laura le pilló con el humor cambiado y, por primera vez, le explicó sin rodeos lo que pensaba, ante la atónita mirada de su madre.

—Ya que lo preguntas te lo voy a decir. No te entra en la cabeza que esta tienda es mía. Es mi negocio, el mismo que he llevado durante años junto a mi marido, que, por si no lo sabías, delegó todas sus funciones en mí para dedicarse a viajar e incorporar productos nuevos a los que ya teníamos. Y ahora mismo me vas a decir qué horas son estas de llegar, además de darme una explicación del estado en el que he encontrado todo, por no decir en el que te encuentras tú y ya

de paso, decirme dónde está el dinero de la caja.

Era evidente que Rafael estaba borracho. No llegaba a caerse, pero le costaba mantener la mirada y esta aparecía vidriosa. Ante el asombro de Laura, se echó a reír y lanzó una amenaza.

—No te me pongas chula, Laurita, que me largo y ya te las apañarás con tu negocio.

Se lo puso en bandeja.

—Pues mira, sí. No hace falta que vuelvas. Te pago los días que has trabajado este mes y deseo que te vaya bien. Como indemnización te llevas lo que has ido robando durante años y lo de hoy, porque imagino que te lo habrás bebido.

La áspera discusión que precedió a estas palabras zanjó de raíz un problema al que Laura no sabía cómo enfrentarse. Caridad, su madre, permanecía en silencio mirando a su hija con asombro teñido de odio.

La marcha de Rafael obligó a Laura a cancelar muchos proyectos porque tuvo que hacerse cargo de todo el trabajo de cara al público, que, por el horario de la tienda, equivalía a estar el día entero tras el mostrador y parte de la noche resolviendo pedidos y cuadrando la caja. Hasta el día quince no había previsto modificar el horario y abrir por la tarde solo de seis a ocho, porque en las horas de calor apenas iba nadie. Su madre ayudó como pudo, pero se lamentaba de la marcha del encargado. Por su parte, las clientas preguntaban por él continuamente.

—Hija, no sé qué va a pasar ahora que no está Rafael.

—Lo que tenía que haber pasado desde que murió Felipe, madre. Que no tendré que vigilar si mete mano a la caja.

Laura no denunció los hurtos, ni los destrozos de aquel día. Tampoco la apropiación del dinero de la caja, que no le cabía duda había sido obra suya. Algo debería tener a la vista para trabajar —pensó—, y se daba cuenta de que había elegido el momento para lanzar un poco de veneno antes de marchar, por la actitud hostil de algunas clientas.

No fue hasta la primera semana de agosto cuando pudo encontrar un empleado, aunque no le servía para sustituir a Rafael por su juventud e inexperiencia. No podía hacerlo cualquier persona, porque dejaba el negocio en sus manos la mayor parte del tiempo, pero también necesitaba un chico de los recados, como el que su encargado despidió. Había personas mayores a las que se les llevaba la compra a domicilio y ese trabajo recayó sobre ella los días que

no tuvo más que a su madre como ayuda. La llegada del nuevo empleado le daba un respiro.

Se llamaba Carmelo y había nacido en Madrid, en el barrio de Tetuán, relativamente cerca de la tienda. Acababa de regresar de cumplir el servicio militar y había perdido el empleo que tenía antes de marchar. Al menos Laura ya no necesitaba cargar las cajas de los pedidos para repartirlos y recuperaba parte de su tiempo.

Habían pasado unos días desde que no hablaba con Consuelo y decidió ir a verla aprovechando que su madre se quedaba en la tienda y que, por las vacaciones, había menos clientas. Además, quería comprar un coche y prefería ir con su amiga. Se arriesgaba a no encontrarla, pero lo intentó.

El calor era asfixiante en casa de Consuelo, una construcción barata en un quinto piso de un bloque con cinco vecinos por planta y sin ascensor. Laura llegó sudorosa. Consuelo no la esperaba. Abrió la puerta vestida con una camiseta grande de propaganda y el pelo muy corto. Imposible reconocer en ella a la abogada que recordaba con media melena. Apenas hacía quince días que no se veían. La última vez todavía llevaba pelo recogido en un moño y con un vestido veraniego.

—¡Qué te has hecho en el pelo, por Dios!

—Cortármelo, ya ves. No sé cómo me llené de piojos y no había forma de eliminarlos.

—Así no puedes seguir, Consuelo. Te vienes a mi casa. No se hable más. Recoge tus cosas.

—No puedo hacerlo, Laura. Aquí viven varias mujeres que tengo acogidas y no tienen nada.

—Puedes mantener el piso y venir de vez en cuando, pero no tienes necesidad de vivir en estas condiciones.

—Te aseguro que hay quien vive peor que yo. Algunos no tienen ni casa y duermen en la calle. Al fin y al cabo, yo tengo esto. —Señaló en torno suyo con la mano extendida.

—Lo sé, pero ellos no tienen más remedio y yo te estoy ofreciendo donde vivir, no que abandones a tus protegidas.

—Sería como hacerlo. No insistas. No voy a abandonar mi casa.

—Está bien —concedió Laura—. En fin, tú sabrás. En realidad he venido a pedirte un favor. He decidido comprar un coche, aunque sea de segunda mano. El de Felipe quedó inservible. Por suerte me saqué el carné hace tiempo. No he conducido mucho, pero ya tendré práctica. Todo se adquiere.

Consuelo asintió.

—Dame unos minutos. Me ducho y me pongo algo decente —respondió.

Cuando Consuelo desapareció de su vista y Laura se quedó sola, no pudo evitar observar su entorno. La habitación a la que llamaban salón era un espacio con una enorme tabla sujeta por dos caballetes de madera rodeada de sillas metálicas plegables, diferentes entre sí, desconchadas y con óxido en las partes que faltaba la pintura. Parecía que su procedencia había que buscarla en los basureros. Una persiana de cañas era lo único que tapaba el sol, que a las once de la mañana entraba a raudales. No corría aire y el calor era sofocante. Un catre con un colchón tapado por una tela deshilachada de múltiples colores, sobre el que se agolpaban varios cojines, hacía de sofá. Ladrillos apilados con tablas desiguales servían de estantería, sobre la que se veían libros de derecho, alguna novela y los que siempre habían acompañado a su amiga desde hacía años que rescató de casa de su madre.

Pensaba en doña Leonor e imaginaba cómo estaría sufriendo al intuir la situación en la que se encontraba su hija. Había demostrado no estar tan lejos de la forma de pensar de Consuelo, dado que siempre la había ayudado, y esconder unos libros que, de haberlos descubierto su marido, hubieran supuesto un fuerte conflicto, lo demostraba. Necesitaba hablar con ella y decirle la verdadera situación en la que vivía Consuelo, porque estaba segura de que mentía a su madre. Ella podía hacer de mediadora para que la señora pudiera ayudar a su hija.

Mientras el escaso chorro corría por su cuerpo bajo una ducha que no dispensaba el agua a través de agujeros, como la de su casa, sino de un único caño hecho para que saliera, porque los orificios estaban embozados de cal y residuos que nadie había limpiado, Consuelo pensaba si no se habría equivocado. Desde su nuevo estatus apenas le quedaban opciones para acceder a los puestos de privilegio de los que gozaba cuando vivía con sus padres. Sopesó la idea de retroceder y pedir perdón, estar un tiempo inactiva y retomar su labor, aunque lo veía difícil porque la vigilancia sería férrea después de lo sucedido. La policía no la perdería de vista. De hecho, se había dado cuenta de que la seguían.

Durante el camino hacia una tienda de coches de segunda mano, que uno de los vecinos de Chamberí había recomendado a Laura, esta aprovechó para intentar convencer a su amiga de la inutilidad de unirse a los perseguidos.

—¿Pero no te das cuenta de que desde tu posición actual puedes hacer

menos por ellos que cuando gozabas de un estatus superior?

—¿Superior? ¿Llamas superior a colocarme al lado de los que oprimen a la mujer con su política?

—Sí, Consuelo. Porque te pones en una situación en la que algún día necesitarás que alguien luche por ti. Yo creo que en el momento que vivimos, en el que la revolución no tiene posibilidades, es mejor luchar desde dentro.

—¿Cómo vas a hacerlo? Porque tú cuando dices algo es que ya tienes pensada una forma de hacer las cosas —preguntó Consuelo.

—Pues sí. Lo he pensado mucho. Me voy a afiliarse a la Sección Femenina. Es la única organización hoy por hoy que aglutina a la mayoría de las mujeres españolas.

Consuelo no daba crédito a lo que oía.

—Querrás decir a las mujeres vencedoras.

—No te equivoques. Los vencedores han sido ellos. Sus mujeres, sus hijas y todas las que hoy forman un colectivo cada vez más numeroso no tienen formación política alguna, como me ha pasado a mí, que de no ser por tu ayuda no tendría ni idea de lo que está pasando. Nuestras lecturas estaban y están censuradas, nuestro pensamiento sesgado porque solo nos han permitido conocer una parte de la historia y, como mujeres, no aspiramos a ninguna libertad porque nos han hecho creer que somos libres. Mujeres como yo, que he tomado conciencia gracias a ti y desde que murió mi marido, gracias a mis dificultades solo por ser mujer. Ya ves, si hasta un simple empleado menospreciaba mi trabajo, aunque ya llevaba las cuentas antes de morir mi marido, eso sí. Parecía que lo hacía él.

—Lo dices tú, que ignorabas todo hasta que murió Felipe y te topaste de lleno con la represión que sufrías solo por el hecho de ser mujer. Antes te importaba muy poco lo que sucedía.

—Puede ser, por eso lo digo, pero nunca es tarde. Desde dentro me será más fácil concienciar a las mujeres de que luchen por sus derechos.

—No doy crédito a lo que dices. Laura... —Consuelo permaneció pensativa antes de seguir hablando—. Si tomas esa decisión nos alejaremos sin remedio. No puedo confiar en ti si te alineas con esa gente. ¡Son fascistas, Laura! ¿Es que no te das cuenta?

—La que no te das cuenta eres tú. ¿Crees que sirve para algo soltar arengas a las que ya están convencidas? Estoy de acuerdo con que sigas ayudándoles, pero lo que realmente necesitamos es concienciar a cuantas más mujeres, mejor. Te aseguro que no es ninguna tontería entrar en la Sección

Femenina y tratar de convencerlas.

—No sabes lo que dices. ¿Tú has leído su ideario? ¿Sabes lo que dice Pilar Primo de Rivera de la mujer? Además, ¿qué conciencia piensas transmitirles, si tú misma no hace mucho pensabas que no hacía falta hacer nada porque vivías en tu limbo?

—Claro que he leído lo que dice Pilar sobre la mujer en su libro *La buena esposa*. Por eso mismo. Hay que combatir ese pensamiento, pero desde dentro. El enfrentamiento no conduce a nada. No olvides que ellos siguen teniendo las armas y la lucha es muy desigual. Solo conseguirás caer tú. ¿Crees que a mí me resultan agradables esos consejos de tener una deliciosa cena lista para cuando él llegue, lucir hermosa, ser dulce, arreglar mi casa, hacerle sentirse en el paraíso, ser la esposa que él siempre soñó y toda una vida dedicada a servir a un dueño? Me parece nauseabundo y anacrónico. Un matrimonio es cosa de dos. Los hijos son cosa de dos. ¿De verdad piensas que yo puedo estar de acuerdo con el lema de que si mi marido me pide prácticas sexuales inusuales debo ser obediente? Y que si sugiere la unión debo acceder humildemente y tener en cuenta que su satisfacción es más importante que la mía. Se supone que estás con alguien al que amas y que te ama, que los dos somos personas, nos queremos, nos deseamos, no con el dueño de tu vida y hacienda. Por desgracia, aunque quisiera, ya no puedo hacer míos esos consejos porque mi marido ya no está, aunque en el tiempo que estuvimos casados jamás se comportó así. Nunca me exigió nada y desde el principio me trató como a una igual.

La discusión, como tantas veces, se volvió monotemática sin llegar a ninguna parte. Laura cada vez veía más clara su afiliación a la Sección Femenina, que, por otra parte, solucionaría sus problemas, puesto que ellas tenían influencias en todos los estamentos del Estado para conseguir lo que hiciera falta. Sus proyectos de seguir viajando, esta vez a Londres, porque las mermeladas inglesas eran muy apreciadas, especialmente la de naranja, que solo podían degustarse en el Ritz, sin contar el gran surtido de té que ofrecía el país anglosajón. Laura se inspiraba en la exclusiva tienda Mantequerías Leonesas, las únicas que tenían productos importados, difíciles de encontrar en otros establecimientos.

Por su parte, Consuelo no cejaba en su empeño de investigar la desaparición del hijo de Macarena y se encontró con otras mujeres que habían perdido a sus hijos y jamás habían visto su cuerpo sin vida. No pensaba dejar impunes estos robos. Ya había averiguado que desde la maternidad se facilitaba la venta de niños a personas influyentes que se saltaban la legalidad para la

adopción. No tenía pruebas. Con lo único que contaba era con su investigación privada y el testimonio de algunas mujeres, que de nada le servía ante un hecho delictivo protegido por el Estado.

La vida de Laura comenzaba a normalizarse con la llegada del nuevo empleado. Aunque todavía no había encontrado un verdadero sustituto para Rafael. Al ser verano la mayoría de los clientes estaban de vacaciones y a los pocos vecinos que permanecían en el barrio, hasta el momento, podía atenderlos sola ayudada por el nuevo repartidor, que poco a poco iba aprendiendo también a despachar en la tienda.

Una mañana recibió una carta de la Sección Femenina. Se extrañó, porque todavía no se había puesto en contacto con ellas. Su decisión de afiliarse no estaba madura y la influencia de Consuelo, que aseguraba que podían estar detrás de los robos de los niños, acrecentaba sus dudas. Al menos sabía que existían comandos que vigilaban en los barrios marginales y denunciaban los casos de prostitución, pero lo peor seguía siendo el robo de niños, sin contar a los que simplemente separaban de sus madres para llevarlos a hospicios y educarlos en los cacareados principios del movimiento.

La carta le anunciaba que, una vez viuda y menor de treinta y cinco años, estaba obligada a hacer el Servicio Social. Debía acudir a una de las delegaciones para comenzar a primeros de septiembre. De este nuevo problema Consuelo también salió al paso escribiendo una carta para que Laura la remitiera a la Sección Femenina, solicitando la exención por motivos laborales, al ser en el momento de la convocatoria la única que podía hacer frente al negocio familiar, aduciendo, además, que dentro de unos meses entraría en la edad en la que no era obligatorio.

La respuesta fue afirmativa y, una vez más, Laura se dio cuenta de lo mucho que significaba Consuelo en su vida y de cuánto la necesitaba.

Capítulo 11

Otro 22 de noviembre, un año después del día en el que Laura perdió a su marido, casi a la misma hora que el año anterior, el timbre de la puerta volvió a sonar con insistencia. Era Consuelo, pero no venía sola. Un hombre de aspecto cansado, muy delgado, con barba y el pelo mal cortado, la acompañaba.

—Necesito que me ayudes, Laura —fue el saludo de Consuelo, unido a un tímido «buenas noches» de su acompañante.

Los hizo pasar. Juan —que así se llamaba el hombre que venía con Consuelo—, tomó asiento en el borde del sillón en el que Laura le invitó a sentarse.

Consuelo, consciente de que debía ser ella la que tomase las riendas de la conversación, encendió un cigarrillo y miró a su amiga antes de comenzar a hablar.

—No puedo recurrir a nadie, Laura. Necesitamos tu ayuda.

Laura miró al hombre que, con mirada suplicante, observaba la escena sin pronunciar palabra.

—Si está en mi mano, cuenta con ello, pero necesito saber de qué se trata.

—Juan es un sacerdote salesiano, aunque sería más exacto decir era, porque se ha escapado de los Hogares Mundet de Barcelona y lo más probable es que lo busque la policía.

Laura se puso en guardia. Su vida se podía ver destrozada si daba cobijo a un prófugo de la ley.

—¿Os habéis vuelto locos? Tú sabes que estás vigilada, Consuelo. Espero que no os hayan seguido.

—No te preocupes por eso. Hemos venido separados.

Juan miraba en silencio la escena. Su pelo desgredado y su aspecto de pordiosero no eran una buena carta de presentación, pero su mirada, triste y

perdida, inspiraban en Laura un sentimiento de ternura tal, que era difícil sustraerse de escuchar lo que querían de ella.

—¿Y cómo se supone que puedo ayudaros? —preguntó.

—En primer lugar, ¿has tirado la ropa de Felipe? —Consuelo había ideado un plan para salvar a Juan, pero pasaba por la aquiescencia de su amiga.

—No. Me daba pena y la llevé al almacén de la tienda metida en cajas.

—¿Podemos ir a buscarla? Verás, Juan ha estado escondido en el monte hasta que le ha crecido el pelo de la coronilla que lo delataba como sacerdote. Ahora tenemos que proporcionarle ropa, cortarle el pelo y crearle una identidad distinta. Yo me encargaré de la documentación. Conozco a una funcionaria que puede conseguirme un carné falso —Consuelo permaneció unos instantes en silencio antes de continuar—. ¿No estabas buscando un encargado para tu tienda? Pues ya lo tienes.

Laura miró al excura. Sus ojos tristes de un color gris indefinido y todo él le inspiraban confianza. Sin embargo, el miedo le impedía tomar una decisión.

—Será mejor que me contéis los motivos por los que Juan ha dejado el sacerdocio, mientras voy a preparar algo de cena. De todas maneras aquí no tengo ninguna ropa que ofrecerle y tendremos que ir al almacén a por ella. Cuanto más tarde lo hagamos, mejor. Menos curiosos.

—Yo creo que deberíamos esperar a mañana, cuando tengas la tienda abierta y a nadie le extrañe que saques paquetes. Si levantas la persiana a estas horas nos pueden ver y no me extrañaría que algún vecino llame a la policía. Mañana a primera hora iré a comprarle algo de ropa interior y, cuando tú consigas la de Felipe, yo iré con él para tramitar su documentación.

—Está bien. Os escucharé.

La cena a base de embutidos y queso, regados con una botella de vino, relajó la velada y soltó la lengua de Juan.

—Comprendo que no me conoces de nada, pero te ruego que me creas. —Juan encendió un cigarrillo y dio un sorbo a su vaso de vino—. Yo formaba parte de los cuidadores de los Hogares Mundet, en Barcelona.

—¿Qué son los Hogares Mundet? —preguntó Laura.

—En teoría un centro en el que se recogen niños huérfanos para educarlos y hacer de ellos hombres preparados con un oficio, pero en la práctica se han convertido en una prisión infantil que recuerda más los campos de concentración que a una escuela. Los internos son torturados, humillados... —Hizo una pausa dando un nuevo sorbo al vino—. Son los curas, mis compañeros, los mismos que deberían cuidarlos, quienes hacen de la vida de esos niños un infierno. Los

abusos sexuales son otro capítulo aparte y yo no pude hacer nada para paliarlo. Intenté hablar con el director de la institución, pero me di cuenta de lo inútil de mi empeño, porque, cuando empecé a sugerirle que la comida era insuficiente, él me respondió que demasiado hacíamos por esa gentuza, que, al fin y al cabo, la mayoría eran hijos de rojos y no se merecían nada. Opté por callar y abandoné su despacho.

Ante los hechos que narraba Juan, que iban desde abusos sexuales, hasta una alimentación insuficiente, torturas si no obedecían, humillación a los que mojaban la cama... Las dos amigas permanecían en silencio y absortas. Consuelo, que ya conocía la situación, miraba a Laura observando su reacción.

—La idea de marcharme surgió en el despacho del director, en ese mismo instante —continuó Juan—. Dejé pasar unos días para pensar lo que haría y al final decidí escapar. Imagino que a estas alturas me estará buscando la policía. Por eso he permanecido escondido en la montaña del Tibidabo, por la parte de Collcerola, que está muy poblada de pinos. Había hecho acopio de provisiones y he sobrevivido todo este tiempo gracias a la ayuda de un campesino de la zona que me dio cobijo, pero no podía quedarme allí para siempre, así que, en cuanto me creció el pelo para tapar la coronilla afeitada, decidí probar suerte viajando en trenes de cercanías hasta Zaragoza. Una vez allí, saqué un billete para el correo. El campesino me dio la dirección de un militante comunista amigo suyo y este me facilitó la de Consuelo. Lo demás, ya lo ves. Esta mañana aparecí en su casa y el resto, ya lo sabes. Esperamos a la noche para venir a verte.

—¡Pero lo que dices es muy grave! El que deberías denunciarlo eres tú, Juan. No ser el denunciado.

Consuelo y Juan cambiaron una mirada.

—Te lo advertí, Juan. Mi amiga no se entera de nada. Ella vive en su mundo de tendera preocupada por importar productos nuevos de Francia, Inglaterra, Italia y conseguir ser una empresaria independiente. Las dificultades que ha tenido para ejercer como gerente de su propio negocio han conseguido concienciarla en los temas de la mujer, pero esto...

Laura interrumpió a su amiga.

—No tienes derecho a hablar así, y menos si vienes a pedirme ayuda en una situación que me puede conducir a la cárcel.

—Perdona, tienes razón. Pero es que me ha parecido muy ingenua tu afirmación. ¿Tú crees que el Gobierno desconoce lo que sucede en los centros de menores? ¡Por el amor de Dios! Otra cosa no tendrá una dictadura, pero te puedo asegurar que nada escapa a su ojo. Aquí sucede lo mismo en Guadarrama y en

todos los orfanatos de España, Laura. Esto es una dictadura, ¿qué pensabas? —sentenció Consuelo.

—Pero los niños... —musitó Laura.

Sin embargo, Juan la interrumpió contando hechos que inclinaron la balanza a su favor y Laura decidió ayudarlo, aunque al hacerlo arriesgaba su libertad e incluso su vida.

Juan relató escenas escalofriantes a las dos amigas. Las torturas con palizas, la privación de sueño, obligarles a comer el vómito cuando alguno de los niños no podía evitarlo, la continua vejación ante sus compañeros si padecía enuresis nocturna, obligándolos a insultarlo en medio de un corro... Y lo más terrible: los abusos sexuales.

—¡Calla, por Dios! —estalló Laura—. No sigas.

A Consuelo le afloraron las lágrimas.

—¿Y qué podemos hacer? —lanzó al aire.

—Nada. Eso es lo desesperante, que no podemos hacer nada. Los niños son los verdaderos perdedores de la dichosa guerra y, por más tiempo que pase, el fascismo ni perdona, ni olvida.

—La única forma de cambiar las cosas es adquiriendo el compromiso de hacerlo —intervino Consuelo—. Afiliaos al Partido Comunista, son los únicos que están organizando una resistencia coherente, porque los demás hacen mucho ruido, pero son poco eficaces.

—¿Pero tú eres del partido?

Consuelo decidió que había llegado el momento de ser del todo sincera con su amiga. Nunca le había hablado de su militancia, pese a que cuando se había afiliado ya eran amigas. No le importó que Juan estuviese delante, o tal vez eligió el momento de tener un testigo imparcial, pues sabía lo mucho que Laura desconfiaba de los comunistas y recordaba las veces que le había dicho que eran como todos, que lo único que querían era mandar. Incluso había llegado a decirle que, si ellos estuvieran en el poder, no serían muy diferentes de los franquistas. Que todo lo que ahora sufrían los comunistas, lo sufrirían los de derechas si ellos llegaban a gobernar.

Consuelo le recordaba los derechos que habían perdido las mujeres con la dictadura y, en ese punto, Laura cedía dándole la razón. Comprendía que luchase por la igualdad de la mujer, pero no estaba segura de preferir un régimen comunista al que ahora tenían.

El año que agonizaba dejaba tras de sí un halo de esperanza. España vivía con la mirada puesta en la comunidad internacional, que exigía al régimen de

Franco medidas concretas para terminar con la represión que sufría un numeroso colectivo. La Iglesia, por su parte, después de la Encíclica *Pacem in terris* del papa Juan XXIII, de la que pronto haría dos años, y el *Concilio Ecuménico Vaticano II*, en el que la Iglesia católica tendía puentes para la reconciliación. Esto molestó de forma considerable al franquismo, pero tuvo que callar, porque una buena parte de la Iglesia la compartía. La aparición de «curas rebeldes», así como el respaldo y apoyo de muchas parroquias a los disidentes, abrían una esperanza para cambiar las cosas. Consuelo desconfiaba del clero, si bien para Juan, esta era la esperanza.

—La suerte que hemos tenido con el nuevo papa Pablo VI es inmensa al continuar con el Concilio —apuntó Juan.

—Mira, Juan. —Consuelo era muy crítica con la Iglesia—. Mientras los curas sigan apoyando a Franco, a mí no me convencen, por más que unos pocos se declaren enfrentados, pero el acuerdo de la Santa Sede sigue dándoles privilegios. Y no digamos la desvergüenza que ha tenido la Iglesia al calificar la masacre de Franco como una cruzada.

—Lo sé, Consuelo, pero la Iglesia está cambiando y con el nuevo papa se abre una esperanza porque continúa la línea aperturista de su predecesor.

—Claro, ya lo veo, por eso critica abiertamente la utilización de la píldora para evitar el embarazo. Los cambios nunca alcanzan a la mujer.

Laura empezó a impacientarse.

—Bueno, vale ya de curas y discusiones que no llevan a ningún sitio. Lo que sí te digo desde este mismo momento, Consuelo, es que no tengo intención de afiliarme a nada.

—¡Menos mal! —respondió esta—. Entonces tampoco a la Sección Femenina.

Laura hizo un gesto cómico a su amiga y tomó un nuevo sorbo de vino.

—Mira, no voy a entrar en polémicas, pero hasta cierto punto no podemos olvidar las agresiones que han sufrido los curas por parte de la izquierda.

—Pero han sido grupos incontrolados, no los comunistas ni los republicanos —sentenció Consuelo.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién incluyó a esos grupos en su gobierno? ¿Quién les dio poder? Es muy cómodo decir ahora que no tenéis nada que ver. La historia os juzgará, lo mismo que a Franco y sus acólitos, pero todos, me oyes, todos tendrán que rendir cuentas —Laura accedió al fin—. Te ayudaré, Juan. Aunque me juegue mi reputación, te ayudaré.

Juan se emocionó ante la respuesta de Laura. Le gustaba esa mujer sin

ideología que se unía a una causa, si la consideraba justa, sin mirar el color.

Aconsejada por Juan, que, bajo su nueva identidad, de la que había conservado el nombre, Laura se afilió a la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) con la intención de ayudar a los disidentes usando la tapadera de Acción Católica. Con el paso de los días, todo había ido mucho más allá de lo que imaginaban las dos amigas. Juan se había hecho cargo de la tienda y su carácter ordenado y minucioso, forjado en la disciplina de un seminario, descargó a Laura de todos los problemas, sin socavar su autoridad o cuestionarla como hizo Rafael. Tanto para sus suegros como para su madre, Juan era un emigrante proveniente de un pueblo del interior de Valencia que había perdido a toda su familia. Conservaba su acento, pero nadie distinguía si era catalán o valenciano. La excusa para todos era que se había enterado de que Laura buscaba personal para su tienda y él se había ofrecido porque no tenía trabajo. Dormía en una pensión barata de la zona y pasaba desapercibido a los ojos curiosos de los vecinos, a lo que contribuía su carácter amigable y servicial. Consuelo pensaba que entre Laura y el exsacerdote se gestaba algo mucho más importante que una relación laboral, si bien Laura lo negaba y él se escabullía amparándose en su sacerdocio.

—No me puedo creer que todos los curas sean torturadores. ¿No estarás exagerando?

—No exagero, pero tienes razón. Hay muchos que tal vez se excedan en la exigencia de disciplina, pero no torturan, aunque tampoco se escandalizan por lo que ven. En su día quise formar un grupo para ir a quejarnos juntos al director, pero no lo conseguí. Decían que la obediencia y la disciplina iba también con ellos y que ya rendirían cuentas ante Dios los que actuaban con malicia.

1964 llegaba a su fin. La Ley de Asociaciones y la Encíclica de Juan XXIII arrojaban una luz en los días oscuros que vivían los sometidos por la Guerra Civil, muchos de los cuales ni siquiera habían combatido y cuyo único delito era tener familia comunista o lo que se había denominado para encarcelar a diestro y siniestro como «desafección al régimen», porque el enemigo de Franco era el binomio de todos conocido: la masonería y el marxismo internacional, del que se hacían numerosos chistes desde la izquierda. Los masones supieron esconderse en la trastienda del poder, ocupando cargos de menor relevancia, pero que les

permitían estar informados de los pasos del Gobierno, aunque la mayoría residía en el exilio o habían sido asesinados.

Celebraron juntos las Navidades, que incluían a los padres de Felipe y la madre de Laura, además del inseparable Juan, que con su carácter se había ganado a la familia de su «jefa», palabra que sonaba extraña a los oídos de Laura. El día de fin de año, cuando los mayores fueron a sus respectivas casas, el trío inseparable en el que se habían convertido las dos amigas y el excuro, descorchó una botella de champán que Juan había llevado. El vino de la cena y las burbujas posteriores soltaron las lenguas.

—¿Mañana vienen los viejos? —preguntó Consuelo.

—Creo que no —respondió Laura.

—¿Puedo invitar a una amiga a comer con nosotros? Yo me encargo de preparar la comida.

—Lo que tú quieras, ¡faltaría más! Pero no hace falta que prepares nada. Tenemos muchos restos de hoy. El pavo en pepitoria que hizo mi madre era para un regimiento. Hago una ensaladilla rusa y a correr, que nos vamos a poner como bolas.

—Seréis vosotras —rio Juan—, porque yo, ni aunque me inflen engordo.

Cierto, Juan era alto y espigado, con movimientos acompasados y señoriales. Nada les había dicho de su procedencia y Laura creyó llegado el momento de «sonsacarle».

—El otro día pensaba en ti, Juan. ¿Quién eras antes de ser cura?

—Eso, cuenta. Porque no creo que hayas nacido con sotana. —Consuelo estaba de buen humor.

—Es una historia corriente la mía, no tiene nada de particular.

—Corriente o extraña, me alegraría saberla. No es justo. Tú lo sabes todo de nosotras. En cambio de ti solo sabemos que has salido huyendo de unos hogares para niños y que eras o eres cura.

—Está bien. Veo que os ponéis en plan cotilla y nada os parará.

»Nací en Barcelona hace casi cuarenta años. Mis padres eran de Mataró y los dos trabajaban en una fábrica de tejidos. Soy hijo único y mis padres murieron en un incendio que se declaró en la fábrica. Yo tenía solo doce años y el dueño de la empresa pensó que lo mejor que podía hacer conmigo era meterme en un seminario. Allí acabé. Lo cierto es que no me pareció mal, porque yo era un chico tímido que apenas tenía amigos y la idea de ser cura no me desagradaba, aunque en aquel entonces no tenía vocación.

Consuelo sonrió de forma enigmática.

—Y de novias, ¿qué? —preguntó Laura.

Juan enrojeció. Se llevó la copa a los labios antes de contestar escuetamente.

—Nada.

—Bueno, ya está bien —dijo Consuelo, que veía los apuros que pasaba el sacerdote.

Juan agradeció el giro de la conversación hacia temas triviales. Se sentía incómodo recordando su vida.

Aquella noche Consuelo durmió bien. El año que comenzaba se abría lleno de esperanzas. Desde las huelgas de Asturias, hacía ya dos años, y las continuas manifestaciones de obreros que tomaban las calles de toda España, a las que se habían unido los estudiantes, daban fuerza a la izquierda para intensificar su lucha. Sin embargo, ella pensaba que la mujer, a pesar de ayudar con el apoyo a los presos, era invisible. El partido se llevaba el protagonismo, pero el trabajo lo hacían ellas. Una de las mujeres más activas, esposa de un miembro de la ejecutiva, capitaneó un grupo que reivindicaba un espacio y una voz propios. Se abría un nuevo horizonte para la mujer. Uno demasiado lento, según Consuelo.

Al día siguiente, uno de enero, a la una de la tarde, ya estaban Consuelo, una abogada amiga suya llamada Cristina, Juan y Laura dispuestos a celebrar la llegada de 1965. La anfitriona se esmeró en la preparación de la mesa y Consuelo, al no tener que ocuparse de la comida, compró una botella de champán para la ocasión. Pero no contaban con el postre. Alrededor de las cinco de la tarde, el timbre sonó con insistencia.

Cuando Laura abrió, sin ser invitados a pasar, dos hombres irrumpieron en la estancia.

—Es inútil preguntar quién es Juan Antonio Rodríguez, a menos que se haya disfrazado de mujer —dijo uno de ellos mirando el pelo corto de Consuelo.

—Tú. Acompáñanos. —Acto seguido, con las esposas en la mano, se acercó a Juan—. Queda usted detenido.

El desconcierto se apoderó de los cuatro amigos. Fue Consuelo la primera en reaccionar.

—Ustedes no pueden hacer eso. ¿Dónde está la orden de detención?

Los dos visitantes lanzaron una carcajada al aire, al tiempo que esposaban a Juan e iniciaban la marcha hacia la puerta.

Consuelo se interpuso a su paso, pero uno de los inoportunos visitantes la

echó a un lado de malas maneras.

—Usted estese quietecita si no quiere venir con nosotros también.

—¡Hagan el favor de identificarse! —gritó Consuelo.

Una bofetada la hizo callar. Laura se acercó a ella intentando calmarla. Cristina, la abogada amiga de Consuelo, intervino también.

—Déjalo, Consuelo. Sabes que pueden hacer lo que quieran.

—Muy acertado su consejo, señorita —respondió uno de los policías mostrando su placa—. Y tú: andando —dijo empujando de nuevo a Juan.

Abandonaron el piso dejando a todos consternados.

Laura rompió a llorar de repente. Entre hipos y palabras entrecortadas, comenzó a hablar.

—Lo sabía. Sabía que esto no podía salir bien.

—Lo que no acierto a comprender es cómo se han enterado. Por fuerza ha tenido que denunciarlo alguien.

Capítulo 12

La Iglesia no podía permanecer impasible ante la huida de uno de sus miembros, mucho menos de un cura que cuestionaba su quehacer al frente del más importante aparato represor de la ideología comunista, como eran los colegios para huérfanos. Todo valía para cortar de raíz la transmisión ideológica de los hijos del comunismo. La mayoría de los acogidos en esos centros, que estaban repartidos por toda España, por no decir todos, eran hijos de madres solteras o encarceladas por sus ideas.

Recurrir a Consuelo no había sido una buena idea, ahora lo veía claro. Los curas disidentes de la HOAC le habían contado que era hija de un importante jurista del régimen y pensaban que la policía hacía la vista gorda con ella, algo que, como pudo comprobar Juan por sí mismo, no solo no era cierto, sino que había costado muy caro a Consuelo, aunque, bien mirado, de haber sido otra la que se hubiera inmiscuido en lo que estaba sucediendo en torno a la maternidad de la calle O'Donell, ya estaría en la cárcel. Tampoco debían de estar al tanto de su militancia en el partido, pero tarde o temprano se enterarían. Juan se debatía en un ir y venir de ideas, porque conocía muy bien los métodos de la policía para hacer hablar a los detenidos. Pedía a Dios fuerza para resistir y no delatar a su amiga si los empleaban con él en algún interrogatorio.

El director de los Hogares Mundet había hablado de forma privada con un policía amigo suyo de la Brigada Social. No cursó una denuncia porque a él, menos que a nadie, le interesaba una investigación oficial en la que saldrían a la luz algunos aspectos de su dirección que deseaba mantener ocultos, como era el destino del dinero que el Estado proporcionaba para el funcionamiento de la institución, que iba a parar a su bolsillo y una ínfima parte al centro. Se limitó a mandarle una foto del sacerdote huido y el fruto no tardó en madurar. La estricta

vigilancia a la que estaba sometida Consuelo, que era fotografiada en sus idas y venidas, propició que uno de los policías, que había recibido de los salesianos la foto del «padre Juan», lo reconociese. Esperar al día uno de enero no había sido casual, puesto que no era un servicio ordenado por la brigada y Juan no fue conducido a las dependencias de la policía, sino a un descampado. El escarmiento aseguraría su silencio.

Antes de que Laura pudiera reaccionar, Consuelo y Cristina salieron como una exhalación tras los agentes que arrastraban a Juan. Los vieron marchar en un coche a toda velocidad. Era un día de poco tráfico. A las cinco de la tarde todos se hallaban en la sobremesa de comidas familiares, en las que, al menos, una vez al año, los abuelos, los nietos, yernos y amigos muy allegados, se abrazaban y hacían equilibrios para mantener una armonía familiar, que la mayoría de las veces era inexistente.

Las dos abogadas subieron al coche de Cristina persiguiendo al que habían visto desaparecer con Juan en su interior. Un Seat de gama baja, frente al Renault que conducía Cristina, le permitió alcanzarlos, si bien mantuvo la distancia. Atravesaron Madrid con dirección norte y tomaron la carretera de Burgos. Unos kilómetros adelante giraron para acceder a una comarcal y se adentraron en una zona industrial, vacía en un día como aquel.

Ambas amigas permanecieron escondidas en unos matorrales próximos. Habían dejado el coche en el arcén de enfrente, semiescondido en una pequeña hondonada. Nada se opuso a su paso y desde donde se encontraban pudieron ver la escena más dantesca que habían presenciado en su vida. Dos energúmenos sacudiendo patadas a un hombre esposado y tendido en el suelo, que ni siquiera podía protegerse con las manos porque las llevaba sujetas a la espalda.

Los gritos eran audibles desde donde se encontraban las mujeres. Los golpes resonaban contra un cielo azul impasible que transmitía una falsa paz en esos días en los que todos cantaban ensalzándola.

—¡Qué, padre! ¿Cómo le sienta recibir hostias en vez de darlas? —bramó uno de los policías.

—No seas bestia, hombre. Que las del padre son galletitas —rio su propia gracia el otro.

—¿Te pensabas que ibas a vivir aquí del momio con la viudita? A lo mejor pretendes hasta casarte, ¿verdad, padre?

Por unos instantes los pateos cesaron y se pudo oír la voz balbuceante de Juan.

—¿Qué quieren de mí? ¿Quién les envía?

—¿Quién nos envía? —respondió el policía que parecía llevar el mando—. ¿Se te ha olvidado de dónde vienes, padre? Has dejado plantado un colegio, una congregación y, lo que es más grave: a Dios. ¿Y preguntas quién nos envía? —Soltó una risotada—. Díselo tú, anda, Roberto.

—Pues eso, que como se te ocurra seguir mandando cartitas al cardenal sobre lo que está pasando en los orfanatos, que a lo mejor tienes que ir a rendirle cuentas a Dios. Así que, si no quieres reunirte con Él, cierra la boquita y todos saldremos ganando.

—Escúchanos bien, curita. La próxima vez no saldrás vivo. Esto es solo una visita de «cortesía» para que dejes de meter las macices donde no te llaman.

Acto seguido, se dieron media vuelta, soltando una última patada en la espalda a Juan. Uno de los policías dijo a su compañero:

—No veo yo el problema en rematar a este cabrón. Total, curas no faltan.

—Las órdenes son darle una sobada y advertirle que cierre la boca, no acabar con él.

—Eso es lo que no entiendo. No veo yo la necesidad de tener a este gilipollas rondando por ahí.

El que parecía estar al mando tomó la palabra.

—Ya está bien de cháchara. No nos han pedido opinión, así que, misión cumplida.

La muerte del sacerdote podía levantar algunas suspicacias que, si bien eran calladas amordazando a quien hiciera falta, no beneficiaban a nadie. Los curas no querían ver a ningún juez merodeando en sus asuntos, ni arriesgarse a que algún compañero de Hogares Mundet se fuese de la lengua y las cosas se descontrolasen. Ese era el miedo del director y ese miedo salvó la vida de Juan.

Consuelo y Cristina, desde su escondite, vieron como se alejaban a toda velocidad y no dudaron en acudir a socorrer al sacerdote. Las dos se abalanzaron sobre Juan, al que, por fortuna, habían quitado las esposas. Su estado era lamentable. No podía ponerse de pie porque una de las patadas en los genitales todavía le dolía. La ceja derecha estaba abierta y por la herida manaba una sangre que aún le daba peor aspecto. Como pudo, apoyándose en las dos, logró llegar al coche.

A todas luces necesitaba asistencia médica, pero no podían acudir a un hospital. En vista de lo sucedido, Consuelo no se atrevía a ir a casa de Laura para no comprometerla, si es que no lo estaba ya por haber dado trabajo a un fugitivo. Decidió llevarlo a su casa y Cristina la acompañó. Juan apenas podía caminar por el dolor de espalda y la hinchazón de los testículos. Otras lesiones le

producían dolor, si bien no le impedían caminar. Además de la ceja partida, uno de sus brazos parecía estar fracturado y no podía moverlo. Cristina lo examinó y se ofreció a contactar con un médico amigo suyo, miembro de la ejecutiva del partido.

—Esto no puede esperar, Consuelo. Voy a llamar a Luis a ver qué podemos hacer —sugirió Cristina.

Consuelo también conocía al médico.

—Había pensado en él, pero temo comprometerle. Ya te habrás dado cuenta de que mi casa está vigilada y no podemos exponernos a citar a Luis en ella.

—Pues lo llevaremos a la de Laura, al fin y al cabo es tu amiga y si se lo pides no se negará —Cristina siempre buscaba soluciones—. Ahora lo importante es conseguir que lo vea un médico. Hablaré con él a ver qué sugiere. ¿Hay alguna cabina por aquí?

—Cerca del metro, pero está a una tirada —respondió Consuelo.

—Quédate tú con Juan y voy en un momento en el coche.

Cristina regresó poco después con buenas noticias.

—Dice Luis que eso a él no le preocupa.

«Los enfermos no eligen dónde vivir» —había contestado cuando le advirtió lo que Consuelo le había dicho.

Dos horas más tarde, Luis, el médico adscrito al partido, que acababa de regresar de una comida familiar, llegó al portal de la casa donde se encontraba Juan tendido en el suelo, ante la imposibilidad de subir los cinco pisos.

—Esta ceja necesitaría unos puntos o quedará una cicatriz muy fea. En cuanto al brazo, parece que está roto, pero tengo que hacer radiografías para asegurarme. Los golpes y las demás lesiones no aparentan gravedad, aunque tendrá molestias al menos durante una semana. Voy a hablar con un compañero que tiene una consulta privada de ginecología. No tiene rayos equis, pero al menos los puntos en la ceja podemos ponerlos. El brazo puede esperar hasta mañana.

Juan se hallaba postrado y su ánimo dejaba mucho que desear; Consuelo le había bajado de su casa una infusión de tila para calmar los nervios, algo que solo consiguió a medias. Mirándole pensaba que el mundo se había vuelto loco. ¿Cómo era posible que alguien tan desinteresado, tan solidario y afectuoso, pudiera ser perseguido por negarse a ser un tirano maltratador de niños? Pero lo

más triste era que la Iglesia trabajase para el Estado, o, en todo caso, aplicaba también la política del miedo para someter a los suyos.

—Gracias, Consuelo. Una vez más te debo la vida —se oyó decir a Juan en un susurro.

—No te preocupes. Tendrás tiempo para devolvérmelo. Ya sabes que tarde o temprano nos llegará a muchos un atropello como el que has sufrido tú.

—Por eso te lo agradezco más. Porque yo no soy uno de los vuestros.

—Eso es cuestión de matices. El «nuestros» no quiere decir ser del partido. Me da lo mismo. Yo lo soy, sí, pero porque es en el único sitio en el que he encontrado personas capaces de plantar cara de una manera inteligente a lo que está pasando, y no por la fuerza bruta, que no conduce a nada.

—Yo ni siquiera he hecho eso. Más bien creo que he sido un ingenuo.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo que me han dicho cuando me daban patadas, y tiene que ver con una carta que escribí al cardenal, pero que no me permitieron entregar en persona, ni me dieron justificante de haberla entregado. Eso sí, aseguraron que llegaría a él inmediatamente.

—No debiste hacerlo, Juan. Has salvado la vida de milagro. Esa no es la manera de luchar. Si lo haces solo, no tienes nada que hacer.

—¿Entonces hay que callar y dejar que sigan maltratando niños?

Consuelo intentaba ordenar sus ideas para comprender por qué no lo habían matado y, en primer lugar, de dónde provenía el mensaje. Los individuos que habían venido eran policías, porque mostraron su placa. Intuía que a la Iglesia le molestaba más un muerto y que algún juez pudiera investigar lo sucedido que un cura amedrentado. Nada le extrañaba a estas alturas.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Juan.

—Sí, claro. Perdona. Es que estaba cavilando a quién has molestado y quién ha sido el último destinatario de tu carta. Creo que no fue el cardenal.

—Lo que todavía no comprendo es por qué no me han matado. Te juro que pensé que había llegado mi hora. Estaban enfurecidos, frenéticos. Borrachos de odio. No me lo explico, de verdad.

—¡Ay, Juan! No sé si serás de los nuestros, pero lo que te puedo asegurar es que eres de los míos. Lo que pasa es que, al estar entre claustros, no te has enterado de cómo funcionan las cosas aquí fuera. Ya lo irás viendo y, cuanto más desapercibido pases, mejor para ti. En cuanto a perdonarte la vida, puede que sea porque, una vez muerto, te identificarían como un salesiano huido y a la postre, asesinado. A nadie le interesa que investiguen en su casa, y en este caso, la

Iglesia. No vas a arreglar nada exponiéndote y puedes a perder mucho. Las denuncias no sirven en las dictaduras.

—¿Y Laura? ¿No la habré metido en un lío? —preguntó preocupado.

Cristina se hallaba apartada hablando con el médico. La nueva amiga de Consuelo poseía buenos contactos y los hizo valer, por lo que Juan sería trasladado a la clínica de un traumatólogo en vez de a la ginecológica. La nueva opción permitía disponer de rayos equis y material para escayolar el brazo. Juan estaba muy mareado. Una vez tendido en la camilla y antes de llegar a la clínica, perdió el conocimiento por el esfuerzo y el dolor de los golpes.

—Mejor así. Tenemos que quitarle la ropa para comprobar que no hayan golpeado alguna zona que interese un órgano vital, como puede ser el hígado. Si os parece, yo lo haré —dijo el doctor mirando a Cristina y a Consuelo, que no se despegaban del herido.

—Claro —respondió Consuelo azorada—. Ya nos vamos.

Las dos se marcharon a la sala de espera, cada una inmersa en sus pensamientos. Los de Consuelo volvían una y otra vez a ser los mismos que en días pasados. Era la primera Navidad que no pasaba con sus padres y echaba de menos a su madre. Con ella veía el programa especial de televisión que siempre emitían hasta tarde. Su padre se acostaba temprano, pero ellas disfrutaban criticando los vestidos de las cantantes y el aspecto de algunos presentadores. ¿Cómo estaría? Deseaba llamarla. Al fin y al cabo, nada tenía que ver con lo sucedido porque, de haber salido en su defensa, además de no conseguir nada, hubiera sufrido las iras de su padre. Cuando discutió con él, la mayor parte del tiempo se mantuvo al margen, y cuando intervino fue para intentar calmar a Laureano y rogar a su hija que recapacitase. No consiguió nada, pero Consuelo sabía que estaría muy angustiada sin saber nada de ella. Tal vez debería llamarla.

Laura se había quedado en su casa, desolada. No la dejaron ir por miedo a estar vigilados. Hasta entonces, Laura era para todos la dueña del comercio en el que trabajaba Juan que, al estar solo, le invitó a celebrar la Navidad con ella y su familia. Una implicación mayor levantaría sospechas. Le pidieron que, por su bien, se mantuviese al margen. Pero ella ya no estaba al margen, sino en el ángulo de giro. Los últimos acontecimientos en torno a su amiga y la llegada de Juan habían convertido el tiempo transcurrido desde que murió Felipe en el más intenso de su vida. Pensaba que hasta que murió Felipe había vivido en un sótano al que no llegaba la luz, porque, cuando Consuelo le hablaba de política,

o de las huelgas de los mineros en Asturias, sucedidas en vida de Felipe, en su fuero interno pensaba que eran exageraciones y que lo único que hacían era daño a España, aunque esto nunca se lo dijo a su amiga. Consuelo se había encargado de refrescarle la historia en la que las mujeres habían sido protagonistas, aunque fueran sus maridos los que hicieran la huelga, y se daba cuenta de lo mucho que había cambiado su forma de pensar.

Los últimos meses, con la compañía de Juan, que acudía cada día a comer a su casa, a cambio de cobrar menos, habían modificado no solo su concepción sobre la Iglesia, sino su pasividad ante lo que estaba pasando. Ambos acudían a reuniones de la HOAC y desde allí intentaban colaborar con Consuelo en la búsqueda de niños robados a sus madres. Se planteaban, puesto que la Sección Femenina y el Patronato de la mujer tenían una amplia red de informadores, crear ellos una propia que advirtiera a las víctimas de la identidad de los vigilantes.

«Tardan mucho», pensó, temiendo que la gravedad de Juan los hubiese obligado a ir a un hospital y, a causa de su documentación falsa, pudiera tener problemas con la ley. Aunque falsa en sí, no era. Solo que, menos la foto, todo procedía del saco de carnés caducados que se mandaban a destruir a la Dirección General de Seguridad. La amiga de Consuelo se había limitado a regalarle uno de esos y renovárselo sin más, cambiando oportunamente el nombre, guardándose mucho de retirar del montón la ficha que se enviaba a la Comisaría General de Documentación para su archivo, puesto que el número era el mismo.

El médico que atendía a Juan salió después de un largo rato para hablar con las mujeres.

—Por suerte no hay ningún órgano dañado, pero tiene roto el cúbito. Se lo he escayolado y dentro de cuarenta días le quitaré el yeso. Por lo demás, las contracturas debido a los golpes son molestas, pero no graves y pasarán pronto. Que repose y no se mueva mucho —recomendó el doctor—. Que se tome este tratamiento durante una semana, son calmantes y un antiinflamatorio.

—¿Podemos llamar a una amiga nuestra y de Juan? De hecho trabaja en su tienda. Es que intuyo que estará muy preocupada —preguntó Consuelo.

Luis la acompañó al despacho de su colega y la llamada fue escueta. Solo para tranquilizar a Laura, sin entrar en detalles. Eso sí, le preguntó si era factible llevar a Juan allí, porque en su casa no podía subir las escaleras. Laura no puso objeción. En ese momento Cristina se despidió de ellos lamentando el cariz que

habían tomado las cosas.

Una vez instalados en casa de Laura, decidieron que Consuelo también se quedase por dos razones: justificar que un hombre pernoctase en casa de una viuda y cuidarlo mientras su amiga estaba en la tienda. Los vecinos pensarían que eran pareja y, de esta forma, Laura quedaba al margen de murmuraciones. Todo el barrio conocía ya a Juan y sabían que vivía solo en una pensión cercana. Ahora bien, de la amiga revolucionaria de Laura lo sabían todo, incluso de quien era hija y que su padre la había echado de casa; no les extrañaba que se hubiera liado con el encargado de la tienda. A la burguesía media del barrio le divertía la vida de Consuelo. Las lesiones de Juan pasaron por un atropello en la vía pública; un coche que se dio a la fuga.

Laura pensó que las penas serían menos con una copa de vino y algo para comer. Partió unos trozos de un manchego curado que no defraudó a nadie.

—¿Sabéis qué? —lanzó de repente Consuelo—. Creo que os deberíais casar. Un matrimonio blanco, si queréis, pero os vendría muy bien. Juan tendría una familia y pasaría más desapercibido, y tú, Laura, dejarías de ser una venerable viuda, que alguna que otra se ha despachado a gusto contigo.

—Pues mira. Eso nunca me ha quitado el sueño, aunque te parezca raro —respondió Laura riendo e ignorando la primera parte de la frase.

En cambio Juan no la ignoró. Se había puesto rojo al oírla y respondió tajante.

—No digas tonterías, Consuelo. Laura no necesita ningún marido, se basta muy bien ella sola.

Su tono distaba mucho de ser amistoso.

—Bueno, hombre. No te pongas así. Solo era una idea que podía estar bien.

—¿Qué pasa? ¿Tan mal te parezco como esposa? —Laura continuaba tomándose a broma.

Juan se excusó diciendo que estaba cansado y se iba a dormir, que tenía el cuerpo dolorido y no aguantaba más. Ellas se dirigieron al dormitorio de matrimonio de la casa con el fin de compartir cama. Consuelo preguntó si podía fumar un cigarrillo en la cama antes de dormir y a Laura no le importó, aunque le recordó a Felipe que siempre hacía lo mismo. Tomó conciencia que, desde que él había muerto, no había compartido su cama con nadie. Se acordó de sus sospechas sobre las preferencias sexuales de su amiga, pero no le importó. Hacía un año no hubiera pensado lo mismo. Era Juan el que iba cambiando su forma de ver la vida, porque decía las mismas cosas que su amiga, pero con un discurso

menos violento y agresivo que ella.

—Yo me tomaré una copa de vino del que ha quedado mientras te fumas el cigarro —comentó Laura.

—Y yo puedo hacer las dos cosas a la vez —respondió la abogada sonriendo.

Consuelo amaneció con la energía renovada y más dispuesta que nunca a frenar el abuso que estaban sufriendo las mujeres republicanas al arrebatárles sus hijos. Necesitaba ir a París y ver si el movimiento internacional tenía prevista alguna asamblea para denunciar este hecho en nombre de las feministas españolas. Pero antes debería redactar un documento. El lugar era mucho más cómodo que su casa y la compañía de Juan un incentivo menos doloroso que las mujeres que tenía acogidas. El miedo al embarazo lo habían sustituido por el miedo a parir y perder a su hijo. No a todas les pasaba, pero a muchas sí.

«Me pongo ahora mismo con ello», pensó Consuelo antes de mirar el reloj y, acto seguido, se percató de que Laura no se había despertado. Eran las siete de la mañana. Si no la veía en media hora, debería llamarla, porque no estaba Juan para abrir la tienda. Él continuaba durmiendo. Laura apareció en el comedor con cara de sueño, preguntando a Consuelo si había hecho café. Se marchó deprisa y Consuelo decidió continuar con su tarea. Fumaba ante la máquina de escribir, en la que acababa de introducir una hoja en blanco, que poco a poco se iba llenando de letras.

«Debería empezar sentando las bases desde el principio. Sé que habrá hombres, pero mi discurso no es para ellos. Todavía no. Los comunistas no tienen el poder. Ojalá, si un día lo tienen, no necesite escribir discursos como este». Al final encontró el tono y lo que deseaba decir y se puso a escribir mientras el cigarrillo se consumía.

Capítulo 13

Laura estaba cansada y muy inquieta por lo que había pasado con Juan. Necesitaba hablar con él para analizar lo sucedido y que no volviera a repetirse. Desde que aquellos hombres entraron en su casa y se lo llevaron a rastras, la angustia sufrida durante las horas en las que no supo nada de él le hicieron darse cuenta de que Juan representaba en su vida mucho más de lo que creía. Cuando Consuelo apareció con él advirtiéndole de su condición de sacerdote, había pasado el suficiente tiempo como para dejar de ser el padre Juan. ¿Se estaría enamorando de él? Pero no. Habría sentido la misma angustia si se hubiera tratado de Consuelo. No, no podía alimentar un sentimiento destinado al fracaso, a morir sin nacer porque nunca podrían vivirlo. Él no era él, sino un nombre escrito en un documento para sobrevivir a la barbarie de un mundo gobernado por el odio. Porque no era solo España, y bien lo recordaba, que perdió a su marido el mismo día en que un asesino acababa con la vida del presidente del país más poderoso del mundo.

El trabajo de la tienda era agotador para ella sola, pues a la atención al público debía añadir hacer caja, revisar los artículos y cursar los pedidos. Juan era una gran ayuda. Estaba contenta con su nueva vida. Era como si hubiera empezado para ella el día que se quedó viuda. Viuda... ¡Qué nombre tan horrible! «Soltera» tenía un sonido musical, y «casada» era rotundo, redondo, como ese círculo que encierra una vida y del que no se puede salir. «Pero qué estoy pensando, por Dios, me parezco a Consuelo». Sacudió la cabeza queriendo ahuyentar esos pensamientos.

Juan la había oído llegar y la llamó.

Su cara reflejaba la agresión luciendo morados alrededor de los ojos y en la brecha de la frente, aunque tapado, también aparecía el hematoma alrededor del esparadrapo. El brazo escayolado descansaba sobre una almohada y las

ojeras daban un aspecto derrotado al exsacerdote, que, a pesar de todo, intentaba sonreír sin lograrlo del todo.

—Perdona que te haya llamado, Laura. Es que he intentado levantarme, pero el dolor me lo impide. ¿Cómo te arreglas en la tienda? Lamento mucho no poder estar ahí, pero no te preocupes, que en cuanto pueda levantarme, aunque sea con la escayola, volveré al trabajo.

—¡Quita, quita! No hables de eso ahora. No sabes la alegría que siento al ver que te podrían haber matado de forma impune, y estás aquí —tras un silencio, Laura siguió hablando—. Oye, Juan. ¿Tú crees que lo que te han hecho tiene que ver con la carta que escribiste al cardenal?

—No lo he dudado ni un momento, y si alguna duda me quedaba, ellos se encargaron de recordármelo. Es más, no creo que la carta llegase hasta él, porque está rodeado de fascistas que no cuestionan nada de lo que hace Franco.

—Pero lo que tú dices no tiene nada que ver con Franco, sino con la Iglesia.

—La Iglesia apoya a Franco, aunque empieza a estar dividida. Hay un sector que apoya abiertamente lo defiende porque ve asegurada su hegemonía. Luego estamos los curas rebeldes. A algunos los has conocido en la HOAC. Por fortuna, cada vez más parroquias se adhieren a esta corriente y, gracias a ellos, muchos comunistas y gente de izquierdas han logrado sobrevivir.

—Sin embargo, los temas de la mujer tampoco son una prioridad para la HOAC y, llegados a este punto, creo que Consuelo tiene razón. Nadie va a darnos la igualdad. Tendremos que luchar nosotras por ella.

—Te equivocas. Los comunistas no son como los fascistas y los anarquistas mucho menos. Ellos creen en la igualdad de clases, y no me negarás que, hoy por hoy, ser mujer es una clase. Los anarquistas no hacen distinciones, pero su forma de actuar es demasiado violenta para lograr objetivos. Tampoco voy a olvidar que fueron los anarquistas los que incendiaron iglesias, asesinaron a sacerdotes y destruyeron un fondo documental de valor incalculable, sin mentar las esculturas y obras de arte que se cargaron por ignorantes. No, Laura. Esa gente hace daño a la izquierda y son unos ignorantes.

—Mira, Juan. Yo no entiendo demasiado de estas cosas. De hecho, hasta hace menos de un año, ni siquiera las veía necesarias. Ha sido Consuelo la que me ha abierto los ojos y, si te digo la verdad, tampoco me fío mucho de la izquierda. Los hijos los seguimos cuidando nosotras, las labores de la casa son de nuestra incumbencia y la que trabaja no está exenta de nada. Mientras ellos leen, sus mujeres tienden la ropa, lavan, cocinan y limpian para la familia.

—No creo que Consuelo tarde demasiado. Dormirá aquí, ¿no? —Juan cortó la discusión cambiando de tema.

—Sí —sonrió Laura—, por el eterno qué dirán. Lo que no termino de creerme es que los curas de la HOAC quieran ayudar realmente a que haya mayor libertad para la mujer. Es curioso, hace un tiempo nunca hubiera hablado así, pero este verano empecé a cuestionarme muchas cosas, tal vez por ver a Consuelo en el estado en que se encuentra. Me refiero a su aspecto y a cómo vive, acostumbrada a tenerlo todo.

—Todo no —respondió Juan—. No tenía libertad.

—¿Me quieres decir para qué quieres la libertad si te pegan dos tiros? ¿Y ahora? ¿Tiene libertad ahora? ¡Vamos, Juan! No digas tonterías. Lo que intento decirte es que, con las cosas que me ha contado Consuelo que hacen con los hijos de madres solteras, o de violadas, incluso por sus propios padres... no tienen perdón. Luego apareces tú, y me dices que, en los colegios, hospicios o como quiera que se llamen esos internados, a los niños los tratan como a prisioneros de un campo de concentración, y eso la propia Iglesia que, según tú, nos va a ayudar. No sé. Puedo pasar porque me exijan el permiso de un hombre, pero todo esto me sobrepasa. Tenemos que conseguir que se acabe.

No habían oído la puerta y Consuelo entró risueña con paso ligero y su eterno aire de preocupación, que pareció esfumarse ante la última frase pronunciada por Laura que alcanzó a oír.

—Me alegra mucho oírte hablar así, Laura. —Se acercó a ella y le dio un profundo abrazo—. Bienvenida, compañera.

A Laura se le saltaron las lágrimas. Era la primera vez que su amiga la trataba de igual a igual. Que no le recriminaba su ignorancia y su falta de compromiso, su pasividad para aceptar todo sin cuestionar nada. Tenía razón. Era una ignorante. Su vida se había reducido a ver películas que terminasen bien o de guerra, que le gustaban mucho a Felipe, pero en las que siempre ganaban los mismos. Leía poco, excepto libros en francés e inglés para no olvidar lo aprendido y, cómo no, los libros feministas que Consuelo le había proporcionado, aunque era evidente que no le habían causado tanto impacto como a su amiga y, en algunas ocasiones, los había considerado exagerados.

—¿No hay una copa de vino para una trabajadora agotada? —sugirió Consuelo sonriendo.

Laura se fue a la cocina y momentos más tarde, sentados en la habitación de Juan con dos sillas por mesa, desinhibidos por el vino y picoteando embutido que Laura había dispuesto sobre una fuente, la discusión se centró en lo que

podían hacer.

—El otro día escribí un artículo para la revista del partido, *Mundo Obrero*, denunciando los abusos a los niños de izquierdas. Dicen que lo guardarán para un número extraordinario que piensan sacar para el día 8 de marzo, que dedicarán a la mujer, pero yo no quiero esperar tanto tiempo. Hay que hacer algo ¡ya! No podemos permanecer impasibles ante lo que está pasando.

Juan salió al paso.

—Si quieres puedo hablar con una revista que salió hace poco, más o menos dos años. Está creada por democristianos y abierta al antifranquismo. Conozco gente allí. Si te parece puedo intentar que te lo publiquen en el próximo número.

—No sé si querrán, porque el contenido no deja títere con cabeza —respondió Consuelo desanimada—. Iglesia incluida.

—¿Lo tienes ahí? —preguntó Laura.

—Sí. Lo dejé en tu dormitorio, en mi mesilla de noche. Espera, voy a por él.

«La lucha de clases se nos ha quedado pequeña, a menos que nos consideren una de ellas: la clase mujer. Hoy por hoy, ningún partido, ni siquiera el comunista, incluye en sus reivindicaciones nuestros derechos. Por mí, y por todas las mujeres a las que quiero dar voz, denuncio lo que está sucediendo, en esta ocasión en torno a la maternidad.»

Compañeras, nuestros hijos, los de las mujeres perdedoras, las compañeras, hijas y madres de los que perdimos la guerra, están siendo robados y separados de sus familias. El objetivo es impedir la transmisión ideológica de los niños, educándolos en familias fascistas o internándolos en centros en los que se les imparte una doctrina del mismo signo político.

Conozco las instituciones que aplican la represión hasta niveles que solo pueden ser considerados de tortura, y hablo de centros regidos por la Iglesia franquista, la misma que calificó de cruzada una rebelión militar, que dio al traste con los derechos de todos los españoles, y entre ellos, la mujer como víctima propiciatoria, a la que relegó a la procreación, negándole toda identidad e impidiendo su formación y cualquier toma de decisiones, si no están avaladas por los

hombres a los que «perteneceemos». Porque es ese nuestro lugar en esta dictadura, ser de propiedad exclusiva del padre o del marido, en aplicación del más estricto código napoleónico que inspira nuestro derecho.

No podemos dejar que sigan oprimiendo a la mujer. Si los partidos no hacen nada, nosotras lo haremos. Os emplazo a salir a la calle, como están haciendo los obreros, los estudiantes y muchas personas hartas de las secuelas de la guerra, porque los vencedores no han tenido suficiente con masacrar a los vencidos durante la contienda, sino que han seguido haciéndolo durante veintisiete años ya. Pero no lo haremos cobijadas detrás de las siglas de ningún partido, sino como feministas. Como mujeres que luchan por sus derechos.

¿Hasta cuándo vamos a permanecer en la sombra, compañeras?»

—Me parece que esto no te lo van a publicar allí. Puedo intentarlo, pero lo veo difícil —advirtió Juan.

—Atácales por el lado de la mujer. Diles que nadie nos da voz y que, si ellos lo hacen, se ganarán muchos adeptos. Se les unirán mujeres de toda España e, incluso, desde fuera de ella a través de la Asociación Internacional de Mujeres. Ahora nos reunimos en París, pero pronto se extenderá a todos los confines. Hazlo, Juan. Por favor.

—Consuelo tiene razón —sentenció Laura—. ¿Has leído el artículo de la Pasionaria en el último número de *Mundo Obrero*? Ni mención a la mujer, y eso el Partido Comunista, que apoya nuestra lucha. Ni te cuento los demás.

—¿Tú lo has leído? —preguntó sorprendida Consuelo.

—Sí. Dejaste el ejemplar sobre tu mesilla de noche y lo cogí. Espero que no te moleste.

—¡Cómo me va a molestar! Estoy encantada de tu compromiso y espero que perseveres en la lucha por si a mí me pasa algo.

—No digas eso ni en broma.

—Lo espero, Laura. Mi padre no se va a quedar impasible después de mis últimos movimientos. Aunque no me admitieron la denuncia contra la maternidad ni en el juzgado ni en la comisaría, estoy segura de que alguno de sus contactos le ha ido con el cuento.

No se equivocaba Consuelo. Aquella misma tarde, en el Tribunal de Orden público, donde ahora prestaba sus servicios, Laureano era llamado a presencia del subsecretario.

Ya no trabajaba en el palacio de Bellavista, sino en el Convento de las Salesas, donde el nuevo organismo gubernamental había ubicado la sede. Subió al coche oficial que lo llevaría a su antiguo lugar de trabajo; durante el trayecto iba tranquilo, no podía imaginar el motivo por el que había sido llamado por el subsecretario del Ministerio de Ejército.

—Pasa, Laureano. Tenemos que hablar muy en serio sobre tu hija.

Su cara demudó el color.

—Yo no tengo nada que ver con ella desde hace mucho tiempo. La eché de casa y le corté el suministro económico. ¿Qué más quieres que haga?

—Hablar con ella. Advertirle que está sacando papeletas para ir a la cárcel. Si no ha ido ya es porque yo lo he parado. Sabemos que está afiliada al Partido Comunista y, por si esto fuera poco, es una activista del Movimiento de la Mujer. Me temo que no podré frenar su caída mucho tiempo. Solo quiero que lo sepas por si quieres hacerla entrar en razón. De lo contrario, tu cargo está en el aire, porque ya son muchos los que piden tu cabeza.

—¿Y qué demonios tengo yo que ver con lo que hace mi hija? Ya te dije que la eché de casa.

—Ya lo sé, Laureano. Ya lo sé. Pero eso fue hace meses y tu «niña» lleva años haciendo de las suyas. Ya la teníamos fichada cuando estaba en la Universidad, pero confiamos en que, siendo hija tuya, sabrías encauzarla. Ya ves que no ha sido así. Solo he querido avisarte. Se ha cursado una orden de detención contra ella y se le formará un Consejo de Guerra para juzgarla por actividades contrarias al régimen y a la dignidad de la mujer. Con algo de suerte le pueden caer treinta años. Con menos, pena de muerte.

Don Laureano no quiso discutir. Sabía que tenía las de perder. Pensaba que su hija se lo había buscado. Qué necesidad tenía ella, con la vida resuelta, de meterse en camisas de once varas y luchar por unos derechos que, a su juicio, embrutecían a la mujer y le restaban feminidad. Le estaba bien empleado por no haber actuado antes, pensó. Pero eso no impedía que el amor que sentía por ella le doliese en el alma saberla en peligro de ingresar en una cárcel, porque no contemplaba que la condenasen a muerte. Él conocía las condiciones de vida que sufrían las presas y las carencias de todo tipo que padecían.

Unos días después, tomaban el café de sobremesa cuando llamaron a la puerta. Como todos los que tienen algo que temer, Juan, Consuelo y Laura dieron un respingo. Laura se dispuso a abrir. Era la madre de Consuelo.

—¿Está aquí mi hija? Te lo ruego, Laura. Déjame pasar. Solo quiero ayudarle.

Laura dudó, pero se hizo a un lado.

—Pase, doña Leonor. Aquí está.

Antes de que Laura concluyese la frase, la mujer se hallaba en el comedor, en el que Juan y Consuelo permanecían expectantes.

—Mamá. ¿Qué haces aquí? —dijo mientras la abrazaba.

—Salvarte la vida, hija. Te van a detener y tu padre no ha podido hacer nada para evitarlo. Es más, te diría que está de acuerdo. Yo no entiendo de estas cosas y sé que no eres una delincuente, pero tu forma de pensar y lo que haces ha terminado metiéndote en un lío. Mira que te lo advertí, pero tú, terca que terca, no me has hecho ni caso.

Consuelo obvió la retahíla como si solo hubiera oído una frase: «Te van a detener».

—¿Has ido a mi casa?

—No sé dónde vives, aunque me imaginé que terminarías en casa de tu amiga. He venido aquí directamente. Estaba segura de que si no te encontraba, al menos Laura podría darme tu dirección.

Laura se había unido al grupo.

—Consuelo. Lo mismo que ha pensado tu madre lo pensarán ellos. Tienes que ponerte a salvo.

La cabeza de Consuelo hervía frenética buscando soluciones. Sin embargo, no perdía de vista el peligro que corría su madre allí, pues si venía la policía a buscarla lo más probable era que realizase un registro a fondo y, aunque la escondiera, darían con ella.

—Márchate, mamá. Aquí corres el peligro de que te encuentren si llega la policía.

—La que corres peligro eres tú. ¿Tienes dónde ir?

—A mi casa de la sierra —terció Laura—. Allí no mirarán. Además, hace mucho que no vamos. Te llevo en mi coche. Vamos, coge tus cosas. Y a ti, Juan, no pueden encontrarte aquí. Tienes que ir con ella.

—Estoy bien. Apenas me duelen los golpes —mintió el excusa—, y con la escayola en el brazo puedo conducir.

—No hace falta, lo haré yo, pero vente conmigo para que puedas traerte el

coche —dijo Consuelo.

Leonor abandonó la vivienda de Laura a toda prisa, despidiéndose apenas de su hija. Cuando salió, Consuelo comenzó a meter sus cosas de forma apresurada en una bolsa que había traído. Metió la máquina de escribir portátil en su estuche y en pocos minutos estaba lista.

Juan no necesitaba tiempo. Apenas había llevado nada a casa de Laura. Acto seguido, salieron de allí hacia el coche que estaba aparcado en la esquina de la calle.

Mientras Consuelo y Juan se dirigían a la carretera de Colmenar, camino de la casa de Manzanares el Real, dos policías de la Social irrumpían en casa de Consuelo con su acostumbrada cortesía: llamada insistente al timbre, empujón cuando se abrió y pistola en mano al grito de «Policía, que nadie se mueva».

—¿Dónde está Consuelo Martínez?

Las mujeres que tenía en su casa, dos de ellas con un ostensible embarazo, se agruparon en una esquina del salón. Una de ellas acertó a responder:

—No lo sabemos. Hace días que no viene por aquí.

Uno de los policías se acercó a ella y, agarrándola de un brazo, la zarandeó.

—Eso ya lo vemos. ¿Dónde está? Vamos, que no tengo todo el día —replicó sacudiéndola con más fuerza, sin importarle su avanzada gestación.

—No lo sé —respondió a punto de llorar—. Le juro que no lo sé.

El policía se volvió buscando a su compañero, al que llamó de un grito.

—¡Modesto! ¿Dónde coño te has metido?

El increpado apareció con un montón de papeles que había cogido de la habitación de Consuelo.

—Mira lo que he encontrado. A esta no la salva esta vez ni su padre.

—Eso será si la encontramos. Pero seguro que sí. Una de estas «amables señoritas» nos va a decir dónde está, ¿verdad que sí? —Acto seguido derrumbó a la mujer que tenía asida por el brazo, sobre el catre que servía de sofá y, sin miramientos, le puso la pistola en el vientre—. Haz memoria, guapa. No dudaré en disparar sobre tu panza si no me dices el paradero de esa roja de mierda.

La mujer, presa del pánico, comenzó a sollozar.

—No lo sé. Le juro que no sé nada. Yo llevo aquí solo dos semanas y apenas conozco a Consuelo. —Al hablar, miraba con desesperación a una de las mujeres, algo que no pasó desapercibido al otro policía, que todavía conservaba

en sus manos un montón de carpetas y pertenencias de Consuelo.

—Déjala, Garrido. A lo mejor esta nos lo dice. —Dejó los papeles sobre la mesa y se acercó a la mujer que la interrogada había mirado—. Tú sí que lo sabes, ¿verdad, guapa? Y me lo vas a decir rapidito porque te puedes encontrar muy malita si no lo haces. —Como aviso le dio un fuerte puñetazo en el estómago.

En la habitación se hallaban cinco mujeres; la que el llamado Garrido apuntaba con su pistola, otras tres, en uno de los rincones, abrazadas entre sí, y la quinta, que se doblaba sobre sí misma para contener el dolor del impacto recibido. Todas reflejaban el terror en sus rostros. Una mirada cruzada como una ráfaga entre las cinco mujeres bastó para que una de ellas diera un paso al frente y confesara el paradero de Consuelo, segura de que ella lo entendería. Nadie salía indemne de un interrogatorio de la Social, que terminaba en una confesión segura. Lo habían hablado algunas veces con Consuelo y ella les pidió que no se hicieran las heroínas, que ya tenía bastantes la gente de izquierda.

Se marcharon con su inconfundible sello en forma de registro, destrozando cuanto encontraron a su paso por si había más documentos escondidos. No hallaron nada más, pero dejaron desolación y miedo tras de sí.

Laura estaba fichada como amiga de Consuelo, pero «sin ninguna acusación ni adscripción conocida», decía textualmente su ficha. Con el mismo estrépito que en casa de Consuelo, llamaron a la puerta de Laura. Ella los esperaba y se apresuró a abrir. Se había vestido de forma clásica. Iban a dar las cinco. No había abierto la tienda, a pesar de que, desde que Juan había sido agredido, debía encargarse de hacerlo, pero esa tarde prefirió dejarla cerrada y permanecer a la espera. Estaba segura de que, tarde o temprano, la policía iría a su casa y prefería que no irrumpieran en la tienda donde las clientas pudieran ver lo que sucedía.

Entraron a empujones, como era su costumbre, y se encararon a Laura, dando por sentado que Consuelo estaba allí. Sin mediar palabra, recorrieron las habitaciones de la casa. Al encontrarla vacía y ordenada hasta la pulcritud, se volvieron hacia Laura y le dieron una sonora bofetada que la hizo tambalear. Estaba aterrorizada. No daba crédito a lo que sucedía.

—¿Dónde está su amiga Consuelo?

—No la he visto desde ayer. Estaba aquí pasando unos días, pero anoche no vino a dormir y no sé dónde puede estar. Además, se ha llevado sus cosas. Por eso pensé que se habría marchado a su casa. ¿Han ido allí? —acertó a decir

presa del pánico.

—No se haga usted la tonta, señora. Díganos ahora mismo dónde está si no quiere arrepentirse.

—Le juro que no lo sé. —Había comenzado a llorar—. Por el amor de Dios. Yo soy una persona de orden. Tengo una tienda y me disponía a bajar a abrir cuando ustedes han llegado.

—Pues hoy no abrirá. Vamos, acompáñenos.

A empujones la sacaron de su casa. Cuando se disponía a salir, una vecina se cruzó con ella y Laura aprovechó para gritarle.

—¡Avisa al padre Molina, por favor! ¡Dile que me llevan detenida!

La mujer asintió sin palabras y el policía tiró de ella sin contemplaciones. El miedo de Laura se podía palpar. Nunca se había enfrentado a nadie y mucho menos a la policía. Ahora no estaba su amiga para sacarla del atolladero y no se le ocurría nada que pudiera utilizar en su defensa. Guardó silencio mientras la conducían a la Dirección General de Seguridad.

La metieron en un calabozo. Horas más tarde, un policía armado la conducía a un despacho destartado y lúgubre donde la esperaba un inspector mal encarado que la obligó a sentarse de un empujón.

—Así que usted es una tendera que no se mete en nada... Vaya, vaya, vaya... ¿Y de su amiguita letrado tampoco sabe nada?

Laura guardó silencio. El policía prosiguió su arenga.

—Pues no me lo creo, ¿sabe usted? A lo mejor podemos refrescarle la memoria, usted verá... Yo solo quiero saber dónde está su amiga del alma, porque ustedes son muy amigas, según me han dicho, ¿no es así?

—Sí, pero hace días que no la veo. Pasamos juntas la Navidad y luego se fue, pero. No me dijo adónde —se atrevió a decir.

—No le dijo dónde... ¡Vaya! Su mejor amiga y no le cuenta sus cosas...

La primera bofetada impactó en la cara de una sorprendida Laura que rompió a llorar con desconsuelo.

—Le juro que no lo sé —respondió acariciando la mejilla dolorida.

—¿No lo sabe? A lo mejor no se acuerda y tenemos que utilizar nuestro sistema para refrescar la memoria. Venga conmigo.

Asió a Laura de un brazo y, tirando de ella, la condujo a través del sótano a una sala más grande con ventanales opacos a ras de techo por los que apenas entraba luz. Un taburete era el único mueble, además de un armario cerrado que el policía abrió sacando de él un aparato del que sobresalían dos cables terminados en sendas pinzas. Le arrancó la blusa primero y más tarde el

sujetador, dejando el torso desnudo. A los menudos pechos de Laura se les erizaron los pezones. El policía los mordió con las pinzas, encendió el siniestro aparato y accionó una palanca. El cuerpo de la mujer se retorció convulsionado y un grito agudo salió de su garganta antes de perder el conocimiento.

En ese momento el torturador abandonó la sala, dejándola tendida en el suelo con las pinzas asidas a los pezones y las manos esposadas a la espalda. Un compañero le advirtió que el comisario había preguntado por él y quería verlo. Contrariado, se dirigió al despacho de su superior, quien le ordenó que pusiera en libertad a la detenida.

La vecina había hecho caso a Laura y corrió presurosa a la parroquia, donde el padre Molina le prometió que la sacaría de allí.

—Esa desgraciada no tiene nada que ver —le advirtió—. Ha llamado el cura de la parroquia de su barrio interesándose por ella y le consta que es una persona de orden vinculada a la Acción Católica que hace una gran labor, ayudando a paliar el hambre con productos de su tienda. Así que ya la estás soltando, porque no queremos problemas y menos con la Iglesia.

—Como usted ordene, comisario, pero estoy seguro de que sabe dónde está su amiga y si me deja unas horas, cantará. Además, los curas ya no son de fiar.

—He dicho que la dejes ir y se acabó la discusión. Te recuerdo que aquí mando yo.

El comisario se puso de pie dando por concluida la conversación. El inspector abandonó el despacho contrariado, soltando maldiciones.

Cuando Laura se vio en la calle con la blusa desgarrada, el pelo enmarañado, llorosa y dolorida, paró un taxi y desapareció de allí, ante la mirada curiosa del taxista, que guardó silencio, impresionado por el aspecto de la mujer.

No llevaba dinero. Le rogó que esperase en la puerta diciéndole que no tardaría en bajar y pagarle la carrera.

La experiencia vivida marcó una profunda huella en Laura. En aquel momento moría la tendera conformista. Ya no pensaba que su amiga exageraba y a partir de ese día nada la apartaría de la lucha. Más que nunca echaba de menos a su amiga, pero ahora no buscaba su consejo, sino decirle que contase con ella para unirse su lucha. No quería ni pensar lo que le pasaría a su amiga si esos salvajes daban con ella.

Laura decidió que lo mejor sería comportarse como siempre. Abrir la tienda e intentar vivir con normalidad, aunque no era fácil. Temblaba cuando se dispuso a levantar la persiana metálica. Varias vecinas esperaban impacientes. Al

ver el aspecto de Laura, quisieron saber qué le había pasado, pero ella salió del paso pretextando una caída en la bañera que ninguna de las que esperaban puso en duda, aunque insistían en que debería verla un médico. Las bofetadas habían dejado hematomas en la cara de Laura y su ojo izquierdo, medio cerrado, rodeado del color morado alrededor de la órbita, denotaba que era producto de un puñetazo, no de una caída como ella decía. Las vecinas sacaron sus propias conclusiones, pero no dijeron nada. «Seguro que la culpa la tiene esa amiga suya con pinta de marimacho». Nadie pensó que Laura fuese culpable de algo, su vinculación a la iglesia y las ayudas que prestaba a los más desfavorecidos, la liberaban de toda sospecha ante las vecinas del barrio.

—No es nada, no se preocupen. Es muy aparatoso, pero solo son golpes que se curarán solos.

Las clientas se dedicaron a mirar las vitrinas para elegir los artículos como si nada hubiera pasado. El mozo, que también esperaba, colocaba los cajones de las frutas revisando su estado para retirar la que estuviera dañada. Eran las doce de la mañana.

Aguantó como pudo hasta la hora de cierre. Le dolían los pechos y su cuerpo todavía temblaba por la descarga, si bien lo que más le dolía era la humillación. No olvidaría nunca verse semidesnuda ante la mirada lasciva llena de crueldad de un desalmado que disfrutaba con su dolor. Ignoraba por qué la habían dejado marchar, aunque en ese momento ya no importaba.

No faltaba mucho para llegar a Manzanares. Consuelo conducía con calma por miedo a que la Guardia Civil le diera el alto si cometía alguna infracción. Estaba segura de que a esas alturas su nombre figuraba entre los buscados. La casa estaba en las afueras del pueblo. Ella la conocía y no tardaron en instalarse.

Derrotada, abatida y con una tremenda sensación de fracaso, sacó la máquina de escribir y, sin deshacer la bolsa, abrió la botella de vino que Laura le había metido en el coche cuando marchaban y se puso a escribir mientras lloraba de rabia, entre sorbo y sorbo. Sabía que la detendrían. Estaba segura. Cuando a la Social se le tomaba el pelo, se pagaba muy caro. Ella, además, era una presa golosa. Nada menos que la hija de un alto funcionario del Ministerio destinado en el TOP, siglas por las que era conocido el nuevo órgano represor. Había que dar ejemplo, que para eso podían invocar la figura del coronel del Alcázar que no se rindió ni a cambio de la vida de su hijo. Su padre se sentiría así, pero ¿y su madre? Le partiría el alma. No comprendía ni compartía sus ideas, pero la quería

y nunca se metía en su vida más allá de criticar su forma de vestir y que no buscara marido. Tenía miedo de acabar en la cárcel. ¿Qué vida le esperaba allí? Por las presas a las que ayudaba conocía el trato que recibían de parte de las funcionarias de prisiones. Vejaciones, humillación constante y, para su tristeza, alguna violación. Nunca volvería a ser la misma.

Cuando Laura terminó la jornada y cerró la tienda, tampoco era la misma. Agotada no solo por la tortura, sino por haber tenido que sufrirla para darse cuenta de la realidad de la España que ella creía un remanso de paz y devenía ahora ante sus ojos, en un nido de torturadores dedicados a derrotar a los que luchaban por acabar de una vez con los que tiranizaban, a los que ya habían vencido en la guerra, sin conformarse con ello. Sola al frente del negocio, triste por no saber si su amiga había logrado ponerse a salvo y temiendo que dieran con ella, Laura rompió a llorar. Tarde o temprano encontrarían a Consuelo y lo peor era que arrastraría a Juan en su caída. Pensó en llamar a doña Leonor, pero desistió por si tenía el teléfono intervenido. Hace un año, ni se le hubiera ocurrido pensarlo. Sin embargo, la vida al lado de Consuelo y de Juan, junto a la experiencia vivida, habían cambiado no solo su forma de ser, sino su ideología.

A su manera ella había ayudado siempre. No olvidaba su infancia, cuando con su madre luchaba por un trozo de pan mientras su padre lo hacía en las trincheras, jugándose la vida. No lo recordaba como un hombre valiente, sino sumiso y disciplinado. Por primera vez lamentó la victoria de esos desalmados que tenían secuestrado a todo aquel que no pensase como ellos, aunque, como en su caso, no se enfrentase a nadie. ¿O sí? ¿No era enfrentarse sustraer de sus garras a una enemiga que intentaba cuestionar su forma de gobernar?

En los últimos meses había modificado su aspecto aconsejada en parte por Consuelo y también porque sus gustos iban cambiando a medida que crecía su ansia de ser libre, sin dejarse llevar por la corriente que hacía de ellas un objeto decorativo. De los trajes de chaqueta con falda ceñida por media pierna, que le impedían dar pasos largos, a los pantalones que ahora lucía con frecuencia mediaba un año de discusiones por temas políticos, lecturas recomendadas por su amiga y, sobre todo, abrir los ojos a una realidad que le había pasado por delante sin percatarse. Recurrió a uno de sus antiguos trajes clásicos para visitar la casa de los padres de Consuelo.

Abrió doña Leonor. Su marido no había llegado todavía, a pesar de que eran más de las nueve de la noche. La madre de su amiga mostraba los ojos hinchados de llorar. Laura la abrazó al verla y entró al salón, aceptando la

invitación.

—¡Dios mío, Laura! ¿Qué te ha pasado?

Se refería a la mejilla hinchada y al ojo entrecerrado que mostraba la aureola morada alrededor.

—Ya se lo explicaré, doña Leonor. Ahora vengo a darle noticias de su hija. No se preocupe por ella. Ha llegado a salvo a mi casa de Manzanares. Lo malo será convencer a la policía, si la encuentran en mi casa de la sierra, de que yo no he tenido nada que ver. Por ahora los he despistado, pero...

Laura rompió a llorar. Relató su experiencia a la madre de su amiga omitiendo algunos detalles para no preocuparla.

—Mi hija no se quedará allí mucho tiempo. Sabe que tarde o temprano darían con ella. Lo malo será si se le ocurre llamar a uno de sus compañeros pidiendo ayuda, porque seguro que los teléfonos de todos ellos están intervenidos.

—Ella lo sabe, doña Leonor. No creo que lo haga.

—¿Entonces qué va a hacer? Por ahí sin dinero y sin poder recurrir a nadie. ¡Ay! Dios mío. ¿Qué he hecho mal para tener una hija así? Ahora van a por ti y es culpa suya.

—Si hubiera más mujeres como su hija, a lo mejor no estábamos como estamos. Ella es una valiente, y lo que consiga con su esfuerzo será para todas. No es justo que pague ella sola. Voy a ir a verla y darle dinero para que huya de España.

Doña Leonor se levantó inquieta y nerviosa. Apretaba una mano contra otra sin saber muy bien qué hacer con ellas. De pronto miró a Laura.

—Espera. En eso sí puedo ayudar. —Salió del salón en el que conversaban, reapareciendo al momento con un abultado sobre—. Dáselos de mi parte.

Laura rechazó parte del dinero.

—No tanto, que pueden detenerla y perderlo todo. Lo importante ahora es que tenga algo para salir adelante, ya le ayudaremos en el futuro.

—Pues guárdalo tú que podrás ponerte en contacto con ella. A mí me resultará complicado, ya lo sabes.

La situación de su hija le removió los cimientos. Siempre había sido una mujer rebelde y lo demostró casándose con el hombre que amaba, en contra de todos los suyos. En ese momento se planteaba saber qué había llevado a Consuelo a ser una fugitiva y dedicó su tiempo libre a leer algunos libros que su hija no se había llevado, los mismos que en su día escondió cuando Consuelo se

lo pidió, pero no se imaginaba que la acercarían a su hija para comprender su forma de actuar. Algunas lecturas las consideró exageradas, lo mismo que Laura. Sin embargo, con otras se sintió identificada.

Laura consiguió reunir un pequeño capital que iría entregando a Consuelo a medida que pudiera hacerlo. Esperaba que Consuelo pudiera salir del país y pedir ayuda a sus compañeros en el exilio. Planearía un viaje «de negocios» a París y allí podría llevarle el dinero para salir adelante. Este pensamiento tranquilizó su conciencia, aunque temía por ella. No dudaba que las fronteras estarían vigiladas. Era necesario hablar con su amiga cuanto antes. Hasta las seis de la mañana no había ningún coche de línea y tardaba más de dos horas en llegar. Eso, si no paraba en cada pueblo o pedanía que hallase a su paso. No podía dejar la tienda desatendida ni pedir ayuda a su madre, pues no lo entendería. Estaba desesperada cuando abandonó el domicilio de los padres de Consuelo. Por fortuna, Laureano no llegó a cruzarse con ella.

Llegó a su casa agotada. No era capaz de pensar en cenar. Se dio una pequeña ducha y se metió en la cama. Los pezones estaban heridos. Se aplicó una crema sobre ellos y un trozo de hielo en la cara. El frío de las sábanas hacía bien a su cuerpo y a su mente.

Estaba empezando a quedarse dormida cuando oyó que llamaban a la puerta. Asustada saltó de la cama, temiendo que fuese de nuevo la policía. Era muy tarde. Se asomó con sigilo por la mirilla: Juan.

—¿Y Consuelo?

—Sigue en la sierra, pero no ha permitido que me quede con ella y, mucho menos, con tu coche, porque eso te delataría si la descubren. Piensa salir de madrugada hacia Barcelona y de allí coger un tren para Perpiñán.

—Pero no tiene dinero, por el amor de Dios. ¡Se ha vuelto loca!

—Yo le he dado casi tres mil pesetas. Ya sabes que siempre llevo el dinero encima, porque en la pensión no hay sitio para dejarlo. No es la primera vez que roban.

—Yo te lo devolveré. Entre su madre y yo habíamos reunido unas pesetas. Lástima que no podamos dárselas.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó al tiempo que le tendía un sobre—. Toma. Me ha dado esta carta para ti.

—Espera que la lea. Luego te lo cuento.

Laura abrió el sobre con impaciencia. La carta, escrita a máquina, apareció ante sus ojos:

«Querida Laura:

No sé si volveremos a vernos. Mi vida pende de un hilo porque, si consigo escapar, no podré volver a España hasta que las cosas no cambien y me parece que, de momento, no lo harán. En el peor de los casos, si volvemos a encontrarnos pronto, será en las visitas a la cárcel.

Te paso el testigo, amiga. La militancia trae consigo estas cosas: te queman. Aunque consiga escapar, no podré seguir luchando por mis (aunque ahora debería decir nuestras) ideas. No dejes solas a las mujeres embarazadas. No voy a pedirte que sigas mis pasos investigando el robo de niños, que ya ves adónde me han conducido, pero sí que ayudes a las que están refugiadas en mi piso. Si puedes seguir pagando el alquiler, hazlo, por favor. Ellas no pueden porque la mayoría no tiene trabajo. Aportan lo que sacan de hacer algunas horas fregando en casas que no pueden permitirse una criada fija, pero ganan muy poco.

Todas ellas proceden de familias «rojas», como dirían los del Régimen. Lo más triste es que no son ni rojas ni azules, sino mujeres asustadas que han visto morir a sus padres o maridos solo por eso: pensar diferente.

Sueño con un día en el que recuperemos una España libre para todos, y en la que las mujeres ocupemos un lugar en la sociedad que vaya más allá de parir hijos y alegrar la vida de los maridos. Una España en la que no seamos el Ángel del hogar, ni el descanso del guerrero, sino mujeres. Solo personas con los mismos derechos que el sexo masculino. Una España que no nos niegue la formación, ser empresarias o, simplemente, seres humanos que eligen su destino sin obedecer a normas marcadas por ningún Estado o por un hombre, aunque este sea su marido.

Sé que ya haces una gran labor a través de la HOAC. Me lo ha contado Juan. Un gran tipo, por cierto. Lástima que sea cura, porque sería un buen marido para ti, aunque bueno, eso es cosa tuya. Lo que de verdad lamento es el anticomunismo que veo en algunas organizaciones de la Iglesia. Por eso las tolera el franquismo. No te dejes engañar, nadie apoya a las mujeres como tal si no es para utilizar nuestra voz a favor de sus ideas. Los

comunistas tampoco. Yo lo estoy descubriendo ahora después de muchos años de militancia, y no es por mi detención, sino por el escaso apoyo que prestan al movimiento. Cuando nos dedicábamos a dar soporte a los presos políticos, todo eran parabienes, pero en cuanto comenzaron nuestras reuniones para impulsar el Movimiento Democrático de la Mujer nos retiraron todo tipo de soporte, aunque de puertas afuera no se note.

Utiliza tu negocio para viajar. En París contamos con un espacio abierto. Recuerda la reunión a la que asistimos cuando tu aventura con los quesos. Sigue en esta línea y no despertarás sospechas. Ve a Inglaterra, a Italia y difunde lo que está pasando en España con nosotras.

Respecto al tema de las desapariciones de los niños, insisto en que no hagas nada por el momento. Te vincularían conmigo y acabarías como yo.

Rompe esta carta, por favor. Puede ser una bomba en manos de la policía.

Querida amiga. Te paso el testigo. No podré hacer nada hasta que logre crearme una nueva vida, si es que lo consigo.

Recibe todo mi cariño y agradecimiento por tu constante apoyo, incluso en aquellos años en los que no pensabas como yo. Ve a ver a mi madre y dile que estoy bien, que intentaré haceros llegar noticias mías y, si no lo hago, no sufráis, estaré bien, porque si muero lo sabrías enseguida. Contacta con Marie. En un papelito aparte te anoto su teléfono.

*Tu amiga que te quiere,
Consuelo»*

El papel de la carta se mojó con las lágrimas que resbalaban por el rostro de Laura. Con cuidado, secó el trozo mojado y lo estrechó contra su pecho.

—Lo haré, amiga. No dudes que seguiré tu estela —dijo entre lágrimas—. Ahora más que nunca. Ellos me han convencido en unas horas mucho más que tú en todos estos años.

Juan la miraba con ternura y no dudó en preguntar por el contenido de la carta.

—Me pide que siga la lucha, que no abandone a sus embarazadas y que

deje de investigar las desapariciones de niños, porque me relacionarían con ella sin demora —le contó.

—¿Cómo piensas hacerlo? El piso de Las Ventas está a nombre de Consuelo. No las dejarán en paz si no la encuentran.

—¡Calla, por Dios! No lo digas ni en broma. No la van a encontrar. Consuelo sabe cuidarse.

—¿Me vas a explicar ahora qué te ha pasado en el ojo?

—Me han detenido, Juan. ¡Me han torturado!

Los sollozos contenidos durante todo el día explotaron al fin. Juan intentó consolarla sin éxito mientras la oía hablar como lo haría Consuelo.

Juan se dio cuenta del profundo cambio sufrido por Laura en las pocas horas que habían transcurrido. Un odio sordo se apoderó de él, al imaginar a su benefactora encerrada en una celda, torturada y vejada, solo por ayudar a su amiga.

Capítulo 14

Consuelo se levantó antes de amanecer, la noche protegería su huida a través de la sierra madrileña. Una bolsa de viaje y una máquina de escribir portátil eran su equipaje, además de los sueños rotos que nunca la abandonarían. No tenía la ropa adecuada para andar por aquellos parajes, solo una vieja zamarra que había encontrado y que, a falta de otra cosa, sería lo que tendría que ponerse. No quería llorar. No podía permitirse caer en el desánimo. El frío era intenso y la comida que llevaba, escasa. Sin embargo, conservaba intacta su fuerza y la esperanza de salir con vida de esa aventura.

Daba vueltas a su situación. Necesitaba salir de allí cuanto antes. Ni podían encontrarla, ni comprometer a Laura. Había logrado salir de Madrid, ¿y ahora qué? Miró alrededor: al norte, La Pedriza, un macizo rocoso unido a la sierra de Guadarrama, al este, el pueblo de Soto del Real y a continuación Miraflores de la Sierra, que no conducían a ningún sitio. Al oeste, el embalse de Santillana... Mientras recordaba la sierra que en su día recorrió con deleite y que ahora se le antojaba amenazadora. Sintió unas terribles ganas de llorar. Su futuro era totalmente incierto, pero su presente no podía ser más negro. Se secó unas lágrimas que se habían abierto paso, al fin, a través de sus ojos, que de repente se habían desbordado. Sentía pena de sí misma. Estaba sola y asustada, ¿por qué no reconocerlo? Se fue tranquilizando poco a poco y se sorprendió recordando sus actividades de montañera diez años atrás. Ahora se arrepentía de no haber seguido conociendo la sierra mucho mejor.

Se había unido a un grupo de montaña que conoció a través de un compañero de la facultad con el que había mantenido la amistad durante un tiempo, unido por las ideas políticas que ambos compartían, pero cada uno terminó por seguir caminos distintos. Ni se acordaba de los años que hacía que no le veía. ¿Qué habría sido de José María? Su padre era asentador en el

Mercado Central de Pescados y Mariscos y su familia pertenecía a la pequeña burguesía que disfrutaba de una situación económica bastante desahogada, como tantos otros a los que el estraperlo había proporcionado una pequeña fortuna. El padre de José María ignoraba las ideas de su hijo y la gente con la que se relacionaba. Él había sido más listo que ella, pensaba Consuelo, aunque al ser hombre la censura familiar era distinta de la que se ejercía sobre las mujeres.

Se dejó arrastrar poco a poco por los recuerdos. La verdad es que eran un buen grupo. Recordaba con nostalgia en aquel momento los fines de semana, cuando cogían un tren y se presentaban en la estación de Cercedilla cargados con las mochilas, que pesaban lo suyo, y equipados con sacos de dormir, ropa de agua por si les pillaba algún chaparrón, que la sierra era muy traicionera, y repuestos de camisas, jerséis y medias de lana, aparte de la comida correspondiente.

Sonreía pensando en sus ascensos al Valle de la Fuenfría, subiendo por la calzada romana, a la que accedían desde las Dehesas, formada por grandes losas de granito, testimonio de un antiguo esplendor. Después de la caminata, llegaban a lo que llamaban Los Corralillos. Dejaban a la izquierda el Sanatorio de Fuenfría, lleno de enfermos de tuberculosis que trataban de mejorar a base de reposo y de respirar el aire de la sierra, y el llamado Camino de los Campamentos, situado en un sitio privilegiado donde el Frente de Juventudes llevaba a sus alevines. Seguían ascendiendo, visitando las Duchas de los Alemanes, que en invierno estaban prácticamente congeladas debido a las temperaturas bajo cero, pero cuando llegaba el deshielo eran una belleza que les hacía pararse a escuchar el ruido del agua, que a veces llegaba a impedir que se oyeran los unos a los otros, mientras, embobados, miraban las cascadas de agua interminable. A través de las sendas marcadas seguían ascendiendo de manera agotadora. ¡Cuántas veces José María se volvía para darle la mano para subir alguna piedra más alta de lo normal! No olvidaba la carretera de la República, nombre que se había respetado sin que todavía supiera muy bien por qué. Por ella continuaban por el llano hasta el puerto de Fuenfría, desde donde las vistas eran inigualables, con el valle a sus pies y divisando, como plantado en una gran explanada, el albergue de la Real Sociedad de Alpinismo Peñalara, que solo admitía asociados ¡cómo no! Alguna vez habían entrado a tomar algo caliente, pero siempre les advertían que no podían deambular por el chalé ni quedarse a dormir por ser exclusivo para socios. A su espalda la montaña denominada cerro Minguete, formando parte de Montón de Trigo, que, bien mirado, cuadraba perfectamente con su nombre por su aspecto. Se habían propuesto subirlo algún

día.

Sin dejar de caminar, suspiró y se sintió un poco más relajada. Le gustaba recordar aquellos años. Entonces, todavía, estaba amparada por su padre, convencido de que aquel grupo merecía todo su respeto al considerarlos como gente adepata al régimen.

Otras veces, cuando alguien disponía de una furgoneta a la que llamaban *la Rubia*, un Biscúter con la caja de madera barnizada que siempre le había hecho sonreír, en la que apretados subían en grupos de ocho o diez, se podían permitir ir a La Pedriza. *La Rubia* quedaba aparcada en Canto Cochino y ellos emprendían la marcha iniciando el ascenso hacia el risco de las Dos Torres o el pico del Pájaro. Algunos hacían escalada, pero a Consuelo siempre le había producido mucho respeto. Lo suyo eran las marchas. Después de comer iniciaban la bajada de vuelta para instalar las tiendas de campaña al lado del coche, donde dormían hacinados, aunque las parejitas querían estar juntas, como era natural.

Consuelo cogió el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. Su ceño se había fruncido recordando una noche de pleno verano en la que se levantó porque el calor humano en la tienda era prácticamente insoportable. Al salir a la pradera se alejó un poco y se sentó a descansar en una piedra plana. Mientras contemplaba el cielo limpio y estrellado sentía la belleza y la tranquilidad del sitio, pero sin dejar de pensar en lo dura que la vida era con algunas personas. Tuvo la misma sensación que entonces cuando se sobresaltó al notar una mano en su hombro, hasta que se dio cuenta de que era José María.

Su cara se puso tensa. No era aquel recuerdo muy de su agrado, pero no lo rehuyó. Sumergida en el pasado podía superar el presente. Todavía no sabía muy bien cómo sucedió todo, pero se vio con el brazo del muchacho alrededor de sus hombros y poco después tumbada en el suelo con él al lado, medio apoyado en ella mientras comenzaba a besarla. Recordaba sus sentimientos. ¿Miedo, deseo, prevención, repulsa? Se había dejado llevar. Allí perdió su virginidad, con aquel hombre que no le dio nada y por el que no sentía nada. Una situación que, al recordarla, la hizo sentirse idiota y utilizada, como cuando ocurrió.

Había notado que la penetraba mientras le oía decir las ganas que tenía de estar así con ella y lo mucho que le gustaba. Consuelo solo era capaz de sentir el dolor que aquello le estaba produciendo. José María quedó sorprendido de ser el primero, pero, crecido su ego hasta límites insospechados, todavía llegó a preguntarle si era virgen. ¿Es que no lo había notado, el muy imbécil? Pero para imbécil ella, que había mantenido aquello durante unos meses accediendo a tener

unas relaciones sexuales que no le reportaban nada. Entonces todo lo que buscaba era experimentar un orgasmo, hasta que se dio cuenta de que él no hacía nada por ella, y se sentía usada, llegando a la conclusión de que era rara. Sus amigas contaban maravillas y ella no podía entenderlo. Aquel hombre, cuando acababa de hacer ¿el amor? le daba la sensación de que esperaba que ella le diera la enhorabuena acompañada de las gracias más efusivas.

No es que el resto de los hombres, tampoco demasiados, con los que se había ido a la cama tiempo después hubieran sido mucho mejores, pero ahora se daba cuenta de que, si ellos la utilizaban, ella también lo hacía, porque su objetivo era saber qué le pasaba para no haber tenido nunca un orgasmo.

Sin saber cómo volvió a la realidad. El pasado se alejaba arrojándole un presente incierto, que no sabía cómo podría terminar. Impensable atravesar la sierra ella sola, sin ropa adecuada, sin calzado y sin poder llevar más que un poco de comida que Laura le había proporcionado; tenía que salir de allí como fuera y el día que se avecinaba era tan bueno como otro cualquiera. Llegaría a Segovia y desde allí ya pensaría algo.

Se dirigió hacia La Pedriza atravesando la senda al final del pueblo que, poco a poco, dejando el río a su izquierda, la conduciría hasta Canto Cochino. Su paso no era demasiado ligero. No quería llamar la atención, pero el tabaco, el mal calzado y la falta de entrenamiento le pasaban factura. Debía racionar sus fuerzas.

El sol comenzó a calentar y decidió hacer una pausa para reponerse. Las provisiones que su amiga le había dado —una hogaza de pan y un queso, amén de la botella de agua que metió en un zurrón de pastor que halló en casa— eran todo lo que tenía. No lejos de ella, un grupo de vacas rumiaba la hierba y, más arriba, vio al pastor que las cuidaba, acompañado por un perro, que no tardó en olisquear su rastro y que instantes después, se hallaba junto a ella. No mostraba los dientes, sino que movía la cola relamiendo su hocico por si se apiadaba de él y le daba algo. El pastor lo llamó con un fuerte silbido, mientras él caminaba montaña abajo hacia donde se había detenido. Consuelo no podía esconderse porque el animal la seguía. El pastor llegó a su altura.

—A los buenos días, señora. ¿Qué hace usted por aquí? La sierra es peligrosa. Cuando llegue la noche los lobos no tardarán en echársele encima.

—Buenos días —acertó a decir, y armándose de valor, prosiguió—. Me acechan lobos más peligrosos que los que merodean por aquí. Tengo que arriesgarme.

—No sé qué habrá hecho usted para que la persigan, eso no es asunto mío,

pero tenga cuidado. Por aquí patrulla la Guardia Civil buscando maquis, y los civiles primero disparan y luego preguntan.

—Tengo algún dinero —respondió Consuelo—. Si me ayuda a escapar puedo darle quinientas pesetas.

—No me jugaría la vida por dinero, pero no se apure. Le echaré una mano. Venga conmigo.

Consuelo guardó su comida de forma apresurada. El perro, que no perdía detalle, mostró su descontento con un potente ladrido, pero calló ante el gesto amenazador de la vara del pastor.

—Vamos, no se entretenga. Hay una cueva ahí arriba. Vamos a pensar la forma de sacarla de este lío.

La cueva era el agujero natural de una roca y apenas resguardaba. Consuelo se daba cuenta de que la suerte le había vuelto la espalda cuando preguntó si había forma de viajar hacia el norte desde algún lugar cercano.

—*Quiá*, no señora. Esto está dejado de la mano de Dios. Aguarde a mañana. A lo mejor Eladio, el que transporta los quesos y la leche, quiere llevarla a cambio de esas quinientas pesetas. Ese por dinero es capaz de vender a su madre. Yo hablaré con él cuando baje las vacas. Eso sí, tendrá que dormir aquí.

Consuelo miró en torno suyo y sintió terror al pensar en la noche; en el frío y en los lobos que le había dicho el pastor y se dio cuenta hasta qué punto su vida corría peligro. Lo único que vio al fondo del agujero natural fue un montón de hierba seca amontonada, que tal vez había servido de cama improvisada para otros fugitivos.

Hacía unos días que Juan se había reincorporado al trabajo, aunque la tarea de cortar embutido entrañaba alguna dificultad, pero al llevar la escayola en el brazo izquierdo solo necesitaba tener cuidado de no mancharla de grasa.

Laura preparaba un nuevo viaje a París con la esperanza de ponerse en contacto con alguna mujer del Movimiento de Liberación. La coartada como importadora de quesos le abría las fronteras sin levantar sospechas. Llamaron a la puerta. Era la madre de Consuelo, con el rostro demudado.

—Consuelo está detenida, Laura. —Rompió a llorar—. Me lo ha contado mi marido. Dice que le formarán un consejo de guerra por actividades contrarias al régimen. ¡Imagínate! La pueden condenar a muerte. Por menos han ajusticiado a otros.

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Quién y cuándo la había denunciado? Ella no sabía que Consuelo había salido de Manzanares, aunque por

su carta se lo imaginaba. Si la habían encontrado en su casa no tardarían en venir a por ella. El miedo le produjo una sacudida que logró controlar. La mujer siguió hablando.

—No sé nada. Solo lo que Laureano me ha contado y que supongo que no habrá sido todo lo que sabe. ¡Mi pobre hija!

—Su marido tiene que hacer algo. No puede dejarla sola en un momento como este. No puede anteponer sus ideas a su hija.

—¿Mi marido? No lo esperes. Está hecho una fiera. Dice que le está bien empleado lo que le pase.

—Pero si Consuelo no ha hecho nada. En todo caso, denunciar robo de niños, algo que el propio Régimen debería investigar.

—Yo no sé en qué se ha metido, la verdad, pero, sea lo que sea, no merece la cárcel. Siempre la he visto ayudando a los demás. Y lo peor es que puede ser su propio padre el que tenga que defenderla. ¡Ya me contarás! No va a servir para nada porque nadie creerá en lo que diga, puesto que es su propia hija.

Laura suspendió los preparativos para viajar a París. No podía moverse de Madrid hasta no saber qué sucedía con su amiga, pero no le parecía buena idea ser ella la que se interesase por su estado. Eso daría la razón a la Policía si llegaba a enterarse y le podía impedir seguir adelante con sus planes. Prometió a doña Leonor estar pendiente de lo que sucediera y le pidió que la mantuviese informada, pero no la hizo partícipe de sus planes con el Movimiento de Liberación.

Sopesaba la idea de ponerse en contacto con alguna militante del Partido Comunista, especialmente con alguna de las que formaban parte del nuevo grupo nacido a su amparo: el Movimiento Democrático de la Mujer. Así lo hablaba aquella tarde con Juan, dos días más tarde de la detención de Consuelo.

—No des un solo paso, Laura —aconsejaba él—. Y menos ahora que estás en el punto de mira. Yo iría a ver al padre de Consuelo. A ver qué piensa él de todo esto y si va a hacer algo por ella o la arrojará a los lobos. Además, sé de buena tinta que tienen infiltrados de la policía en las células, mujeres también.

—¿Y tú? ¿Has vuelto a tener noticias de los policías que te detuvieron?

—Ni rastro. Eso fue consecuencia directa de la carta que llevé al obispado. Estoy muy extrañado del silencio. Presiento que el día menos pensado tendré alguna sorpresa. O el chivatazo de alguien. Ya no me fío ni de mi sombra.

Don Laureano estaba furioso. Laura esperó a que la madre de Consuelo le avisase de que se hallaba en casa para presentarse allí y hablar con él. Si no

podía convencerlo, al menos quería saber qué estaba pasando con su amiga.

—Es una irresponsable —fueron sus primeras palabras—. Me ha colocado en una situación muy complicada. No solo no puedo hacer nada, sino que estoy de acuerdo con lo que decida la ley para con ella.

—Pero, don Laureano, Consuelo lo único que ha hecho es intentar denunciar el robo de unos niños a sus madres.

—¿Robo? Lo que el Régimen está haciendo con esos desgraciados es buscarles una vida mejor de la que hubieran tenido al lado de esas impresentables.

—¡Pero son sus madres! —Laura empezó a darse cuenta de que el padre de Consuelo no iba a ayudar a su hija. Decidió dar marcha atrás—. Pero, en fin, don Laureano. Yo no entiendo de política, no soy más que una tendera que trata de hacer su trabajo.

—Ya lo sé, hija. Ya lo sé. ¡Ojalá Consuelo hubiera salido como tú! Y por tu bien, olvídate de mi hija y mantente al margen de sus manejos.

No dijo nada al padre de su amiga sobre su detención, ni de la paliza que le habían dado. No era momento. Ahora lo importante era conseguir liberar a Consuelo y, si en algún momento podía mediar ante su padre para lograrlo, no escatimaría esfuerzos. Justificó sus morados diciendo que se le habían caído encima unas cajas colocando las estanterías de su tienda, a lo que él, con paternalismo, respondió diciendo que eso era cosa de hombres.

Don Laureano hablaba con el inspector de la Social sobre la situación de su hija.

—Mira, Laureano. Hace mucho que nos conocemos y sabes que agradezco de veras la ayuda que me has prestado en numerosas ocasiones para meter en la cárcel a esos rojos de mierda, pero tu hija ha ido muy lejos. Muy lejos. Sabíamos lo que hacía desde que empezó. Comprenderás que no nos chupamos el dedo. Pero tener la osadía de meterse en el asunto de los niños ha colmado la paciencia de los de arriba y las cosas están muy feas.

—¿Qué va a pasar con ella? Por muy roja que sea es mi hija, Manolo. Mi única hija, y ya no lo digo solo por ella, sino por su madre. Mi mujer está que no vive.

—Lo comprendo, y créeme que me gustaría ayudarte, pero lamentablemente lo único que está en mi mano es que el consejo de guerra al que será sometida se celebre cuanto antes y conseguir conmutar la pena de muerte que le caerá por cadena perpetua.

—¿Y no podemos prepararle una huida? Con el hijo de Montalbán lo hicimos y nadie movió un pelo para encontrarlo.

—Pero, Laureano, lo que me estás pidiendo es muy gordo. Tengo que untar a mucha gente, ya me entiendes. No saldrá barato.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Así, tirando por lo bajo, un millón.

—¡Un millón! ¡Pero tú te has vuelto loco! Es mucho dinero.

—Es la vida de tu hija. ¿En tan poco la valoras?

El inspector se puso de pie dando por concluida la entrevista. Laureano abandonó la Jefatura con una mezcla de sentimientos aprisionando su espíritu. Sacaría el dinero, pero este episodio lo arrojaba a las manos de un indeseable como aquel inspector, que solo había una cosa que le gustase más que el dinero: matar comunistas.

Al entrar en prisión, a pesar de venir de los calabozos de la policía, las funcionarias sometieron a Consuelo a un registro completo que incluía la exploración del recto y la vagina. Pero a ella ya no le importaba. Los días pasados recibiendo golpes y vejaciones, habían anestesiado su sentir y se conducía como un autómatas. No le quedaban fuerzas para caminar los largos pasillos que conducían a la celda que le habían asignado. Golpeada, humillada y maltratada hasta la extenuación, llegó a la prisión de Las Ventas. Sobre ella pesaba la acusación de pertenecer al Partido Comunista y organizar a las mujeres en una asociación ilegal; de ser la autora de numerosos escritos incitando a las mujeres a la revolución, lo que, según el régimen, atentaba contra los derechos de la familia, uno de los tres pilares de España: Familia, Municipio y Sindicato. También estaba acusada de haber contribuido a la creación de un sindicato comunista. En cambio, de las denuncias que había interpuesto al Patronato por el robo de los niños en la maternidad no decían nada. La acusaban también de tener un piso franco en el que se refugiaban mujeres comunistas embarazadas y a militantes comunistas buscados por la Policía.

Fue recibida en la cárcel como una heroína. La mayoría de las presas la conocían y agradecían que estuviese allí por luchar por los hijos de las compañeras del partido. Recostada en la colchoneta que sería su cama, dejaba volar sus pensamientos. Ahora tenía todo el tiempo del mundo para pensar, eso no podían quitárselo. Daba vaivenes alternando el pasado con el presente, mientras caminaba temerosa hacia el futuro. De su pasado le venían imágenes de una niña que no quería muñecas y nunca le trajeron los reyes el Meccano que pidió. Una niña a la que le gustaba mandar, no obedecer, y que no entendía por

qué los chicos podían jugar a juegos de movimiento y ellas siempre permanecían quietas arrullando muñecos o paseando cochecitos con uno dentro.

Otros retales del pasado la llevaban a la Universidad, a un grupo de personas que, de distinta forma que ella, no estaban conformes con el reparto social. Ella quería igualdad con los hombres y sus nuevos amigos, igualdad entre los hombres. Una simple preposición encerraba todo un sistema de creencias, de luchas distintas, imaginando cada uno el mundo que le gustaría construir. Ambas posturas se acercaron con discursos sobre la igualdad humana, pero Consuelo no veía sus comportamientos muy alejados de algunas personas de la derecha. Era cierto que los revolucionarios escuchaban la opinión de la mujer, pero la hacían propia y nunca dejaban la iniciativa en manos de ellas. Las mujeres eran los peones de la libertad, y ella quería ser capataz. Sí, Consuelo quiso serlo y despertar a muchas mujeres de su letargo y erradicarles el miedo que la guerra había inoculado en sus corazones.

Laura junto a la madre de Consuelo habían pasado momentos muy duros cuando se enteraron de su detención. Doña Leonor estaba segura de que ser hija de quien era no la habría librado de los habituales golpes, vejaciones y maltrato; muy al contrario, sabía que la usarían de ejemplo para demostrar que la ley era igual para todos, algo en lo que no creía desde hacía tiempo. Lo que pensaba su marido era una incógnita para ella. Desde el día de la detención, se había encerrado en un mutismo que doña Leonor no conseguía romper. Laura, por su parte, sabía que la privación de libertad no era el precio a pagar, puesto que nadie gozaba de ella. Necesitaban dejar su rastro de miedo para que los que permanecían fuera tomaran buena nota, lo mismo que habían hecho con ella con un resultado diferente al que pretendían.

Como en todos los colectivos, la cárcel tenía su líder. Berta capitaneaba a las internas. Pero, a diferencia de las cárceles que encerraban a presas comunes, las de Las Ventas lo eran por su ideología, que no moría aunque estuvieran prisioneras. Al contrario, se enardecían e intentaban mantener su lucha desde dentro. Berta era la encargada de pasar escritos y noticias al exterior para que no se olvidasen de ellas. Su envergadura física le había conferido el estatus. En sus primeros días de ingreso, cuando intentaron «meterla en cintura», la funcionaria encargada de su sección recibió tal puñetazo que tuvieron que darle puntos en el labio, lo que le costó a Berta un mes de aislamiento, que no la disuadió, por el contrario, convirtió a la reclusa en cabecilla indiscutible del colectivo. Desde aquel día la funcionaria lucía una fea cicatriz que dibujaba una permanente y grotesca sonrisa. El director de la prisión decidió cambiarla de zona, y la que

pusieron en su lugar no tenía intención de acabar como su predecesora, por lo que no solo se plegó a los deseos de Berta, sino que la hizo su cómplice. Milagros, la nueva celadora, le otorgaba a Berta los privilegios de controlar a las presas a cambio de no tener problemas en la galería. Cuando llegó Consuelo, Berta le tendió su mano.

—No te doy la bienvenida. Esto no es un lugar que guste a nadie, pero cuidaré de ti. Eres Consuelo Martínez, la abogada, ¿verdad? —preguntó tendiéndole la mano.

—Consuelo —respondió asintiendo con la cabeza, todavía atemorizada.

—Pues bien, Consuelo. Seguiremos luchando desde aquí. No te amilanes. Algún día cambiará todo.

Consuelo la miró temerosa y agradeció sus palabras.

—¿Fumas? —añadió Berta ofreciéndole un cigarrillo rubio.

—Gracias —respondió aceptándolo.

—¿Quién te ha denunciado? Porque para que estés aquí tiene que haber pasado algo así. Llevas mucho tiempo en la lucha para cometer deslices.

—He cometido uno. Arremetí contra la maternidad de una clínica en la que roban niños a las recién paridas. Todavía no he averiguado si los venden, pero sé que hay mujeres que fingen embarazos y salen de allí con un hijo «legal» —pronunció la palabra con tono sarcástico.

—¡Hijos de puta! —exclamó su interlocutora.

—Pero sí. Alguien me ha delatado, porque de ese hecho no me han acusado, aunque estoy segura de que es lo que ha convencido a la policía de quitarme de en medio. Conseguí escapar cuando vinieron a por mí. Una amiga me ayudó y me refugié en la montaña. Pasé la noche en una cueva con el frío de la sierra madrileña metiéndose en mis huesos. Uno que transportaba quesos se prestó a llevarme a una estación de tren pagándole quinientas pesetas, pero me la jugó. Cuando llegamos a Collado Villalba, el conductor paró en una gasolinera. Para tomar algo, me dijo, pero permaneció allí más de media hora hablando con el encargado del bar. Me moría de miedo pensando en lo que pasaría, y sucedió lo que temía: un coche de la Guardia Civil de carretera hizo su aparición y se acabó mi libertad. De lo único que me alegro es de haber salido de la casa de mi amiga y de que un amigo nuestro, Juan, se hubiera marchado. Al menos ellos están a salvo.

—No te tortures, Consuelo. Ya hablaremos de todo ello. Ahora descansa.

Así comenzó la amistad con Berta, que con su metro setenta y cinco, hombros de levantadora de pesas y pies sobre los que podría dormir sin

acostarse, conseguía que las funcionarias la mirasen, si no con respeto, al menos con miedo. Consuelo, desafiante en su mirar color caramelo rodeado de pestañas pobladas, conversaba con ella en el patio, observada por Milagros, la celadora que había recibido la consigna de no tener miramientos con la hija del abogado del franquismo, que había formado parte de algún tribunal de los numerosos consejos de guerra a los que eran sometidos los que oponían la más mínima resistencia a las leyes de Franco. Era muy sencillo ordenar algo así —pensaba la celadora—, pero a ver quién era la guapa que plantaba cara a la lideresa de las presas. Se limitó a decir al resto de funcionarias a su cargo que no se jugasen el físico, que no valía la pena. Al fin y al cabo, ellas eran libres cuando salían de trabajar y «estas desgraciadas no verán la calle ni en fotos. Así que, a la abogado, ni tocarla». Se negaba a usar el femenino de su profesión, decía que eso de decir «abogada» era una especie de medida de cómo pensaban las mujeres.

En efecto, «las chicas de Pilar», como llamaban algunas a la Sección Femenina, nunca empleaban el femenino para nombrar a las pocas mujeres que ostentaban titulación universitaria. La única concesión la hacían con la palabra «doctora», cuando acudían a una consulta médica y se encontraban a una mujer. La mayoría de ellas puericultoras, aunque empezaban a proliferar ginecólogas, de las que las mujeres franquistas huían por considerarlas «machorras».

Era día de visitas; Laura esperaba junto a Leonor que, contradiciendo las órdenes de su marido, fue a visitar a su hija.

A lo que jamás se acostumbraba Consuelo era al hacinamiento de las celdas, en las que se amontonaban mujeres mal aseadas por falta de medios. Apenas disponían de cincuenta centímetros de ancho para dormir en colchonetas esparcidas por el suelo, con suerte, o directamente sobre baldosas viejas llenas de desniveles que se clavaban en el cuerpo. Los váteres, siempre embozados, despedían un olor difícil de soportar. En esos primeros días padeció estreñimiento porque no se atrevía a ir, ya que en su primera incursión vomitó hasta la extenuación.

El pelo se lo habían rapado al cero. No lo hacían con todas, pero con ella se habían propuesto dar ejemplo y no escatimaron humillaciones. Los golpes cambiaron su color morado a uno amarillento que con el pelo rapado la hacía irreconocible. Llevaba una semana en prisión cuando Laura y su madre lograron ir a verla en el turno de visitas.

Consuelo esperaba impaciente el encuentro. Cuando Leonor estuvo ante su hija no pudo contener el llanto, pero Laura le dio un codazo, que no sirvió para

frenarlo, sino al contrario, dio pie a los sollozos. El pasillo que separaba a las presas de sus visitas impedía el intercambio de cualquier presente, por lo que el dinero que pensaban darle volvió con ellas.

Apenas podían hablar. La celadora no quitaba ojo a la nueva interna. Por eso Consuelo no logró contarles cómo había llegado hasta allí. Cuando regresó a su celda, le pidió ayuda a su nueva amiga Berta.

—Necesito unas hojas y algo para escribir. Tengo que informar a los camaradas de lo que está pasando aquí.

A Berta la habían detenido por llevar comida a los refugiados de la sierra madrileña, la misma que había cobijado a Consuelo una noche, hasta que la entregaron a la Guardia Civil. Uno de los días en los que Berta recorría el camino para llevar provisiones a sus camaradas fue apresada y, más tarde, torturada para que confesase el paradero de sus compañeros. Como recuerdo de esos días padecía un dolor lumbar que le impedía dormir, pero no pensar, como decía ella. Hija y nieta de comunistas, había nacido con la lucha inoculada por sus padres. Cuando terminó la guerra tenía dieciocho años. Había visto morir a su familia en un pueblo de Jaén, sin más juicio que la patada en la puerta. Salvó su vida porque en ese momento no estaba en casa; trabajaba como voluntaria en un improvisado hospital en el que atendía a heridos de guerra. Cuando regresó y encontró a sus padres yaciendo muertos en el suelo en su último abrazo, juró vengarlos. Juró que dedicaría su vida a hacer justicia, pero su empeño la había conducido a la cárcel, como ahora a Consuelo, aunque ella no hubiera sufrido en sus carnes el yugo franquista y, más bien al contrario, perteneciera al lado vencedor.

—Lo saben, Consuelo, pero no pueden hacer nada. Estamos llenos de infiltrados y los cargos que te imputan han salido de uno de ellos, no lo dudes. ¿Has conocido alguna persona nueva en los últimos meses?

Consuelo entrecerró los ojos como si quisiera atrapar recuerdos recientes. Era curioso lo poco que le costaba mirar hacia un pasado lejano y la dificultad que entrañaba recuperar lo sucedido en los últimos meses. De repente un rostro apareció ante ella: Cristina. Estaba segura. Siempre le extrañó la forma tan casual de entrar en su vida, pero no desconfió porque entre la clandestinidad sucedían cosas inusuales. Ya le había parecido que era diferente. Nunca le había contado nada de su familia ni de su pasado. La conoció en el juzgado defendiendo a una empleada a la que habían echado de la tienda en la que trabajaba cuando se quedó embarazada, a pesar de que estaba casada y no tenía antecedentes políticosociales, que para la policía franquista quería decir que no

era comunista.

Recordó que fue Cristina quien la abordó cuando tomaba un café en el bar del juzgado. Le venían a la memoria escenas de cómo se hizo amiga suya con el pretexto de buscar ayuda para una mujer que se encontraba en una situación límite, a la que nunca conoció. Pocos meses más tarde logró introducirse en el grupo de mujeres al que pertenecía Consuelo y buscar su amistad, hasta el punto de lograr una invitación a casa de Laura el día de Año Nuevo. Ahora pensaba que incluso podía estar al corriente de lo que sucedió con Juan y, llegados a este punto, no descartaba que fuese ella la que había delatado al sacerdote. Por suerte, ese día las conversaciones no versaron sobre nada que pudiera comprometer a Laura y en la sobremesa, cuando se hubiera podido calentar la lengua con las copas de vino y el champán, irrumpieron los policías llevándose a Juan. Recordó la habilidad con la que se quitó de en medio. No le cabía duda. Cristina estaba infiltrada y lo peor de todo era que la había utilizado para meterse dentro del recién creado Movimiento Democrático de la Mujer.

Berta esperaba respuesta apurando un cigarrillo.

—Ahora que lo dices, sí. Una tal Cristina Conde se me pegó como una lapa desde que coincidimos en el Juzgado. Pero de eso hace casi medio año.

—Normal. No van a empezar su «trabajo» al día siguiente de conocerte. Y si no, ¿de dónde se han sacado las acusaciones?

—Cierto. A Laura no le cuento demasiado. Lo justo para que espabile, pero ignora mis pasos. No quería que fuesen tras ella si yo caía y, mira, ahora me alegro. Lo malo es que la he dejado tirada. No quiero ni pensar que llame a Cristina pidiendo ayuda.

»Ahora me arrepiento de una carta que le envié a través de Juan. Seguro que la guarda y puede comprometerla.

—Pues tienes que avisarle. Le mandaremos una nota con nuestro enlace. Es fácil pasársela porque en la tienda está localizable.

—Ella está metida en la HOAC con Juan.

—¿Quién es ese Juan del que no paras de hablar?

—Un tío de fiar, no temas. No es del partido, pero es de confianza. Es cura, o era, no sé qué decirte. Salió huyendo de los Hogares Mundet de Barcelona. No podía soportar el trato que daban algunos curas a los niños. Trató de impedirlo, pero fue inútil y al final se escapó.

Capítulo 15

El temido y ansiado día del consejo de guerra llegó. Habían pasado dos meses desde el ingreso de Consuelo en prisión. El pelo le había crecido de forma desigual y su aspecto era desaliñado el día que dos policías la condujeron al tribunal. Marzo hacía de las suyas con una fuerte lluvia acompañada de viento. Su madre le había enviado ropa, pero no los pantalones que ella solía usar, sino un vestido que marcaba sus formas y con el que se sentía incómoda. Leonor lo había hecho con la intención de resaltar su feminidad pensando que esto ablandaría al tribunal y complacería a su marido.

La pantomima en la que se convirtió el juicio terminó como estaba previsto: cadena perpetua aduciendo que no tenía delitos de sangre. Abatida, abandonó la sala y subió al furgón que la conducía de nuevo a la cárcel, de la que pensaba no saldría si no cambiaba el Régimen.

El furgón se desvió sin que Consuelo se diera cuenta. Entró en una zona despoblada camino de la carretera de Barcelona y de repente frenó en seco. Consuelo miró a los guardias que la custodiaban con cara de espanto. Conocía la ley de fugas y temió el tiro por la espalda. Momentos después, se abrió la puerta y fue empujada, obligándola a salir. Temblaba de miedo. Creyó llegada su hora cuando se vio en medio de un campo yermo y desierto.

—Ya te puedes ir —oyó decir al que estaba al mando del dispositivo.

Aterrorizada miró en torno suyo con miedo a comenzar a caminar y sentir el tiro por la espalda, pero, antes de poder reaccionar, el policía le ofreció un sobre.

—Aquí tienes un carné, un pasaporte y algún dinero de parte de tu padre, para que veas que tienes más de lo que te mereces por roja traidora.

—¿Dónde estoy? —acertó a preguntar.

—Estás en la carretera de Barcelona. Dentro de media hora te recogerá un coche que te llevará a la frontera. Sal de España. Tu nuevo nombre está fichado y si vuelves a aparecer por aquí no habrá juicio ni hostias. Un par de tiros es lo

que te espera. Y ni se te ocurra meterte en líos fuera de España.

Consuelo no daba crédito a lo que sucedía. ¿Su padre había comprado su libertad? Estaba segura de que su madre tenía mucho que ver en todo aquello. ¿Cuánto habría pagado su madre por esa operación? Lo único que sentía era no poder despedirse de ella, porque volver a verla se le antojaba imposible.

El desconcierto no le permitía pensar. De repente oyó un tiro procedente de la parte delantera del vehículo.

—¡Imbécil! Me has dado en el hueso. Te dije que tuvieras cuidado y apuntases al músculo. ¡Me cago en la hostia! Me has dejado cojo.

Los gritos resonaban en el silencio de la carretera, poco transitada a esas horas de la noche, pues, aunque el juicio había terminado a media tarde, el traslado no se llevó a cabo hasta las doce de la noche. La lluvia había amainado, pero no el viento frío que helaba sus huesos. El vestido de punto era insuficiente.

—Pero no pueden dejarme aquí sola con el frío que hace.

—¡Me cago en la leche con la jodida roja esta! Deberías estar contenta de salvar el pellejo y andas con remilgos porque tienes frío.

El guardia que había recibido el tiro apremiaba la marcha.

—Venga ya y deja a la tía esta que se las apañe. Que me estoy desangrando, joder.

—Eso te pasa por gilipollas. Tú has pedido que te pegue un tiro para retirarte con honores. Ahora te jodes.

En efecto, el guardia Paulino pensó que con el dinero que le había dado el inspector, la indemnización por ser herido en acto de servicio y el retiro podría marchar a su pueblo y poner un bar para vivir tranquilo el resto de sus días, pero no cojo.

—Pero me has dado en el hueso, ¡animal!

—El animal lo serás tú, que has movido la pierna cuando he disparado. Si te hubieras estado quietecito...

La carretera estaba desierta y la noche sin luna acrecentaba la sensación de frío, aunque Consuelo lo notaba más en el alma que en su cuerpo cubierto por un traje de punto, que absorbía la humedad calando hasta los huesos. Así que su padre había pagado por su libertad. No podía creerlo. Le habían dicho que esperase un coche que la llevaría a la frontera, pero no se fiaba. Divisó a lo lejos unos faros y decidió hacer autoestop. Al menos si conseguía llegar a una estación de tren estaría a salvo. El coche no paró. Su desesperación crecía mientras la noche caía

sobre ella aumentando su zozobra. Cuando divisó de nuevo unas luces en la lejanía lo volvió a intentar. Un camión de transporte frenó a unos metros de donde estaba. Corrió hasta él.

—Voy a Zaragoza —le dijo el conductor—. Si quiere la acerco a algún sitio.

—Se lo agradezco mucho. El frío me está matando.

Se acomodó en la cabina junto conductor, que la miraba de soslayo.

—¿De dónde sale usted? Se ha escapado de la cárcel, ¿me equivoco?

Ante el silencio de Consuelo el hombre continuó hablando.

—No tenga miedo, pero no me mienta. Es algo que no soporto.

Consuelo lo miró de reojo. Era un hombre corpulento y poco agraciado, con una mirada un tanto lasciva. «Ya poco tengo que perder» —pensó Consuelo.

—No se equivoca.

—Mire señora. A mí me importa una mierda lo que usted haya hecho, y si nos para la policía me meterá en un lío. Así que será mejor que me diga lo que ha pasado de una vez o la dejo de nuevo en la carretera.

¿Decirle lo que había pasado? Ni ella misma lo sabía. Ignoraba por qué la habían dejado tirada en mitad de la nada con la promesa de que un coche la llevaría a la frontera, algo que, después de tres horas esperando, sospechó que se trataba de una falsa promesa. Por qué no la habían matado era una incógnita para ella, aunque temió que su suerte estuviera echada y no tardarían en detenerla de nuevo. Los adornos en el interior de la cabina mostraban la adhesión de su propietario a la Falange. Una fotografía de José Antonio presidía el habitáculo, con símbolos falangistas y algunas fotografías con políticos conocidos.

—¿No le gustan? —preguntó el camionero cuando vio a Consuelo mirando las fotos.

—Me dan igual —respondió ella con cautela.

—Pues a mí no. Y mira lo que te digo, sé que Franco se cargó a José Antonio, así que no quiero saber nada del Régimen. Yo soy de los Círculos Joseantonianos. ¿Has oído hablar de ellos?

Consuelo no quería señalarse en ningún sentido.

—Pues la verdad es que no. La política no me interesa, ya se lo he dicho. Me detuvieron por robar en una tienda, y como no tenía dinero para pagar ni la multa ni lo robado, me llevaron al trullo. Conseguí escapar, pero no te diré quién me ayudó. No quiero meter a nadie en líos.

—Vamos, ni que me hubiera caído de un guindo. Tú no tienes pinta de ladrona. Más bien de roja, diría yo, pero mira, me has caído bien. Luego

paramos un ratito y parlamentamos tranquilamente.

Terminó su frase poniendo la mano sobre las piernas de Consuelo, que se dio cuenta de las verdaderas intenciones de su «salvador».

Las ideas circulaban a velocidad vertiginosa por su cabeza: «Si me cabreo y lo rechazo, me denuncia. Si me nota el asco que me da, me infla a tortas. Será mejor disimular y hacerme pasar por puta».

—Lástima que me hayan rapado el pelo —dijo Consuelo sonriendo—. Si vieras la melena que llevaba...

—No importa, nena. A mí lo que me gustan son esos labios carnosos que luces y lo que se adivina debajo de tu vestido —rio a carcajadas.

—Pues ya que lo dices, podíamos parar en algún sitio y me compras un abrigo, que no pude cogerlo y me muero de frío —dijo con su mejor sonrisa acompañada de una mirada pícaro.

—Eso está hecho, preciosidad. En cuanto lleguemos a Calatayud paro y te pones guapa. Y cómprate también un gorro o algo para la cabeza, que pareces una hospiciara con esas greñas. —Soltó de nuevo su desagradable carcajada.

Consuelo se recostó en el asiento haciéndose la dormida, mientras notaba la mano del conductor deslizarse por sus piernas. Pudo contener el asco y las ganas de abofetearlo, consciente de que se jugaba la vida o la libertad, que para ella era lo mismo. Al final, se durmió.

Una sacudida la despertó. Se hallaban en una calle abarrotada de restaurantes. El camionero paró en uno de los laterales. Ya clareaba el día y notaba un frío intenso.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esto?

—Es Calatayud, y en la calle de atrás tienes tiendas de ropa. A lo mejor no han abierto. Es muy temprano, pero mira por si acaso. Te espero ahí. —Señaló un restaurante que ofrecía comida casera—. Yo voy a comer algo, que todavía queda un trecho hasta Zaragoza.

Habían tardado cuatro horas hasta la ciudad aragonesa. El camión era viejo y en las cuestas no sobrepasaba los cuarenta kilómetros por hora. Calculó que estarían en Zaragoza sobre las doce.

—Casi mejor lo miro en Zaragoza —dijo Consuelo—. Te acompaño a comer algo, que yo también tengo hambre. —Llevaba casi veinticuatro horas sin probar bocado—. Además, me muero de sed.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el camionero—. Yo soy Antonio. Toni para ti. —Su risa volvió a inundar el aire.

—Me llamo Pilar, Pili para ti. —Esta vez fue Consuelo la que le regaló

una risa, que no sonó falsa, puesto que ya se veía libre de él en cuanto llegasen a Zaragoza.

Comieron a placer. Consuelo rebañó el plato de una carne en salsa que le supo a gloria, después de los días pasados comiendo el rancho de la cárcel. Lo regó con vino tinto de la tierra, fuerte y rojo. «Como yo», pensó.

El tráfico comenzó a ser intenso y eran casi las doce cuando llegaron a Zaragoza. Toni aparcó el camión en una nave situada en las afueras. Ambos comenzaron a caminar por la carretera hasta encontrar el casco urbano, donde el camionero paró un taxi, dándole la dirección de un hotel, que resultó ser un modesto hostel en el casco antiguo de la ciudad.

Consuelo aprovechó la euforia de su acompañante para mirarlo con picardía, al tiempo que le decía.

—Espérame aquí. Necesito comprar algunas cosas. No querrás que los abrazos sean sin un perfume como Dios manda.

—Toma. —El camionero le dio un billete de cien pesetas—. Eso corre de mi cuenta.

—Eres un sol —le respondió Consuelo dándole un sonoro beso.

El hombre la miró con deseo imaginando cobrarse con creces la «inversión». La mujer que tenía ante sí era mucho más atractiva que las prostitutas que frecuentaba y bien valía los veinte duros que le había dado.

Consuelo no perdió el tiempo. Preguntó a una mujer por algún sitio para comprar ropa y poco después se hallaba en un gran almacén, del que salió apenas media hora después, con unos pantalones, un jersey, una bolsa de viaje, ropa interior, alguna blusa camisera y unos zapatos gruesos con sus correspondientes calcetines. Una trenca sustituyó al abrigo, puesto que era más económica. Añadió a sus compras un gorro de lana para tapar el pelo que había crecido sin forma y delataba su procedencia. Acto seguido, se dirigió a un bar donde se cambió de ropa.

Ya no llamaba la atención. Sin embargo, el dinero se iba acabando, a pesar del sobre que le habían entregado de parte de su padre. Sin apresurar el paso se dirigió a una avenida concurrida y paró un taxi que la condujo a la estación de ferrocarril. No le quedaban fuerzas para subir y bajar escaleras de metro cargada con la bolsa. Una vez allí no dudó en subir al primer tren que partió destino a Barcelona. Conocía un núcleo organizado en Perpiñán con el que tenía contacto permanente y que coordinaba la resistencia en el exilio. Hablaría con ellos.

Toni, el camionero, se tumbó en la cama esperando su ración de caricias perfumadas. Se quedó dormido y cuando despertó, cerca de las dos de la tarde, se dio cuenta de que su presa había desaparecido.

—Debí imaginármelo, cojones —bramó—. La puta esa de mierda me la ha jugado.

A pesar de la furia que le corroía, sabía que no podía hacer nada. Si la denunciaba, tendría que dar explicaciones y se metería en problemas.

Cargando el poco equipaje que había podido comprar, Consuelo esperó el tren que la conduciría a Barcelona, desde donde podría ir a su destino final: Francia. Necesitaba pensar la forma de iniciar una nueva vida. Con un billete de tercera y una cierta tranquilidad por primera vez desde hacía tiempo, emprendió su huida. Esta vez esperaba no tener más sorpresas.

Cuando supo la vía por la que entraba el tren procedente de Madrid, con destino Barcelona, buscó los vagones donde ponía «tercera clase». Al pie de la escalerilla de acceso, el revisor esperaba para comprobar que todo el mundo llevaba el correspondiente billete. No pudo evitar un nudo en el estómago con un amago de miedo. Enseñó el billete mostrando una sonrisa y, una vez arriba, buscó su compartimento. Solo su asiento se encontraba vacío. Saludó y se sentó tratando de hacerse invisible. Cerró los ojos, no tenía ganas de charla. Por supuesto, era consciente de las conversaciones a su alrededor, comentando el pavoroso accidente hacía poco tiempo en la estación de Grisén. A unos treinta kilómetros de Zaragoza, en el mes de febrero, se incendiaron tres vagones de tercera clase con el fallecimiento de más de treinta personas, aunque con medias palabras se hablaba de muchas más e incluso de desaparecidos. ¿Sabotaje? ¿Atentado? No se sabía. Lo que sí se notaba era lo de siempre: censura, medias palabras y silencio. Trató de evadirse de lo que hablaban y se centró en sus pensamientos. Por suerte para ella, llegó a su destino sin ningún incidente.

Deambulaba por las calles de Barcelona sintiéndose libre por primera vez desde hacía mucho tiempo. Nadie la miraba. Al contrario que en Madrid, la gente no se fijaba en el aspecto de los demás. Cada uno iba a lo suyo. Por un momento encontró provinciano a su adorado Madrid. Tal vez se debía a la cercanía con Francia, pero notaba un aire mucho más libre en Barcelona. Sentía que formaba parte de un grupo de personas a las que no les preocupaba su pelo, porque nadie se fijaba en él, pues a pesar del gorro de lana que cubría su cabeza la nuca y el cogote dejaban ver que el pelo solo tenía un par de centímetros de largo. Cierto que allí se veían más mujeres con el pelo cortado a lo *garçon*. Le gustó la ciudad y su aire francés. Lástima no poder quedarse una temporada,

pues su nuevo nombre estaba fichado y no quería engañarse. Allí también pedirían la documentación, sin más motivo que el capricho del policía de turno.

Entró en un café que vio a su paso por Las Ramblas, que no pudo sustraerse a visitar por lo mucho que había oído hablar de ellas. El establecimiento que eligió estaba enfrente del teatro del Liceo. Se llamaba Café de la Ópera, un espacio lleno de fotografías. El público también era muy diferente al que había observado cuando desayunó en un bar cercano a la Estación de Francia. Claro que el anterior también estaba cerca del Gobierno Civil, y reconoció muchos hombres con aspecto de policía que, al entrar, le causaron miedo, pero consiguió sobreponerse para no llamar la atención.

Ocupó una de las mesas y pidió un café con leche. Acto seguido, encendió un cigarrillo dejando vagar sus pensamientos. Una cosa era hacer un viaje con fecha de regreso y otra muy diferente abandonar su vida y hasta su nombre, para no regresar nunca. A pesar de su tristeza, se sentía a gusto allí. Había comprado una libreta y pensó en escribir a Laura, aunque cuando tuvo delante la hoja en blanco desistió de hacerlo. «No. Hasta que no pase la frontera no puedo ponerme en contacto con ella».

Estaba agotada. Apenas había dormido en el tren y la bolsa que había comprado, aunque no estuviera muy llena, le pesaba cada vez más. Decidió volver a la estación para subir al primer tren que cruzase la frontera. Caminó hasta el final de las Ramblas y a través de unas callejuelas llegó hasta el edificio de Correos. Casi enfrente divisó una calle llena de bazares donde compró un reloj a un precio que ni en sueños podía encontrar en Madrid. Decididamente era otro mundo.

Un correo cubría la línea hasta Port Bou, frontera con Francia. De allí partían autocares a Perpiñán, según le había dicho el taquillero. Compró un bocadillo y una botella de agua. En eso era mejor Madrid. El agua del grifo no se podía beber por el sabor a cloro —sonrió para sí—. Se tumbó en uno de los bancos de la estación con la cabeza recostada en su equipaje y se quedó dormida, pero un sueño ligero que no le impedía mirar el enorme reloj que colgaba de un soporte de hierro forjado, olvidando el que había comprado en los bazares por la falta de costumbre de llevarlo. Faltaban más de dos horas para la llegada de su tren. Se acercó a un quiosco de periódicos en el que también vendían libros. Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía y algún policiaco con el protagonista de moda: Perry Mason. Se decantó por este último. El título era sugestivo: *El caso de la chica que huye*. La portada mostraba a una joven en actitud de correr, con una gorra ladeada, por la que asomaba una melena rubia, portando una

bolsa. «Me teñiré el pelo cuando me crezca».

Esta vez sí se durmió en el tren. Por suerte, era final de trayecto y, de no ser por las personas con las que compartía vagón, que la despertaron, se hubiera quedado allí, puesto que en esta ocasión su sueño la sustrajo de la realidad y cedió al cansancio. El último autobús partía una hora después de la llegada del tren y no se movió de la parada. Eran las seis de la tarde. Entró en un bar próximo y, aunque le apetecía comer caliente, la cocina estaba cerrada, por lo que se tuvo que conformar con otro bocadillo.

Laura no sabía nada de Consuelo y decidió ir a ver a la madre de su amiga a una hora en la que con seguridad no hallaría en su casa a don Laureano. La expresión de doña Leonor era menos tensa que en días anteriores, pero la tristeza no la había abandonado.

—Ya sé que no son horas de visita, doña Leonor, pero estoy muy inquieta por Consuelo. Desde el día del consejo de guerra no sé nada de ella. Lo que me ha hecho venir es que ayer, día de visitas, no me dejaron verla y también me extrañó que no estuviera usted.

—¡Ay, hija! Sé que puedo confiar en ti, aunque mi marido me ha ordenado que no le cuente a nadie lo sucedido.

—Doña Leonor, por el amor de Dios. Dígame lo que sea. Estoy en ascuas sin saber qué ha sido de Consuelo. Por supuesto que puede confiar en mí para todo lo que sea ayudar a su hija. Es más que una hermana para mí.

Omitiendo nombres y detalles, Leonor puso al día a Laura de la fuga consentida de su hija y de la mediación de su marido, que no tuvo más remedio que hacerla partícipe porque necesitaba un dinero que él no tenía.

—Él sabe que yo tenía el dinero exigido, y bien lo vale si ha comprado la libertad de mi hija. Te va a sorprender, pero cada día estoy más de acuerdo con lo que hacía tu amiga y, aunque tengo miedo por ti, si te paras a pensar, las mujeres pintamos menos que los niños, que en cuanto usan pantalón largo se creen con derecho a mandar. Tengo muchas ganas de volver a verla. Estoy segura de que sería feliz si me oyese.

Laura no supo qué responder. No hacía mucho tiempo que a ella le había sucedido lo mismo. Dudaba en unirse a la lucha emprendida por Consuelo y su detención terminó de convencerla. Darse cuenta de que su amiga tenía razón y la detención sufrida, la habían convertido en una militante más de la causa feminista. Ahora lo esencial era encontrarla. Lo demás carecía de importancia.

—¿Pero dónde está Consuelo?

—En Francia. Imagino que ya habrá llegado, pero no sabemos nada. Lo que más me duele es que no podrá regresar a España.

—A menos que cambien las cosas —añadió Laura.

—Pues si te digo la verdad, espero que no tarden mucho porque sin mi hija mi vida no tiene sentido.

Laura se levantó dando por concluida la visita. Empezaba a ponerse nerviosa al no poder contar a la madre de su amiga el trasfondo de la lucha de Consuelo sobre las mujeres a las que les robaban sus hijos, ni lo que le había contado Juan de los niños encerrados en campos de concentración camuflados de escuelas. Pensó que era mejor dejar que siguiera investigando por su cuenta. Si su marido se enteraba de que ambas compartían las ideas de su hija, tendrían problemas. Al fin y al cabo, era uno de los opresores. Sonrió ante esa idea. Antes nunca se le hubiera ocurrido utilizar esta palabra. Consuelo... ¿Qué sería de ella?

Capítulo 16

A pesar de la poca distancia el viejo autobús paró en varias estaciones. Era ya de noche cuando Consuelo pisó por fin tierra francesa. Respiró hondo, como si quisiera impregnarse de ese nuevo aire, tan necesario para una vida que iniciaba y de la que no conocía nada. El dinero que le quedaba, cuando lo cambió a francos, se redujo mucho. Entró en una cafetería que halló abierta, pero los precios alejaron la idea de pedir algo para comer. Se conformó con un café con leche y un *croissant* que, haciendo cálculos respecto a la peseta, cuadruplicaba su valor. «Tendré que buscar un trabajo pronto» —pensó.

En Perpiñán existía un grupo camuflado de la Policía española que seguía muy de cerca los pasos de los exiliados, aunque, por hallarse en territorio francés debían limitarse a seguirlos y averiguar lo que podían de sus actividades sin intervenir. Eso no era óbice para que se interceptase cualquier envío que entraba en España. Correspondencia, paquetes con propaganda clandestina... ¡Y personas! Muy poco escapaba al ojo del franquismo, que no siempre se limitaba a observar, y contaba con ayuda de grupos nazis refugiados en Francia, con los que también debía tener cuidado la resistencia española, porque eran los que se encargaban del «trabajo sucio», puesto que, al ser ciudadanos franceses y poder acceder con mayor facilidad a lugares en los que la policía española llamaría la atención, resultaban muy eficaces. Hacía días que esperaban a la ciudadana española huida de la cárcel. Algunos policías se habían infiltrado en núcleos de la resistencia, como sucedía en España.

Dejó pasar el tiempo para que la noche cobijase sus pasos. Pensó que no llamaría la atención si aguardaba en algún lugar cercano a la parada de autobuses. A las doce de la noche cerraron el bar que había elegido para esperar y emprendió su camino. Antes preguntó al camarero cómo podía llegar a la dirección que le interesaba. Después de caminar durante media hora, creyó haber

dado con el piso en el que esperaba poder dormir, para seguir lo antes posible su viaje a París, destino final de su aventura. Llamó al timbre del portal y, antes de que pudieran abrirle, un coche con tres hombres en su interior paró muy cerca de donde se encontraba. Uno de ellos bajó, se acercó a ella sin mediar palabra y la redujo con un golpe certero introduciéndola en el coche.

Cuando recobró el conocimiento estaba atada a un árbol y los tres hombres la rodeaban dirigiéndose a ella en francés. Ella fingió no entender lo que decían.

—No te hagas la loca, muñeca —le recriminó uno de ellos—. Sabemos quién eres y que dominas a la perfección nuestra lengua.

Acto seguido, el que la había golpeado en el portal tomó la palabra.

—Se puede saber adónde ibas tan decidida. ¿Quién vive en esa casa?

Consuelo los miró escupiendo en el rostro del que se hallaba más cerca, lo que desató la ira del tercero, que le propinó un puñetazo en la nariz. Sangrando profusamente, ladeó la cabeza al tiempo que exhalaba un grito de dolor.

—Grita, grita... Nadie te va a oír y si quieres salir de esta nos vas a decir ahora mismo a quién ibas a ver o lo vas a pasar muy mal.

Consuelo se dio cuenta de que sus días habían acabado. Pensó en su madre, en su amiga Laura, y se olvidó de la sangre que le corría por la cara y del dolor intenso que le llegaba hasta los ojos. Se infundió ánimo para resistir la tortura que intuía se avecinaba para hacerla hablar. Conocía los métodos que empleaban y sintió miedo. Un miedo que reforzaba su silencio porque sabía que al final de ese tortuoso camino esperaba la muerte. Uno de los captores empezó una ronda de puñetazos en la que se turnaban uno y otro. Golpes certeros que impactaban en su vientre, en los pechos y en su rostro. Solo descansaban para volver a preguntar los nombres de los que vivían en el piso y los contactos en España.

Una hora más tarde, sudorosos y enrojecidos por el esfuerzo ellos, sin conocimiento Consuelo, dejaron de golpearla. Era ya noche cerrada y el silencio acompañaba a la oscuridad.

—Lo dejamos aquí. Esta no nos servirá de mucho de momento.

Le dieron un último golpe de despedida y abandonaron el lugar.

—Aquí te quedas, muñeca. Mañana volvemos a ver si el fresco de la madrugada te hace recobrar la memoria.

Acto seguido se marcharon dejándola atada al árbol.

Habían transcurrido dos largas semanas de su vida cuando despertó confusa y

desorientada. Ante ella vio la cara desconocida de un hombre mayor que alternaba el pelo blanco con el rubio. Podría tener setenta años, pero esto no llamó la atención de Consuelo, aunque sí su francés, con un acento que no recordaba al de los españoles. En cuanto consiguió despertar del todo, los recuerdos se agolparon hasta sumergirla de nuevo en un mundo inexistente, lleno de vacío y de una inmensa nada.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? —logró articular.

—Tranquila, Pilar. Estás a salvo. Ahora descansa; te voy a traer un caldo para que empieces a comer. Estos días los has pasado semiinconsciente y te he alimentado con suero, pero estás muy débil y has perdido mucho peso.

Intentó mirar al desconocido, pero de nuevo se cerraron sus ojos cayendo en un extraño sopor que le impedía mantenerlos abiertos.

Mathias, el hombre que le había salvado la vida, permaneció de nuevo a su lado renovando trapos de agua que ponía sobre su frente para bajarle la fiebre. Durante el tiempo que Consuelo permanecía inconsciente, él no estaba seguro de que pudiera oír lo que le decía, aun así, no había parado de hablarle ni un solo día. A veces en su alemán natal, otras en francés, aunque la documentación que llevaba la mujer a la que había rescatado era española, pero él no sabía español.

El carné de identidad que llevaba Consuelo decía que se llamaba Pilar, lo mismo que el pasaporte español, y que había nacido en Zaragoza. Las prendas que encontró en su bolsa, algunas con envoltorios de esa ciudad, le hicieron creer a Mathias que la mujer que yacía en su cama, de nuevo inconsciente, era de allí.

—No te preocupes, mujer. Estás a salvo. No tienes que temer nada. Entre todos conseguiremos eliminar el terror que vive tu patria, aunque el verdadero problema es que muchos de los españoles están contentos, como nos pasó en Alemania. Tienen que llegar a extremos insoportables para que sus fieles se rebelen.

El aspecto de Consuelo era muy desolador. Los brazos, abdomen y piernas, marcados por hematomas a causa de las cuerdas que la ataban al árbol. Sus pechos eran color morado y su cara estaba irreconocible, con la nariz rota y los ojos, que ya podía abrir, con derrame.

Junto a la cabecera, pendiendo de un clavo, una botella de suero derramaba sus gotas a través de una cánula de plástico que terminaba en una aguja clavada en uno de sus brazos. De nuevo recobró el conocimiento.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? —repitió insistente.

—Ya hablaremos de todo. No temas, estás a salvo. De momento te basta

saber que me llamo Mathias, soy un médico nacido en Berlín y ahora vivo en Perpiñán.

Consuelo se llevó una mano a la cara con dificultad. Le dolía la nariz y respiraba mal con el vendaje lleno de esparadrapos que le había colocado Mathias.

—No te toques. Te he puesto un vendaje rígido para recolocar tu nariz y que no quede torcida. Te han roto el tabique.

1965 no había empezado bien, ni para Consuelo, ni para los más cercanos a su círculo. Laura y Juan la suponían a salvo en París, pero los compañeros del partido en España la dieron por desaparecida cuando lograron contactar con Perpiñán, tras recibir la noticia de su fuga del furgón que la devolvía a la cárcel, condenada a cadena perpetua. Mediaba marzo cuando Laura recibió noticias a través de Berta, el enlace de las presas con el exterior. En una nota escueta le contaba la fuga y le advertía que tuviera cuidado con Cristina, de la que ya sabían con certeza que era una infiltrada con órdenes de pegarse a Consuelo para conocer el alcance de sus movimientos en torno a la clínica cómplice de la sustracción de recién nacidos. Berta facilitó también a Laura el contacto con una de las responsables del Movimiento de Mujeres en París, diferente al que le había dado Consuelo, por si no encontraba a Marie, que en los últimos tiempos viajaba con frecuencia.

Por suerte, Laura, inmersa en su negocio y las actividades de la HOAC junto a Juan, no había contactado con nadie, siguiendo los consejos del cura de la parroquia en la que se reunían, que le había advertido el peligro de retomar cualquier actividad en torno al Movimiento de Mujeres o establecer contacto con alguien del Partido. «Si quieres ayudar a tu amiga deja pasar el tiempo», fue su consejo. Por fortuna, lo siguió y cuando recibió, al poco tiempo de huir Consuelo, la llamada de Cristina preguntando por ella le contestó que no sabía nada. Solo que había huido. Algo que en realidad era cierto, puesto que nadie conocía su paradero, ni siquiera su padre. Cristina no insistió, si bien no perdió de vista a la amiga de Consuelo, aunque nada pudo averiguar, informando que era una tendera vinculada a Acción Católica para ayudar a los pobres. Pero Laura ya no era esa tendera inocente que llevaba paquetes para paliar el hambre, sino que estaba involucrada en esconder a fugitivos de la policía, a los que refugiaba en el piso de Consuelo, que ella continuaba pagando.

Creyó llegado el momento de volver a París. Ya tenía la documentación

necesaria para ampliar la importación de los quesos y se había puesto en contacto con Sophie para elegir nuevos tipos. El 17 de marzo aterrizaba en París, dos días antes de su cita comercial prevista para el 19. Su intención no era otra que ponerse en contacto con las amigas de Consuelo en Francia.

—No sabemos nada de ella desde Navidad —se lamentaba Marie.

Laura había conocido a Marie en la reunión a la que Consuelo la llevó cuando las dos viajaron a París. Marie era una mujer marcada por la vida. Exiliada de España en los primeros años posteriores a la Guerra Civil, después de perder a toda su familia en la contienda. Hija de militantes del Partido Comunista, se casó con un hombre que en un principio se mostró indiferente a la política, pero que después se alineó con los ganadores y fue el responsable de la desaparición de los suyos, puesto que los denunció. Marie no dudó en matarlo, pero antes se aseguró su huida ayudada por el partido, que le proporcionó documentación francesa, a pesar de que en ese momento no hablaba francés. Entró en el tropel de exiliados y, una vez en Francia, se convirtió en Marie Councourt.

—No quiero ser ave de mal agüero, pero creo que no volveremos a ver a nuestra querida Consuelo.

Laura se mostraba abatida. Abrigaba la idea de que Marie le diera noticias de su amiga y, al no obtenerlas temió por su vida.

—No digas eso, mujer. Consuelo es una mujer fuerte y comprometida. Estará esperando el momento para reaparecer cuando no vea peligro.

—Dios te oiga, Marie.

—No será Dios quien nos eche una mano, Laura. La buscaremos, no lo dudes. No sé cómo, pero daremos con ella. Me tienes que contar cómo logró fugarse, porque no es fácil, te lo aseguro. Alguien tuvo que ayudarle desde dentro.

Laura guardó silencio. No podía desvelar que había sido su padre el que pagó para salvar su vida. Laura se encogió de hombros y Marie no insistió.

Mathias fue avisado por los exiliados del piso al que Consuelo llamó, sin que ellos tuvieran tiempo para abrir, lo que no les impidió ver lo sucedido desde una de las ventanas. Por su pasado nazi, Mathias no levantaba sospechas entre los franquistas, y por ese mismo motivo le costó años convencer a los exiliados de su compromiso para derrotar a la dictadura española. Era médico y se estableció en Perpiñán por casualidad cuando viajaba hacia España. El desconocimiento del idioma le hizo desistir y decidió quedarse allí.

Cuando llegó en 1942 abrió una consulta en una calle céntrica. Escapó de

su Alemania natal cuando asesinaron a toda su familia mientras estaba de viaje; semanas antes había intentado desvincularse del nazismo y ellos le hicieron creer que a los suyos los había matado un núcleo comunista clandestino, pero él sabía que no era cierto, porque en ocasiones había curado a heridos disidentes. No podía sustraerse a su vocación médica y lo hacía a escondidas. Su negativa a seguir trabajando en el hospital nazi, en el que los experimentos con judíos le parecían atrocidades, le había costado la vida a los suyos.

Consiguió escapar ayudado por un grupo de personas que formaban la, entonces poco numerosa, oposición a Hitler, muchos de ellos familiares de los que en su día él había curado. Su equipaje consistía en una maleta llena de marcos y otra con instrumental. En primera instancia pensaba ir a París, pero la ocupación nazi y la extrema vigilancia de sus carreteras le obligó a desviarse. En Núremberg permaneció escondido durante cinco días, hasta que unos lugareños que huían lo llevaron en coche hasta Estrasburgo, en un interminable viaje que duró casi un mes, sorteando controles y jugándose la vida en cada kilómetro.

La ruta hacia París era la más vigilada, por lo que pensó que España sería un buen destino. Compró un viejo coche e inició el camino en solitario, transitando por carreteras de montaña hasta llegar a los Pirineos Orientales. La resistencia alemana le había proporcionado documentación falsa bajo el nombre de Mathias Fischer, olvidando para siempre su verdadera identidad.

Con la mediación de la resistencia logró comprar una casa de campo en las inmediaciones de Camélas, un pueblecito casi despoblado de la Occitania francesa, en el que se hablaba un idioma desconocido para él, aunque muy similar al francés, por lo que no tuvo dificultad para aprenderlo. La casa debió de pertenecer a algún señor de la época medieval y contaba con grandes sótanos en los que pudo esconder a muchos huidos de la dictadura franquista. Los escasos habitantes del pueblo aceptaron al nuevo vecino con recelo, pero su labor de médico le permitió ganarse la confianza en poco tiempo.

Cuando terminó la Guerra Mundial, sopesó la idea de regresar a Alemania, si bien, el recuerdo de su familia asesinada le hizo desistir. Ya nada le unía a sus orígenes y mucho a su tierra de acogida. Recorría dos veces por semana el camino que distaba desde su casa en Camélas al consultorio que abrió en el centro de Perpiñán; allí atendía con especial dedicación a la policía francesa, el mejor escudo de su clandestinidad.

—Y eso es todo, Pilar. No sé quién eres ni qué haces aquí. Me avisaron los del piso al que llamabas y te busqué. Conozco los lugares en los que los nazis interrogan a los exiliados y no tardé demasiado en localizarte. Ahora bien, no

puedes salir si no quieres volver a caer en sus manos.

Consuelo desconfiaba de todo el mundo, aunque, por otra parte, comprendía que no tenía motivos para hacerlo de aquel hombre que le había salvado mucho más que la vida, pero no estaba segura de que un antiguo nazi fuese quien decía. ¿Y si era el juego del policía bueno y malo para obtener información? ¿Quién le decía a ella que, si confiaba en él, no la delataría? Decidió callar y mentir.

—Me persiguen por adulterio y no podré volver a España. Pensaba ir a París, allí tengo algunas amigas que me ayudarán hasta que encuentre trabajo.

—Comprendo que no quieras confiar en mí. No importa. Yo te ayudaré a salir de aquí cuando no te queden señales en la cara por las que puedas levantar sospechas. Te llevaré a Carcassonne. Es una villa turística y pasarás desapercibida. Iremos atravesando caminos, no por la carretera principal. Tardaremos más, pero será un viaje seguro. No está lejos; a unos cien kilómetros atravesando el macizo que tenemos al norte, aunque nos llevará muchas horas porque no podemos correr. El Pirineo no es un camino de rosas, ya lo verás. Pero tranquila, mujer, conozco senderos. No es la primera vez que hago este viaje.

El pelo le había crecido de forma desigual y no lograba peinarlo. Las marcas de su cuerpo apenas se notaban, mientras que sus ojos todavía se hallaban con un cerco amarillento que recordaba su tortura. La nariz había soldado añadiendo un pequeño caballete, algo que en vez de preocuparle le daba seguridad, puesto que su cara se mostraba diferente. Pero la mayor diferencia estaba en su mirada, desafiante tiempo atrás, temerosa ahora. Habían transcurrido dos meses desde que Mathias la rescató. A su pesar, tomó cariño a ese desconocido que a no ser por el miedo que la atenazaba, no dudaría en confiar. Él lo sabía. Comprendía su resentimiento, el hecho de que fuese alemán no ayudaba a mejorar las cosas.

Capítulo 17

—Te he conseguido documentación francesa. Ya que dominas el idioma, será lo mejor para ti, pero para camuflar el acento puedes contar que te criaste en España y que tus padres eran españoles que huyeron al empezar la guerra.

—Pero eso te habrá costado un dineral, Mathias, y yo no tengo con qué pagarte.

—Ya lo harás, no te preocupes. Además, tengo buenos amigos en Perpiñán y no me ha costado nada.

Mathias no le había dicho que los mismos que le avisaron del rapto de Consuelo eran los que facilitaron la documentación que ahora le entregaba. Prefería que siguiera pensando en la casualidad del encuentro por el bien de los dos.

—No te creo, pero te lo agradezco. Te juro que te pagaré hasta el último céntimo. No sé cómo, pero lo haré.

—¡Ah! Ya salió el orgullo español. No eres la única a la que he ayudado a salir de las fauces del fascismo. Es mi razón para vivir.

—Pero yo no huyo del fascismo.

—Está bien, Pilar. Como quieras. No puedo hacer nada para que confíes en mí, pero al menos no me cuentes mentiras. Dejémoslo así. Tus razones tendrás para no decir la verdad.

Consuelo se quedó pensativa. No tenía ninguna razón para desconfiar de Mathias. Por un momento valoró sincerarse con él y al final desistió.

—Confío en ti, Mathias, pero estarás de acuerdo conmigo en que es mejor para ti que no sepas nada. Así, si te cogen, no tendrás que callar porque nada sabrás.

—Como quieras, pero no vuelvas a decirme que no huyes del fascismo. Al menos, a mí no me mientas.

Bajo el nombre de Juliette Leblanc, con el pelo cortado a lo *garçon*, vestida con pantalón marrón y chaqueta de espiga en tonos pardos, abandonaba Consuelo la casa de Mathias, que además le había proporcionado unas gafas de sol, puesto que desde que sufriera la agresión la luz le molestaba sobremanera y unas manchas negras flotaban cuando intentaba enfocar, lo que le impedía leer con facilidad. Mathias aseguraba que no era nada grave, que se iría con el tiempo, porque era una lesión del humor vítreo que no revestía gravedad.

Salieron cuando amanecía. El paisaje de monte salvaje poblado de pinos le hizo olvidar a Consuelo el motivo de su marcha. Había preparado una tortilla de patatas y carne empanada, recordando las excursiones que hacía de pequeña a la Pedriza junto a sus padres. Su recuerdo ensombreció su semblante. No sabía cuándo volvería a verlos, ni siquiera estaba segura de poder hacerlo algún día, aunque con su nueva documentación y la pequeña deformación de su nariz tal vez consiguiera pasar desapercibida.

—Yo te aconsejo que permanezcas un tiempo en Carcassonne —le sugirió Mathias como si adivinase sus pensamientos.

—Lo haré. Entre otras cosas necesito un trabajo para conseguir ahorrar algún dinero.

—No creo que tengas dificultad si lo buscas en la hostelería. Pronto será temporada alta y contratan personal para atender al turismo, aunque Carcassonne nunca se libra de ellos.

—Por suerte para mí —rió Consuelo por primera vez en mucho tiempo.

—Eso está bien. Que empieces a reír es buena señal.

Se instalaron en un hostel barato en el que dormir. Mathias se marchó al amanecer, después de dejar dinero en un sobre a nombre de Juliette Leblanc. En él había una nota escrita deseándole suerte. Cuando Consuelo lo vio, sintió una gran alegría, pero en el fondo de sí misma creció su desconfianza. ¿Por qué era tan amable Mathias? También le pareció extraño que los individuos que la raptaron no hubieran dado señales de vida. No podía creer que un alemán con pasado nazi campase a sus anchas sin que nadie tuviera intención de conocer su actividad ayudando a la resistencia franquista. Desde su detención le costaba confiar en las personas recién conocidas y Mathias era demasiado «bueno» para ser real. Un hombre que te cuidaba sin importarles el gasto ni la molestia, que en la despedida le daba dinero y todo eso sin conocerla de nada, algo ocultaba, no le cabía la menor duda. Ya se enteraría, eso tampoco lo dudaba. Solo necesitaba un

trabajo para conseguir algo de dinero y dejar pasar el tiempo para volver a París. Tarde o temprano la darían por muerta y eso era lo mejor que podría pasarle.

La sorpresa que se habían llevado los que raptaron a Consuelo no era la primera. Necesitaban encontrar al que los liberaba, pero lo que no lograron entender es cómo se habían enterado de su secuestro. Se echaron la culpa unos a otros: «No la ataste bien» —decía uno de ellos—. «Teníamos que haberla matado. Si después de la paliza que le dimos no había hablado, seguro que no lo haría» —añadía el otro—. Así, entre descalificaciones entre ellos superaron la frustración, aunque la fotografía de la detenida que les había proporcionado la Policía española aguardaba en la cartera de uno de ellos esperando mejor ocasión.

Laura regresó de París sin haber conseguido saber nada de Consuelo. Transmitió a las mujeres del Movimiento Internacional lo sucedido en torno a su amiga cuando comenzó a investigar la desaparición de los hijos de algunas embarazadas. Poco más pudo hacer y Marie le prometió debatir el problema en la próxima Asamblea que se celebraría después del verano, a la que invitó a Laura para que elaborase una ponencia denunciando estos hechos. Para eso faltaban algunos meses. Esperaba estar mejor preparada para entonces. Era consciente de que sin Consuelo su bagaje para la lucha feminista era mínimo. Así se lo dijo a Marie antes de partir y esta le proporcionó numerosa documentación sobre los temas en los que se estaba trabajando, principalmente en el plano jurídico de la igualdad.

Decidió ir a ver a la madre de su amiga por si había tenido noticias de ella. Doña Leonor era la sombra de lo que fue. Se notaba que no había ido a la peluquería, además de su cara sin ápice de maquillaje y la poca atención que había puesto al elegir su ropa. Laura la abrazó con fuerza, lo que bastó para que la madre de su amiga se pusiera a llorar.

—¿Sabes algo de mi hija?

—Nada, doña Leonor. Por eso he venido, a ver si usted podía darme noticias.

—¿Y en París? ¿Te han dicho algo? Porque imagino que irías a ver a sus amigas de allí. ¿Está en París?

—No saben nada. También les ha extrañado. ¿Y su marido? Él tiene que saberlo.

—*Quiá*, hija. Nada. Lo único que he conseguido sacarle es que se escapó

del furgón que la devolvía a la cárcel. Pero eso ya lo dijo la policía, y ya te lo conté en su día, así que, ya ves. Seguimos igual.

A don Laureano le importaba más su hija de lo que estaba dispuesto a admitir delante de su mujer y no permaneció de brazos cruzados. Esperaba conocer su destino, al menos así se lo prometió el inspector. Lo único que le dijo es que la habían dejado en la carretera de Barcelona, diciéndole que esperase allí la llegada de un coche que la llevaría a la frontera, pero no la encontraron cuando fueron a buscarla. La policía consiguió enterarse de su llegada a Perpiñán a través de sus infiltrados, aunque ignoraban lo que aconteció después. Ahí le perdieron el rastro. Interrogaron a los exiliados que tenían infiltrados, sin éxito.

Consuelo sabía el calvario que estaría pasando su madre, pero no veía la forma de contactar con ella sin levantar sospechas. Lo primero que hizo aquella mañana al despertar fue dar un paseo por el centro de la ciudad. En España a veces se veían anuncios en los que se solicitaba dependienta o camarera, los dos trabajos a los que podía acceder, pues allí no le servía ser abogado sin convalidar el título, algo imposible porque destaparía su identidad. Confiaba que Francia utilizase también este sistema para buscar empleados.

A medio día estaba agotada de andar sin haber conseguido solucionar su vida. El hostel en el que había pernoctado con Mathias era caro para su exigua economía, por lo que dedicó la tarde a buscar una pensión o una habitación para compartir. Entró en un bar que ofrecían menús económicos y preguntó al camarero.

—¿Sabes de algún sitio barato para dormir? Una habitación, una pensión...

—Aquí no hay nada barato. ¿Vienes a hacer turismo?

—No, en realidad busco trabajo.

—¿Aquí? La cosa está mal, la verdad. Más te valdría, si es que no tienes interés en quedarte a vivir aquí por alguna razón, que te vayas a Toulouse.

—Ya veremos. Si conoces alguna pensión, te lo agradeceré.

—Está fuera de la ciudadela, pero en una zona que no está mal.

Le dio la dirección y Consuelo, tras rebañar la *cassoulet* que había pedido, se marchó. Necesitaba solucionar cuanto antes el tema de su hospedaje. Si encontraba una vivienda particular en la que alquilasen habitaciones con derecho a cocina, le vendría bien hacerse la comida para poder ahorrar, pues al ser un

lugar turístico, los precios de los restaurantes o bares que servían comidas no era muy económicos.

Carcassonne, una ciudad eminentemente turística, aunque con alguna industria viticultora, era de una belleza incalculable. Consuelo paseaba la *cité*, como llamaban al recinto amurallado que encerraba parte de la villa, si bien, fuera de ella, también podían verse casas de construcción baja con tejados de color rojizo, que, junto a las fuentes y jardines, hacían que el entorno fuese acogedor y amigable, que era lo que en ese momento necesitaba para superar la nostalgia que le producía estar lejos de su querido Madrid.

Abandonó la casa de huéspedes acompañada de una tristeza infinita por todo lo que estaba pasando. Echaba de menos su vida anterior, pero no la que tenía cuando fue detenida, sino los tiempos en los que vivía con sus padres y era una joven universitaria que coqueteaba con la revolución. Caminando sin rumbo llegó a un parque lleno de macizos de flores y parterres sembrados de pensamientos multicolores. Se sentó en un banco y encendió un cigarrillo. El tabaco era más barato que en España y se permitió comprar un paquete. Navegó por el humo buscando en su pasado la razón por la que ahora era una fugitiva sin rumbo ni identidad. Era muy cómodo echar la culpa a su padre por despertar en ella la rebeldía. Ciertamente que ya desde su infancia le molestaba la forma en que trataba a su madre, ninguneando sus opiniones, impidiéndole pensar, incluso ser ella misma.

No discutían porque don Laureano no daba opción a la controversia: se hacía lo que él decía o su cólera inundaba la casa. Su madre callaba, por más que Consuelo le decía que no tenía por qué aguantar sus descalificaciones que, con frecuencia, devenían en insultos llamándole ignorante. Desde que Laureano regresó de la guerra había cambiado mucho; ya ni siquiera podía elegir su forma de vestir. Su padre le imponía hasta eso. Y las novelas que leía, las películas que debía o no ver... La sumisión de su madre y el autoritarismo de su progenitor acrecentaron la rebeldía en ella, por eso, cuando llegó a la Universidad, se impregnó de un espíritu combativo que la había llevado a donde ahora se encontraba. ¿Había valido la pena? En ese momento pensaba que no. Nada podía hacer por nadie, ni siquiera por sí misma. Exiliada, sin dinero y, si se paraba a pensarlo, sin vida.

Absorta como estaba en sus pensamientos no se dio cuenta de que una mujer le estaba hablando hasta que la tocó en el hombro.

—¿Te ocurre algo? —preguntó la desconocida.

—¿Eh? ¡Ah, no! ¿Qué pasa?

—Nada, mujer. Que te he visto aquí sentada con los ojos cerrados y pensé que te encontrabas mal.

Consuelo miró a la desconocida. Era una mujer bellísima, con unos ojos expresivos de un color azul violeta que le recordaban a los de Liz Taylor en la película *Una mujer marcada*, que había visto hacía un par de años.

—No me pasa nada —respondió al fin.

—¿Me puedo sentar? Me llamo Lucie.

Estuvo a punto de corresponder al saludo diciendo su verdadero nombre. Tras un titubeo, estrechó su mano:

—Soy Juliette. Claro que puedes sentarte. Es un parque público.

—Ya lo sé, mujer. Digo si puedo sentarme contigo. —Su gesto era amistoso acompañado de una sonrisa franca.

—Claro, siéntate. —Consuelo pensó que le vendría bien hablar con alguien.

—No eres de aquí, ¿verdad?

No había pensado una vida para contar. Lucie la pilló desprevenida.

—No —respondió escueta.

—Yo tampoco. Vengo de Nantes. ¿Tú también huyes de alguien?

Consuelo se puso en guardia y respondió con un tono defensivo.

—¿Por qué habría de huir? No huyo de nadie. Busco trabajo, eso es todo.

A Lucie le sorprendió la respuesta y el tono empleado.

—Oye, no te pongas así. Solo quería hacerte compañía. Me has recordado mis primeros días fuera de mi ciudad, de mi casa y de todo lo que dejé atrás. Lo pasé muy mal y eso me ha inclinado a hablarte, pero si te molesto me voy. —Hizo ademán de levantarse, pero Consuelo se lo impidió.

—Perdona, no he querido molestarte. Llevas razón, yo también añoro lo que he dejado atrás. Por eso no quiero hablar de ello.

—Lo que necesitas es una copa. Vamos, tomemos una. Yo te invito.

En décimas de segundo los pensamientos de Consuelo recorrieron toda la gama paranoica de su clandestinidad. Miró a la desconocida e inmediatamente su mirada violeta le devolvió una inusual confianza que no estaba acostumbrada a sentir. Aceptó. Caminaron en silencio por callejuelas desconocidas para Consuelo. Lucie encontró el bar que buscaba.

—Entremos aquí. ¿Qué quieres tomar?

Oscurecía; Consuelo lo que tenía era hambre, pero le dio vergüenza decirlo y pidió una cerveza.

Como si la desconocida leyera su pensamiento, cuando llegó el camarero

pidió dos cervezas, pero también una tabla de quesos.

—Nos vendrá bien comer algo. Yo tengo hambre, ¿y tú?

Sonrió por toda respuesta. Lucie comenzó a hablar.

—Yo me escapé de un marido que me molía a palos. Un día no pude más y cuando se marchó a trabajar metí cuatro cosas en una maleta y desaparecí.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Pronto hará un año. Yo creo que ya se habrá cansado de buscarme.

—Pero la Policía andará tras de ti. Supongo que te habrá denunciado.

—No lo creo. Es un borracho que ha sido detenido en alguna ocasión por escándalo. Si me hubiera denunciado ya me habrían encontrado.

—Podías haber denunciado la situación. En Francia la ley te ampara. Te podías haber divorciado.

—No es tan fácil sin dinero, pero me da lo mismo. No pienso volver a casarme.

—¿Has encontrado trabajo aquí?

—De limpiadora en un hotel. Es lo único que he conseguido. Gano poco, pero tengo comida y techo gratis. Hoy es mi día libre.

A Consuelo se le iluminó la cara. ¿De limpiadora? ¿Y por qué no? No se había imaginado ni en el peor de sus sueños que terminaría limpiando la mierda de otros. En definitiva, lo que ahora necesitaba era tiempo y dinero. De nuevo el destino le sonreía poniendo en su camino una persona generosa en el momento que más lo necesitaba. Era milagroso y ella no creía ni en Dios, ni en milagros. Un poso de desconfianza afloró. Lo sofocó de inmediato. Necesitaba cambiar ese mecanismo y aceptar las cosas que el destino le ofrecía o de lo contrario no saldría adelante.

—Oye, Lucie. ¿Podría yo encontrar un trabajo así? A lo mejor en tu hotel necesitan más limpiadoras.

—Lo preguntaré. Lástima que no sepas idiomas, porque en recepción buscan a alguien que hable al menos inglés.

—¿Y quién te ha dicho que no hablo idiomas? Domino español e inglés.

—¿En serio? Entonces no se hable más. Luego te vienes conmigo y te presento a la encargada.

Recordó lo que le había dicho Mathias sobre su filiación y se ‘sinceró’ con Lucie.

—Mis padres eran españoles y huimos cuando comenzó la guerra. Mi apellido es francés porque mi abuelo era parisino y emigró a España; allí conoció a mi abuela. No nos hubiéramos movido de España si no hubiera

estallado la guerra.

—¿Dónde viven ahora?

—No viven. Murieron en un accidente hace algunos años.

La mentira vino rodada recordando la muerte de sus abuelos y la desconocida no tenía ninguna razón para poner en duda sus palabras. No era lo que había soñado ser, pero de momento sobrevivía. Nunca creyó que cumpliría los cuarenta años como empleada de un hotel en un pueblo francés, pero al menos estaba viva.

Capítulo 18

Consuelo no pensó que estaría tanto tiempo en Carcassonne. Hacía más de un año que Lucie le había conseguido un puesto en la recepción del hotel; no se reconocía y no era solo porque hubiera cambiado de identidad y de nacionalidad. En definitiva, todo obedecía a una mera supervivencia, pero se había creído su propia mentira y se sentía como una ciudadana francesa más, que respiraba un poco de libertad, algo parecido a lo que deseaba para España. El año 1966 estaba siendo generoso con ella. La vida se lo había ofrecido. No había conseguido nada con su lucha, era cierto. Habían ganado ellos y la quitaron de en medio; ahora se preguntaba si no tenía derecho a vivir su vida, a hacerlo como la mayoría de las personas, buscando su pedazo de felicidad. Ya había cumplido los cuarenta. ¿No había entregado ya los suficientes? Ahora le tocaba luchar por ella, no por los demás.

Lucie... Pensó en su amiga, en lo nerviosa que se ponía con su desconfianza. En el tiempo que se pasaba escuchando las infinitas historias que le contaba, inverosímiles algunas, pero ciertas todas, Consuelo lamentaba no poder hablar de su vida pasada; a veces estaba tentada de hacerlo, pero al final vencía el miedo y callaba. Su amiga cantaba con un estilo muy propio que recordaba a Charles Aznavour. Arrastraba con ella una vieja guitarra desgastada por el uso, heredada de su padre, que fue lo primero que cogió en su precipitada huida. Ya no echaba de menos nada del pasado —decía a Consuelo—. Al principio, cuando le preguntaba qué echaba de menos, respondía siempre lo mismo: el amor.

¿El amor? Otra puerta cerrada de su vida que Lucie había abierto.

Lucie apareció con su habitual ruido, como si fuese una gata llena de cascabeles, y los muebles a su paso, la percusión.

—¿Qué haces aquí tan callada? ¿Otra vez exprimiendo sesos? ¡Mira que te

gusta martirizarte, querida! —Fue derecha a la guitarra y se sentó junto a Consuelo.

*«Vive tu vida, que el mañana ya es hoy
El ayer no importa
Que la vida es muy corta
Y llegará un momento,
que digas...Adiós»*

—¿De dónde has sacado esa canción? No la he oído nunca.

—Ni yo. Me la acabo de inventar.

—Es muy buena. ¿Por qué no vas apuntando las letras que se te ocurren?

A lo mejor un día te apetece ponerles música y, quién sabe.

Lucie no le hacía caso y se reía.

—Por hoy he terminado, ¿y tú?

—También. Hace un rato. Cuando has llegado estaba descansando un poco. He pensado que me gustaría invitarte a cenar en un restaurante precioso que hemos visto muchas veces de pasada, pero en el que nunca hemos estado. Vamos a celebrar que hace un año que somos mucho más que amigas. Aquel que está dentro de la *cité* que tiene una marquesina de rayas blancas y verdes.

—¡Ah! Ya sé cuál dices. ¡Me encanta! Sí, sí. Vamos.

Su alegría era explosiva.

Ahora la oía cantar dentro de la ducha. Su música era como una conexión con el mundo emocional de Consuelo. Jamás había dedicado tiempo ni energía al cuerpo, al deseo, y mucho menos al amor, un sentimiento que en su día consideró alienante. Sin poderlo evitar, esos pensamientos la llevaron a los tiempos de militancia, en el que el deseo tenía que sentirlo hacia un hombre, porque no se planteaba que pudiera ser de otra manera, excepto en casos excepcionales tachados de perversión. Se reía de sí misma cuando se daba cuenta de hasta qué punto las contradicciones llenaban su vida. Antes sublimaba al partido y vivía para él. Ahora, la obligada pausa a la que la vida la había conducido dejó libre al instinto, ya sin género, libre como a ella le hubiera gustado que hubiera sido siempre. Ahora se reía de los tiempos en los que hacía el amor con todo el que se le presentaba buscando ese placer explosivo del que oía hablar a sus amigas. El cacareado orgasmo que jamás había sentido con ellos.

Mientras Lucie se acicalaba vinieron a su memoria los primeros días de su relación. Recordó aquella tarde cuando Lucie cantaba una canción francesa con

una letra que decía darle calor: *Je te réchaufferai*. Pero Lucie no solo le había dado calor, sino un amor que hasta ese momento desconocía; se hallaban en la habitación que compartían, recostadas sobre una de las camas con la espalda contra la pared... los ojos semicerrados de Consuelo recreaban el momento como decisivo en su vida.

Apenas hacía dos meses que se conocían y que Consuelo trabajaba en la recepción del hotel que le había dado el trabajo pidiéndole también atender en el comedor a clientes que no hablasen francés. Ganaba más que Lucie, que era una simple limpiadora, pero a esta no pareció importarle. Decía que era justo si sabía idiomas. ¡Ojalá a mí me pagasen por cantar! —terminaba diciendo. Hoy quería celebrar ese día, el primero entre sus brazos. El tiempo había afianzado su unión y Consuelo vivía su descubrimiento del amor con la pasión de una adolescente.

—Cuando quieras nos vamos. —Lucie apareció radiante.

A Consuelo la dan por desaparecida. Así se lo contaba don Laureano a su mujer aquella mañana, cuando regresó de la jefatura, después de hablar con el inspector que había facilitado la huida de su hija. En esta ocasión fue él quien llamó al padre de Consuelo.

—Lo que te voy a contar me lo acaban de decir hace unas horas. Consuelo fue vista por última vez en Perpiñán y no se ha puesto en contacto con ninguno de sus correligionarios, por lo que es probable que abandonase aquello. Tengo varios contactos que se han puesto a buscarla de nuevo, pero comprende que hace ya mucho tiempo. Espero que esta vez sepan darme noticias tuyas. Daremos con ella, te lo aseguro.

—Dios te oiga, porque mi mujer se va a volver loca.

—Lo que tenías que haber hecho era atarla más corto y ahora no estaríamos así.

—Es posible... Es posible —repitió don Laureano antes de marcharse.

Le había contado a su mujer que el inspector le había llamado para darle noticias de su hija. Llegó a su casa inusualmente pronto. Doña Leonor estaba ansiosa por saber lo que le había dicho y aguardaba impaciente. Ante el silencio de su marido, lo asió por los brazos e intentó zarandearlo.

—Laureano, ¡por el amor de Dios! Dime lo que te hayan dicho.

—Qué me van a decir. Lo que ya sabemos. Que nuestra hija es una roja de mierda que se ha metido adonde no la llaman y ha acabado como se merecía.

—No te consiento que hables así de nuestra hija. Al fin y al cabo, es verdad que vivimos en un mundo desigual para las mujeres.

—¿Ahora vas a empezar tú? ¿Me quieres decir qué has dejado de hacer por falta de derechos? ¡Nada! Me oyes. Nada. Pero no, las rojas quieren ser como los hombres. Estudiar, ir a trabajar, comprarse lo que les venga en gana sin contar con el cabeza de familia... Ser como hombres. Y los hijos, que se jodan. Que los cuiden los criados, en el mejor de los casos, o abandonados a su suerte. La mujer es mujer y su trabajo es criar hijos para España.

Leonor guardó silencio, como hacía siempre que Laureano gritaba y perdía los estribos. De nada hubiera servido exponer su forma de pensar. Se daba cuenta de la cantidad de cosas que podría hacer si él no fuese tan «cabeza de familia». Veranear en San Sebastián, por ejemplo. Conocer mundo, viajar, vestir mejor... No valía la pena decir nada. A estas alturas, no. Lo que ahora le importaba era buscar a su hija. Seguir sus pasos hasta encontrarla. Y eso haría, con o sin su permiso.

Se acercó a la tienda de Laura con el pretexto de encargarle los turronec para Navidad y algo de embutido. Los quesos manchegos no podían faltar y, desde que recibía los de Sophie, tampoco faltaban los franceses.

—He hablado con Laureano. Me ha dicho algunas cosas que me gustaría contarte —susurró al oído a Laura.

—¿Consuelo?

Los ojos de doña Leonor respondieron por ella.

—Llámemme cuando pueda ir a hablar con usted.

Doña Leonor continuó eligiendo viandas, abriéndose camino entre las numerosas clientas que invadían la tienda en vísperas de las fiestas. Se paró en una vitrina con embutidos y vio la cecina, que sabía, porque se lo había contado Laura, que fue el último producto que Felipe había ido a buscar a León para vender en la tienda. Inconscientemente miró a Juan y una idea sin forma rondó por su cabeza.

Laura, impaciente, miraba de un lado a otro y de pronto tiró de doña Leonor hacia la trastienda.

—Me tiene en ascuas, doña Leonor. ¿Qué ha pasado?

—Le han dicho a mi marido que Consuelo llegó a Perpiñán y ahí se le pierde la pista.

—¿Los gendarmes no saben nada?

—No. Hay policía española infiltrada entre los exiliados para vigilarlos y muchos gendarmes lo saben, pero hacen la vista gorda. Me lo ha contado mi marido.

—Es usted única, doña Leonor. Estoy empezando a comprender por qué le

ha salido Consuelo revolucionaria.

—Porque mi hija es tonta. Tiene el espíritu guerrero de su padre y la rebeldía mía, en mi caso, castrada por él. Pero bueno, cada uno es como es. Yo prefiero hacer lo que me da la gana, aunque tenga que disimular. Así no me prohíben nada, porque nada saben.

—Esa es una postura muy individualista. Lo que hay que cambiar es la censura, no disimular lo que se hace.

—¡Vaya! Laura, me parece estar oyendo a mi hija. Me alegro, porque tengo que hacerte una proposición que puede ser peligrosa y te puede comprometer. Puedes decirme que no, no pasa nada. Buscaré un detective que lo haga. Había pensado en ti por el cariño que os une y siempre pondrás más interés que un desconocido. Tú lo harías como algo personal, no como un trabajo. Quiero que vayas a Perpiñán en busca de Consuelo.

—Pero, doña Leonor, ¿y mi tienda?

—Por eso no te preocupes. Buscamos otro dependiente, al que pagaría yo, naturalmente, y dejas a Juan a cargo de todo. He visto que tienes buena relación con él.

—Permítame que lo piense y hable primero con Juan.

—Claro, hija. Tomate tu tiempo, pero no lo demores mucho. Consuelo está viva. Lo sé. Lo siento aquí. —Llevó la mano a su pecho a la altura del corazón.

Laura no supo qué responder, porque ella también estaba segura de que su amiga vivía y la idea de ir a buscarla comenzó a fraguarse en su interior. No había previsto ese viaje. Por el contrario, hacía gestiones para ir a Londres y ultimar detalles con Evelyn y poner en marcha importación de mermeladas inglesas a su tienda.

De pronto se abrió la cortina de la trastienda y la cabeza de una clienta asomó interrumpiendo la conversación a la vez que preguntaba algo que Laura no entendió, obligándolas a cambiar de tema. Laura intentó salir del trance como pudo, mientras que la intrusa, pidiendo perdón, dejó caer la cortina, dejando claro que su intención no era otra que husmear.

—¿Cómo va con sus lecturas? —preguntó Laura a Leonor para disimular.

Viendo que la mujer se había retirado, Leonor respondió sin censura.

—Bien. Ahora estoy leyendo un libro que me está dejando muy sorprendida. Habla de la sexualidad de la mujer. Te lo cuento porque eres tú, pero a veces me sonroja la lectura.

—¿Su marido no dice nada?

—Mi marido no se entera. Le pongo un forro al libro y me voy a leer a la

biblioteca. Le he dicho que estoy buscando vidas de reyes para saber historia, y eso le ha gustado.

Despidió a doña Leonor mientras le empaquetaba las compras y le cobraba el importe, diciéndole adiós con una sonrisa y dándole recuerdos para su familia. En un momento que la tienda quedó vacía de clientas, habló con Juan explicándole lo que doña Leonor le había propuesto:

—Me parece una locura, Laura —respondió Juan cuando le comentó la propuesta de doña Leonor—. Comprendo la desesperación de la madre de Consuelo, pero cómo la vas a encontrar si no lo ha conseguido la Policía.

—Lo mejor que ha podido pasar. Si la encuentran no doy un real por su vida.

—En cuanto a lo de hacerme cargo de la tienda, sabes que cuentas conmigo. No haré nada que tú no harías.

—Te pasaré la lista de proveedores y te encargas de hacer los pedidos. Si tardo en volver, te llamaré por teléfono. En todo caso, se me ocurre que podemos abrir una cuenta en el banco y te autorizo en ella. Así, podrás hacer los ingresos semanales y con ese dinero pagar a los proveedores, tu sueldo y el del nuevo empleado que contratemos.

—No creo que haga falta contratar a nadie. En todo caso, el chico que tenemos puede pasar a ser dependiente y buscamos otro recadero.

—Me parece buena idea. ¿Te encargas tú?

—¿No puedes hacerlo antes de irte? Verás, es que... En fin, que me quedaría más tranquilo si te ocupas tú de ello antes de partir.

Empezó la cuenta atrás para el extraño viaje de Laura. La cuenta del banco estaba creada y Juan autorizado en ella con plenos poderes. Por suerte no tuvieron ningún problema con el carné de identidad de Juan. «Si estuviera Consuelo se lo habría preguntado», pensó.

Necesitaba hablar con Berta y que ella le diera alguna idea sobre el posible paradero de Consuelo; al menos una mínima pista, porque ella estaba perdida. España tenía una extensa frontera a lo largo de todo el Pirineo. Eso, suponiendo que hubiera ido a Francia. ¿Y si se le había ocurrido viajar a Portugal? «No —se dijo—, esos están en guerra colonial y es otra dictadura fascista. No, seguro que se ha dirigido a Francia. Además, la Policía afirma que le perdió la pista en Perpiñán. Lo hablaré con doña Leonor. Parece mentira lo que ha cambiado esta mujer en un año. O a lo mejor siempre ha sido así y no nos hemos dado cuenta.

¡Qué cosas! Es probable que solo conozcamos a los que nos rodean en situaciones límite, pero mi madre no entra en esa categoría, pues no ha hecho más que poner trabas a que yo gestione mi negocio. Ahora parece que se ha tranquilizado, pero menudos inicios me dio».

Decidió correr el riesgo. Sus pensamientos se cortaron cuando llegó al comercio de trastos viejos: el dueño hacía de correo con Berta desde el exterior de la cárcel.

—No le quepa la menor duda de que ha entrado por Cataluña, doña Laura. Y lo más probable es que haya sido por Perpiñán, donde dice la policía que le ha perdido la pista.

«Doña Laura». Nunca había pensado en sí misma con ese apelativo. ¿Tan mayor era? Se acercaba a los cuarenta, pero todavía le faltaba». Ahuyentó esas ideas y se centró en responder a Prudencio, que hacía gala de su nombre con sus consejos.

—Tal vez tenga usted razón, Prudencio. Y por favor, no me llame doña Laura, que me hace vieja.

—No iba con esa intención, señora. Sino con respeto.

—Pues no me pierda el respeto, pero por favor, apee el doña.

El hombre esbozó una sonrisa.

—¿No se va a llevar nada? Mire usted que llamará menos la atención si sale con uno de mis cachivaches. ¿Ha visto usted qué prismáticos me han llegado?

Se alejó camino de la trastienda. Como tardaba, Laura se entretuvo en curiosear por allí. Había hasta dentaduras postizas, lo que la hizo reír. Vio también piezas sueltas de porcelana, restos del esplendor pasado y de los destrozos de la guerra. Algunas habían salido indemnes del desastre, pero otras mostraban desconchones en los bordes.

Compró los prismáticos que le ofreció Prudencio. Estaba segura de que eran robados, porque parecían del ejército. Aunque también podría haberlos vendido un militar de base. Los que cobraban sueldos decentes eran los mandos, pero los de la tropa, que en definitiva eran los que le habían dado la victoria al Caudillo, vivían poco más que en la miseria. No entendía la fidelidad de algunas personas, sobre todo, los que habían perdido a sus familias, mujeres viudas la mayoría, que pocas tenían la suerte de que el Estado les hubiera facilitado un estanco o algún medio de ganarse la vida. La que no conseguía ninguna ayuda, limpiaba casas, algo que antes de la guerra otras hacían para ellas. Estaban todas muy orgullosas de que sus maridos e hijos hubieran dado la vida por su patria.

«Pero de orgullo no se come», pensó Laura.

—No deje de mirar en la entretela de la funda. A lo mejor encuentra una sorpresa.

Intrigada se alejó de allí. Cuando llegó a su casa abrió el paquete. Sonrió ante la «sorpresa».

De nuevo una visita a doña Leonor, pero esta vez con planes concretos para comenzar la aventura que le había propuesto la señora.

—Lo que me asusta es ir sola. Yo no soy como su hija. Me falta mundo.

—Lo que te falta es más confianza en tu valía. Ya lo creo que estás preparada para lo que te propongas. Mira cómo va tu tienda y dime si no estás orgullosa de llevar tu negocio y con más beneficios que en vida de tu marido, que en paz descanse.

—No es lo mismo. La tienda ya la llevaba yo en vida de Felipe. Eso no tiene mérito. Los beneficios han aumentado desde que el encargado no roba. Y mejor me hubiera ido si no me hubieran hecho perder tanto tiempo en papeleo. Suerte que entonces estaba Consuelo y lo agilizó todo.

Doña Leonor reaccionó con los ojos enrojecidos a punto de llorar.

—No te imaginas lo mucho que la echo de menos, aunque hablásemos poco, aunque a veces no la comprendiera. Que haya tenido que pasar esto para que admire a mi hija... No me lo perdonaré nunca.

—No se torture. Pronto estará de vuelta o, al menos, tendrá noticias tuyas. Se lo prometo. Un amigo me ha pasado los contactos a los que podría haber llamado en los distintos pasos fronterizos, y ella lo sabía. Se reducen a Perpiñán y Hendaya, los más turísticos.

—¿Cuándo te pondrás en marcha?

—Para San Isidro. El trasiego de gente me facilitará la marcha porque la policía estará más ocupada, como siempre pasa en las fiestas populares. Ya sabe usted que el alcohol desata las iras.

La sorpresa de Prudencio era una nota con los nombres de los exiliados que podrían darle noticias de Consuelo y las fronteras más probables por las que podría haber pasado.

Capítulo 19

6 de abril de 1966, Diario *Arriba*

A las nueve de la noche del día de ayer, don Laureano Martínez, Comandante Jurídico del Glorioso Ejército Español y abogado del Ministerio del Ejército, ha sido asesinado cuando se dirigía a su casa.

Según testigos presenciales, fue tiroteado desde un coche que huyó a toda velocidad, sin que nadie pudiera anotar la matrícula, aunque se sabe que era un SEAT 1500 color negro. La policía está investigando las ventas de estos coches en los últimos años, pero, debido al alto número de unidades puestas en circulación, se hace imposible seguir indagando en esta línea.

Laura pasó la noche junto a doña Leonor, que fue avisada del atentado a los pocos minutos de producirse, pues, en cuanto llegó la patrulla de la Policía y revisaron la documentación del fallecido, llamaron a la Jefatura Superior y de ahí al Ministerio de Justicia. Fue el secretario del Ministerio el encargado de dar la triste noticia a su viuda.

—Me he quedado sola, Laura. Ya no me queda familia.

—Mujer, no diga usted eso. Estamos nosotros. Quiero decir Juan y yo. Juan adoraba a Consuelo. No olvida que ella le salvó la vida.

—Me casé en contra de la opinión de mis padres y ahora comprendo la razón de su disgusto. Yo era muy joven, acababa de cumplir los diecinueve cuando lo conocí; nos casamos con menos de un año de noviazgo y a los veintiuno ya era madre y estaba llena de sueños. El de ser madre de familia

numerosa se frustró cuando tuve a Consuelo porque el médico me dijo que no podía tener más hijos. El parto fue complicado y las consecuencias fueron que no podía tener más hijos. Ya ves, mi primer sueño frustrado. Los sueños de viajar y ver mundo los frustró mi marido negándose a utilizar mi dinero para vivir con más holgura, lo demás...

—Pero también ha tenido momentos de felicidad, doña Leonor.

—Antes de la guerra sí. Laureano siempre ha sido autoritario y machista, pero era cariñoso y mucho más tolerante. La guerra lo cambió y con los años me costaba reconocer en él al hombre del que me enamoré.

»¡Válgame Dios! Todavía está caliente su cuerpo y ya estoy hablando mal de él. ¡Que Dios me perdone!

Laura guardó silencio. Sabía por Consuelo la oposición que tuvo que vencer su madre para casarse con él. La familia deseaba para ella una boda aristocrática o con un diplomático que le permitiera viajar como a ella le gustaba. Les daba lo mismo que fuese marquesa o condesa, lo importante era su felicidad, por eso accedieron a la boda.

Leonor continuó hablando.

—Nos casamos enamorados. Yo era esa chica de *buena familia* con la que soñaban los hombres de la época. Nos conocimos en un concierto de Navidad que organizaba anualmente el Conservatorio de Música de Madrid, entonces dirigido por Tomás Bretón, que por cierto era masón —sonrió al decirlo.

—Si llega a ser ahora lo mandan fusilar.

Laura intentó relajar la tensión que notaba en doña Leonor.

—Tienes razón. Estamos en este momento, no en el pasado. El caso es que mi familia nunca pudo tragar a mi marido. Al terminar la guerra lo consideraban un franquista venido a más a costa del sufrimiento del pueblo. Mis padres nunca estuvieron de acuerdo con la guerra, pero jamás se manifestaron. Por eso lograron sobrevivir escondiendo joyas y muchas cosas de valor en una bodega que mi padre había comprado, y que estaba inactiva cuando estalló la guerra. Una cueva para envejecer el vino sirvió como caja fuerte y el cemento con el que la selló protegió el anonimato. Pero dejemos eso. Tengo que hablar con el Ministerio a ver cómo organizamos el funeral.

—Claro, lo comprendo. Ya sabe usted que si me necesita puede contar conmigo. De momento suspendo mi viaje hasta que pase todo.

Y todo pasó. Fue despedido como un héroe, uno más que caía «a manos de los

rojos» —fueron las palabras del cura que ofició la misa—. El templo estaba abarrotado de militares y prohombres del franquismo, en último homenaje a un hombre corriente que nunca había destacado, a no ser por la «defensa» de los imputados en los Consejos de Guerra, que se limitaba a pedir clemencia para ellos, pero jamás aportaba pruebas de que sus acciones no constituían delito, sino la lucha por conseguir de nuevo los derechos secuestrados.

Cuando la larga cola de pésames se extinguió, doña Leonor estaba agotada. En coche oficial la condujeron a su casa. Los responsables del Ministerio del Ejército le hicieron saber que sería indemnizada por la pérdida y le concederían una medalla póstuma, que repercutiría en su pensión.

Al fin se quedó sola frente a sus recuerdos que brotaban de cada uno de los rincones de la casa. Miraba el sillón vacío de Laureano y le parecía mentira no volver a verlo. De repente, se levantó incapaz de contener las lágrimas y sus pasos la llevaron a la habitación que su hija usaba como despacho. Su llanto explotó incontrolable. Ocupó el sillón de Consuelo y se abrazó a la Hispano Olivetti que le había regalado su padre hacía unos años. Las lágrimas mojaron el teclado hasta que, como si una corriente eléctrica la hubiera sacudido, enderezó el cuerpo y se secó las lágrimas.

—Se acabó, hija mía. Te vamos a encontrar. Te lo juro —habló al aire como si Consuelo, desde las teclas de la máquina le estuviera pidiendo ayuda.

Doña Leonor no podía dejarse vencer por el dolor ante la pérdida de su marido, más por la soledad que por él. Su hija ahora era lo más importante, lo único que confería sentido a su vida. Una idea comenzaba a abrirse camino en su torturado pensamiento.

—Lo primero que haré será comprar un nuevo coche.

Al principio pensó en utilizar el de su marido, un SEAT 1400, pero descartó la idea. Era negro y, aunque fuese un buen coche, no le gustaba su aspecto antiguo, que le recordaba la estética de los coches oficiales. Se desharía de él aportándolo a la compra de uno nuevo. Esa misma tarde proponía a la amiga de su hija el proyecto de viaje. «Iremos las dos, está decidido», —dijo a Laura con autoridad.

A Laura le pareció una buena idea iniciar el viaje acompañada. La perspectiva de ir sola se le hacía cuesta arriba. Cuando le hablaba de los preparativos y el coche que proyectaba comprar, Laura exclamó:

—¡Pero el Citroën Tiburón cuesta un dineral!

—No pensarás que íbamos a ir en una tartana con la cantidad de kilómetros que nos esperan. Además, lo mejor que puedo hacer con la herencia de mis padres es emplearla en buscar a mi hija, sobre todo ahora que no está Laureano que me impedía utilizar el dinero. Y, si lo consigo, te aseguro que tendrán que pasar por encima de mi cadáver para hacerle daño.

—Tampoco crea usted que tenemos todo solucionado por emprender este viaje. No será fácil. Los de la Policía dijeron que le habían perdido la pista en Perpiñán. Empezaremos por allí. Si no conseguimos nada, recorreremos los demás lugares que me han sugerido los del partido.

—Eso te lo dejo a ti. Yo solo te acompaño, pero la iniciativa debes llevarla tú. Mi compañía facilitará las cosas, no olvides que soy viuda de un héroe de guerra asesinado. Además, ¿no decías que no te apetecía ir sola? Pues ya tienes con quien viajar.

—¿Y qué le digo a mi madre?

—No le digas nada. Solo que te vas de viaje para importar nuevos productos.

—No sé... Esos viajes no me llevan más de cuatro o cinco días. Cuando vea que pasa el tiempo y no he vuelto, empezará a extrañarse.

—La llamas de vez en cuando desde algún sitio y en paz. No vamos a cambiar nuestros planes por tu madre. Saldremos en cuanto tengamos el coche, si te parece.

Fueron las últimas palabras de doña Leonor.

Consuelo y Lucie cenaron en el restaurante elegido. Durante la cena, Consuelo cogió la mano a Lucie y con cara solemne comenzó a hablar.

—Apenas sabes nada de mí, Lucie. Lo que te he contado es muy poco, pero dame tiempo. Sabrás tanto como yo de mi vida, no sufras. Solo sé que has cambiado mi tristeza por felicidad. Me has devuelto las ganas de vivir y la fe en la humanidad, que la había perdido.

Lucie iba a hablar, pero Consuelo se lo impidió:

—No, por favor. Déjame terminar. Pero antes acepta un pequeño regalo que te he comprado para rememorar el día que te acercaste a mí.

Le entregó un pequeño paquete cuadrado que Lucie no se atrevía a abrir.

—¡Ábrelo, mujer! ¿A qué esperas?

Lucie reía nerviosa.

—Es que es la primera vez que recibo un regalo. Mi marido jamás me hizo

ninguno y en mi casa no sobraba el dinero. Ni Reyes Magos tuve de pequeña.

Comenzó a desenvolver el pequeño paquete. Cuando apareció ante ella la caja roja con el membrete de una joyería, a sus ojos asomó una lágrima, pero cuando la abrió y sacó el anillo que contenía, con el símbolo del amor libre, las lágrimas resbalaron por su cara inundando su sonrisa.

—Yo no te he comprado nada, lo siento —acertó a decir.

—No tienes por qué. A la que le cambió la vida fue a mí, no a ti.

—No te creas. Ya había perdido la esperanza de amar. A mi marido nunca lo quise. Me casé para salir de mi casa e intenté quererlo, pero fue imposible. No entiendo por qué se casó conmigo, puesto que tampoco me quería.

—No lo tendremos fácil, pero seguiremos adelante. Lucie, ha llegado el momento de empezar nuestra vida. He conseguido ahorrar casi todo lo que he ganado este año. Tener comida y vivienda gratis me lo ha permitido. Nos vamos a París.

Lucie ya estaba al corriente del pasado de Consuelo pero ignoraba muchos detalles, que esta prefirió mantener para sí, temerosa de que alguien de la Policía pudiera reconocerla. El amor que ahora vivían surgió sin buscarlo en el dormitorio de servicio que compartían muy poco después de empezar Consuelo a trabajar allí. El hotel no disponía de habitaciones para el personal de recepción, pero hicieron un favor porque no era fácil encontrar una recepcionista que hablase tres idiomas. Ella fue la que insinuó que no le importaba compartirla con Lucie, su amiga. La dirección accedió a poner una cama junto a la de la limpiadora, aunque el espacio de la habitación había quedado muy reducido, lo que obligó a poner las camas juntas y una sola mesilla que, tras discutir entre ellas, situaron en el lado de Lucie. Ambas fumaban. Este fue otro pequeño detalle para su primer acercamiento.

Aquella mañana disfrutaban de su día libre y se fueron a la playa como dos turistas más para relajarse en el mar. El verano lucía en todo su esplendor. A la hora de comer se refugiaron en unos árboles para dar buena cuenta de los bocadillos que habían preparado, así como la botella de vino blanco que compraron. Las risas estallaban con cada comentario que hacían. Unas veces eran anécdotas sobre algún cliente del hotel. Otras, de naderías que iban estrechando su vínculo al darse cuenta de lo mucho que compartían. Antes de anochecer llegaron al hotel. Estaban rendidas y como la habitación solo disponía de las camas para descansar se tumbaron a fumar un cigarrillo. De repente, la

ceniza que Consuelo iba a depositar en el cenicero colocado encima de la mesilla cayó sobre Lucie, que dio un salto mientras Consuelo intentaba limpiar con sus manos los restos sobre el pecho de su amiga. Ninguna supo cómo, pero de repente se encontraron enlazadas besándose con pasión. En un primer momento se miraron extrañadas y avergonzadas, pero el deseo fue más fuerte y esos breves instantes dieron lugar a que sus cuerpos cedieran a la extrañeza que les había producido el encuentro. Las caricias se impusieron a la razón. Las dos eran nuevas en estas lides amorosas y en algunos momentos no sabían qué hacer, pero el instinto guió sus cuerpos e hicieron el amor. Consuelo había tenido sus escarceos amorosos, pero nunca con la pasión e intensidad de lo que acababa de suceder.

Lucie tampoco había vivido ninguna experiencia sexual con una mujer. Antes de casarse había conocido otros hombres, pero el matrimonio había causado en ella una instintiva repulsa hacia ellos, aunque jamás había pensado que una mujer pudiera ser para ella algo más que una amiga.

El silencio fue el invitado ocasional después del encuentro. No se atrevían a romperlo. Las lágrimas de Consuelo fueron las encargadas.

—¡Oh! Perdona. No sé qué me ha pasado. —Lucie intentaba cargar con el peso de lo sucedido—. Perdóname, por favor.

Por toda respuesta Consuelo la besó con una pasión que desconocía en sí misma. Jamás había sentido nada parecido a pesar de su edad. Lucie correspondió ansiosa al ver que su amiga no estaba enfadada por lo sucedido. Cuando se miraron a los ojos, los de Consuelo llenos de lágrimas, los de Lucie, de fuego azul como las llamas al elevarse, comenzaron a hablar. Empezó una noche que liberaría el espíritu de Consuelo y terminaría con su soledad. Comenzó a hablar sin que las caricias que en algunos momentos de su narración le prodigó Lucie la hicieran callar. La francesa se unió a ella en el llanto cuando Consuelo narró su última experiencia atada a un árbol, y de la que le costó semanas recuperarse.

—¡Lo que me cuentas es terrible! *Ma chérie*. —Consuelo no traducía mentalmente esas palabras, que le sonaban a música.

—Todo lo doy por bien empleado solo por haberte conocido. Me has devuelto la vida.

Un año había transcurrido desde ese feliz encuentro. Doce meses de amor que hicieron olvidar a Consuelo su destino revolucionario, su lucha por la mujer y su militancia comunista. Un año a su lado que le parecía una eternidad, como si jamás hubiera vivido hasta que la conoció. Sin embargo, nunca olvidaba a su

amiga Laura, ni a sus padres. Incluso Juan le traía nostalgia a pesar del poco tiempo que lo había tratado.

Compartían la copa después de la cena. Lucie miraba sin cesar el anillo mientras Consuelo la miraba a ella. «Qué guapa es», pensaba. Sus ojos rasgados color violeta contrastaban con el pelo moreno, dándole un atractivo exótico y su cuerpo esbelto y flexible, con movimientos felinos como sus ojos, la tenían fascinada. Por su parte Lucie adoraba en Consuelo su cultura, de la que ella carecía, su vida de militancia, la familia que había dejado atrás, aunque no comprendía cómo se podía tirar todo por la borda por la política. La existencia había sido muy distinta para ella. Su lucha era por la supervivencia y jamás se había planteado si tenía o no derechos como mujer. Ella pensaba que sus derechos se verían cubiertos si alguien le aseguraba un plato de comida diario.

En cambio Consuelo veía que el mundo entero se rebelaba contra la injusticia y la especulación y que Francia iba a la cabeza de Europa. No podía permanecer más tiempo inactiva. Cada minuto le quemaba y su inquietud crecía. Deseaba instalarse en París. Con la experiencia adquirida en el hotel pensaba que podría encontrar un trabajo similar allí, aunque a lo mejor no tenían tanta suerte con el alojamiento. Además, la vivienda en Francia era cara, pero estaba convencida de que saldrían adelante. Brindaba con champán, al que Consuelo se había aficionado porque a Lucie le gustaba mucho. Cuando Lucie oyó «nos vamos a París», tuvo miedo. Miedo de que, una vez allí, Consuelo encontrase otra mujer que estuviera a su altura en el aspecto cultural. Por primera vez pensó que podía perderla.

Capítulo 20

De acuerdo con lo planeado Laura recogió a doña Leonor antes de amanecer. Ambas tenían todo preparado y estaban impacientes por emprender el viaje. A medida que habían ido pasando los días, Laura se había ilusionado con la partida. Al principio le parecía una idea descabellada nacida de la soledad de doña Leonor. Sin embargo, consiguió hacerla suya en poco tiempo. Su madre tardó en comprenderlo. No podía decirle que iban a buscar a Consuelo, por lo que ideó mil y una maneras para convencerla de su idea de viajar durante un mes más o menos, visitando países de Europa. Nada le dijo sobre la compañía de doña Leonor, y mucho menos que irían en coche. Decidió contratar a una mujer como dependienta en vez de un hombre, a lo que Juan no puso reparos. Carmelo, el joven que contrató cuando despidió a Rafael, servía para recados, pero no le parecía idóneo para estar tras el mostrador. Una de las mujeres con la que a veces trabajaba dentro de la Acción Católica, viuda como ella y con dos hijos a su cargo, fue la elegida. Rondaba los cincuenta y de pequeña había ido a la escuela. Para su cometido era suficiente saber leer, escribir y las cuatro reglas. A Juan, que también la conocía, le pareció una buena idea.

Se iba tranquila. El viernes 30 de abril, provistas de viandas y mucha ilusión, subieron al flamante Tiburón que doña Leonor había comprado. Laura lo había conducido con frecuencia para acostumbrarse a él y se encontraba cómoda al volante. Amanecía cuando pasaron por el mismo sitio en el que hacía más de un año Consuelo esperaba ser recogida para conducirla a la frontera.

Consuelo y Lucie llegaron a París el mismo día que su madre y Laura emprendían el viaje a Francia. Marie las recibió con entusiasmo.

—Te dábamos por muerta, Consuelo. ¡Qué alegría verte!

—Yo también pensé que moriría, pero he tenido suerte. Bueno, suerte no. Estoy aquí gracias a la generosidad de un hombre. Ya te lo contaré con detalle. Estoy ansiosa por ponerme en marcha.

—Tienes que buscar la forma de llamar a tu madre y a tu amiga Laura. Están muy preocupadas por ti.

—Lo sé, pero me da miedo que la Policía intercepte las cartas y me descubra.

—Ya buscaremos la forma, pero hay que hacerlo.

Lucie observaba la escena sin decir nada. Consuelo la presentó como su pareja. Con Marie no necesitaba disimular. Se habían hospedado en un hostel económico en el barrio latino. Por la noche, cuando después de una cena con algunas de las mujeres del Movimiento llegaron a él, Lucie mostró toda la inseguridad que acumulaba. Consuelo se dio cuenta de su desánimo.

—¿Se puede saber qué te pasa? No has dicho ni pío en todo el día. Te has limitado a responder a las preguntas que te hacían y poco más.

—¿Y qué quieres que diga? Soy una ignorante, Juliette. —A pesar de conocer su verdadero nombre, Lucie la había conocido como Juliette y continuaba usándolo.

—Pero ¿por qué dices eso? No todas son licenciadas. Hay mujeres de todas las clases culturales y sociales. Tu experiencia en un tema tan terrible como los malos tratos a la mujer tiene un valor incalculable.

—Ya, pero hoy habéis nombrado a un montón de mujeres que han escrito libros y yo no conocía a ninguna. No te digo ya, haberlos leído.

—Muchas no los han leído y solo conocen de ellas lo que hemos ido diciendo las demás en las charlas que hemos dado. Eres muy joven y tienes tiempo para leer lo que te parezca. Yo te ayudaré.

Consuelo era diez años mayor que Lucie. A veces pensaba que un día su amante la dejaría por ese motivo, pero jamás pensó que el primer escollo viniera dado por lo que estaba oyendo.

—No se trata de que me ayudes, Juliette, es que no creo en lo que hacéis. La mujer que quiere salir de la opresión sale. No tiene sentido andar dando gritos para que la historia os recuerde, que es lo único que veo en los movimientos políticos. Todos quieren ser los salvadores de la humanidad. Yo no pienso jugar a eso.

Mientras hablaban iban de un lado a otro guardando su ropa. Consuelo se recostó en una de las camas mientras Lucie continuaba guardando ropa en silencio. Se tendió en la de al lado cuando concluyó su tarea.

—Voy a dormir —dijo al acostarse—. Estoy agotada del día y del viaje.

Consuelo la miró. Por primera vez desde que eran pareja no dormían abrazadas. La tristeza la llevó poco a poco al pasado, en un momento en el que pensaba que su soledad había concluido. Se acordó de su gran amiga Laura. ¿Qué sería de ella? Seguro que la creía muerta. ¿Y su madre? ¿Cómo estaría? Ella seguro que mantenía la fe en volver a verla. De su padre se acordaba sin rencor, puesto que él defendía, como ella, las ideas en las que creía. Lo que sucedía era que se hallaban en polos opuestos. A su manera no había ejercido toda la autoridad que le confería la ley como marido y padre. A las dos, a ella y a su madre, las había dejado hacer lo que deseaban, empezando por permitir que estudiase la carrera de Derecho. Hacía mucho tiempo que no sentía ganas de llorar, pero el recuerdo de los suyos trajo de nuevo las lágrimas. Necesitaba volver a ver a su madre. Estaba convencida de que si hablaba con ella terminaría entendiendo su lucha. A su manera la recordaba rebelde, aunque nunca se opusiera a los deseos de su marido. Era más convencional en la forma que en el fondo. En cuanto a Laura... Su querida e ingenua amiga. ¿Cómo estaría? ¿Seguiría escalando en su recién iniciada lucha o al desaparecer ella habría vuelto a su vida cómoda de tendera sin problemas? Su recuerdo estaba lleno de cariño, porque a pesar de la distancia ideológica que las separaban siempre había contado con su apoyo.

Lucie no dormía. De reojo observaba a Consuelo, que lloraba en silencio, más por la soledad pasada que por el temor a un presente de nuevo sola. Era cierto que estaba cansada porque el viaje había sido una pesadilla de dos días y tres trenes diferentes, durmiendo en las estaciones sobre bancos de madera incómodos y comiendo los bocadillos que llevaban, amén de algún café con leche. Al final no pudo más y se acercó a Consuelo. La abrazó y las lágrimas de su amiga resbalaron por su cuello.

—Qué te pasa, *ma chérie*. No llores, yo nunca te abandonaré. Serás tú la que me dejes por otra que esté a tu altura.

Consuelo la miró con ternura y se dejó llevar por el abrazo que obró el milagro de ahuyentar sus miedos a la soledad, su nostalgia por el pasado y el desconocimiento del futuro.

Laura conducía en silencio. Doña Leonor dormitaba a su lado cuando paró en Calatayud antes de acometer los dos puertos de montaña que restaban hasta Zaragoza, llenos de curvas y pendientes. Tardaron más de cuatro horas en

recorrer los escasos doscientos cincuenta kilómetros que las separaban de Madrid, frente a los casi seiscientos que faltaban hasta Perpiñán. Apenas eran las nueve de la mañana y ya estaban agotadas.

—¿Dónde estamos? —preguntó doña Leonor.

—He parado a comer algo. Nos esperan dos puertos y es mejor descansar un rato.

—Oye, Laura. Estoy pensando que deberías apearse el «doña Leonor» y el usted. Se supone que somos dos amigas viudas que viajan haciendo turismo y suena raro, ¿no crees?

A Laura le pareció bien.

—Lo intentaré, Leonor. Pero me va a costar. Para mí sigues siendo una persona de respeto. La madre de mi amiga. Si a mi propia madre le hablo de usted, no sé si se me escapará.

—No te estoy diciendo que me faltes al respeto. Solo pretendo normalizar nuestra aventura. Además, no soy tan mayor, solo tengo veinte años más que mi hija. —Sonrió—. Ventajas de ser madre tan joven.

—Consuelo no sabe la suerte que tiene con tenerla.

—¿En qué hemos quedado? Nada de ‘tenerla’. Tenerte, amiga Laura... ¡Tenerte!

—Lo intentaré, ya nada es lo que parece... Nuestra aventura no es normal, aunque nos tuteemos. Creo que somos unas locas, pero no es momento de dudas. Ya estamos embarcadas y no hay que flaquear. Anda, vamos a comer algo y tomar un buen café, que falta nos hace.

—Si quieres hacemos noche en Zaragoza y seguimos por la mañana temprano.

—No. Será mejor seguir al menos hasta Barcelona y de allí salir bien temprano o tardaremos una eternidad. Es mejor cruzar la frontera de día, que hay más afluencia. Así no llamaremos la atención.

Alrededor de las seis de la tarde entraban en Barcelona por la avenida del Generalísimo, que los catalanes llamaban la Diagonal. Leonor había planeado al detalle todo el viaje. Compró mapas y guías de las ciudades por las que pasarían, tomando notas en una libreta ordenada por ciudades, de los sitios que pudieran necesitar; entre ellos, el hotel Presidente, que apenas hacía un año que estaba abierto, porque le pareció un lugar digno de conocer. Nunca había viajado en coche con Laureano. Sus vacaciones se habían limitado a ir a una playa del sur quince días, en una residencia militar de Cádiz, donde se reunía con otros militares conocidos y ella, sin elegirlo, con sus esposas. Al igual que Laura, se

iba dando cuenta hasta qué punto nunca pudo elegir su destino. Se lo encontraba y trataba de sacarle partido. Ahora reconocía lo mal que le caían algunas de las mujeres con las que tuvo que compartir tardes, comidas, playa y ocio, soportando opiniones sobre la educación de los hijos o el matrimonio, que en absoluto era de su agrado, pero se guardaba mucho de decirlo.

En ese momento llevaba abierto sobre sus piernas el mapa de Barcelona.

—Sigue recto. Cuando veas a la izquierda un hotel que hace esquina con una calle que se llama Muntaner, paras. De momento, sigue —apremió—. Yo te aviso.

El tráfico era más fluido que el de Madrid y la circulación menos caótica, debido tal vez al trazado de las calles. Leonor no perdía detalle reconociendo algunas fotografías que había visto en libros de la biblioteca. Laura conducía concentrada en el tráfico esperando instrucciones de su copiloto.

—Cuando pases esa plaza que nos encontramos ahora, ve despacio porque falta poco.

»¡Aquí, aquí! Tuerce a la izquierda y para en la puerta. Ya nos lo aparcará el portero.

No se equivocaba. Antes de que el freno de mano estuviera echado, un portero con librea abría la puerta de doña Leonor, que, ufana, se dejaba ayudar con una sonrisa esplendorosa, tendiendo la mano con una propina de forma discreta.

Laura descendió sin ayuda y, siguiendo las instrucciones de su inusual amiga, dio las llaves al portero y se dispuso a subir con el bolso de mano como único equipaje.

No tenían reserva, pero sí habitación. Leonor la eligió individuales. Ella necesitaba su espacio, intimidad para su timidez. A su edad no le gustaba mostrar un cuerpo que en su día fue terso, plegado sobre sí mismo en muchas zonas por los kilos añadidos al paso de los años.

El día 1 de mayo, fecha emblemática para los trabajadores, amanecía soleado en casi toda Europa, pero el sol no calentaba igual en Barcelona que en París. Al menos para Consuelo no calentaba lo suficiente. Como una autómatas se uniría a las protestas de los trabajadores, esta vez, aunque fuese en francés, bajo una pancarta feminista. Era muy duro para ella no estar en España y no poder hacer nada por las mujeres españolas, porque la protesta internacional no calaba en regímenes como el de Franco.

Marie le había sugerido volver a España porque, con la pequeña diferencia que le había quedado en la nariz, si se ponía unas gafas, se teñía el pelo y con un pasaporte francés, no tendría ningún problema. Sin embargo, le desaconsejó establecer contacto con su madre o con Laura. La desconfianza de Marie llegaba a tal punto que pensaba en ambas como personas vigiladas por si Consuelo establecía contacto con ellas. Estaba en lo cierto. Ambas tenían intervenidos la correspondencia y el teléfono, pero eso ellas lo sabían y habían tomado precauciones, hablando solo de sus planes cuando podían reunirse o en los días que recorrían kilómetros para rodar el coche.

Aceptó. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ya buscaría ella la manera de verlas. Le bastaría con ir a la tienda haciéndose pasar por clienta y entregar a Laura un «pedido» para casa. Lucie no se lo tomó bien. A ella no se le había perdido nada en España, que por lo que decía todo el mundo era un país opresivo con mentalidad retrógrada. Para colmo, no sabía el idioma y no podía ir a expensas de Consuelo.

—Te lo llevo diciendo desde que nos conocemos. Yo te enseño español, pero a ti, todo lo que suene a estudio, te produce urticaria.

—¡A mí no me grites! —Consuelo había subido la voz al hablarle.

—No te estoy gritando, es que no puedes decirme que no quieres venirte conmigo a Madrid. Yo tampoco tengo ganas de ir, pero la lucha no puede parar porque tú y yo seamos pareja.

—Te estás comportando como un hombre que le exige a su mujercita seguirle adonde él vaya. Empieza por cambiar tú y luego cambias el mundo.

Consuelo encajó el golpe y se quedó en silencio. Unos minutos después, sin que Lucie hubiera dicho nada, comenzó a hablar.

—Está bien. Tienes razón. Me iré sola. Yo había pensado que, al no tener trabajo, te daría lo mismo estar aquí que en España, pero estoy de acuerdo con lo que dices. Me iré sola e intentaré volver lo antes posible.

—Pero tú no te puedes ir y dejarme aquí colgada. No tengo trabajo ni dinero. A mí no me ayudarán tus amigas feministas, de eso puedes estar segura.

—No tienes derecho a hablar así. Yo te dejaré dinero suficiente hasta que vuelva. No estaré fuera más de quince días. Tampoco puedo hacer grandes cosas en Madrid siendo extranjera. Solo necesito hablar con las mujeres del partido que están en el Movimiento para ver qué están haciendo ellas. Desde aquí hemos iniciado una campaña para captar mujeres en las universidades, en las asociaciones de vecinos y en todos los sitios que podamos. Lo que les va a sentar muy mal es que no sea desde el seno del partido, sino como mujeres

independientes.

—Mira, Juliette. A mí todo eso me parece muy bien, pero yo no pinto nada.

—Te equivocas. Serías mi coartada perfecta. Las dos juntas somos un par de turistas que se mueven de aquí para allá. Yo sola, deambulando por algunas zonas que siempre están vigiladas, levantaría más sospechas.

La cara de Lucie se transformó.

—¿De verdad crees que puedo serte útil?

—Naturalmente, cariño —dijo Consuelo estrechándola entre sus brazos—. ¿Así que era eso? Ven aquí, pequeña. Nunca me estorbas, ¡óyelo bien! Nunca. Y si el feminismo me alejase de ti, yo me alejaría de él.

Lucie volvió a sonreír.

—¿Cuándo nos vamos?

—Mañana, si te parece. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Leonor y Laura no madrugaron, pero al salir del hotel se dieron cuenta de que una inmensa masa de personas ocupaba toda la Diagonal. En la recepción del hotel les aconsejaron esperar a que finalizase la manifestación y se restableciera el tráfico. No tuvieron inconveniente en dejarlas ocupar de nuevo sus habitaciones hasta que todo hubiera pasado. Desde la de Laura, en un tercer piso, divisaban toda la avenida. La calle era un hervidero de personas que portaban banderas del Partido Comunista, pero con unas siglas diferentes. Se veían también banderas anarquistas, de los sindicatos y algunos partidos minoritarios recién escindidos del comunismo, que no estaban de acuerdo con abandonar la lucha callejera. Otras, de agrupaciones de artesanos, sindicatos y público tras ellos gritaban consignas y reclamaban libertad y amnistía. Algunos grupos coreaban lemas en catalán pidiendo la independencia.

La policía intentaba disolverlos y los manifestantes huían por las calles perpendiculares. Los uniformados arremetían con porras y tiraban balas de goma, embistiendo con los coches por donde circulaba la gente. Poco más tarde, apenas media hora, todo había pasado. Pancartas pisoteadas en el suelo eran todo lo que quedaba de aquella gente, aunque alguno de ellos no dormiría en su casa, sino en los calabozos de la Vía Layetana, donde estaba la jefatura de policía.

Consiguieron abandonar el hotel sobre las doce. Era sencillo salir de allí. Lo único que debían hacer era recorrer la avenida hasta el final y seguir las señales que indicasen Gerona-Costa Brava. Apenas había tráfico, pero a medida

que se adentraban en la costa fue aumentando. A su derecha veían el mar y numerosas calas que invitaban a parar. No lo hicieron. Tenían por delante unos doscientos kilómetros y solo pararían en Gerona, que estaba a la mitad del camino, para reponer fuerzas y seguir el viaje. Alrededor de las cinco pasaban la frontera de Perpiñán saludadas por la policía con una cordialidad que sorprendió a Laura. La viuda de un comandante siempre era respetada por la policía y Leonor se encargaba de recordarlo cuando hacía falta. La parte francesa ni siquiera les pidió documentación.

Acordaron elegir un hotel céntrico, pero no lujoso. Necesitaban pasar desapercibidas.

—Se acabaron las vacaciones, Laura.

—Tenemos que hacer cuentas. No puede ser que corras tú con todos los gastos.

—Por el amor de Dios, Laura. No seas chiquilla. Este viaje es para buscar a mi hija, pero eso no quita para que no pueda ser agradable, y llegar aquí con algo de felicidad acumulada no es ninguna tontería. Nos saldrán mejor las cosas si viajamos con este espíritu que angustiadas por lo que venimos a hacer. No quiero volver a oírte nada más al respecto. Los gastos son cosa mía y así te lo dije antes de salir.

—Pero...

—No me repliques. Ya te darás cuenta de que no me gusta lo mediocre y siempre que me dejan hago las cosas a lo grande. Bastante me ha cortado las alas Laureano, con eso de que el dinero era mío y teníamos que vivir con su sueldo. Ahora soy libre.

Laura comenzó a guardar su ropa sin decir nada. No hacía falta. Miraba a la madre de su amiga con admiración y respeto. ¡Qué diferente reacción la suya cuando se quedó viuda! Ella pensaba que sin Felipe se moriría, y no fue hasta pasado casi un año que comenzó a saborear la libertad que acompaña a la soledad. Sin embargo, a Leonor parecía que le hubieran soltado un dique de contención que aprisionaba su personalidad. ¡Qué contenta estaría Consuelo con su cambio! Probablemente Leonor ya no amaba a su marido, pero ella sí, y todavía echaba de menos a Felipe.

De repente se dio cuenta de que Consuelo no sabría que su padre había muerto. ¿Le afectaría? Discrepaban, pero al final le salvó la vida y le devolvió la libertad. Estaba segura de que sentiría no haberle podido dar las gracias. Sin embargo, primero necesitaba encontrarla. ¿Por dónde empezar? Lo mejor sería contactar con las personas que podían dar señales de su paradero. Llevaba dos

nombres. Si ellos no sabían nada o no conseguían encontrarlos, todo estaba perdido. Tal vez había sido una locura emprender este viaje, aunque, pensándolo bien, a Leonor —sonrió; todavía le costaba trabajo suprimir el «doña» y hacía esfuerzos por usar el tuteo—, no había quien la parase y se hubiera ido sola. Esperarían a la mañana siguiente.

—Arréglate, que nos vamos a dar una vuelta —oyó decir a Leonor.

—Yo había pensado empezar mañana.

—Bueno, pues empezamos mañana, pero no vamos a quedarnos aquí metidas con el buen tiempo que hace. Vamos a picar algo y nos tomamos un refresco, al tiempo que vemos un poco todo esto para saber qué podemos esperar.

Asintió. Tenía razón. A pesar de ser mucho mayor que ella, la madre de Consuelo había viajado en su juventud. El negocio de joyas de su padre se extendía a toda Europa y con frecuencia, iba la familia entera durante una semana con él a distintos lugares. Conocía Bruselas, Ámsterdam, Berlín... En París también había estado, pero le contó que apenas lo recordaba porque era muy pequeña. A veces los complejos pedían paso a Laura, pero no ahora. Ahora abría bien los ojos y escuchaba a todo el que había vivido la madre de su amiga, aunque tuviera que aprender de experiencia ajena.

Dieron una vuelta paseando por las murallas y los márgenes del río Tet, que atraviesa la ciudad y la divide en dos partes. Se quedaron extasiadas ante los macizos de flores que poblaban de color el paisaje; decidieron seguir haciendo turismo y visitar la catedral gótica del siglo XIV, según rezaba una inscripción de la fachada. De repente, Laura recordó que uno de los contactos, que se llamaba Miquel y era catalán, trabajaba en un bar cercano y quizá con suerte darían con él. Se lo dijo a Leonor.

—¡Pero, hija mía! ¿En qué estás pensando? Ahora date prisa, que a lo mejor hoy mismo sabemos dónde está Consuelo. ¡Vamos!

Leonor caminaba deprisa como si se dirigiera a la cita más importante de su vida. Laura la seguía indecisa. ¿Cómo reconocería a Miquel?

—Frontiere, me has dicho que se llama el bar, ¿no? —habló mientras caminaba mirando de un lado a otro de la calle—. Allí está. Vamos, date prisa.

—No se te ocurra preguntar a bocajarro nada más entrar. El contacto déjame a mí, te lo ruego.

Leonor expulsó el aire que todavía retenían sus pulmones y fue como si se desinflase toda ella.

—Tienes razón, Laura. Desde que me han quitado las bridas parezco una

yegua desbocada.

—No digas eso, mujer. Comprendo tu ansiedad, pero tenemos que ir con cuidado. Esta gente es muy desconfiada, y con razón.

Ocuparon una mesa cerca de la ventana. Consuelo le había dicho que elegir mesas escondidas levantaba sospechas, que «cuanto más a la vista, menos te miran». Leonor seguía ahora a Laura, que había recobrado su recién adquirido aplomo.

—Pedimos algo de cenar si te parece. Son más de las ocho y no llamará la atención.

—La verdad es que no tengo mucha hambre. La mariscada que nos hemos metido en Gerona me ha dejado saciada para un mes. Con una ensalada y una tortilla francesa me conformo.

—Estoy contigo. Yo pediré lo mismo.

No fue hasta los postres que Laura preguntó al camarero que las servía si conocía a Miquel. Con toda naturalidad él respondió que ya no trabajaba allí, que hacía unos meses que se había marchado. No sabía su paradero, lo sentía. Fue todo lo que pudieron obtener de su primer contacto, el más fácil de establecer.

La desilusión caminó con ellas hasta el hotel. Abrieron la puerta en silencio y, cuando Leonor hizo amago de despedida, Laura le pidió que entrase un momento para planear qué hacer.

Lucie ya se había hecho a la idea de viajar a Madrid e incluso le hacía ilusión, pero no pudieron salir tan pronto como Consuelo deseaba porque no tenía pasaporte. Faltaban todavía dos días para que se lo entregasen, cuando Marie se puso en contacto con ellas.

—¿Habéis sacado los billetes para España?

—No —respondió Consuelo—. ¿Por qué?

—Porque tenemos que ir a Londres. Han asesinado a una feminista y vamos a ir representantes de toda Europa. No me da tiempo a convocar a ninguna española por el control que ejerce la Policía de España, así que... Te ha tocado, Consuelo.

—No me llames así bajo ningún concepto. Soy Juliette.

—Perdona, sí. Es que estoy muy nerviosa.

—Por otra parte, una cosa es trabajar para el movimiento feminista y otra muy diferente costearlo. Yo no tengo dinero para viajes de avión, estancia y

además en Londres, que es muy caro.

—Nuestra asociación se puede hacer cargo de los billetes. Lo demás lo gastarías igual. Porque comer, comes, estés donde estés.

—Está bien. Déjame que lo hable con Lucie y te lo confirmo. Te llamo luego —colgó.

—¿Qué sucede, Consuelo?

—Nada, que me ha llamado Marie, que si podemos ir a Londres en vez de a Madrid. La única representante española que tiene a mano soy yo.

—Ya. Solo que tú ya no eres española, sino francesa. ¿Lo has olvidado?

—Es verdad, lo había olvidado. Ni siquiera he pensado en ello. Ahora llamó a Marie para comentárselo.

En Perpiñán el ánimo estaba decaído. Ahora era Laura la que debía tomar las riendas. El segundo enlace era un transportista que había dejado como contacto a una farmacéutica. No estaba tan cerca como el anterior y eligieron el coche para ir, porque al ser un barrio apartado, según comprobaron en el mapa, tenían miedo de no encontrar taxi para regresar.

Leonor se había levantado con un fuerte catarro. Tenía mala cara y su voz sonaba hueca.

—Espero que tengamos suerte, porque no sé qué vamos a hacer si este tampoco está.

—No te desanimes, mujer. Ya verás como al final conseguimos dar con ella.

La farmacéutica las miró extrañada. Las personas que preguntaban por Ramón no tenían el aspecto que presentaban las dos mujeres que veía ante ella. Aunque eso no era asunto suyo, porque ni siquiera estaba Ramón.

—Está de viaje. Ha ido a Burdeos a recoger unos vinos. Los proveedores a veces tardan mucho. Lástima, porque ha salido hoy mismo de madrugada. Al menos estará fuera una semana. Si lo desean pueden dejarme un recado y yo se lo daré cuando vuelva.

—Déjelo. Nosotras volveremos dentro de una semana. Muchas gracias —respondió Laura.

Leonor estaba congestionada. Aprovechó la estancia en la farmacia para comprar algo para su malestar.

La farmacéutica le aconsejó visitar a un médico porque le pareció que tenía fiebre.

—Pueden ir al hospital o acudir a una consulta privada. En el centro del pueblo tienen un médico muy bueno. Se llama Mathias Fischer. Tenga.

Le tendió un papel con la dirección anotada.

Dieron las gracias a la farmacéutica y abandonaron el lugar.

—¡Lo que faltaba! Ahora me pongo enferma. Nos está saliendo todo fatal, Laura.

—Ten calma, Leonor. Vamos a buscar un médico. Ya verás como en unos días estás bien. De todas formas, tenemos que esperar a que regrese nuestro contacto.

A la farmacéutica le faltó tiempo para llamar a Mathias.

—Te he mandado a dos señoras que preguntaban por Ramón. Me da la sensación de que buscan algo o a alguien, porque estaban muy angustiadas. No les he dicho nada sobre ti, pero como una de ellas venía con un fuerte catarro, te las he mandado. Intenta sonsacarles algo. Son españolas, pero no tienen aspecto de ser comunistas. La mayor llevaba una sortija con un pedrusco de impresión.

—Estás un poco anticuada, amiga. Eso no quiere decir nada. No te preocupes, indagaré.

La consulta estaba llena, pero Mathias, avisado por la farmacéutica, advirtió a la enfermera de que les diese hora para las dos de la tarde, que ya no quedaría nadie porque la última visita estaba citada a la una y media. La secretaria terminaba a esa misma hora y él prefería estar a solas con la extraña visita.

Se marcharon al hotel. Leonor, cada vez más congestionada se tumbó sobre la cama y no tardó en dormirse. Laura, sumergida en sus pensamientos, añoraba como nunca a Consuelo. Tuvo que despertar a la madre de su amiga para volver a salir hacia la consulta.

—¡Vaya catarro que ha cogido, señora! —fue el recibimiento del doctor.

—Perdone, ella no habla francés.

Tradujo las palabras de Mathias y después hizo lo propio con las de Leonor.

—Pues sí. Ya ve usted. Llegamos ayer y mire qué vacaciones voy a pasar.

Laura iba traduciendo.

—¿Están de vacaciones? ¿De dónde son?

—De Madrid —respondió escueta Laura.

Mathias se dio cuenta de la tirantez de Laura y se centró en examinar a la paciente.

—Tiene bronquitis. Será mejor que guarde cama unos días. Le recetaré

unas inyecciones de antibiótico y pronto se encontrará mejor. Que tome también estas pastillas si le sube la fiebre.

Les tendió la receta.

Se disponían a marchar, pero el doctor no se quedaba satisfecho con la poca información que obtuvo de las visitantes. Insistió a Laura, su interlocutora en francés.

—No se lo tome a mal, señora, pero me ha llamado la farmacéutica diciéndome que preguntan por Ramón y...

—¡Vaya! No pensaba yo que éramos tan importantes —quiso disimular Laura.

—Por Ramón no pregunta alguien que no necesite un favor. A lo mejor yo puedo hacérselo. No teman. Ramón y yo somos amigos y lo que él pueda hacer por ustedes, a lo mejor puedo hacerlo yo.

Leonor miraba la escena sin comprender, puesto que no entendía lo que hablaban.

—¿Qué pasa, Laura?

—Nada, no te preocupes. El doctor me recomendaba lugares para visitar.

—¡No me mientas! He oído la palabra «Ramón» y eso sí lo entiendo.

—El doctor me ha preguntado que para qué queríamos ver a Ramón. Dice que él a lo mejor nos puede ayudar.

—Pues habla con él, Laura. Nada tenemos que perder. No estamos en España.

—Pero si habla con la Policía, Consuelo es una prófuga, no lo olvides.

—¿Y qué? No sabemos nada de ella. Tampoco importa demasiado que se enteren de que su madre la está buscando. Digo yo.

Laura pensó que Leonor llevaba razón. ¿Y si ese doctor sabía algo?

Mathias las miraba imaginando la discusión y guardaba un respetuoso silencio. Ya se habían puesto de pie, pero Leonor volvió a sentarse.

—Traduce lo que te diga, Laura.

Ella dudó, pero al final decidió seguir las indicaciones de Leonor.

—Está bien. ¿Qué quieres que le diga?

—Que si sabe algo de una chica a la que perdieron la pista aquí. Dale su nombre.

—Doctor, tiene usted razón. Estamos buscando a la hija de mi amiga. Se llama Consuelo Martínez.

—Los nombres no valen nada. Se cambian cuando es necesario. ¿No tienen ustedes una foto?

—Leonor, dice el doctor que si tenemos una foto —tradujo.

Leonor rebuscó en su bolso y sacó un monedero enorme con sitio para fotografías. De él extrajo una foto de Consuelo. No era muy antigua, apenas seis años habían pasado desde que se la hizo para el pasaporte, que regalaban una un poco mayor y su hija se la dio.

—Tenga. —Tendió la foto al médico.

Él la miró con detenimiento al tiempo que movía afirmativamente la cabeza. Leonor dio un salto en la silla y Laura creyó que el corazón se le salía por la boca.

—¿La conoce usted?

—Me parece que sí. Se parece mucho a una chica de Zaragoza que se llamaba Pilar, pero, como tenía la nariz rota, a lo mejor por eso me despisto.

Capítulo 21

Marie intentaba convencer a Consuelo de la necesidad de que España estuviera presente. Cuando le habló de su actual identidad como francesa, no quiso escucharla.

—Pero hablas español. Eso bastará. Dices que te envía la representante española. Puedes dar el nombre que te parezca, nadie pide documentación. Es un encierro en una universidad.

—¿Era estudiante de alguna de sus facultades?

—Sí. Estudiaba algo equivalente a Sociología en España.

—Hace tantos años que falto de España, que apenas recuerdo nada de ella, pero Londres es otro mundo y los estudiantes son los que han organizado el encierro. Ella era feminista y es importante estar presentes. Pero si vienen los *bobbies* y me muelen a palos no tendría ninguna gracia. No van armados, pero mira lo que le ha pasado a la inglesa. Un golpe mal dado con la porra esa que llevan te manda al otro barrio.

—Pero Con... Perdona. Juliette. Basta con que exhibas una pancarta que diga «España está contigo, compañera». En realidad, el verdadero objetivo de este encierro es dar visibilidad internacional al Movimiento de Liberación de la Mujer y que no se diluya entre los demás. Quiero decir, los movimientos pacifistas, los que luchan por los derechos sociales.

Consuelo la interrumpió.

—Pero esa es también nuestra lucha. La justicia social y la paz no están reñidas con el feminismo.

—Yo no he dicho eso, pero son luchas distintas. Todos esos movimientos están dirigidos por hombres que no contemplan nuestros derechos. En cambio, nosotras sí contemplamos los suyos. Es hora de separar nuestra lucha y trabajar para conseguir la igualdad, algo que estamos muy lejos de tener.

—Lo siento, Marie, pero mi situación es muy incierta. Mi documentación es falsa y no sé si en la frontera me crearía problemas.

—Los mismos que si vas a España. Yo diría que menos, porque Inglaterra no es una dictadura. Si no los has tenido hasta el momento, ¿por qué habrías de tenerlos ahora?

Consuelo aceptó. En el fondo le dolía la idea de viajar a España y no poder ir a casa de sus padres. Sobre todo, no poder agradecer a su padre lo que había hecho por ella a pesar de no estar de acuerdo con su ideología, pero en el fondo reconocía que estaba ansiosa por volver. Pensó en ellos y no pudo evitar sentir una profunda pena al darse cuenta de que pasarían muchos años antes de poder verlos.

Lucie se entusiasmó con el viaje. España no le gustaba por lo que le había contado Consuelo. Un país en el que la mujer era considerada como una ciudadana de segunda, al mismo nivel que un niño, suponía, como le había dicho su amiga, tener que cambiar incluso la forma de vestir, porque un pantalón corto podía ser un problema y ella no estaba dispuesta a esconder su forma de ser ni de vestir.

Consuelo comprendió sus razones y se alegró de que la nueva propuesta de Marie contase con su aprobación, aunque no dejó de pensar en los recortes de libertad que suponía la vida en pareja. Creyó que con una mujer las cosas serían diferentes, pero no. Sí que lo eran en el sentido de la igualdad dentro de casa: no había roles. Sin embargo, a la hora de ir y venir, tomar decisiones o adquirir compromisos dentro de la militancia, todo era lo mismo.

Laura escuchaba las palabras de Mathias con lágrimas en los ojos y Leonor hacía rato que lloraba con amargura.

—Al final la acompañé a Carcassonne después de conseguirle identidad francesa. Viaja con el nombre de Juliette Leblanc, que es tanto como llamarse Carmen Pérez en España. Hay miles. Al menos eso me dijo el compañero que me facilitó la *carte d'identité*.

—Y tenía razón, al menos en lo de «Carmen Pérez» —respondió Laura—. Entonces, ¿qué hacemos? —dijo mirando a Leonor—. ¿Nos vamos a Carcassonne?

—No es mala idea —opinó Mathias—. Aquello es más pequeño y alguien podrá daros razón. Yo preguntaría en la hostelería, porque no creo que haya encontrado trabajo en otra cosa.

—Pues no perdamos tiempo.

—Con calma, Leonor. Primero tienes que curarte la bronquitis y luego ya veremos qué hacer. Así no puedes viajar —aconsejó Laura.

—Su amiga tiene razón. Deberá guardar cama al menos tres días. Cuando la fiebre remita vuelve usted por aquí y vemos cómo va todo.

No fueron tres días, sino una semana el tiempo que permanecieron en Perpiñán. El día 11 de mayo, ambas emprendían viaje con una luz de esperanza, pero también con infinita tristeza por lo que había sufrido Consuelo.

—Mi pobre hija. —Leonor no paraba de llorar—. Y todo por defender a los perseguidos. Mira lo que te digo, Laura, en el fondo le está bien empleado. ¡Qué necesidad tenía ella de meterse en camisa de once varas!

—Era el momento. Yo no me había planteado nunca que hoy estaría inmersa en la misma lucha que tu hija, pero ahora la sociedad está cambiando. Contamos con el apoyo de los estudiantes, los obreros, las asociaciones de vecinos y una buena parte de la Iglesia. No podemos permanecer al margen.

—Solo me faltaba que te pasase algo a ti también.

—Tranquila, que yo no tengo la importancia que Consuelo. Estoy camuflada en la Acción Católica y ahí no se meten.

—Dios te oiga, hija. ¡Dios te oiga!

15 de mayo. Festividad de San Isidro en Madrid, día laborable en el resto de Europa, Consuelo llegaba a Londres acompañada de una Lucie radiante y feliz por conocer una ciudad que siempre le había atraído. Por el contrario, su amiga, con la preocupación de ser descubierta, no disfrutó del viaje, aunque se tranquilizó cuando pasaron la frontera. A las seis de la tarde llamaron a Evelyn, que hacía tiempo se había unido al movimiento. Consuelo pidió su teléfono a Marie porque había desaparecido junto a otros papeles de interés para ella, cuando la raptaron en Perpiñán. Por suerte, Evelyn hablaba algo de francés y Lucie pudo participar en la conversación.

Consuelo intentaba ponerse al día leyendo la prensa. Faltaba de España hacía mucho tiempo y en Carcassonne no se había preocupado. Ahora se arrepentía de haberse entregado por entero a su recién estrenado amor. Un sentimiento que, por desconocido, la absorbió. Los periódicos españoles publicaban con cuentagotas las revueltas callejeras, así como el cierre de algunas facultades. La francesa sí se hacía eco de cómo la sociedad española se rebelaba contra la dictadura, ofreciendo datos, pero ningún nombre, excepto de los detenidos, que Consuelo leía con fruición por si reconocía a alguno de ellos. En

efecto, vio caer a muchos compañeros del partido, encarcelados por «alterar el orden público», por reunión ilegal o acusados de portar propaganda clandestina, que en muchas ocasiones «plantaba» la policía. Cuando llegaba a ese punto se encendía y despotricaba observada por Lucie, que no entendía nada. En ese momento disfrutaba de la prensa inglesa mientras tomaban un té en un bar cercano a la estación de tren que las condujo desde el aeropuerto al centro de Londres. Hacían tiempo para la cena y descansaban de una dura jornada antes de unirse al encierro.

A muchos kilómetros de distancia, Laura leía periódicos franceses sentada junto a Leonor, que a ratos se encontraba mejor, pero otros se sumía en un duermevela que no cedía hasta que le aplicaba el tratamiento que Mathias le había prescrito para bajar la fiebre y compresas frías en la frente. Pronto saldría a cenar a uno de los bares cercanos. De día le gustaba pasear por las calles, pero durante la noche le caía encima la soledad y regresaba al hotel sin entretenerse. Era la primera vez que viajaba fuera de Madrid o su provincia, excepto el viaje de novios que ya no recordaba y el de París, que apenas disfrutó. Pensaba en Consuelo y la indignación por lo que le había sucedido incrementaba un odio por el franquismo que jamás había sentido. ¡Qué engañada estaba! Y ahora que lo había sufrido en sus propias carnes comprendía muchas cosas. Ni siquiera la paliza que recibió le dolía tanto como la tortura de su amiga.

Le venía a la memoria aquellos domingos en los que su padre oía los partidos retransmitidos por la radio, al tiempo que hojeaba la prensa que, en su caso, se reducía al *ABC* y el *Diario Arriba*. De vez en cuando alguna noticia despertaba su indignación y le oía exclamar que «los rojos de mierda terminarían cargándose la paz que el Caudillo había conseguido». ¿Cómo iba ella a cuestionar lo que decía su padre? Por lo demás, él era una persona honesta que trataba a su madre con cariño y a ella se lo consentía todo. Lo quería; lo que quedaba de su infancia al terminar la guerra había sido feliz, porque las limitaciones para su educación las consideraba normales. Ciertamente que no la dejó estudiar idiomas, su gran pasión, ni leer ningún libro que él no hubiera elegido para ella, en los que no faltaba *La perfecta casada*, o cualquier otro en el que la mujer se limitase a ser el complemento perfecto para un marido.

Sin embargo, recordaba de dónde venía su afición por conocer idiomas. Fue en el colegio, un día que una de sus amigas que veraneaba en San Sebastián compró una revista de modas francesa en Biarritz, que incluía un patrón para hacer un vestido. A su madre le gustaba coser y cuando le pidió que le hiciera uno igual, no pudo ser, porque no podía leer las instrucciones en francés. En el

colegio había sacado muy buenas notas y la profesora la había felicitado por su facilidad para los idiomas. Sus padres ignoraron sus ruegos, pero su marido le permitió cumplir su sueño. Lo que entonces la acercó a Felipe, ahora le hacía pensar que, si a él le hubiera parecido mal, hoy no estaría allí, porque el idioma hubiera supuesto una barrera. Se daba cuenta de que Felipe era la excepción de los hombres del franquismo, claro que él no lo era, pero tampoco de izquierda. Decía que eso de la política no iba con su forma de ser, que lo único que había que hacer era ser buena persona.

Fueron pasando los días aburridos y monótonos. No obstante, Leonor se encontraba bien. Ya podían emprender de nuevo su viaje. Salieron temprano. Leonor, cariacontecida por la suerte que hubiera podido correr su hija, aunque más tranquila al saberla viva.

—Hoy son las fiestas de Madrid. A Laureano le gustaban mucho y siempre íbamos a La Pradera. A mí me encantaba la zarzaparrilla y nos sentábamos en alguno de los puestos que ponían mesas con sillas.

—A Felipe también le gustaban. Yo no he vuelto a ir desde que él falta.

El en silencio podían intuirse los pensamientos de ambas recordando a sus maridos fallecidos. Leonor, con esa mezcla de alegría y pena que marcaba una línea con el hombre que conoció y el que regresó de la Guerra. Laura, con el dolor desgastado por el tiempo y la añoranza presente en cada acontecimiento que antes había vivido con Felipe.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó al fin Leonor.

—Un par de horas como mucho. Estamos a ciento y pico kilómetros solo. Dependerá de cómo estén las carreteras y del tráfico que haya.

Todavía no eran las diez cuando divisaron la villa a lo lejos.

—¿Cómo vamos a buscarla? —Leonor estaba impaciente.

—Esta ciudad no puede ser muy grande. Preguntaremos en bares y hoteles como nos ha sugerido Mathias. Descuida, Leonor. Daremos con ella.

—Si no fuera por lo que es lo pasaríamos bien; esto es precioso. ¿Has visto qué paisajes?

—Tienes razón. Antes lo estaba pensando.

Eligieron hotel dentro del recinto amurallado. Comían en uno de los restaurantes próximos y Leonor, presa de impaciencia, rogó a Laura que preguntase al camarero por su hija enseñando la foto. «No, señora, nunca he visto a esta mujer».

Cuatro días más tarde, cansadas de oír la misma respuesta, Laura decidió que llamaría a Marie por si en el tiempo transcurrido desde que hablaron tenía

alguna noticia. Hicieron la llamada desde la habitación del hotel. Leonor, ansiosa por saber lo que decían apremiaba a Laura porque, a tenor de la cara que ponía, las noticias no eran las que esperaban.

—Estamos perdiendo el tiempo, Leonor. Consuelo está en Londres.

—¿En Londres? ¡Entonces está bien! ¿Pero qué demonios se le ha perdido a mi hija allí?

—Marie me ha dicho que han matado a una manifestante feminista y se ha unido a un encierro que celebran en la universidad donde estudiaba.

—¿Y qué hacemos ahora, Laura?

—Lo único que podemos hacer es ir a París. Marie me ha dicho que permanecerá en Londres al menos una semana y ya han pasado varios días desde que se marchó. La esperamos allí y con suerte en unos días nos encontramos con ella.

—¿Pero está bien? ¿Le has preguntado cómo está mi hija?

—Sí, sí. Está bien, no te preocupes. Si no lo estuviera no habría viajado. Tranquilízate, por favor. Estamos muy cerca de verla. Le he dicho a Marie que la llamaremos todos los días y que no le diga a Consuelo que la estamos buscando porque quieres darle una sorpresa. Me ha dicho que no nos preocupemos, que le digamos el hotel en el que nos hospedamos y ella preparará el encuentro.

De nuevo la carretera recogía sus confidencias. Esta vez con mejor ánimo al tener noticias de Consuelo y saberla bien.

—Si quieres que te diga la verdad, lo que más me preocupa de mi hija es que está desperdiciando su vida con tanta política.

—No digas eso. Gracias a ella y a muchas personas algo está cambiando en España.

—¿Y qué? Por mucha revuelta que haya hasta que no se muera Franco no cambiará nada.

—Yo pensaba que eras franquista.

—¿Quién, yo? Ni soñarlo. Mi marido sí, claro, pero mi familia era monárquica de toda la vida, lo que pasa es que yo nunca he dicho nada porque no me compensaba discutir con Laureano por esas cosas. Total, ¿de qué me hubiera servido?

—Consuelo no sabía nada, me imagino.

—Bueno, Consuelo nunca se ha mantenido al margen de nada, pero de eso hace mucho tiempo y ya no tengo más familia que mi hija.

Casi nueve horas más tarde y después de recorrer más de quinientos kilómetros, Laura sugirió hacer noche en Vierzon, una pequeña ciudad industrial

que encontraron en su recorrido.

—Primero llamamos a Marie. Si Consuelo ha llegado, no paramos.

—De acuerdo, pero te recuerdo que hablamos ayer con ella y no sabía nada, solo que estaba en Londres.

—Tal vez tienes razón, pero desde que sé que está próximo el día de verla, me come la impaciencia.

—Está bien. La llamaré si con eso te quedas más tranquila.

Marie no tenía nuevas noticias de Consuelo. Lo último que habló con ella dos días antes de tener noticias de Laura era que se había unido al encierro que protagonizaban las feministas en apoyo de la joven muerta a manos de la policía. Inglaterra no era España, donde la Policía tenía impunidad para matar, siempre que la víctima fuese «un rojo». El parlamento inglés, que presumía de pacifismo, ni siquiera permitía llevar armas a su Policía, investigaba las circunstancias que rodearon a la muerte de la manifestante. La universidad que las había acogido se convirtió en un foro de discusión. Las inglesas, que habían sido pioneras con el movimiento sufragista, se hallaban ahora inmersas en una sociedad que diluía la lucha feminista entre los movimientos surgidos en torno a los *hippies*, pacifistas que protestaban contra la guerra de Vietnam, estudiantes y obreros, que llenaban las calles pidiendo libertad e igualdad. Aunque el movimiento había nacido en los Estados Unidos, en Inglaterra no tardaron en adoptar su filosofía muchos jóvenes descontentos, vieron la ocasión de exteriorizar su rebeldía por la sociedad desigual en la que vivían, donde la distancia entre ricos y pobres se hacía cada vez más grande.

Empezaba a vislumbrarse un desencanto general en el seno del feminismo hacia los partidos de izquierdas, lo mismo que en el resto de Europa, porque las mujeres no se sentían representadas en sus reivindicaciones, entre la que despuntaba la lucha por la igualdad, como en España. Estos temas entroncaban con el control de la natalidad, reivindicación que ignoraban los partidos, así como el reparto de las tareas domésticas, o la igualdad de salarios, otra discriminación que continuaba vigente, por no decir las leyes que calificaban como delito el adulterio pero solo en la mujer, una reivindicación de la que los partidos se hacían eco cuando ellas la exigían, pero no era un tema prioritario. Juliette hablaba de todo ello con Evelyn ante la mirada de Lucie, que no se enteraba de nada y comenzaba a inquietarse porque sin darse cuenta empleaba el inglés.

—Será mejor que me vaya. Total, ni entiendo lo que habláis ni vuestra lucha, que es muy desigual, porque nadie contempla que el primer derecho del

ser humano, mujer y hombre, es tener un techo y comida.

Consuelo la miró con desaprobación.

—Lucie, no sabes lo que dices. En un mundo con igualdad para la mujer sería más fácil conseguir esos derechos universales. Tienes razón en lo que dices, pero mientras nosotras no estemos en los gobiernos, nada de eso será posible porque no somos dueñas de lo más importante: la economía y la legislación.

—Como quieras, pero yo me voy a dar una vuelta. Al menos conoceré la ciudad porque aquí no me estoy enterando de nada. Y no me refiero a lo que estáis haciendo, es que no me entero de lo que habláis. Sabes que no domino el inglés, pero eso a vosotras os da lo mismo.

Consuelo no sabía qué responder e intentaba traducirle el contenido de lo que hacía unos momentos hablaba con Evelyn, pero Lucie insistió en marcharse.

—Si te apetece dar una vuelta, hazlo, pero te advierto una cosa: tendrás los mismos problemas con el idioma en todos sitios. Espera.

Le tendió un papel en el que anotó la dirección de la universidad en la que se encontraban por si se perdía, que al menos pudiera regresar, además de unas cuantas libras. Evelyn guardó silencio, aunque su cara reflejaba desconcierto. Consuelo quiso aclarar la situación y defender a Lucie.

—Tal vez no debería haberte acompañado —sugirió Evelyn.

—Puede que tengas razón, pero es que está muy insegura desde que he retomado mi actividad feminista y tiene miedo de que la deje porque, según dice, no está a mi altura.

—Tampoco veo que tenga mucho interés, porque aquí hay mujeres francesas, italianas, americanas, españolas y de todo el mundo; ella no se interesa por nada. Vas a tener problemas en la relación si no cambia su actitud, Consuelo.

—Por favor. No vuelvas a llamarme así. Me llamo Juliette. No lo olvides. Nunca sabemos al lado de quién estamos.

—Tienes razón, perdona. Pero la advertencia es la misma. Creo que tu problema es que has descubierto en los brazos de Lucie que eres lesbiana. No confundas los sentimientos. La atracción nunca puede sustituir al amor. Para amar necesitas admirar a la persona, compartir determinadas creencias sobre la vida y, al menos, que no se ría de tus valores como lo hace tu pareja.

Capítulo 22

De nuevo en carretera hacia París. Laura echaba de menos su rutina en la tienda y, a su pesar, se acordaba de Juan. También su madre presidía sus recuerdos. ¿Por qué nunca hablaban de nada? Se veían poco y, cuando lo hacían, sus conversaciones giraban en torno a la tienda o se limitaba a criticar la nueva forma de vestir de su hija, que había cambiado de un modelo clásico de mujer con falda y peinado convencional, a usar pantalones, camisas en vez de blusas y jerséis a cambio de las chaquetas entalladas de antaño y una melena corta había sustituido al moño. «No se ha adaptado a los tiempos. En cambio doña Leonor... Es curioso, cuando pienso en ella no consigo apear el ‘doña’» —eran los pensamientos de Laura mientras conducía.

Por su parte, Leonor, no veía el momento de volver a abrazar a su hija. La alegría había sido inmensa cuando se enteraron del destino de Consuelo. Estaba viva, eso era lo más importante, aunque estuviese en Londres y no pudieran ir, al menos no ahora. Desde Perpiñán no tenían vuelo directo y, si no viajaban pronto a París, a lo mejor se iba sin haber podido abrazarla. Laura, por su parte, valoraba la idea de regresar a Madrid en cuanto la hubieran visto. El objetivo del viaje estaba cumplido y ella necesitaba retomar su vida. Sin embargo Leonor no. Ansiaba estrecharla entre sus brazos y que supiera que le ayudaría en todo lo que necesitase, especialmente en lo económico, pues estaba convencida de que su hija pasaba estrecheces.

Laura se sorprendió pensando en Juan. Reconocía que lo echaba de menos y en el deseo de volver a Madrid, él ocupaba un lugar importante en su añoranza. No quería engañarse. No era la tienda lo que añoraba, sino a él.

—Estaba pensado que si tarda en regresar, podríamos ir a Londres ¿Te vienes? —sugirió Leonor.

Laura sopesó la respuesta. Deseaba ver a Consuelo, pero una vez que sabía

que estaba bien, que había retomado su militancia y su vida, había desaparecido su angustia por ella. Al fin y al cabo, era lo que había elegido. Algún día cambiarían las cosas y podrían verse. No tenía sentido un nuevo viaje y abandonar por más tiempo su vida para verla.

—Bueno, ¿qué? ¿No vas a decir nada?

—Verás, Leonor. Ya sabemos que tu hija está bien y no tiene sentido seguir adelante con nuestra aventura.

—¿Que no tiene sentido? Será para ti. Yo me muero por abrazarla y que sepa que estoy aquí para lo que necesite. Que su padre ha muerto... ¿Que no tiene sentido, dices? ¡Ya lo creo que lo tiene!

—Pero, Leonor. Yo no puedo dejar mi negocio a la deriva. No sé qué me encontraré cuando regrese. Lo importante era dar con ella, saber que había logrado sobrevivir. Tu hija ha decidido vivir una vida que la ha conducido a la clandestinidad. Nuestra misión ha concluido, Leonor.

—No, Laura. La tuya es posible, pero a mí me necesita. ¿De qué crees que puede vivir si no ejerce la abogacía? ¿De camarera? ¿Limpiando? De ninguna manera voy a permitir que mi hija haga de sirvienta mientras yo pueda evitarlo. Si tú no me acompañas iré sola.

—¿Pero cómo te vas a ir sola a Londres sin saber hablar inglés? Es una locura.

—No necesito saber inglés. Me basta con tomar un avión, darle al taxista la dirección que nos ha facilitado Marie y ya está. Una locura sería dejar a mi hija a su suerte.

La conversación decayó inmersa cada una en sus pensamientos, pero esta vez con objetivos diferentes. Al fin, agotadas, llegaron a París. Marie no había hablado con Consuelo y nada nuevo podía decirles. Buscaron un hotel y Laura seguía en sus trece de volver a España, algo a lo que Leonor se oponía con todas sus fuerzas.

—Regresa tú si quieres. Estoy valorando la idea de viajar a Londres.

—No me seduce mucho conducir sola hasta España. ¿Por qué no nos vamos a Madrid y desde allí coges el vuelo a Londres?

—No te preocupes por el coche. Lo dejamos en el aparcamiento del hotel y cuando regrese Consuelo se lo dejo a ella, que lo necesitará más que yo.

—Por Dios, Leonor. Sé razonable. No puedo dejarte aquí sin saber francés y mucho menos permitir que vayas sola a Londres.

—Mira, Laura, Consuelo es mi hija y ya le he dado la espalda demasiado tiempo. No pienso volver a fallarle. Necesito verla y decirle que cuenta conmigo.

Lucie regresó poco tiempo después más enfadada de lo que se había marchado. Había comenzado a llover. Su pelo empapado y la ropa hecha un guiñapo acentuaron su descontento.

—Me voy a París, Juliette. No aguanto más aquí. Quédate tú si quieres. Yo necesito encontrar un trabajo y no creo que me cueste mucho allí. Compréndelo, yo no pinto nada aquí. Tampoco tardarás tanto. Nos veremos en unos días.

—Lucie, no tengo mucho dinero para darte y me preocupa que se te acabe antes de encontrar trabajo.

—Con menos salí de mi casa dejándolo todo. No sufras por mí, sé cuidarme.

Evelyn había salido a comprar algo para comer. Algunas mujeres que vivían en Londres se encargaban de proveer de víveres a los encerrados. También entre los universitarios se repartían esta tarea. El problema surgió cuando la policía se colocó en la puerta del recinto universitario impidiendo la entrada de todo el que salía. No pensaban obligarlos a abandonar el encierro, pero, si cortaban los suministros e impedían entrar a la gente con provisiones, tarde o temprano depondrían su actitud.

Marie les había proporcionado billete de ida y vuelta, por lo que Lucie solo tenía que cerrar la fecha de regreso. Se marchó dejando desolada a Consuelo, que ardía en deseos de salir de allí en pos de ella. Le extrañaba la tardanza de Evelyn, hasta que una de las personas con las que compartía el encierro le comunicó la noticia.

—Los *bobbies* han rodeado el edificio y están impidiendo la entrada de víveres. No sé cuánto tiempo podremos resistir. Lo malo es que casi no queda comida y tampoco podemos abandonar el salón de actos porque hay *bobbies* en el edificio.

—¿Y qué dice la prensa? —quiso saber Consuelo.

—Apenas nada. Ya veremos mañana cuando se enteren de que nos han aislado.

—No nos enteraremos.

—Creo que alguien tiene una radio pequeña. Lo sabremos.

Lucie llegó a París entrada la noche. No llamó a Marie porque se había dado cuenta de la animadversión que había despertado en ella al conocerla, algo que fue mutuo. Buscó un alojamiento barato en el barrio latino y comenzó su lucha por la supervivencia. En eso era una experta.

Laura estaba nerviosa. Para ella la misión había concluido, pero se resistía a dejar a Leonor sola, aunque ella insistía diciéndole que no le preocupaba, que estaría bien y todo compensaba con poder abrazar a su hija. Laura puso fin a su aventura, hizo caso a Leonor y partió rumbo a Madrid. La madre de Consuelo optó por quedarse allí y esperar a su hija. Lo único que logró Laura fue que declinase la idea de viajar a Londres, porque Marie le había asegurado que regresaría muy pronto.

Tras la marcha de Laura, Leonor paseaba sola por las calles de París. El barrio latino la atrajo como un imán. Parecía que se hallaba en un París diferente, donde la idiosincrasia parisina había dejado paso a lo popular. De alguna manera le recordaba a las calles del Rastro madrileño, con sus callejuelas pobladas de lugares para comer a precios económicos. De vez en cuando se topaba con músicos que hacían de sus canciones un modo de supervivencia. Se paró para oír a una chica; era Lucie, pero ninguna de las dos sabía quién era la otra. Leonor se dirigió a ella en español para pedirle una canción. Lucie solo entendió lo último y la interpretó. La madre de Consuelo desconocía en detalle el valor del franco, por lo que cuando le dio una generosa propina, que Lucie agradeció pronunciando un «gracias» en español acompañado de una franca sonrisa, a Leonor le cayó bien la francesa y abandonó el lugar pensando en volver con su hija cuando se hubieran encontrado.

En Londres se complicó el encierro. Llevaban más de veinticuatro horas sin provisiones y algunos comenzaban a rendirse. Consuelo pensó que en cualquier momento estallaría la violencia, algo que no le interesaba en absoluto, por lo que ese mismo día decidió poner fin a su protesta y regresar a París. En su fuero interno reconocía que echaba de menos a Lucie, aunque no quería admitirlo porque estaba seriamente enfadada con ella.

Abandonó el enorme salón de actos en el que se hallaban reclusos y llamó a Evelyn.

—Me vuelvo a París. No tiene sentido seguir aquí. Mira lo que dice la prensa. —Tendió a la inglesa el periódico del día.

—Lo he leído. El protagonismo se lo han llevado los pacifistas y los *hippies*. A las feministas ni nos nombran.

—Insisto, aquí apenas existimos. Por eso no tiene sentido continuar en

Londres. Voy a ver si tengo vuelos y me marcho hoy mismo.

—Lo comprendo, Juliette. Por mi parte, cuando no me dejaron entrar decidí retomar mi vida. No podía permitirme cerrar el negocio más tiempo y solo tengo una empleada. Te acompaño al aeropuerto.

Leonor esperaba impaciente la llegada de su hija y había pedido a Marie que no le dijese que estaba allí. Quería ver su expresión al encontrarse. Pero no era la única que esperaba a Consuelo. Una compañera del MDM de Madrid quería verla con urgencia y así se lo había dicho a Marie, con la que conversaba en la sede de la Asociación. Consuelo hacía unas horas que había llegado de Londres y estaba cansada.

—Mañana retomaré mi rutina y hablaré con ella. Hoy no puedo con mi cuerpo. Han sido muchos días durmiendo en el suelo.

—¿Solo cansada? A ti te pasa algo. ¿Y Lucie?

—No se ha puesto en contacto contigo, ¿verdad? Me lo temía.

—¿Habéis discutido?

—Es largo de explicar, Marie. Ya te contaré. Ahora voy a buscar algún sitio para vivir estos días y ya veré qué hago. ¿Hay algún piso por ahí con sitio?

—Déjame hacer alguna gestión y te aviso. De momento puedes dormir en este hotel. —Le tendió un folleto en el que figuraba el nombre del hotel en el que se hospedaba su madre—. Una camarera es de las nuestras y nos echa una mano. Pregunta por Michelle.

Una vez en la calle cargando con las pocas pertenencias que tenía, se sentó en un café. Necesitaba pensar, tomar fuerzas para seguir adelante. Lucie la había abandonado, estaba claro. Por eso no había llamado a Marie. En ese momento comenzó a ver que su lucha y su relación eran incompatibles, algo que jamás había pensado. ¿Dónde estaría? Por salir adelante sería capaz de todo, era una superviviente nata y nada la frenaría antes de pasar hambre, su gran terror. Debía de haber pasado mucha toda su vida, porque lo nombraba con frecuencia. Tal vez llevaban razón los grupos más jóvenes cuando decían que el feminismo se estaba aburguesando, que había perdido de vista la lucha de clases. Mujeres como Lucie no contaban para nadie. No recibieron formación porque eran mujeres sin recursos y solo podían limpiar, cuidar niños o ser camareras. Pero nunca tenían un contrato ni nada que garantizase su puesto de trabajo. En eso no había mucha diferencia con España. Lucie había sido capaz de aguantar palizas, porque cuando abandonó a su marido llevaba varios años casada con él. ¿Qué sería

capaz de hacer ahora si se veía acorralada? No quería pensarlo. Algo se le desgarraba dentro al imaginarla en brazos de un hombre por unos francos.

Sin apenas dinero y con pocas fuerzas, decidió tomar un taxi para ir al hotel. Ya vería qué hacer cuando se acabase lo ahorrado, bastante tenía ahora con saber qué haría con su vida, si es que le podía llamar vida a lo que ella tenía —pensó.

Preguntó por Michelle. Fue tras ella hasta que se detuvieron en una habitación cerrada. Le entregó una llave, le deseó buena estancia y desapareció. Todavía desconcertada, abrió la puerta y a punto estuvo de perder el conocimiento cuando vio ante ella a su madre.

No le salía la voz. La miraba y veía a una mujer que había envejecido mucho en esos años. Sin embargo, su expresión era diferente. Leonor esperaba que Consuelo tomase la iniciativa.

—¡Mamá! —acertó a decir antes de lanzarse en los brazos que Leonor había extendido para cobijarla—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? ¿Y papá?

Leonor no podía hablar. El llanto anegaba sus ojos y bloqueaba su garganta. Besaba y abrazaba a su hija como si le fuese la vida en ello y Consuelo la dejaba hacer respondiendo a sus caricias. Era mágico lo que le estaba pasando, justo cuando más la necesitaba aparecía allí como un hada. Dejaron que el llanto hiciese su trabajo y, cuando por fin pudieron mirarse a los ojos, se sentaron una junto a la otra en el borde de la cama.

—¡Hija mía! ¿Qué le han hecho a tu nariz?

—No sufras por eso, ya pasó. Tampoco se nota tanto, no te preocupes.

¡Claro que le preocupaba! Todo lo que había sufrido le preocupaba. Le dolía el sufrimiento que imaginaba en su mirada triste. Le dolía su dolor como si todavía la llevase en su vientre. Se juró a sí misma que nunca la abandonaría, que cuidaría de ella como no supo o no pudo hacerlo en el pasado.

—Deja mi nariz, que no es para tanto. Estoy ansiosa por conocer tu aventura hasta encontrarme. Eres única, mamá.

Leonor contó a su hija todo lo sucedido desde que la detuvieron. Cuando relató la muerte de su padre, Consuelo se abrazó a ella inconsolable. Una vez se hubo calmado, prosiguió su relato resaltando la inestimable ayuda de Laura que le había permitido llegar a encontrarla.

Llevaban más de una hora hablando. Habían cambiado el borde de la cama por las pequeñas butacas alrededor de una mesa en la misma habitación. Leonor deseaba saber las vicisitudes de su hija desde su falsa fuga.

—Ahora no, mamá. Te la iré contando, pero me muero de sed. Si te parece vamos a tomar algo y te pongo al día.

—Mejor pedimos algo al bar y seguimos hablando aquí. Ya ves que me ha dado llorona y no me apetece salir con los ojos enrojecidos y la nariz hinchada —sonrió al decirlo.

Consuelo no sabía cómo decir a su madre que se había enamorado de una mujer. Empezó varias veces hablándole de una «buena amiga» que le había ayudado a encontrar empleo y que, gracias a ella, su vida se había normalizado. Cuando Leonor le dijo que le gustaría conocerla, el mundo se le vino abajo y comenzó a llorar. Ambas pensaron que había sido un acierto no salir de la habitación, porque toda conversación terminaba en llanto.

—Mamá, será mejor que lo hablemos todo poco a poco porque vamos a terminar inundadas —quiso quitar hierro lanzando una broma.

—Claro que sí. Escúchame, hija. Tenemos que hacer planes. Vamos a dar una vuelta y te lo explico.

—Espera, que voy a darme una ducha porque vengo de un encierro y echo de menos un poco de agua por mi cuerpo.

Se duchó, pero apenas tenía ropa para cambiarse. En el hotel en el que había trabajado le proporcionaban uniforme. Su afán de ahorrar no contemplaba renovar el vestuario. Dos pantalones y dos jerséis eran todo su equipaje, amén de alguna camiseta con propaganda. Leonor no dijo nada. Se limitó a ponerse un sencillo traje y antes de salir quiso llamar a Laura.

—Espera un momento. Vamos a llamar a Laura. Se muere de ganas de hablar contigo. Tendrías que ver cómo ha cambiado. La detuvieron cuando te marchaste a su casa de la sierra, ¿sabes? La torturaron pero la dejaron en libertad.

—¿A Laura? Pero si la pobre no ha hecho nada. Esta gente no se detiene ante nada.

—Lo único que consiguieron fue radicalizar su postura. Ahora está tan comprometida como tú. Ya ves, en su afán por reprimir, lo único que hacen es aumentar la disidencia.

Laura había llegado a Madrid preocupada por la madre de su amiga. Sentía remordimientos por haberla dejado sola en París desconociendo el idioma. Sin embargo, ella no podía abandonar su negocio. Llamó a su madre para decirle que estaba en Madrid, pero un escueto «ya era hora» fue toda la respuesta que

recibió de ella. Con pena se acordaba de doña Leonor. Qué suerte tenía su amiga al tener una madre así. Jamás había pensado que sentiría envidia. Su madre era una mujer seca y poco afectuosa, pero la quería y pensaba que contaba con ella. Ahora la veía de otra manera. Notaba lo poco cariñosa que era y lo encerrada que vivía en su mundo sin evolucionar, como había hecho la madre de Consuelo. Criticaba su forma de vivir, de vestir y menos mal que desconocía su participación en la HOAC.

El grupo disidente crecía por momentos y necesitó comprar algunas camas. Juan quería que se implicase más en la lucha obrera, pero Laura desconfiaba del Partido Comunista. Tal vez buceando en su pasado, cuando su padre hablaba de ellos como amenaza para la paz, podía encontrar razones, si bien, ahora iba formando su opinión al respecto y no le gustaba el poco apoyo que veía en ellos en la lucha para lograr la igualdad de la mujer, tema que, desde que su amiga le había contado su militancia, hablaban con frecuencia con Juan y se daba cuenta de que ella no confiaba en que la solución a los problemas de la mujer viniera de la mano del partido.

Aquella mañana a punto de salir de su casa sonó el teléfono. El recelo era ya una constante en su vida y no quiso hablar con ella a pesar de la insistencia de Leonor.

—Me disponía a salir. Te llamo más tarde.

—Escucha, Laura, tengo una sorpresa para ti. No cuelgues.

—Te llamo dentro de un momento. ¿Sigues en el mismo hotel?

Leonor comprendió sus reservas y cortó la conversación.

—Tu amiga se ha vuelto muy precavida, hija. Mejor esperamos un momento a que nos llame.

—Supongo que pensará que tiene intervenido el teléfono. Ya veo que se ha espabilado.

—No te imaginas cómo ha cambiado.

—Lo mismo que tú, mamá. Ya me contarás a qué se debe. Todavía recuerdo cómo me criticabas.

—No voy a echar la culpa a tu padre, aunque mi vida estaba muy supeditada a su ideología. Cuando tú desapareciste quise saber qué era eso tan importante que te había hecho dejar tu vida, nuestra casa cuando él todavía vivía; abrí los ojos y miré mi propia vida dependiendo de un sueldo, cuando podía hacerlo con mi dinero que, por otra parte, era suyo por ley, por lo que yo tampoco podía disponer de él a mi antojo sin darle explicaciones. Comencé a indagar, a leer alguno de los libros que dejaste en tu habitación, además de los

que teníamos escondidos que no te llevaste. De ellos pasé a otros que compré a escondidas y, poco a poco, te fui comprendiendo.

»Cuando él murió Laura estaba a punto de salir en tu busca, pero al quedarme sola nos fuimos las dos. Por cierto, tenemos un flamante Citroën Tiburón en el garaje del hotel. Es tuyo.

—Tendré que sacarme el carné de conducir francés, porque el mío ya no es válido. Además, ni siquiera lo tengo. Se quedó con mi documentación. En realidad, Consuelo Martínez no existe. Ni Pilar, el nombre con el que me detuvieron en Perpiñán. Ahora soy Juliette Leblanc, una ciudadana francesa nacida en París.

—¿No tendrás problema para obtener el permiso? Tu documentación es falsa.

—Falsa o legal, carece de antecedentes. No creo que me plantee problemas obtener el permiso de conducir en un país en el que no tienes que ser «adapta al régimen».

—Eso espero. Hoy mismo vamos a solucionarlo.

—Estos días, mientras esperaba reencontrarme contigo, he estado pensando en lo que hacer. Me quedo a vivir en París. Aprenderé francés. Alquilaré un piso y, si tú lo quieres, vivimos juntas. Por el dinero no te preocupes. Además de la pensión que me ha quedado de tu padre, tengo toda la herencia de los abuelos casi intacta y es mucho dinero, hija. Déjame ayudarte de la única manera que puedo hacerlo. Tú no puedes volver a España hasta que no cambien las cosas y me parece que no lo harán hasta que muera Franco.

—Yo pensaba que tú eras franquista.

—Laura me dijo lo mismo, pero nunca lo he sido. Yo me enamoré de tu padre y nos casamos cuando Franco no existía. Era el ocaso de la dictadura de Primo de Rivera, el último bastión del rey Alfonso XIII, que se exilió dos años más tarde. Bueno, ya conoces la historia. Luego vino lo de Franco y tu padre se alistó como alférez provisional y, para qué te voy a contar en lo que se convirtió. Un hombre bueno y cariñoso se fue volviendo un fascista recalcitrante que odiaba el comunismo y todo lo que Franco despreciaba. Cuando empezó a actuar en los consejos de guerra, cambió todavía más. Hacía mucho tiempo que vigilaba mis lecturas, además de obligarme a vivir con su sueldo. Pero eso también lo sabes, que al fin y al cabo no hace tanto tiempo que estamos separadas, aunque se me ha hecho eterno.

—Nunca hablábamos de eso, mamá. Yo pensaba que eras feliz con él, que lo querías. Si lo hubiera sabido...

—Si lo hubieras sabido, ¿qué? Lo único que hubiéramos conseguido es hacer dos bandos en casa: nosotras contra él. Créeme, Consuelo. Hice lo que pensaba que era lo mejor para la familia. Tal vez lo hice mal, pero ya no tiene remedio. Y para tu tranquilidad te diré que la mayoría del tiempo fui feliz a su lado.

—No me llames Consuelo. Acostúmbrate a llamarme Juliette. Consuelo murió, no lo olvides.

—Tampoco me importa. Te puse Consuelo porque tu padre se empeñó en llamarte como su madre. Me gusta Juliette. Sobre todo me gusta porque te ha salvado la vida.

Consuelo estaba a punto de contar a su madre su relación con Lucie cuando sonó el teléfono. Era Laura.

—Perdona, Leonor, pero no me fío de mi teléfono. Al final tu hija me pegó la desconfianza y solo lo uso para hablar con proveedores o conversaciones triviales. ¿Cómo estás?

—Espera, te lo cuenta una amiga. —Pasó el teléfono a Consuelo.

Hablaron durante el tiempo que a Laura le duraron las monedas de la cabina. La despedida fue una promesa de Laura para visitarlas en París en cuanto le fuera posible.

—No me merezco lo que me está pasando —dijo Consuelo—. No me merezco una madre y una amiga así. —De nuevo afloraron las lágrimas.

—¡Ea! Basta de llantos. Hoy es un día feliz. Vamos al garaje. Quiero enseñarte el coche. Es una preciosidad, ya lo verás. Y no te enfades conmigo, hija, pero tenemos que comprarte ropa.

—¡No empieces, mamá!

—Pero si la vas a elegir tú. Es que la que llevas es un poco... Vamos, que no tiene estilo ninguno. Y esos zapatones... Viste como quieras pero con estilo. Se acabó la ropa de saldos.

La alegría de Juan fue inmensa cuando Laura le contó que había hablado con Consuelo.

—Se quedan a vivir en París.

—¿Doña Leonor también?

—No hemos podido hablar mucho, pero creo que sí. Me muero de ganas de ir a verlas.

—Pues hazlo. Ya sabes que yo puedo encargarme de todo. Carmen es una

joya y se ha ganado a las clientas.

Carmen, la empleada que habían contratado cuando Laura marchó a Francia, a pesar de haberse quedado sin familia por los bombardeos de aviones alemanes, jamás perdió la esperanza de que algún día las cosas fueran distintas. En su juventud votó a la República, pero se mantuvo al margen de política porque —solía decir— «cuando te dedicas a vender no puedes ponerte del lado de nadie». Era dependienta desde pequeña y hacía mucho tiempo que no encontraba trabajo en su oficio. Cuando Laura la contrató servía en una casa. Le habló de ella una militante de la HOAC, aunque Laura ya la conocía de haberla visto por la parroquia.

El tiempo corría a una velocidad que parecía imposible. La vida de Laura estaba medio normalizada, aunque ardía en deseos de volver a París, lo que le costaría una nueva discusión con su madre, a la que llamaba con frecuencia interesándose por ella, por más que nunca sucediera a la inversa. Había hablado con Evelyn para importar sus productos, pero ninguna de las dos nombró a Consuelo. Valoró la posibilidad de ir primero a París y de allí a Londres para cerrar los acuerdos sobre la importación de mermeladas.

Decidió lanzarse y proyectar el viaje antes de que se echasen encima las vacaciones de verano, que con tres empleados debía tener en cuenta para establecer turnos. Pronto haría dos años que Juan estaba a su lado. No vivía en su casa por el dichoso «qué dirán», pero su amistad era cada día más estrecha, hasta el punto de que Laura no daba un solo paso sin contar con su opinión. Se había acostumbrado a él, a su carácter pacífico y cordial.

—Tú sabrás lo que te traes entre manos con tanto viaje —fue la respuesta de su madre cuando se lo contó.

—Madre, el negocio va bien. A usted no le falta de nada. Busco lo mejor para la tienda. Eso me traigo entre manos.

—Haz lo que te dé la gana. Nunca te ha importado mi opinión, así que no sé para qué me lo cuentas.

—¿Por qué es usted tan desabrida conmigo, madre? Intento complacerla, que viva usted con holgura, y nunca la veo sonreír.

La madre de Laura deambulaba por la casa. No se sentaba a hablar con su hija, obligando a esta a ir tras ella si quería mantener una conversación. Laura desistió y, una vez más, abandonó la casa paterna cargando una pena que no era suya, pero que flotaba en el ambiente. En vida de su padre no era así, aunque jamás derrochó alegría, pero al enviudar, su carácter se había ido amargando hasta convertirse en la mujer que era hoy, próxima a cumplir los setenta y cinco,

y sin ganas de vivir.

Ansiaba abrazar a su amiga. Necesitaba oírle, ver cómo había quedado su nariz, cómo se encontraba, y saber por ella si estaba conforme con su nueva vida. Deseaba contarle lo que estaba pasando en España, que hervía en protestas, huelgas y manifestaciones. Enseñarle fotografías del ambiente de las calles, que no salían en la prensa, pero que los militantes de la parroquia obtenían de forma clandestina. Deseaba también ver lo que se decía fuera sobre España, especialmente en Francia. Se daba cuenta de que en los años que faltaba Felipe, todavía no hacía tres, nada le recordaba a la mujer que fue. También envidiaba la madre que tenía Consuelo, una mujer que había sacado partido a la adversidad buscando un objetivo en su vida al enviudar, como había hecho ella volcándose en su tienda y no como hizo su madre, que se regodeaba en el sufrimiento.

Consuelo acudió a la cita con la militante comunista española del MDM que Marie le había comunicado quería contactar con ella. El Partido Comunista Francés atravesaba un momento crítico después de fracasar en su intento por desmarcarse de la guerra de Argelia, que desde 1954 luchaba por su independencia, y que duró diez años. La nación argelina había sido colonizada en la época en la que tanto ingleses como americanos se repartieron África, de lo que España sacó también tajada, aunque menos cuantiosa. Durante más de cien años, Francia había enviado miles de ciudadanos tratando de consolidar su poder local. Habían despojado físicamente de sus tierras a los campesinos argelinos, imponiendo la lengua y eliminando a los líderes religiosos. Acabada la guerra mundial con la rendición de la Alemania nazi y mientras en Francia se celebraba el fin de la II Guerra Mundial, en la ciudad de Sétif al este de Argelia, miles de ciudadanos argelinos se manifestaron pidiendo su independencia.

Esa fue la gran contradicción para los militantes del Partido Comunista que no aceptaban el colonialismo. Paloma, que así se llamaba, estaba al corriente de los pasos seguidos por Consuelo y de su nueva identidad, pues había sido la resistencia española en Perpiñán quien se la había proporcionado. Reunidas en un bar del barrio latino, conversaban sobre los pasos a seguir.

—El partido espera mucho de ti, Consuelo. Ahora no puedes fallarnos. Necesitamos que te afilies al PCF con tu nuevo nombre. Te asignarán un puesto para difundir nuestra lucha a nivel internacional. Deberás dar conferencias en universidades y centros culturales que ellos te irán marcando.

—Necesito un trabajo. No puedo instalarme aquí a la sopa boba.

—Marie me ha dicho que tu madre está aquí y que se quedará contigo. Sabemos que tiene dinero. Que te ayude ella.

—Ni lo sueñes. Soy independiente desde hace mucho tiempo y no me apetece depender de nadie, ni siquiera de mi madre.

Paloma reflexionó unos instantes antes de responder.

—De acuerdo. Déjame que hable con el responsable de tu célula a ver qué podemos hacer, pero te advierto que el partido no tiene dinero. La militancia ha descendido de forma alarmante.

Paloma había sobresalido dentro del MDM, creado por el partido en España, desmarcada de los grupos que propugnaban la independencia de la lucha feminista desvinculada del partido. Contraria a la idea de Consuelo, que cada vez estaba más alejada de las tesis comunistas porque, según ella, no tenían en cuenta la problemática específica de la mujer. El pretexto de que en un mundo gobernado por ellos no haría falta esa lucha, porque la igualdad era uno de sus principios, no convencía a muchas militantes, entre las que se encontraba Consuelo.

—Mira, Paloma —se atrevió a decir—. No te voy a engañar, pero mi sitio está con el grupo de mujeres de París que están creando el *Femenin, Masculin, Avenir*, más cercano a las tesis de la NOW, Movimiento Internacional de Mujeres Americanas, capitaneadas por Betty Friedan, que ha publicado hace unos años un libro en el que detallaba las carencias de la mujer en la sociedad.

—Lo he leído, Juliette, pero es reduccionista, como todo lo exclusivamente feminista.

—¿Y el partido no lo es? Somos ciudadanas de segunda también en él.

—Me parece que no te ha sentado bien el exilio. Olvidas que le debes la vida al partido. Te debes a él.

—Yo no me debo a nadie, Paloma. En todo caso, se lo debo a mi padre y ya no está para darle las gracias. Mira tú por dónde que quien me salvó la vida era un franquista.

—Lo que me faltaba por oír. Un hombre culpable de la mayoría de las condenas de los tribunales militares españoles... —tras un silencio, prosiguió—. Tú sabrás lo que haces, pero te advierto que los tentáculos de la Policía española llegan a todas partes y si no tienes cuidado —recalcó estas palabras—, «alguien» puede denunciarte.

—¿Me estás amenazando, Paloma?

—Tómalo como quieras, Juliette, pero si vuelves a ser Consuelo será culpa tuya. No vamos a malgastar nuestros recursos con ingratos. Te llamo

cuando hable con los compañeros para ver cómo solucionamos lo de tu trabajo.

No pasaba sus mejores momentos el PCF. Sus militantes habían bajado considerablemente. Solo un 0,9 % de la población en edad de trabajar (unas 260 000 personas) se mantenía afiliada al partido y no pensaban dejar escapar a una abogada.

Capítulo 23

En cuanto estuvieron instaladas Leonor acudió a clases de francés afianzando así su independencia, pues odiaba tener que recurrir a su hija para ir de compras o hacer cualquier gestión. Consuelo dividía su tiempo entre su trabajo en el periódico *L'Humanité*, en el que Paloma logró encontrarle un hueco para publicar artículos, y colaborar con el Partido Comunista Francés, aunque ganaba muy poco. Por otra parte, la censura interna obligaba a Consuelo a escribir panfletos exaltando el comunismo, algo en lo que ya no creía, impidiéndole difundir sus ideas dentro de la FMA, al que se unió pese a la negativa de los dirigentes del partido en España, que a pesar de todo, lo toleraron, siempre que no aceptase cargos dirigentes en él y continuase trabajando para ellos.

En las calles de Madrid el calor era insoportable, pero no impedía las manifestaciones y protestas de la mayoría de los sectores de la población: obreros, estudiantes, mujeres y algunos medios de comunicación clamaban por la libertad secuestrada. Una parte de la Iglesia se había unido al conflicto y eran muchas las parroquias que protagonizaban encierros. La policía no daba abasto y la impotencia la hacía más cruenta. Laura estaba al tanto de las andanzas de su amiga, con la que hablaba con frecuencia. Su vida tampoco era la misma.

La Navidad tocaba a su fin y el año 1967 asomaba con esperanzas renovadas. El dictador mostraba su deterioro en los tradicionales mensajes navideños, que la disidencia recogía con burlas por el temblor de sus manos y su hablar balbuceante. El padre de Felipe, el suegro de Laura, había muerto hacía menos de un mes y su esposa decidió marcharse a vivir con su hermana, viuda también, que se había mudado al casarse con un malagueño y residía en un pueblo costero. Laura le ayudó en el traslado y con la partida de su suegra Felipe

desaparecía de su vida.

Su madre había sufrido una embolia que la había dejado hemipléjica. No podía caminar y su lado derecho permanecía paralizado. Al principio aceptó la ayuda de su hija, pero debido a su mal carácter y su poca colaboración, Laura decidió ingresarla en una residencia. La señora no permitía ser aseada por su hija y el deterioro era lamentable, por lo que el médico que la atendía concluyó en que era la única solución.

Fueron unos días inciertos y estresantes. Por una parte, no podía dejar de ayudar a su suegra, una buena mujer que siempre la había tratado con cariño. Se atrevería a pensar que recibió más comprensión de aquella señora que de su propia madre, pero ya no necesitaba sus cuidados y la sabía contenta junto a su hermana. La embolia fue repentina a los pocos días de partir la madre de Felipe, cuando Laura pensaba que podría retomar su vida. No fue hasta primeros de diciembre, cuando la llevó a la residencia, que pudo disponer de su tiempo. Sintió un alivio inmenso porque las fiestas navideñas acrecentaban el trabajo en la tienda. Juan intentaba tranquilizarla. Acababa de dejar a su madre ingresada y lloraba con desconsuelo.

—Has hecho lo mejor, Laura. No te tortures.

—No lo comprendes, Juan. No lloro por dejarla allí. Lloro porque me doy cuenta de que he sentido una gran liberación. No tengo derecho.

—Lo sé. La culpa es lo que te hace llorar, pero, perdona que te lo diga, ella se lo ha ganado a pulso siendo como era contigo. ¿Siempre fue así?

—Nunca ha sido muy cariñosa, aunque no fue mala madre. Su carácter se ha ido agriando con el paso del tiempo al quedarse viuda.

Era domingo. Laura había elegido un día festivo para llevar a su madre a la residencia y no dejar desatendido el negocio. Juan comía con ella de nuevo. Dejó de hacerlo el tiempo que la madre de Laura se fue a vivir a su casa a raíz de la enfermedad; Juan se dio cuenta de la incomodidad de la señora, a la que molestaba que otros vieran su extrema dependencia. Nadie se lo dijo, salió de él. La improvisada comida que hoy compartían no era muy elaborada, se limitaba a huevos fritos, patatas y pimientos, acompañados por una ensalada de tomates. Un vino de mesa regó las sencillas viandas. Laura preparaba café mientras Juan recogía la mesa.

—Déjalo, hombre. Ya lo haré yo mientras se termina el café.

—Ya me contarás por qué no puedo hacerlo yo. ¿Y tú te dices feminista? Las primeras que tenéis que creer en la igualdad sois vosotras —rio.

—*Touché* —respondió Laura riendo a su vez.

—Muy afrancesada estás tú en los últimos tiempos —comentó él.

—Tienes que venir conmigo a París, Juan. Te encantaría.

—No creas que no me apetece, pero ya me contarás cómo consigo yo un pasaporte con un carné falso.

—Pide un pasaporte con él. A lo mejor no pasa nada.

—No digas tonterías, y perdona, pero este documento procede de un saco de carnés de los que la gente renueva y se destruyen. Si por casualidad el verdadero titular ha sacado un pasaporte, me pueden descubrir. Yo aquí, calladito y sin meter ruido. Miedo me da que caduque. Entonces puedo tener problemas y Consuelo no está aquí para solucionarlo. A la funcionaria que destruyó las fichas para que no fueran a la central no sé cómo localizarla.

—Echo tanto de menos a Consuelo...

—Lo sé. Te has quedado muy sola sin ella.

—Y lo malo es que no consigo encontrar amigas de verdad en ningún sitio. Las de la HOAC no tienen nada que ver conmigo. La mayoría se pasan de puritanas y las que no, son comunistas.

—¿Qué te pasa con las comunistas?

—Pues que no las soporto, Juan. Ni a ellas, ni a los hombres del partido. Se pasan el día despotricando sobre la matanza que ha hecho Franco, pero... ¿Y ellos? ¿Tú crees que es normal cargarse obras de arte en nombre de no se sabe qué libertad? Porque las iglesias que han quemado estaban llenas de cuadros y esculturas de incalculable valor. Eran patrimonio español. ¡Menudo patriotismo! Eso, sin contar la cantidad de curas y monjas asesinados solo por ser religiosos, incluso a feligreses... Lo mismo que los franquistas han hecho con los «rojos», matarlos solo por serlo sin mirar a la persona.

—Mujer, esas acciones son normales cuando crees que representan a tu enemigo. Además, eso es obra más de grupos anarquistas que comunistas.

—No los disculpes, fue toda la izquierda. Además, el que hoy es el líder del partido, Santiago Carrillo, era ministro del interior y fue el que firmó las órdenes de ejecutar a cientos de detenidos durante el traslado y los dejó tirados en una fosa común, que según me han dicho, les obligó a cavar. Tampoco comulgo con el franquismo, no te confundas. No tiene sentido matar a todo el que no piensa como tú, pero crueldad ha habido por los dos bandos.

—Pero eso es mentira, a la prensa franquista le ha venido muy bien cargarle el muerto a Carrillo para desestabilizar a la izquierda y despertar más odio en la derecha. Por otra parte, el fascismo no se queda atrás en cuanto a destruir cultura, porque ha quemado obras de grandes pensadores a los que

consideraban perjudiciales para el pueblo.

—Volvemos a lo mismo, y echo mano del refranero: «en todas partes cuecen habas...». Pero a mí no me gustan los comunistas, eso es todo; tengo derecho a elegir y, puestos a hacerlo, me inclino por el feminismo. —Laura no quería iniciar una discusión bizantina como las que en el pasado mantenía con su amiga—. Además, dejemos eso. Vamos a ver si ponen una película que esté bien en la televisión y me distraigo un poco, lo de mi madre me preocupa más en este momento que la política.

Solo encontraron una serie del Oeste americano que a ninguno de los dos le gustaba.

—¿Y si nos vamos al cine? —sugirió Juan.

—La verdad es que no tengo mucho humor. De vez en cuando me acuerdo de mi madre y me duele saberla sola. —De nuevo las lágrimas hicieron su aparición.

Juan se acercó y, sin poder evitarlo, la estrechó con fuerza contra él. Ella no lo rechazó y sucedió lo que venía flotando en el ambiente hacía meses. Se besaban con pasión sin que ninguno opusiera resistencia. Unos minutos bastaron para tomar la decisión que ellos no tomaban. Fueron sus cuerpos los encargados de romper el dique de convencionalismos que sujetaba un sentimiento, no tan dormido como pensaban. El sofá fue testigo de su amor. Él era inexperto, pero la pasión suplía su falta de práctica. Laura se dio cuenta de que lo vivido con su marido no le servía, porque las caricias de Juan no se parecían a las de Felipe, que se limitaba a tocar sus pechos, besarla y poco más. Sin embargo Juan exploraba cada centímetro de su piel enloqueciéndola con sus caricias. Los escasos diez minutos que dedicaba en su matrimonio a la intimidad, se convirtieron en horas junto al exsacerdote, que, extasiado, rompía su voto de castidad sin pensar siquiera en él.

Ambos evitaban mirarse. Laura abandonó el sofá recogiendo su ropa, que había quedado esparcida por el suelo, y acto seguido se encerró en el lavabo. Juan, por su parte, se vistió en el salón.

El llanto de Laura ya no era por su madre, sino por su vida. ¿Qué había vivido con Felipe? Nada. Esa era la triste respuesta. Ni lo necesitaba en el negocio, ni había sido un marido completo, en vista de lo que acababa de experimentar. Todos los resortes de su cuerpo se habían activado y el poso de placer que todavía perduraba acentuaba su desconcierto. ¡Cuánto daría por poder hablarlo con Consuelo! ¿Y ahora qué? —pensaba—. ¿Cómo mirar a Juan a la cara? Porque había sido ella, estaba segura.

Cuando Laura entró de nuevo en el salón, ya vestida, encontró a Juan, también vestido, sentado en el sofá con la cabeza escondida entre sus manos. Al verla, se puso de pie.

—Perdóname, Laura. No sé qué me ha pasado.

—Nos ha pasado, Juan. No te eches la culpa. Hemos sido los dos.

—Es que yo... —balbuceó Juan—. Estoy enamorado de ti desde hace tiempo.

—Yo no quería admitirlo, pero también lo estoy. La negativa a aceptar ese sentimiento viene de la mano de que seas cura.

—Cada día que pasa me siento más alejado del sacerdocio. Lo nuestro está condenado al fracaso porque no puedo pedir la anulación de mis votos en la situación que me encuentro.

Juan no se quedó a dormir. Al estar sola, el mundo de Laura se derrumbó ante sus pies. ¿Por qué la vida se empeñaba en enseñarle pedazos de felicidad para arrebatarla antes de poder disfrutarla? Entró en su dormitorio.

—Perdóname, Felipe. ¡Perdóname! No sabía lo que hacía. ¡Y con un cura, por Dios!

Se tumbó en la cama vestida como estaba y, entre sollozos, se durmió pensando en Felipe, al que sin darse cuenta veía con el rostro de Juan.

En los primeros meses del encuentro con su madre, Consuelo no había abandonado la esperanza de encontrar a Lucie. Por las mañanas buscaba piso junto a su madre; por la tarde, Leonor acudía a clases de francés y ella deambulaba por las calles de París con una foto de Lucie, preguntando a todo el mundo si la había visto. Uno de los comerciantes del barrio latino, el dueño de una pequeña taberna en cuya puerta había estado cantando Lucie el día que Leonor se cruzó con ella, se lo contaba a Consuelo. Al tabernero no le molestaba su presencia, al contrario que a otros locales vecinos.

—Pero un día no volvió más, *madame*.

Al oír estas palabras Consuelo no respondió. Siguió su camino con el peso de la desolación sobre los hombros. Continuó la búsqueda hasta recorrer cada rincón bohemio de París, una vez que el tabernero le dijo que cantaba con una guitarra. Debió suponerlo, ¿qué otra cosa podría hacer? Este pensamiento indefectiblemente la llevaba a otras muchas cosas que podría hacer Lucie y cada una de las que pensaba era más dolorosa.

Al pasar los meses sin rastro de Lucie, se dio cuenta de lo inútil de su

búsqueda y la poca estima que demostraba por sí misma yendo en pos de una mujer que la había abandonado con la misma facilidad que la abordó. Debía acostumbrarse de nuevo a la soledad, a vivir sin amor. Por suerte el destino le quitaba una mujer y le devolvía otra. Con frecuencia se preguntaba qué habría hecho si su madre no la hubiera encontrado, en una ciudad como París, sin trabajo, sin dinero y sin profesión, porque la que había ejercido hasta el momento no le servía con su nueva identidad.

Leonor percibía la tristeza de su hija, pero la achacaba a la muerte de su padre y trataba de consolarla con argumentos que a Consuelo le parecían casi infantiles, pero callaba. La dejaba hacer sin oponerse a nada, sin mostrar la verdadera naturaleza de su tristeza. El tiempo se encargaría de todo, pensaba, pero el tiempo solo se encargó de pasar.

Capítulo 24

Paris, mayo de 1968

La primavera de 1968 comenzaba caliente, no solo por la temperatura ambiental, sino por las protestas y manifestaciones que asolaban la ciudad. Consuelo y Leonor vivían en un piso amueblado próximo a Notre Dame, en el margen izquierdo del Sena, sencillo pero confortable. Leonor lo eligió dúplex pensando en dar a su hija intimidad y soledad cuando la necesitase. En la parte de abajo se encontraba la cocina, un pequeño salón, un baño y el dormitorio principal, que ocupaba Leonor. La parte superior, abuhardillada, con cristalera en el techo, consistía en una única habitación de dimensiones amplias, amueblada con una cama individual, dos sillones ante una mesa baja, además de un váter con ducha y su correspondiente lavabo. Era todo lo que necesitaba Consuelo, que lo único que compró fue una mesa y una máquina de escribir.

El año había empezado con la protesta Checoslovaca que más tarde desembocaría en la Primavera de Praga, cuando los países del bloque que formaban el estado comenzaron a rebelarse contra el régimen comunista. En Europa, sin embargo, la desigualdad económica, así como el escaso poder adquisitivo de la clase obrera, logró movilizar a las masas capitaneadas por Paris con su Mayo Francés.

España desde hacía tiempo intentaba sofocar la brutal represión del régimen franquista capitaneada por su policía política. Fueron los universitarios los que protagonizaban las protestas y no dudaron en apoyar al movimiento francés, si bien, con menos éxito, porque Francia era un estado republicano con mayores libertades que la dictadura española. El apoyo exterior no logró que la policía reprimiera con dureza los encierros y manifestaciones de los revolucionarios. Un recital del cantante valenciano Raimon y la posterior

manifestación de los asistentes, se saldó con numerosos detenidos; en aquella ocasión policías a caballo y otros con mangueras con el agua teñida de color para identificar a los que intentaban huir. Los más de cien detenidos fueron conducidos a la Dirección General de Seguridad; algunos fueron encarcelados, otros golpeados de forma salvaje.

Se saldó también con la destitución del ministro de Educación, que fue sustituido por un franquista recalcitrante, hombre de poco carácter que obedecía al presidente del gobierno sin cuestionar nada, lo que dio lugar a más detenciones, en esta ocasión, más de mil jóvenes, que nunca salían indemnes de la Dirección General de Seguridad, los que lograban hacerlo, porque otros eran conducidos directamente a las cárceles.

Pero no era solo España, los disturbios de París se extendieron como la pólvora por toda Europa: Alemania, Italia, Suiza, incluso a Estados Unidos, pero fue París la capital de la protesta en la que el feminismo seguía siendo casi invisible. En España, a diferencia de Francia, se cerraban las facultades en lucha, mientras que La Sorbona protagonizaba encierros.

En minoría, las feministas que comenzaban su reivindicación por los anticonceptivos y las más radicales, por el derecho a hacer lo que quisieran con su cuerpo, incluida la despenalización del aborto. París se paralizó durante quince días en los que el Partido Comunista Francés, alineado junto al presidente de la República, que no estaba de acuerdo con la revuelta que iba servida de la mano de trotskistas, anarquistas y algunos seguidores del Partido Comunista de Mao, iban perdiendo el apoyo popular. Los comunistas europeos, después de la experiencia republicana en España, donde los grupos incontrolados habían dado al traste con las libertades por medio de actuaciones que el comunismo condenaba, pero no supo atajar y que más tarde propició el golpe de estado, preludio de una guerra que trajo de la mano la dictadura, que en ese momento aireaba los desmanes cometidos por el bando republicano contra religiosos, además de la destrucción de patrimonio y que exaltaba a la derecha contra todo aquél que quisiera oponerse. Hasta tal punto era potente su discurso, que muchas personas denunciaban de forma voluntaria a sus vecinos, incluso a familiares, sospechosos de ser disidentes.

La Sorbona, que llevaba en lucha muchos meses fue protagonista de numerosos encierros, así como de las barricadas que colapsaron la ciudad. Leonor asistía aterrorizada a lo que estaba pasando. El recuerdo de la Guerra Civil en España todavía perduraba en su memoria como la peor experiencia de su vida que, aunque no la hubiera vivido en Madrid, no ignoraba las

barbaridades que sufrieron los españoles. Muchos de sus amigos habían muerto y otros perdieron todo su patrimonio. El Madrid que encontró Leonor cuando regresó a España una vez terminada la guerra, en nada le recordaba la ciudad luminosa que dejó al partir. Temía por Consuelo que participaba activamente junto a las feministas contraviniendo las consignas de su propio partido, desoyendo la amenaza recibida por la integrante del MDM. Todo se aliaba para que la aparente calma de la que disfrutaba con su hija en París se viera amenazada. ¿Y si la detenían? ¿Y si descubrían su falsa identidad y la expulsaban del país?

Consuelo intentaba tranquilizarla aunque en su fuero interno compartía la preocupación de su madre. Lucie continuaba siendo un recuerdo doloroso, pero los acontecimientos políticos superaban con creces la preocupación por ella, porque cada día amanecía con el temor de que el partido le retirase su apoyo, dejándola a merced del aparato franquista si descubrían su identidad, como había amenazado Paloma con hacer si no dedicaba su lucha al partido. Nada decía a su madre, por el contrario, intentaba quitarle importancia.

Pero su miedo estaba justificado. Paloma regresó a París con una consigna clara. O deponía su lucha exclusiva en el feminismo francés o tendría que afrontar las consecuencias. Consuelo se rebelaba aduciendo que era una ocasión única para conseguir, por fin, que los derechos de la mujer fuesen reconocidos. Sin embargo, Paloma, fiel defensora del comunismo, no atendía a razones porque veía peligrar la presencia del partido en el parlamento francés, si triunfaba la revolución estudiantil. El comunismo defendía la huelga obrera y la toma de fábricas, pero no la revuelta callejera por miedo a perder poder en las próximas elecciones. Pero lo que más desgastaba al partido eran sus disidencias internas y la lucha por el liderazgo. A pesar de los razonamientos de Consuelo, Paloma no atendía a razones.

Ella no estaba decepcionada por los mismos motivos que la militancia escindida, que lo había hecho por no estar de acuerdo con la política que el Comité Central había diseñado para España que defendía la Reconciliación Nacional y que encabezaba Santiago Carrillo. Él no continuó la lucha por la igualdad de la mujer, emprendida por su predecesora Dolores Ibarruri, creadora de la Unión de Mujeres Antifascistas, que con un tímido planteamiento feminista, quiso dar voz a las mujeres. Esto, a juicio de Consuelo, lo había olvidado la dirección del partido, por más que el Movimiento Democrático de la Mujer hubiera nacido con su beneplácito y ayuda, pero en la práctica la política global del partido se centraba en el Movimiento Obrero y en captar afiliados en

el seno de las Universidades, en los grupos católicos y en las asociaciones de vecinos. Paloma no estaba de acuerdo y a Consuelo ya no le llenaba la lucha de clases por sí sola, si no se contemplaba la emancipación de la mujer y la igualdad de derechos, que no fueron tenidos en cuenta en ninguno de los congresos celebrados hasta el momento.

En España, sin embargo, a pesar del férreo control policial, la calle ardía en protestas, lo mismo que en el resto de los países. Sin embargo, las consecuencias no eran las mismas. Las detenciones en las principales capitales españolas se sucedían sin cesar, aunque Laura y Juan se hallaban inmersos en su propia lucha: qué hacer con el hijo que esperaban.

Desde su primer encuentro sexual el día que Laura llevó a su madre a una residencia y con el vano intento de ahogar el sentimiento que los unía, decidieron que la solución pasaba por tener un piso en el que verse de forma discreta. Juan continuaría en la pensión y ambos compartirían ese espacio, solo para vivir una relación imposible ante los ojos de un vecindario ávido de chismes, que no dudaría en dejar de comprar en la tienda si su dueña mostraba una conducta ‘licenciosa’.

—Menos mal que no saben que eres cura, porque si no, nos crucifican —comentó Laura en su primer día de amor clandestino.

—Yo creo que ya no lo soy. No ante los ojos de Dios. —Juan mostraba tristeza por la equívoca situación que vivía.

Él nunca había tenido vocación. Se encontró en el seminario como si de un colegio se tratase. Le gustaba estudiar y leer le permitía vivir en mundos imaginarios, aunque las lecturas del seminario no eran las que hubiese elegido, le sirvieron para formarse una buena base cultural. Fue feliz en vida de sus padres, que siempre le habían rodeado de cariño, hasta que un día no volvieron y se vio inmerso en la disciplina de un centro que no permitía el más leve descuido ni ocio que no fuese leer los libros que ellos elegían, ver las películas que proyectaban los domingos o hacer excursiones por los alrededores.

El estallido de la Guerra Civil a los pocos meses de ingresar en el seminario, dispersó a los futuros sacerdotes sumiéndolos en un periodo de clandestinidad, porque los religiosos eran objeto de la ira de un pueblo enfurecido con tres enemigos declarados: capitalismo, Iglesia y ejército. Al poco tiempo de empezar la contienda la comunidad religiosa sufrió la muerte de muchos de sus integrantes. Los seminaristas fueron acogidos en casas particulares en algunos casos, en otros, asesinados. Juan fue a parar a una familia

de Mataró, amigos de sus padres, que lograron sobrevivir confeccionando uniformes para la milicia y el joven seminarista se encargaba de repartirlos en una bicicleta. El miedo y la inseguridad era una constante en su vida. Por ese motivo, cuando terminó la contienda y pudo regresar al seminario, no fue la vocación, sino las circunstancias las que devolvieron a cada uno a su lugar de procedencia. Las imágenes de horror vividas en una modesta bicicleta, viendo caer bombas a su alrededor, llevaron hasta él algo parecido a la vocación, porque pensaba que en un mundo en el que la vida pendía de un hilo, el único que podía salvarla del caos era Dios. Así abrazó el sacerdocio rezando por un mundo en paz. Apenas cumplidos los veinte años era ordenado sacerdote y enviado como ayudante a una iglesia pequeña de un pueblo de la provincia de Barcelona.

Faltaba poco para cumplir veinte años como religioso cuando lo abandonó huyendo despavorido por el sadismo de los curas que cuidaban de los niños, con la indirecta aquiescencia de la iglesia. Al comenzar la relación con Laura, las escasas convicciones que todavía abrigaba se vinieron abajo. Mientras el mundo vivía un mayo del 68 luchando por los derechos, por la libertad y la justicia, él luchaba con su conciencia ante la llegada de un hijo que, ni había buscado, ni tenía cabida en su existencia. Era domingo y al amparo de su piso clandestino dilucidaban qué hacer.

—Todavía no se me nota, solo tengo dos faltas. Estoy desesperada, Juan. ¿Qué va a ser de mí cuando esto empiece a crecer? —Señaló su vientre.

—Yo tampoco sé qué hacer. Estoy bloqueado, Laura.

—Consuelo conocía a una partera que solucionaba el problema, pero ella no está. A lo mejor algunas de las chicas que ella ayudaba me puede decir algo.

—No quiero ni oír hablar de ello. Una cosa es que ya no me sienta sacerdote y otra muy diferente que atente contra la Ley de Dios.

—Pues no será Dios quien nos ayude con las habladurías. Así que ya me dirás qué hacemos.

—No lo sé, Laura. Lo que sea menos matarlo. —A Juan, la sola idea de pensarlo, le suponía una ofensa a Dios.

En el pequeño piso alquilado en las inmediaciones de la plaza de Oriente, que hasta el momento había constituido su remanso de amor, la parcela de felicidad que habían arañado se desmoronaba ante un hecho que desbordaba sus vidas. Laura cargó contra él.

—Claro, como a ti no se te va a notar nada y tu vida no cambia por el hecho de ser padre, que piense yo. ¿Es eso lo que quieres? Lavarte las manos como si este hijo lo hubiera fabricado yo sola. Un aborto es doloroso para mí, ¿o

es que te crees que me gusta la idea? Mil vidas no me bastarán para olvidarlo, para pensar cada mañana cómo hubiera sido su carita, lo feliz que me habría hecho cuidar de él y darle todo el amor que a mí me faltó.

Laura rompió a llorar.

Juan la abrazó con fuerza.

—Saldremos adelante. Lo tendremos. No quiero verte sufrir. Te aseguro que pensaré algo, pero no llores más, te lo ruego. Tendremos ese hijo, y algún día morirá Franco, y con él toda esta represión que nos amarga la vida.

—¡La represión no tiene nada que ver con nuestro problema, Juan! Las vecinas y el barrio entero murmurarán con o sin Franco. Podrán cambiar las leyes, pero la mentalidad chismosa y moralista de la gente no cambiará nunca.

Juan no supo qué decir, pero una idea iba tomando forma en Laura. Llamaría a Consuelo. Ella sabría qué hacer, estaba segura. O si no, Leonor. Necesitaba ayuda y solo ellas podían brindársela. Otro problema añadido era qué hacía con su madre. Iba a verla siempre que podía escaparse de sus obligaciones. Al menos dos o tres veces por semana visitaba la residencia y siempre volvía con el corazón encogido. Las monjas que la cuidaban le decían lo mismo en cada visita: «No colabora», «Apenas come», «No quiere tratar con las demás ancianas». La madre de Laura se consumía entre unas paredes extrañas para ella y su vida no difería demasiado con la de las plantas que adornaban el edificio. Por las mañanas la conducían al jardín en su silla de ruedas. A la hora de comer, ayudada por una de las monjas, apenas probaba bocado y pasaba las noches en blanco sin que nadie pudiera saber lo que pensaba, si es que acaso pensaba algo.

—Voy a bajar a una cabina para llamar a Consuelo. Espérame aquí, no tardo.

—Está bien. Voy a leer la prensa que he comprado. Al margen de nuestros problemas, la lucha continúa y no podemos permanecer ajenos.

—Como quieras, pero, si te digo la verdad, eso me importa muy poco en este momento. Ahora vuelvo.

Consuelo no estaba, pero Leonor sí. La escuchó sin interrumpirla; Laura depositaba su angustia a través del auricular, mientras iba hilvanando soluciones a medida que la escuchaba.

—Vente a París en cuanto empiece a crecer tu embarazo, Laura. Ni se te ocurra pensar en quitártelo. Te conozco, y sé que te amargaría la vida el recuerdo.

—¡Cómo voy a dejar mi vida tanto tiempo, Leonor! No puedo hacer eso.

—Ya lo creo que puedes. Y lo vas a hacer. Si hace falta voy a por ti. Yo sí

puedo viajar a España. Además, pensaba ir para dar una vuelta por mi casa. Está cerrada hace demasiado tiempo y me he planteado alquilarla para que al menos no esté abandonada. Cuando venga Consuelo se lo digo. No sé si hoy la veré, anda metida en todos los líos, ya la conoces. Ni te imaginas cómo está París. Yo no salgo a la calle desde hace días por miedo a los manifestantes y a las barricadas. Cuando regrese hablaré con ella. Llámame mañana y seguro que tenemos una solución. No estás sola, Laura. Eres como una hija para mí y no pienso abandonarte en este aprieto.

Los estudiantes tenían tomadas las calles del Barrio Latino. Consuelo luchaba por abrirse paso entre la gente dispuesta a comprar algo de comida para el grupo de mujeres con las que compartía la protesta. De repente sintió que su cuerpo se paralizaba. En el bar al que había acudido a buscar viandas, la vio. Allí estaba Lucie atendiendo a la clientela.

Ella no la había visto. La gente que se arremolinaba frente a la barra se lo impedía. Consuelo pudo ver que el brillo violeta de sus ojos había desaparecido y su melena lisa, que antes le caía sobre los hombros con pícaro cadencia, recogida ahora con una goma a la altura de la nuca, la hacía mayor. Pero lo que más llamó la atención de Consuelo fue su extrema delgadez. Estuvo a punto de marchar sin decir nada. Había transcurrido mucho tiempo desde que se alejó sin ninguna explicación. Creía que la había olvidado, aunque de vez en cuando los recuerdos ensombrecían su mente. Reunió toda la fuerza que le quedaba y se acercó a la barra en silencio. Lucie apenas miraba a los clientes que servía. Se limitaba a preguntar qué deseaban y a ponerlo sobre el mostrador junto al papel con el importe.

—¿Qué desea? —Sonó rutinario por encima de las voces de fondo.

Consuelo también estaba cambiada. Peinaba media melena ondulada, la misma que había llevado durante muchos años, antes de que los piojos primero y la policía después dejaran su cabeza desprovista de pelo. Había ganado peso; su aspecto era saludable y relajado, a pesar de estar metida de lleno en una lucha política que en esos momentos cerraba el paso a los viandantes, su ropa evidenciaba que su estatus había cambiado. El griterío era ensordecedor dentro y fuera del local.

—Lucie.

Cuando oyó su nombre y reconoció la voz, creyó caer al suelo desmayada. El dueño de la taberna le gritó desde el fondo para que no se detuviera.

Numerosos clientes esperaban ser atendidos y gritaban pidiendo la consumición, pero Lucie no se movía. No reaccionó hasta que un hombre fornido, que a todas luces era el dueño, se plantó a su lado increpándola para que siguiera trabajando. Lucie se apartó de allí huyendo hacia el interior del local ante la mirada furiosa de su jefe.

—Perdón, señora. ¿Qué desea? Creo que la camarera no se encuentra bien.

Consuelo no respondió. Abandonó el extremo de la barra en el que se hallaba y, sin pensarlo un momento, entró en el interior del bar buscando a Lucie. La encontró acurrucada en un rincón con la cara llena de lágrimas y la mirada baja. Se acercó a ella y la estrechó con fuerza.

—¿Dónde has estado? He pasado meses enteros buscándote. Vamos, deja ahora mismo este tugurio y vente conmigo.

El tabernero entró enfurecido por la desaparición de su camarera y por la entrada de la clienta en el interior del negocio.

—¿Qué está pasando aquí? —increpó vociferando.

Lucie no se movía. Consuelo tomó las riendas de la situación. Cogió una mano de Lucie y, tirando de ella, le dijo:

—Vamos, Lucie. Deja este cuchitril de mierda y vente conmigo.

—Esta mujer no va a ninguna parte. Me debe dinero y dentro de dos horas se va a poner a cantar ahí fuera.

—Esta mujer se viene conmigo ahora mismo. ¿Cuánto le debe?

—Doscientos francos.

—Mañana se los traeré. Vamos, Lucie.

—Si te vas no vuelvas a poner los pies aquí —le gritó a Lucie tan cerca de ella, que Consuelo temió que fuese a pegarle.

La asió por una mano intentando conducirla hacia la calle. De repente Lucie se soltó e intentó entrar en un cuarto sin puerta que servía de gran despensa, con intención de coger su guitarra, pero el dueño del bar no se lo permitió.

—De aquí no te llevas nada hasta que me pagues.

No reconocía en Lucie a la mujer alegre y desafiante de la que se enamoró un día. La misma que había sido capaz de salir de su casa con lo puesto y una guitarra; la misma mujer que le facilitó un trabajo con el que pudo comenzar esa nueva vida; se había convertido en una sombra de lo que fue. Le debía todo, aunque la hubiera dejado plantada. Ya no la amaba, sin embargo, en nombre de ese pasado merecía contar con su ayuda.

—Vamos, Lucie. Mañana recuperamos la guitarra o volvemos dentro de

una hora si quieres.

Tiró de ella y la sacó de allí. Debía volver al grupo con el que estaba, al menos a decir que se iba, porque procuraban controlarse unas a otras por si los gendarmes arremetían intentando que depusieran su actitud. Era importante saber si alguien había sido detenido. Lucie la seguía como una autómatas sin oponer resistencia. Era como si alguien se hubiera apoderado de su voluntad.

Consuelo se despidió del grupo pasando el testigo de ir a comprar comida a una compañera. Una vez a solas y fuera de las calles en las que se desarrollaban las protestas, muy cerca de donde ella vivía con su madre, entraron en una cafetería que, por las circunstancias, se hallaba vacía. Consuelo volvió a mirar a Lucie como si la viese por primera vez. No era la misma.

Permanecían en silencio. Consuelo se moría de ganas de tener respuestas a las infinitas preguntas que se había hecho durante noches enteras sin dormir, esperando un nuevo día para salir a buscarla. Necesitaba saber que lo que habían vivido era amor y no un espejismo. Saber si alguna vez la quiso o todo había sido un juego para Lucie, una novedad. Las caricias suaves de una mujer, frente a lo que había sufrido junto a su marido. Porque para ella no había sido eso, sino el descubrimiento de un sentimiento que debía haber vivido cuando despertaba a la vida, y no en el ecuador de ella.

Pidió una cerveza y Lucie se limitó a decir *oui*.

—Estoy mal —fueron sus primeras palabras.

—Es lo único que no necesito que me digas, Lucie. Eso ya lo veo.

El camarero sirvió las cervezas y se alejó. Cuando Lucie separó el brazo de su cuerpo para coger la copa, Consuelo vio las marcas inconfundibles de pinchazos en él y sintió escalofríos. En el tiempo que llevaba en París había visto los grupos de *hippies* acampados en parques y espacios abiertos, incluso en invierno. También en los mercadillos, vendiendo artesanía que ellos mismos fabricaban y algunos dulces caseros elaborados en su comunidad. Porque así era como se llamaban a sí mismos, una comunidad que había adoptado una nueva forma de vida de espaldas a la sociedad. Vestían de forma colorida y se adornaban con flores. El anillo que le había regalado a Lucie y que ya no llevaba en su dedo, era su símbolo. El amor libre, la paz y protestar contra todo tipo de violencia inspiraban su ideario. El problema radicaba en que la paz y el relax que parecían emanar se lo proporcionaban las drogas en numerosas ocasiones. La marihuana y la heroína identificaban a sus consumidores: los primeros reían sin cesar con aspecto somnoliento, pero los segundos se retorcían de dolor si no tenían una dosis a mano. Cuando la conseguían, entraban en un duermevela

insano que los mantenía sin hambre, por lo que su desgaste físico y la delgadez eran evidentes.

Ahora comprendía qué le pasaba a Lucie. Sabía que era muy difícil, por no decir imposible, salir sin ayuda de aquel mundo. En nombre de un pasado, que ya no quería que volviese a ser presente, decidió prestarle ayuda.

Capítulo 25

La desesperación de Laura crecía más de prisa que su vientre. Nunca se había planteado tener un hijo. En vida de Felipe lo asociaba con renunciar a su trabajo en la tienda, porque ella no quería ser una madre como la que había tenido, que anteponía las tareas de la casa o el bienestar de su marido a cualquier cosa. Para Laura un hijo suponía una dedicación total, si bien, no le seducía la vida de una madre abnegada que pasea a su bebé en un cochecito, oyendo las especulaciones del barrio: «Igualito que su padre», «Es clavadito a ti», «Está muy grande para el tiempo que tiene...». Todas esas frases hechas no iban con ella. No se había pasado la vida estudiando idiomas, contabilidad, balances y correspondencia comercial para terminar así. Cuando el ginecólogo le dijo que no tenía problemas para concebir, que algún día... Y ese día llegaba ahora, en el momento más inoportuno y con el hombre equivocado. Cuando por primera vez había conocido el placer, el amor y no la camaradería que la unió a Felipe, el embarazo enturbiaba su felicidad.

Llamó a Consuelo al día siguiente, como Leonor le había dicho, tampoco la encontró. No había ido a dormir y no sabía dónde estaba.

—Llama mañana. Seguro que se ha quedado en la sentada tras las barricadas —le dijo la señora.

Sin embargo, Laura no llamó. Se avergonzaba de no saber lidiar con sus problemas si no echaba mano del consejo de su amiga. Debía solucionarlo ella. Juan no quería ni oír hablar del aborto y ella tampoco estaba muy segura de querer hacerlo. Al fin y al cabo, Juan era el padre y le asistía el derecho a opinar. Por fortuna se encontraba bien. Sabía, por algunas amigas, que los primeros meses podían venir acompañados de vómitos y mareos, pero en su caso no era así. Al contrario. Nunca se había sentido mejor. Incluso se miraba al espejo y se encontraba guapa. Juan también se lo decía.

Se disponían a comer. Laura pensaba abordar el problema ese mismo día. Entraba en el tercer mes de embarazo y no podía demorar una decisión.

—Juan. He pensado que vamos a tener este hijo. Franco no es eterno y, tal como está la calle, cuando muera, o cambian las cosas, o se lía.

—Cuando dices eso es que tienes algo pensado.

—Sí. Me voy fuera de Madrid cuando se me empiece a notar y cuando tenga el niño, regreso.

—¿Y con el niño, qué hacemos?

—Lo dejo al cuidado de una persona de confianza en mi casa de Manzanares y los fines de semana nos vamos con él.

—No me parece una buena idea. Nos perdemos sus primeros meses, o tal vez años. No sé, Laura. Tenemos que pensar algo menos complicado con más calma.

—¿Como qué?

—No lo sé, Laura. ¡No lo sé! Además, la casa de Manzanares está inhabitable, tendremos que adecentarla antes de pensar en instalarte allí —Juan había alzado la voz.

—No me grites. Encima de que el problema es mío y tú no aportas ninguna idea, no le pongas pegos a mis soluciones.

—No son pegos, Laura. Soy realista.

—Pues si eres realista lo que tendrías que hacer es ponerte a pensar qué hacemos si no te parece bien mi propuesta.

La hora de abrir la tienda puso fin a la discusión sin que lograsen ponerse de acuerdo ni surgiera una idea mejor.

Consuelo llevó a Lucie a un hotel y pasó con ella una noche en blanco por los dolores que la aquejaban debido al síndrome de abstinencia. Necesitaba hablar con su madre y pedirle ayuda. Valoraba la idea de llevarla a vivir con ellas, pero algo en su interior le decía que no era la mejor idea. Tampoco podía dejarla sola en el hotel en esas condiciones. Temblaba como una hoja. Consuelo la acarició como quien calma a un animal enfermo, porque el deseo había desaparecido. No era el aspecto que presentaba lo que la alejaba de ella, sino su escaso compromiso con todo lo que no fuese placer. De hecho, pensaba Consuelo, esa búsqueda ha sido lo que la ha llevado a donde está ahora y, como todos los drogadictos, espera que alguien la saque del hoyo en el que se ha metido.

—Lucie. Tengo que salir, pero no me atrevo a dejarte aquí porque no me fío de ti.

—No me moveré... Te lo prometo. Pero recupera mi guitarra... Es lo único que tengo. Es mi vida —dijo de forma entrecortada.

La promesa de regresar con la guitarra consiguió apaciguarla. Antes, Consuelo acudió a una farmacia para comprar algún medicamento que la mantuviese dormida. Al regresar al hotel con el medicamento que le habían proporcionado, Lucie se estaba vistiendo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—¿Y mi guitarra? —fue su respuesta.

—No traeré tu guitarra si no vuelves a la cama. Tómate esto y te encontrarás mejor.

—Tengo que ir con los míos, Consuelo. ¿No lo entiendes? Ellos tienen lo que necesito para estar mejor, pero me hace falta dinero.

—No pienso darte dinero. Iré a por tu guitarra y la traeré al hotel. ¿Adónde ibas?

—A la taberna, a buscar mi guitarra.

—Lucie, no te la va a entregar si no le llevas el dinero que le debes.

—Consuelo le tendió un vaso con agua y dos pastillas diferentes: un somnífero y un calmante.

Esperó junto a ella hasta que comprobó que estaba dormida y salió presurosa del hotel.

Leonor no estaba preocupada, pero sí inquieta por su hija. Temía que la hubieran detenido, pues cuando no acudía a dormir, siempre le avisaba. A pesar de ello, no le dijo nada cuando la vio entrar. Desayunaba leyendo un libro cuando Consuelo hizo su aparición.

—Lo siento, mamá. No pude llamar anoche. Cuando quise darme cuenta era muy tarde.

—No pasa nada, hija. Como la calle está tan revuelta, decidí no salir y quedarme viendo la televisión. Me está ayudando mucho a mejorar mi acento francés, que es penoso.

—No tanto, no tanto... Eres un lince. Has progresado muchísimo en poco tiempo.

—Tampoco tengo nada mejor que hacer. ¿Te ocurre algo? Te noto preocupada.

Creyó llegado el momento de sincerarse con su madre. No se merecía engaños y menos si iba a pedirle ayuda.

—Tengo que hablar contigo, mamá. Hace mucho que debería haberlo hecho y no ahora que necesito tu ayuda.

—Hija mía, si vamos a eso, yo debería haberte ayudado hace muchos años y a lo mejor ahora no estaríamos aquí. A veces echo de menos Madrid. ¿Tú no?

—Mucho. Y a Laura. Por cierto, hace mucho que no hablamos con ella. ¿Le sucederá algo?

—Me temo que sí: está embarazada. Lo he pensado y en cuanto se normalicen las cosas quiero ir unos días a Madrid. Necesito arreglar unos asuntos en el banco y dar una vuelta a la casa. A lo mejor la pongo en alquiler, pero antes necesito guardar algunos muebles de anticuario que tenemos. A ver si termina ya esta revuelta y la vida vuelve a la normalidad. Además, quiero ver la forma de ayudar a Laura.

A esas palabras Consuelo no respondió. Lo que su madre llamaba «la normalidad», sería el fracaso de la protesta. Ella esperaba algunos cambios en la política del Gobierno. No podía ser que los sueldos fuesen cada vez más escasos para adquirir bienes de consumo diarios, como eran la comida, la vivienda, la enseñanza y muchos otros aspectos de la vida cotidiana, y por encima de todo, la igualdad para la mujer y un gobierno que contemplase a las minorías sin despreciar a todo aquel que no obtuviera una representación parlamentaria. Por muy pequeño que fuese el porcentaje de votantes, todos tenían derecho a participar de la vida política y a que sus reivindicaciones fuesen oídas. Leonor preguntó:

—¿Qué es lo que tienes que decirme?

Lo soltó sin pensarlo más. Sería mejor comenzar por el final y rellenar los huecos.

—Soy lesbiana, mamá.

Leonor se cuidó mucho de decirle que ya lo intuía. En realidad, no lo sabía a ciencia cierta, pero hacía mucho tiempo que lo sospechaba. Intentó dar una respuesta que tranquilizase a su hija.

—Eres mi hija. Eso es todo lo que me interesa. Eso y saber que cuento contigo. Lo demás... Por otra parte, no me sorprende lo que me dices, y si quieres contarme algo, hazlo. Siempre tendrás mi apoyo, que bastante me arrepiento del tiempo en el que no te lo ofrecí.

Sin omitir detalle, Consuelo le contó a su madre lo acontecido con Lucie hasta el día anterior, cuando la encontró en un momento en el que ya no sentía nada por ella... Nada que no fuese lástima al ver en lo que se había convertido.

Leonor la escuchó sin interrumpir, por más que en algún momento las lágrimas resbalaron silenciosas por su cara al saber el sufrimiento que había vivido.

—Consuelo, hija. Esta es tu casa y si quieres traerla aquí puedes hacerlo, pero no te lo aconsejo. Si todavía estuvieras enamorada de ella, no te diría esto, pero dado que lo único que te mueve es ayudarla a salir de las drogas, lo mejor será que busquemos un centro especializado y la ingresemos en él.

—Yo también lo había pensado, pero eso costará caro y no me atrevía a planteártelo.

—Todo lo que poseo es tuyo. No quiero que esperes a que me muera para disponer del dinero. Ahora no. Hace unos años tal vez no hubiera hablado así, pero no soy la misma y tú lo sabes.

—Lo sé, mamá, y créeme que siempre te estaré agradecida. Me has devuelto la libertad, porque no nos engañemos, el dinero nos la da. Al menos aquí. En España lamentablemente ni siquiera el dinero.

—No perdamos tiempo y vamos al banco para sacar lo que necesitas. Primero, para recuperar su guitarra y luego, para pagar el centro en el que ingresar a tu amiga. ¿Conoces alguno?

—No. La verdad es que pensaba llamar a Marie. Ella trata con todo tipo de personas y seguro que se ha enfrentado antes a este problema.

—Pues vámonos. En cuanto a Laura, no quiero demorar mi viaje a Madrid. Tenemos que ayudarla.

No sabía lo que su madre había hablado con Laura. Seguro que el hijo era de Juan, se veía venir, aunque ignoraba si su amiga le había contado toda la verdad sobre su condición de sacerdote. Hablaría con ella, pero el problema de Lucie ocupaba todo su tiempo y fue demorando la conversación.

Mediaba junio cuando Leonor creyó llegada la hora de viajar a Madrid por unos días. La ausencia de noticias de Laura le preocupaba. A tenor de la tremenda represión que suscitaron en España las protestas de mayo, no se atrevía a llamar por si la Policía ataba cabos y relacionaban su estancia en Francia con su hija. A mediodía del 12 de junio, entraba de nuevo en su casa de Madrid. El olor a cerrado y los recuerdos le causaron una honda impresión. La foto de Laureano en una de las mesitas pobladas de portarretratos fue lo primero que vio; la de sus padres, sonrientes y siempre juntos; Consuelo vestida de primera comunión con su habitual seriedad y cara de fastidio cuando le ponían «perifollos», como ella decía. Laureano y ella el día de la boda. Todas las imágenes posaban de forma tan artificial como sus sonrisas, tal vez por la tardanza del fotógrafo en encontrar la postura adecuada. Los recuerdos salieron a recibirla y le afectaron más de lo

que pensaba.

Su casa... En la que había sido feliz y desgraciada, la recibía fría y llena de un polvo que cubría de blanco los oscuros muebles que la habitaban. Lo primero que hizo fue correr a llamar a Laura, no sin antes ir a la cocina a por un trapo para limpiar el teléfono, que ni siquiera había dado de baja. Todo estaba igual, menos ella.

—¿Laura? Soy Leonor. ¿Te apetece tomar un café?

—¡No puede ser! ¿Eres tú? ¿Estás en Madrid! ¡Alabado sea Dios! No sabes la de veces que he pensado en vosotras. Pero mejor lo hablamos en persona. En media hora estoy en tu casa. —Leonor no tuvo tiempo para decirle que la casa estaba inhabitable, pero ya lo vería cuando llegase.

Las precauciones eran inútiles. La policía no mantenía ningún control sobre Consuelo, a la que daban por muerta después de que el inspector que llevaba el caso, el mismo al que Laureano había pagado una cantidad estratosférica para permitir la fuga de su hija, fuese informado del encuentro de la prófuga con los nazis de Perpiñán. No hallaron nunca su cuerpo, pero en las condiciones que la habían dejado no podría haber ido muy lejos. Ese ya no era un problema, pues aun en el supuesto de que hubiera logrado sobrevivir, a España no había vuelto, y eso era lo único que ahora preocupaba a la policía. Bastante tenía con el polvorín que se encontraba a diario entre huelgas, manifestaciones, encierros en iglesias y facultades, barricadas, destrozos en las calles y el ambiente de revolución que se respiraba por doquier. El Ministerio de la Gobernación se hallaba desbordado a pesar de la dureza del ministro Camilo Alonso Vega, un fiel servidor de Franco que antes había reorganizado a la Guardia Civil, protagonizado su lucha contra los maquis. Su mano férrea no lograba parar a los disidentes de la dictadura y la calle hervía en protestas, que ya no provenían solo de los universitarios, sino de toda la sociedad.

El foco de la lucha ya no provenía de «los rojos», porque estos se habían dividido en otros grupos que no aceptaban la política de perdón y reconciliación que propugnaba el secretario general. La escisión comunista, que se hacía llamar Partido Comunista de España Marxista Leninsta y utilizaba las mismas siglas, pero dejando claro que no renunciaba a la lucha armada; el denominado grupo PCE-ml, no era muy numeroso, pero sí violento. La izquierda vivía un momento crítico en el que los comunistas se fragmentaban como consecuencia de la invasión a Checoslovaquia, entre otros factores y la búsqueda de la separación de la Unión Soviética. Se gestaba el eurocomunismo y la Policía española no estaba preparada para combatir tantos frentes. Los anarquistas y su sindicato

CNT, por su parte, veían en los disturbios callejeros la única forma de llamar la atención. Leonor utilizaba todo su tiempo libre para ampliar sus conocimientos sobre política y, en ese momento, nada escapaba a su observación. En París su curiosidad no encontraba los límites que en España imponía la censura, lo que le permitió leer obras que no hubieran estado a su alcance en Madrid; gracias a esos libros, sabía de lo que hablaban los sucesos que leía en la prensa.

Abrió la puerta deseosa de ver a Laura. De nuevo las lágrimas bañaron sus rostros. A los niños se les decía que llorar era de mujeres y al ver a las dos abrazadas nadie dudaría en pensar que era así. Leonor se dio cuenta inmediatamente de que Laura estaba distinta.

—Y Consuelo. ¿Está bien?

—Con sus líos y sus cosas, pero bien. Ahí sigue intentando cambiar el mundo, aunque sea en un país que no es el suyo. Yo creo que si no anduviera metida en alguna lucha no podría vivir. No sé qué va a hacer si un día cambian las cosas —rio.

—Nunca cambiarán lo suficiente para que el mundo sea más justo. Los que tienen el dinero no lo van a repartir y mucho menos el poder.

—Bastaría con una profunda reforma y que hubiese menos plusvalía para que todo fuese más justo.

—¡Pero qué estás diciendo, Leonor! No me digas que te has vuelto marxista.

—No, hija, no. Lo que pasa es que no hago otra cosa más que leer y dar algún paseo. Sigo con mis clases de francés, pero ya lo hablo con soltura y me desenvuelvo de maravilla.

—¿Le has contado lo de mi embarazo?

—Sí. Me dijo que te llamaría. ¿No lo ha hecho?

—No, por eso te lo decía. Me ha extrañado.

—Es que... Pero prefiero que te lo cuente ella. Anda metida en un problema que, por una vez, no es político.

—¿Qué le pasa? No me dejes así. Quiero saber lo que le sucede. ¿Se ha enamorado?

—Habla con ella, Laura. La llamaremos. No me gusta hacer de correveidile.

—Está bien. Vamos a llamarla.

—Ya lo haremos luego. Mira cómo está todo.

Lucie intentó escaparse del centro en el que Consuelo la había internado, un espacio rodeado de jardines con personal especializado en adicciones, costado por Leonor. Le había llevado su guitarra y con ella al hombro la encontraron intentando saltar una de las tapias que rodeaban el jardín, levantada para evitar situaciones como esa. Uno de los vigilantes impidió su huida, por lo que los responsables del centro recurrieron a una medida impopular que solo empleaban en situaciones extremas: encerrarla con llave en su habitación, después de eliminar todo objeto con el que pudiera hacerse daño.

Consuelo iba a verla cada dos días. Aquella tarde, cuando el director le advirtió el intento de fuga, se encaró con ella afeándole su conducta.

—Eres una irresponsable y una desagradecida. ¿Tú sabes el dineral que le cuesta esto a mi madre?

—Nadie te lo ha pedido. Lo único que te pedí fue un poco de dinero y tú me encierras aquí. No necesito ni tu ayuda ni la de tu madre. Quiero irme ¿me entiendes? Quiero recuperar mi libertad.

—¿De qué libertad me hablas? Tú no volverás a ser libre hasta que superes tu adicción. Eres prisionera de una droga que te está destruyendo.

—Eso es asunto mío. Yo no te pedí ayuda. Si no querías darme dinero, haberlo dicho, pero meterme aquí a traición...

Hasta cierto punto Lucie tenía razón. Consuelo la había conducido al centro con engaños, diciéndole que la llevaría a vivir a un chalé rodeado de jardines, donde no le faltaría nada. Pero le faltaba lo único que le importaba: la heroína. El tratamiento con paliativos para reducir los dolores del «mono» disminuía la dosis a medida que el organismo superaba el síndrome de abstinencia. La terapia psicológica intentaba introducir nuevos valores y despertar la motivación de los internos.

En el caso de Lucie, su rebeldía y la falta de interés conducían al fracaso todos los intentos del equipo debido a su falta de cooperación. Al ir a verla le dijeron en la recepción que el director del centro quería hablarle. Un celador la condujo por un pasillo que le pareció interminable. ¿Le habría pasado algo a Lucie? Entraron en un despacho donde una enfermera, al saber quién era, le rogó que se sentase para anunciar su visita. Acto seguido se dirigió hacia una puerta y, tras una breve llamada con los nudillos, franqueó la entrada a Consuelo.

—Lamentándolo mucho su amiga no puede seguir aquí. No colabora y se niega a recibir terapia psicológica. Hemos abortado varios intentos de fuga y no podemos mantenerla en régimen aislado. Esto no es una cárcel, sino una clínica, y su actitud perjudica a los demás pacientes —le advirtió tras el saludo

protocolario.

—¿Y qué podemos hacer? Porque no puede sobrevivir por sí misma en el estado que se encuentra.

—Creo que este no es lugar para ella. Aquí ingresan personas que quieren superar su dependencia, pero Lucie no quiere. Ese es el problema. Además, los especialistas han diagnosticado un brote tardío de esquizofrenia. Me parece que sería más adecuado ingresarla en un centro psiquiátrico, pero usted no puede hacerlo al no ser familiar suyo.

—Déjeme al menos un día de plazo para ver qué hago. ¿Puedo volver a hablar con ella?

—Por supuesto. Está encerrada para que no se escape, pero le repito que esto no es una prisión. Tiene usted veinticuatro horas. Mañana espero que venga a buscarla.

Lo único que podía hacer por Lucie era llevarla al asentamiento de su grupo de *hippies*, en el que vivía cuando la encontró en la taberna del Barrio Latino. Necesitaba hablar con ella para saber a qué grupo se había unido, porque existían varios. Lucie estaba sentada sobre la cama y cuando la vio entrar su mirada no fue precisamente de alegría. Consuelo le explicó su conversación con el director y la necesidad de sacarla de allí al día siguiente. Comprendió entonces que su amiga, su antiguo amor, estaba más al borde del abismo de lo que ella había querido ver. Una vez que Lucie le dio las señas de la comuna donde vivía, salió del hospital dispuesta a arreglar aquel problema de una vez por todas. Donald, se hacía llamar el que se había erigido en *jefe* del grupo, aunque ellos en su ideario preconizaban la abolición de las jerarquías. Una contradicción de las muchas que acumulaban.

—Aquí siempre será bienvenida —le respondió cuando le advirtió que en unas horas regresaría con ellos—. No vendría mal que nos dé usted un pequeño donativo para costear sus cuidados.

—Esos cuidados que usted dice supongo que no incluirán sufragar los gastos de la droga que la está matando.

—Es su libertad, *madame*.

No respondió. Salió de allí con la tristeza que la atenazaba desde que la encontró. Era muy duro ver cómo había terminado una historia que para ella había representado tanto. El dolor por saber que Lucie no era la mujer libre que había conocido, esa joven alegre y decidida... Se sentía culpable por haber retomado su vida sin tener en cuenta que, para Lucie, su vida era ella. «He dedicado toda mi vida a la liberación de la mujer, a conseguir la igualdad y los

mismos derechos de los que gozaban los hombres y me he portado como un marido convencional. ¿Lucie me pidió demasiado? Tal vez la utilicé para salir del pozo que me hallaba, tal vez debería...».

Regresó al centro para recoger a Lucie acompañada por los remordimientos, pero se sumó un nuevo problema. De nuevo fue citada al despacho del director. El médico la recibió y con voz grave, mirándola fijamente a los ojos, empezó a hablar.

—Su amiga está embarazada de cuatro meses. El niño puede nacer con síndrome de abstinencia o con graves malformaciones respiratorias, cardíacas e incluso, cognitivas. Debería conseguir ponerse al habla con su familia para que alguien se haga cargo de ella y cuide su alimentación y, por descontado, suprimir el consumo de heroína.

—¿Embarazada? ¿Ella lo sabe?

—Imagino que sí. Es algo que cualquier mujer sabe de sí misma por muy drogadicta que sea.

Lucie estaba en posición fetal, amodorrada por los calmantes administrados para reducir sus dolores musculares. Ni siquiera se dio cuenta de que la puerta se abrió y que Consuelo se acercaba a ella, hasta que acarició su cabeza hablándole con ternura.

—Lucie, cariño. Te voy a sacar de aquí, pero antes quiero que sepas algo muy importante.

—¿Me darás dinero?

—Sí. Te daré dinero. No te preocupes por eso, pero antes me gustaría que hablásemos.

La promesa del dinero devolvió la sonrisa a Lucie, que se incorporó en la cama como si un resorte le hubiera insuflado vida.

—¿Sabías que estabas embarazada?

—Sí. Claro. Esas cosas se saben. —Esbozó una sonrisa.

—Tú sabes que lo que te metes al cuerpo hace daño a tu bebé.

—Y qué importa eso ahora. Mi bebé vendrá a un mundo de mierda que le hará más daño del que yo pueda hacerle.

Capítulo 26

—Laura, querida, no sabes cuánto me alegré de tu embarazo, aun reconociendo que tienes un grave problema, supongo que estarás contenta. —Mientras hablaban, Leonor cogió la mano de Laura que descansaba sobre el sofá que ocupaban, al que Leonor había quitado la sábana que lo cubría.

—¡Cómo voy a estar contenta! Sabes la que se me viene encima. Me quedaré sin clientas en cuanto se me note. Felipe era muy querido en el barrio, lo mismo que su padre. Para la gente será como si lo hubiera traicionado. Empezarán a pensar que soy una cualquiera. No sé qué hacer, Leonor. Estoy desesperada.

—Cásate con Juan. ¿O es que es casado?

Estaba visto que Leonor no sabía nada o lo había olvidado. Laura no midió el alcance de sus palabras cuando respondió.

—Leonor, por Dios. Juan es sacerdote.

De repente Leonor se sintió «doña Leonor». ¿En qué se estaba convirtiendo la sociedad? Su hija enamorada de una mujer sin oficio ni beneficio y para más inri, drogadicta. Ahora la mejor amiga de su hija, viuda, aparecía embarazada y le decía sin sonrojarse que el padre era un cura. Pensó que por fortuna Laureano se había ahorrado una buena decepción. ¿Y ella? Su formación política había sido abierta. Sus padres jamás le prohibieron ninguna lectura, pero tampoco sintió interés en aquellos días por las distintas formas de gobernar el mundo. No estaba de acuerdo con el franquismo. Pensaba que se gobernaba con demasiado odio, no por el bienestar de todos, sino para perpetuarse en el poder. Se preguntaba si la humanidad estaba preparada para hacer uso de su libertad. Consuelo luchando en otro país, sabiendo que lo que lograra no sería para su patria, sino para unos señores que, hasta hacía dos años, no eran más que el país vecino.

Y Laura... De Laura no le extrañaba. No estaba hecha para la lucha política ni para la soledad. No le extrañaba en absoluto que se hubiera enamorado del primer hombre decente que se le hubiera cruzado en el camino, pero de un cura... Sin embargo, cuando Laura le contó las circunstancias por las que Juan había pasado y el porqué de su abandono del sacerdocio, creció su decepción. Una sociedad así no merecía su respeto, pero el caso de Juan ella sí podía arreglarlo. Usaría las influencias que le quedaban para conseguir que Laura se casase con él. El dinero también abría las puertas de las iglesias, lo mismo que las de las comisarías.

—No te preocupes. Yo te ayudaré. No estaré mucho tiempo por Madrid, pero ya hablaremos. He dejado a Consuelo en medio de una situación complicada para ella. Ya te lo contaré.

»Hablando de otra cosa, ¿no conocerás tú a dos mujeres que quieran dejarme esto en condiciones? —Leonor extendió los brazos señalando el desolador escenario de polvo blanco que las rodeaba.

—Desde luego que sí. Mañana mismo te las mando, pero ahora mejor nos vamos. Tienes razón, esto está imposible.

Salieron de casa hacia una cafetería discreta donde después de servirles el café que habían pedido pudieron hablar con tranquilidad. Leonor expuso lo que había pensado hacer. Las soluciones aportadas por su amiga y la charla hicieron que poco a poco Laura se fuera tranquilizando. Ella sabía que Juan nunca volvería a ser cura.

—Date prisa, por favor. ¡Vámonos de aquí! No lo resisto ni un minuto más. Odio este sitio, a esta gente que se cree por encima de todo, solo porque llevan una bata blanca. Te hablan como si mascasen chicle, y no te mandan a la mierda porque este es un sitio de pago. Si fuese público me habrían pegado dos hostias.

—Calla, Lucie, por favor. Ya nos vamos. O te comportas o no te doy ni un franco.

Era el mejor sedante para Lucie. La palabra dinero no tenía para ella el mismo significado que para los demás. Suponía el fin del sufrimiento, de un desasosiego que recorría cada uno de los rincones de su cuerpo y se concentraba en un punto como un inmenso mar de terror. Una papelina le devolvía la paz.

La dejó en su comuna después de darle algunos francos. Por suerte no le había contado dónde vivía. No quería volver a verla. Tal vez fuese injusta, pero no podía asumir la responsabilidad a tiempo completo, que es lo que necesitaba

Lucie. No podría seguir con sus compromisos políticos ni laborales. Ella se comería todo su tiempo. ¿Y el niño? ¿Por qué tendría que importarle a ella ese niño?

De repente, como una ráfaga fría, el recuerdo de la lucha por recuperar otro niño, hijo de una mujer a la que apenas había tratado, sacudió su conciencia. Ese fue el fin de su militancia más o menos tolerada por la Policía. Y ahora se le ocurría pensar «¿Qué tengo yo que ver con ese niño? ¿Y con su madre? Sí. Con su madre sí, mucho más que con Macarena, que era una pobre mujer que vino a pedirme ayuda. En cambio, un día yo fui esa desgraciada, aunque no estuviese embarazada, pero estaba sola, perseguida, sin vida... y Lucie me brindó su ayuda...»

Se martirizaba comida por la culpa. No era solo la culpa por dejar tirada a una persona que en su día le ayudó a salir de la peor situación que había vivido. La culpa también enraizaba con la sorpresa de ver que ya no la amaba. Le parecía imposible no sentir la más mínima atracción por unos ojos que, no hacía tanto tiempo, la hipnotizaban. Decidió ayudar a Lucie y a ese hijo que esperaba.

Al menos ya se había acostumbrado a volver a vivir con su madre, la misma que le había hecho tanta falta siempre, pero la encontró cuando más la necesitaba. No había hablado demasiado de su homosexualidad, aunque Consuelo estaba segura de su opción; ahora que lo sabía, no volvería a tratar de engañarse. No buscaría un nuevo amor, pero si lo encontraba, no sería en un hombre, de eso estaba segura.

Las palabras de Leonor habían tranquilizado a Laura. Dijo que le ayudaría y la creía capaz de todo. Juan, en cambio, tenía miedo. Un miedo casi atávico al pasado, a lo que había visto y lo que había prometido ser, pero que ya no era, por mucho que en algunos papeles y libros de registro infinitos que tenía la Iglesia apareciese su nombre. Dios debía saber que el alma humana no tiene que ser perfecta, que se puede equivocar y Él mismo dijo que se le podía servir desde cualquier sitio. Sería un buen padre y si conseguía la libertad de nuevo. Sería un buen esposo. Eso también era servir a Dios. A pesar de estos pensamientos, tenía miedo.

Leonor no. Esperó dos días antes de encaminar sus pasos en pos de sus objetivos para solucionar los problemas de Laura, o los de Juan, que para el caso era lo mismo. Primero iría a la Dirección General de Seguridad a ver al secretario del ministro, que había trabajado para su padre, porque hasta que la

guerra terminó con su pequeño taller de joyería trabajó para él como orfebre. Ahora era comandante secretario.

—¿Qué tal está usted, don Jacinto?

—Encantado de verla, señora. ¿Ha estado de viaje? No la hemos vuelto a ver desde... Desde lo de don Laureano, que en gloria esté. ¡Qué episodio tan triste!

—Supongo que no habrán cogido a los que lo hicieron...

El comandante se sintió azorado. Mientras buscaba una respuesta, Leonor continuó hablando para que su interlocutor pudiera soltar el aire acumulado.

—No he venido por eso... Verá, es un... Es un asunto muy delicado. ¿No podemos hablar en un lugar más discreto?

—Claro, doña Leonor. Venga usted a mi despacho.

»Amelia, no me pase ninguna llamada. Si es el ministro, sí me lo pasa, claro está.

El despacho no invitaba a mucha intimidad por sus dimensiones y las de los muebles que lo poblaban. Las cortinas de terciopelo granate, las fotos del Caudillo, José Antonio, el general Mola y un enorme crucifijo en medio, decoraban las paredes, y alguna pintura marina que parecía dibujada a plumilla.

—Son míos —dijo señalando un barco que parecía a la deriva—. Me gusta mucho pintar y en mis ratos libres me entretengo con eso. Pero usted dirá.

—Don Jacinto. ¿Qué podría pasarle a un cura si se ha escapado de donde ejercía el sacerdocio?

—Por nuestra parte, nada. A menos que la Iglesia nos pida que lo busquemos, cosa que no suelen hacer para no levantar escándalo y que no cunda el ejemplo.

—¿Con quién debería hablar para que las cosas se arreglen de una forma civilizada?

—Déjeme mirar... ¿De qué diócesis estaríamos hablando?

—Barcelona.

—Barcelona, Barcelona... A ver a quién tenemos allí. —Abrió su cajón y sacó una especie de guía telefónica encuadernada con pastas duras.

Mientras el secretario buscaba a los prelados de la diócesis catalana, Leonor se paró a pensar para qué tendría el secretario del ministro de la Gobernación un registro encuadernado de todos los mandamases de las diócesis de España.

—No tenemos unas relaciones muy fluidas con los prelados catalanes, pero desde aquí podemos buscar soluciones. Ya sabe usted que con dinero se

consigue todo, y no lo pido para mí, doña Leonor. Pero la solución pasa por los que se prestan a todo con tal de ganar algo extra. Son los de abajo los que mejor nos pueden ayudar.

—Por eso no se preocupe, don Jacinto. Ya lo esperaba. ¿Qué me propone?

—Para poder hacer algo primero tengo que saber de quién se trata. ¿Lo conoce usted?

—Sí. Es un viejo conocido, pareja de una buena amiga. El problema es que se ha quedado embarazada y ella es viuda. Si no se casa será un escándalo y eso hundiría su vida y la del futuro hijo. No podemos permitirlo. Al fin y al cabo, ese hombre lo único que ha hecho es salir huyendo del horror de un orfanato en el que se maltrataba a los niños.

El comandante miró a uno y otro lado como si buscase oídos invisibles, soltó una tosecilla nerviosa acompañada de una sonrisa falsa y prosiguió.

—¿Tiene alguna documentación?

—Eso yo no lo sé, pero me puedo enterar.

—Si no tiene usted inconveniente, yo iré a su casa con un equipo y haremos un carné de identidad «legal» asignándole un nuevo número. En el momento que esté archivado en la Comisaría General de Documentación, será como si lo hubiera obtenido de forma convencional.

—Usted dirá los pasos a seguir. Le quedaré eternamente agradecida.

La partida de bautismo, otro requisito legal imprescindible para el matrimonio, se solucionó eligiendo como pueblo de nacimiento uno de los muchos a los que la guerra había dejado sin registros cuando quemaron la iglesia. Una vez más el dinero, abría las puertas y en esta ocasión, la libertad de Juan.

Agosto dejó desierto París. Las protestas habían cesado, los heridos en las calles por la policía, lamían sus heridas pensando que había valido la pena. Algunos detenidos regresaban a sus casas y el orden reinaba de nuevo en la ciudad. Los heridos se curaban y los muertos se silenciaban. La comuna en la que vivía Lucie también abandonaba la capital para iniciar un recorrido por los pueblos costeros, en los que el turismo compraba sus «artesanías», ávidos por la novedad de la oferta y atraídos por el colorido de los vendedores. El que parecía estar al frente del grupo al que pertenecía Lucie, hablaba con Consuelo en una de las muchas visitas que hacía para abastecer a su amiga de alimentos y darle algún dinero, la única ayuda que podía prestarle. Lucie no quería ni oír hablar de

centros de atención ni siquiera para un reconocimiento de su embarazo. Su palidez asustaba y Consuelo lo único que podía hacer por el feto era cerciorarse de que seguía vivo, palpando su vientre. El embarazo entraba en su sexto mes, pero la gestación apenas se notaba.

Donald, el gurú que comandaba el grupo, salió al paso cuando Consuelo abandonaba la acampada después de ver a Lucie.

—*Madame*, nos marchamos de aquí. Nos queda mucho camino y nosotros lo hacemos andando y algunos tramos en tren. No creo que su amiga pueda resistirlo. Si de verdad tiene interés por ella será mejor que la convenza para quedarse con usted o buscarle un sitio para vivir.

Consuelo miró al individuo vestido con una túnica de colores, sandalias confeccionadas por ellos con suela de goma y tiras de piel, cosidas de cualquier manera, teñidas también de colores fuertes y estridentes. Un enorme collar de cristales multicolores engarzados con alambres, con el símbolo del amor libre en latón, colgaba de él.

—Eso es lo que yo quisiera, pero usted sabe que no quiere.

—Pues tendrá que querer. Con nosotros no puede seguir en el estado que se encuentra.

—Pues dígaselo usted. No pretenderá que asuma yo el problema.

—Ya se lo hemos dicho y su respuesta es que no tiene dónde ir.

—¿Cuándo piensan marchar?

—Ya tendríamos que habernos ido. Todo se está retrasando por falta de recursos para pagar el transporte. Si usted quisiera echarnos una mano...

Consuelo no respondió. Lo más que pudo hacer fue contener la ira que le producía la desfachatez de aquel individuo. Todo lo que logró para no abofetearlo fue dar media vuelta y dejarlo con la palabra en la boca. Aún le oyó decir:

—No se olvide de su amiga. Se quedará en la calle.

Necesitaba hablar con su madre cuanto antes. Estaba segura de que contaría con su ayuda. A menudo se preguntaba qué habría sido de ella si no la hubiera encontrado. La miraba en su recuerdo como esa mujer que evitaba el enfrentamiento con su padre y lamentaba con todo su ser no haber sabido comprenderla más allá de su silencio cómplice, aunque en el pasado no lo hubiera valorado. Abatida, llegó a su casa. Leonor la esperaba risueña. El viaje a Madrid había renovado su energía.

—He hablado con Laura. Se casan la semana próxima, pero ya le he dicho que me será imposible ir a su boda, aunque me gustaría, te lo aseguro. ¡Menudo

campanazo! Está ya de cuatro meses. Espero que cuando pase un tiempo de casada se olviden de todo. Ya sabes que las cotillas tienen la vida muy corta si nadie las apoya y me parece que a Juan le tienen mucho aprecio.

—Pues ve. No te prives de hacerlo tú que puedes. No sabes la envidia que me da. En cuanto a lo que dices sobre su embarazo... ¡Ojalá sea así!

—Hace mucho calor, hija. Ya no soy tan joven para andar arriba y abajo.

La miró con infinito cariño. Sí. La mujer que tenía ante ella se iba haciendo mayor. Su espalda comenzaba a encorvarse y las arrugas de su rostro avisaban del paso del tiempo.

—Tú siempre serás joven, mamá. No digas eso.

—No hija, no. Los años pasan y aunque no lo creas, estoy cansada. Parece mentira en un año el bajón que he dado.

—Pues de esta semana no pasa que te vea un médico.

—Ni lo sueñes. A mí lo que me pasa es que me estoy haciendo vieja —rio—. Eso no hay médico que lo cure. —Leonor miró a su hija—. A ti te pasa algo. Ven, siéntate un rato conmigo y cuéntame lo que sucede. Se trata de Lucie, ¿verdad?

Hablaron y Consuelo se quitó la coraza de mujer fuerte que siempre había exhibido y dejó que las lágrimas bañasen su rostro mientras hablaba. Leonor la escuchaba en silencio haciendo esfuerzos por no acompañarla en el llanto. Su hija también se hacía mayor. Las arrugas comenzaban a surcar su cara. Primero habían aparecido alrededor de sus ojos y ahora amenazaban su sonrisa; el sufrimiento de tantos años marcaba el rictus de su boca y aquella sonrisa, que no llegaba a serlo en muchas ocasiones. Al terminar de escuchar el sufrimiento que corroía su alma por la suerte de Lucie y el hijo que esperaba, no dudó en prestarle ayuda.

—Consuelo, hija, tráela a casa si quieres. Ya sé que te había dicho que no sería una buena idea, pero la situación no es la misma. La vida de un inocente está en juego y no podemos permitir que sufra más de lo que ya lo hace, encerrado en una madre a la que no le importa su suerte.

—¿Te das cuenta de que cuando nazca tampoco tendrá dónde ir?

—Desde luego que me doy cuenta. Además, será un niño enfermo. Ya sabes lo que sucede con los fetos cuando la madre consume drogas.

—Lo sé. Creí conocer a Lucie, pero la persona en la que se ha convertido es una completa desconocida. No me extrañaría que salga corriendo en cuanto dé a luz y abandone a su hijo.

—Me resistía a decírtelo, pero es lo que estaba pensado. ¿Qué haremos

con el niño?

—No lo sé, mamá. No lo sé... Todo esto me sobrepasa.

Leonor supo que su hija sería madre sin parir. La conocía demasiado para no pensarlo, aunque solo acertó a decir:

—Ya lo pensaremos, ahora ve a buscarla y cuidaremos de ella el tiempo que haga falta y de ese niño, por supuesto.

Capítulo 27

Los hijos nacieron con poco tiempo de diferencia, pero doña Caridad, la madre de Laura, no llegó a conocer a su primer nieto. Mediaba septiembre de 1968 cuando Laura recibió una llamada de la residencia en la que se encontraba advirtiéndole que su madre había fallecido durante la noche.

—Ha muerto mientras dormía —fueron las palabras de la monja que le comunicó la noticia.

El cartel «Cerrado por defunción» que puso Juan en la persiana metálica de la tienda fue suficiente para que todo el barrio se enterase de la triste noticia. Laura, que intentaba disimular como podía su incipiente barriga, recibía paciente el pésame de la clientela. De nuevo el color negro volvía a su vida y le recordaba la muerte de Felipe, de la que pronto se cumplirían cinco años. Comida por los remordimientos recibía las condolencias con la mirada ausente y rota de dolor. No sufría por lo que había perdido, sino por lo que nunca tuvo, porque ni siquiera contó con sus caricias en los días en los que las dos luchaban por sobrevivir huyendo de las bombas en un Madrid lleno de escombros, y en el que buscar algo de comer era el único objetivo. Aquellos días en los que, a pesar de su corta edad, era Laura la que debía consolar a su madre, que se encerraba en su característico mutismo. No había besos ni abrazos a la hora de dormir en un camastro sin sábanas, cubierto apenas por un trozo de manta de arpillera que le habían dado los vecinos.

Casi no quedaba gente alrededor del féretro descubierto en el que descansaba su madre, a la que la muerte no le había cambiado el rictus de amargura que siempre le conoció. Laura lloraba en silencio manteniendo un diálogo que no llegaba a salir de sus labios y solo discurría en su pensamiento. Juan, con su característica mano izquierda, logró arrastrar a las tres mujeres que permanecían en el salón, donde habían colocado el ataúd y allí quedó Laura ante

él, mirando con desconsuelo el cadáver. «Ya descansa usted, madre. Ya no tendrá que sufrir más y yo me quedaré con la pena de que no haya conocido a su primer nieto, que a lo mejor le hubiera arrancado esa sonrisa que tanto eché de menos. Ahora se reunirá con padre y yo me quedaré sin saber si alguna vez me quiso usted, si acaso su reseco corazón era capaz de hacerlo. Yo sí la quise y siempre intenté acercarme a usted, pero nunca logré sus caricias; los besos que intenté darle antes de que apartase su cara, nunca obtuvieron respuesta. ¿Por qué, madre? ¿Qué secó su alma?».

Estalló en sollozos sordos agarrada a la caja mortuoria, hasta que Juan se acercó a ella arrancándola de allí.

—Vamos, Laura, cariño, cálmate. Tu madre descansa ahora en paz. Se ha acabado ese sufrimiento que arrastraba en su alma y que nadie podía paliar.

—Es muy triste, Juan. No puedo evitar pensar en ella buscando un momento dulce para recordar y no lo encuentro. ¡Es muy triste!

Juan guardó silencio. El velatorio, que duró toda la noche, la dejó exhausta y el entierro, a las doce de la mañana, cerró una vida solitaria y triste que dejaba en el alma de su hija un poso de amargura unido al dolor de su pérdida. En esos momentos todo le recordaba a Felipe: el luto, las colas de gente pugnando por darle el pésame, las miradas de reojo cuando Juan se acercaba a ella para consolarla... Todo el barrio sabía que se había casado apenas un mes antes del suceso y las maledicencias circulaban a su alrededor mirando su cuerpo, en el que se adivinaba una nueva vida, aunque a Laura ya no le preocupaba lo que pudieran decir. Ya no.

El luto y la conmiseración que despierta la muerte alejó la murmuración sobre el avanzado estado de gestación de Laura. Algunos seguían echando cuentas sobre la fecha de la boda y el embarazo, si bien lo pasaron por alto por el cariño que la pareja despertaba en su entorno, que ignoraba el pasado de Juan que doña Leonor había enterrado para siempre. De todos era sabido la labor de la tendera con los más desfavorecidos, lo mismo que Juan, puesto que ambos frecuentaban el grupo de Acción Católica en el que solo algunos pertenecían a la HOAC, pero el barrio también ignoraba esa militancia y lo que circulaba de boca en boca era la soledad de Laura y la suerte que había tenido al encontrar un hombre como Juan. Por supuesto, nadie sabía que se trataba de un sacerdote huido, porque si llegase a ser de dominio público, no serían tan benévolas con ellos.

Paris lucía esplendoroso en los primeros días de octubre; se acercaba el día del parto; Lucie, desde que se fue a vivir a casa de Consuelo, aceptó ser supervisada por un ginecólogo, que logró convencerla para sustituir la heroína por fármacos que mitigasen el síndrome de abstinencia, menos perjudiciales para el feto. A medida que se acercaba la fecha prevista para el alumbramiento, el miedo de Lucie crecía. Aquella mañana de octubre, cuando ya había salido de cuentas, durante el desayuno habló con sus benefactoras.

—Sé que no he hecho las cosas bien, pero no es momento para lamentarse. Cuando nazca mi hijo quiero cambiar de vida, buscar un trabajo y cuidar de él lo mejor que pueda, os lo prometo.

—Me alegra oírte decir eso, Lucie —intervino Leonor—, sin embargo me gustaría que fuésemos a un notario para que si te pasa algo —Dios no lo quiera—, nombres tutora a mi hija, porque no somos familia y se lo llevarían a un orfanato.

Lucie dejó escapar una lágrima y miró a Consuelo desde sus ojos deslucidos y hundidos en las cuencas por su extrema delgadez.

—¿Tú querías, Consuelo?

—¡Claro que sí! —respondió esta—, pero no pienses en eso ahora, aunque mi madre tiene razón. No cuesta nada firmar ese documento para tranquilidad de todos, aunque solo sirva para dejarlo en un cajón —asíó su mano con ternura al tiempo que hablaba.

No quedaba amor en Consuelo, pero sí un sentimiento mezclado de nostalgia por lo que representó en su vida, mezclado de lástima al ver a la mujer que había despertado sus sentidos al placer, convertida en un guiñapo que no había sabido gestionar su libertad y a la que los complejos habían arrojado a una pendiente sin retorno.

Leonor, más práctica que su hija, decidió que aquella misma mañana irían a un notario para firmar el documento. Un hecho muy oportuno puesto que dos días más tarde Lucie ingresaba en un hospital ante la inminencia del parto.

El primer reconocimiento del ginecólogo de guardia alertó de las dificultades que entrañaba el momento; Lucie estaba muy delgada y sus fuerzas mermadas no propiciaban un parto natural, por lo que si en las horas venideras no dilataba lo suficiente, deberían hacer una cesárea, con evidente riesgo debido a la anemia que no habían logrado controlar, a pesar de los esfuerzos que hicieron desde que Leonor y su hija se hicieron cargo de su cuidado.

Horas después, un cariacontecido ginecólogo apareció en la sala de espera ante madre e hija que aguardaban noticias.

—No lo ha superado, lamento mucho decirles que la madre ha fallecido y el bebé está en la incubadora aquejado de síndrome de abstinencia y evidente falta de peso, aunque su vida no corre peligro.

El llanto de Consuelo ante estas palabras nacía del pasado, que volvía sin pedir permiso mostrándole los momentos de pasión vividos con Lucie, los únicos de su vida. Le debía mucho, le debía un pedazo de felicidad al que recurrir en momentos de tristeza, como aquél. Abrazada a su madre lloraba con desesperación, agradeciendo una vez más a esa mujer que le había dado la vida más allá de parirla y que, en última instancia, habría previsto lo inevitable para que, al menos el hijo de la que fue su compañera de viaje durante un tiempo, no cayese en manos extrañas recluido en un centro estatal.

Lo último que pudo hacer Leonor por la mujer que en su día rescató a su hija de la desesperación, fue costear su entierro. Por su parte, Consuelo, respetó el deseo de Lucie llamando Maurice a su hijo, que gracias a la previsión de su madre no tuvo problema en formar parte de su vida. Lo adoptaría más adelante, ahora lo primordial era su salud, si bien los médicos le habían advertido que saldría adelante sin demasiadas secuelas, eso sí, sería un niño nervioso e inquieto en los primeros años de su vida, algo que esperaban poder controlar con el paso del tiempo y la medicación adecuada.

En Madrid las cosas no eran tan dramáticas. Octubre llegaba a su fin cuando Laura se puso de parto, una semana antes de salir de cuentas. Juan no cabía en sí de gozo. No solo la vida le había dado una segunda oportunidad permitiéndole dejar su pasado enterrado entre documentos de dudosa legalidad, pero válidos, sino que ahora le premiaba con un hijo, al que cuidaría más allá de su propia vida.

Nervioso y aturdido, intentaba ayudar a Laura con los preparativos para ingresar en el Hospital La Paz, un centro que apenas llevaba inaugurado cuatro años. Laura no olvidaba lo sucedido en torno a la maternidad de la calle O'Donell y pedía con insistencia a su marido que no perdiese de vista al bebé por si sucedía algo.

—¡Qué va a suceder, Laura! Este es un hospital del estado, no una clínica como esa.

—El Estado... ¡Menuda garantía! ¿Olvidas que gracias a ese Estado nuestra amiga Consuelo no puede volver a España? El gobierno estaba al tanto de los chanchullos en O'Donell y, como no pudieron tapar la boca de Consuelo

por ser hija de quién era, se la quitaron de encima de malas maneras. ¿Acaso no te acuerdas que ni siquiera figuraba su investigación en torno al robo de niños cuando la detuvieron?

—Ya, ya. Pero sí su militancia en el partido y eso fue lo que la llevó a la cárcel.

—No, Juan. No. Hacía años que se había afiliado y mira qué casualidad que la detienen cuando mete las narices en el asunto de los hijos robados. Pero dejemos eso, lo que te pido es que no pierdas de vista a nuestro hijo ni un minuto. ¡Prométemelo!

Juan la colmó de besos asegurándole que no tuviera miedo, que nada iba a pasar y que él estaría allí para impedirlo si era necesario. Nada extraño sucedió. Laura parió sin complicaciones y apenas cuarenta y ocho horas después de ingresar en el hospital, nacía Leonor, la primera hija de la pareja.

—Llama a Consuelo, Juan. Dile que ha nacido la niña y que le vamos a poner Leonor, que seguro que a su madre le hará mucha ilusión.

La pequeña pesó más de cuatro kilos; era una niña sana y preciosa que en esos momentos descansaba en una cuna junto a su madre que no paraba de mirarla sin poder evitar el llanto cuando se encontraba sola. En ese momento hablaba con ella como si la pequeña pudiera oírla.

—Ya estás aquí, hija mía. No sabes lo feliz que me siento al verte sana y tranquila. Nunca dejaré que te pase nada, desde este momento serás lo más importante de mi vida y jamás te faltarán esos besos y las caricias que tanto eché de menos en mi vida. Tu abuela Caridad te bendecirá desde el cielo, porque ella no tuvo la culpa de ser como era. La vida debió de hacerla así, nada le reprocho, pero ahora tú estás aquí y te juro por lo que más quieras que siempre estaré a tu lado. —Juan entró en la habitación en ese momento.

—Laura, cariño, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—No pasa nada, Juan. Supongo que la emoción me ha desbordado al verla tan frágil y tan pequeña. ¿Has llamado a Consuelo?

—No te imaginas lo contenta que se ha puesto doña Leonor cuando le he dicho que íbamos a ponerle su nombre a nuestra hija. Dice que quiere ser la madrina, que no se nos ocurra bautizarla sin ella. —Abrazó a su mujer que a pesar de la felicidad que la embargaba, no podía cesar en su llanto.

La vida de las dos mujeres cambió ostensiblemente con la llegada de Maurice, sobre todo la de Leonor, que se vio de la noche a la mañana convertida en

abuela, aunque el pequeño no llevase su sangre, porque Consuelo había iniciado los trámites para su adopción y esperaban la respuesta, si bien, en sus corazones, Maurice ya era un miembro más de la familia bajo el nombre de Maurice Leblanc.

Era un niño inquieto que lloraba con frecuencia; dormía poco y su agitación era evidente. A veces se revolvió inquieto en la cuna incluso cuando dormía, pero el pediatra ya les había advertido que hasta que no lograra superar el síndrome de abstinencia lo único que podían hacer era tener paciencia. Los primeros síntomas iban desapareciendo, como eran las manchas en la piel y la sudoración, sin embargo, la alteración psicomotriz costaría todavía algún tiempo, lo mismo que el insomnio y los problemas digestivos.

Consuelo abandonó en parte su compromiso con el partido; Paloma, la coordinadora de los militantes en el exilio, comenzaba a estar harta del escaso compromiso de la abogada.

—Yo te comprendo, Consuelo, pero la situación del partido en París es preocupante.

—Estamos sufriendo las consecuencias del último congreso por distanciarnos de la URSS, pero es una marea y si no, al tiempo. Creo que nos equivocamos al enfrentarnos a los socialistas. Nuestro enemigo a combatir es la derecha —respondió Consuelo.

—Por eso necesitamos personas que, como tú, conocen a fondo nuestra doctrina. La gente joven tiene un discurso muy revolucionario y eso asusta a la burguesía —insistía la responsable comunista.

—Mira, Paloma. Haced lo que os dé la gana, pero mientras el partido no dé prioridad a las reivindicaciones feministas, conmigo no contéis, a menos que queráis oír en mis discursos la exigencia de igualdad, ya no solo en el plano laboral o social, sino en el político. Lo hemos dado todo por el partido y la presencia de mujeres en la cúpula es mínima, y no digamos ya al frente de una célula.

—¿Tú qué propones?

—Impulsar el MDM aquí y en todas partes, al menos en Europa.

—Lo hablaré con la directiva, pero no te prometo nada.

Cuando finalizó la reunión con Paloma Consuelo se dio cuenta de que su compromiso político se tambaleaba por momentos. Si era sincera consigo misma, tampoco la lucha de clases motivaba su conciencia. En su fuero interno pensaba que ya había dado bastante al Partido, tanto, que su militancia le había costado la vida a su padre, porque a ella no le cabía la menor duda que su muerte

no obedecía a un atentado terrorista, sino al propio régimen, a quien molestaba un militar que no había sabido transmitir los valores de la dictadura a su propia hija. Una vez convencidos de la muerte de Consuelo, porque lo estaban, decidieron no dejar testigos molestos y Laureano lo era.

Su mujer era otra cuestión puesto que jamás se le habían conocido afinidades con su hija, que según contaban las mujeres de los militares con los que coincidía en las Residencias para veraneo del colectivo, a las que Leonor y su marido acudían cada año. Contaban que la mujer estaba desesperada con su hija por su forma de vestir y las extrañas ideas que tenía. Algo de razón llevaban porque en realidad era así. A Leonor le hubiera gustado tener una hija con valores femeninos y que le hubiera dado nietos. Esta postura ante unas mujeres con las que nada tenía en común, salvó su vida porque el régimen se limitó a dar carpetazo al asunto del comandante, que una vez muertos él y su hija, solo representaban un molesto incidente ya superado.

El rictus de preocupación de Consuelo desapareció cuando llegó a su casa y Maurice le regaló su mejor sonrisa, lo cogió en brazos colmándolo de besos y arrumacos. A medida que pasaban los días, los ojos del niño adquirían el color violeta de su madre y Consuelo sentía que un trozo de su vida iba ligado a ese pequeño. Leonor estaba preparando un biberón cuando oyó a su hija.

—Mira que a tiempo llegas. Dáselo tú.

Con un niño en los brazos, un biberón y su madre mirándola con arrobos, como si el sueño de ser abuela se hubiera materializado, aunque no en la forma que ella había pensado, Consuelo se sintió feliz.

1968, el año de la esencia revolucionaria, terminaba para esas dos mujeres que se habían enfrentado a todo, en especial, Consuelo, que atravesaba en ese momento su mayor crisis ideológica y cuestionaba su compromiso.

Capítulo 28

Por fin, se verían todos en París: Laura, Juan y Consuelo en casa de Leonor, que no cabía en sí de felicidad al reunir a un grupo que consideraba su familia, aunque la única fuese Consuelo, pero comprendía que los lazos de sangre no eran lo único que dan nombre a un núcleo. A veces esa misma sangre alejaba. Ellos eran una familia que, como tantas otras, ansiaban que España cambiase para presenciar el regreso de los ausentes. Miles de exiliados miraban de cerca la política española buscando un resquicio: los de más edad, para retomar sus vidas. Los jóvenes, para iniciarla en un país que apenas recordaban. Pero Franco seguía vivo y los aires de libertad de la vecina Francia no traspasaban las fronteras. La dictadura seguía matando, lo mismo que ETA, que ese año sesenta y ocho marcado por la revolución, cumplía una década, lo que daba pie a más represión.

La pequeña Leonor, apenas con tres meses de vida, soportó el vuelo sin que su llanto molestase a los pasajeros y cuando aterrizaron en el aeropuerto dormía plácidamente después de tomar el pecho abrazada a su madre que, sentada en una silla de la salida de equipajes, esperaba las maletas y el cochecito de la pequeña, que también habían facturado.

—Creo que ya salen, mamá.

Laura y Consuelo se fundieron en un abrazo que no hubiera llegado a su fin, a no ser porque Leonor reclamaba el suyo.

—Qué ganas tenía de verte —Consuelo se giró para saludar a Juan—, y a ti también, Juan. Estáis guapísimos.

Maurice, con solo diez días más que la hija de Laura, dormía en el cochecito, algo raro en él. Laura lo miró con cariño; para ella era el hijo de Consuelo más allá de los documentos de adopción que así lo aseguraban. Sabía el pequeño era el legado que su amiga y la madre del pequeño compartían un

pasado del que un día las unió.

No pudieron viajar a París a pasar la Navidad como deseaban porque la tienda exigía mucha dedicación durante esas fechas. Sin embargo, en la festividad de Reyes, las protagonistas eran las pastelerías pobladas de roscones. 1969 lograba por fin reunir al variopinto grupo. Consuelo ansiaba hablar con Laura para conocer de primera mano cómo estaban las cosas en España, pues a pesar de que la prensa francesa se hacía eco de todo, no era lo mismo.

El piso que compartían Consuelo y su madre en los primeros años de su vida parisina se había quedado pequeño con el nacimiento de Maurice y decidieron cambiarlo. El que ocupaban ahora se hallaba en la misma zona. Tenía cuatro habitaciones y dos baños. También lo eligieron amueblado por decisión de las dos, porque sabían que algún día podrían volver a España y preferían no tener que transportar nada más que sus cosas personales. Le dieron algunos toques, pero básicamente se limitaron a cambiar cortinajes y algunos enseres para la cocina.

Las dos amigas se morían de ganas de hablar y tanto Juan como Leonor se hicieron cargo de los niños mientras ellas se instalaban en un café cercano. La vuelta a Madrid era un sueño que algún día cumplirían y ambas estaban seguras de que eso no sucedería por ahora.

A Laura no pasó desapercibido el rictus de preocupación que mostraba Consuelo, que con su eterno cigarrillo dio un sorbo a la cerveza que había pedido, frente al refresco sin alcohol que su gestación le obligaba a tomar; Laura no se atrevía a preguntarle qué le pasaba, pues de sobra sabía que su amiga lo haría en cuanto ordenase sus ideas para poder hablar.

—Me alegro mucho que hayas venido, Laura. Estoy pasando un momento crucial, tanto en lo que respecta a mi ideología como a la militancia.

—No me digas eso, Consuelo. Precisamente ahora que entro yo en la lucha.

—Eso quiero que me cuentes, ¿qué se está haciendo en España?

—Perdona que te diga pero a las de Movimiento Democrático de la Mujer no terminamos de entenderlas y creo que ellas mantienen su propia lucha dentro del Partido Comunista, que no acaba de ver la necesidad del feminismo entre sus reivindicaciones. Para mí que les han dado una especie de juguete para que se callen, pero no está claro su apoyo a la lucha feminista.

—¡Qué me vas a decir a mí! Eso es precisamente lo que me tiene paralizada. Por una parte veo que es cierto, que el comunismo no está por la labor de independizar la lucha de la mujer de la lucha de clases. Algunos piensan

que ser mujer es una clase. El propio Engels dice que «la primera opresión de clases es la del sexo femenino por el masculino, en medio de una sociedad dividida en clases.» Pero los mandos no se dan por aludidos; ya me contarás si con esas contradicciones no se quitan las ganas de luchar.

—Llegados a este punto creo que no tiene sentido que sigas en el partido, Consuelo.

—Ya lo sé, pero no me puedo ir.

—¿Qué te lo impide?

—Sería más correcto decir «quien», pues el mismo partido es quien no me deja salir.

—¡Cómo que no te deja salir!

Consuelo contó a Laura las amenazas de Paloma para impedirle abandonar el partido y solo permitía su afiliación a Movimiento de Liberación de la Mujer en París si no aceptaba puestos directivos.

—Eso no puede ser —protestó Laura—. A estas alturas conozco algún responsable comunista, mejor dicho, Juan, que no se ha afiliado pero simpatiza con ellos. De hecho hemos salvado a más de un militante escondiéndolo en el piso que tú tenías cerca de la cárcel de Las Ventas, pero como la gente es tan cotilla, mezclar hombres y mujeres no fue una buena idea y tuvimos que alquilar otro para ellos. Por suerte el negocio nos va muy bien y pensamos que no nos supondría un problema, considerando la de vidas que podríamos salvar. A veces están un poco hacinados hasta que les consiguen documentación falsa para huir, pero todo esto ha hecho que Juan se relacione con la cúpula comunista. Me voy a enterar qué está pasando contigo.

—Ten mucho cuidado, Laura. Ten en cuenta que si alguien se entera de que sigo viva y se va de la lengua, no tardarían en detenerme.

—No sufras por eso. Tú eres Juliette Leblanc y eso, querida, es incuestionable. Consuelo murió en Perpiñán.

Leonor y Juan compartían las tareas al cuidado de los pequeños. La hija de Laura dormía plácidamente cuando se despertó con un llanto desconsolado. Tenía hambre, pero su madre, aunque no se había olvidado de ella, no deseaba cortar el aluvión de confesiones que le ofrecía su amiga. Recordó la primera vez que sospechó que Consuelo era lesbiana y en el momento actual ya no le causaba ni extrañeza ni desconfianza. Oyó la confesión de su amiga y la amargura que supuso para ella la desaparición de Lucie, sin embargo, su obligación como

madre comenzó a inquietarle. Consuelo se percató de ello y miró el reloj.

—Válgame Dios, Laura. Llevamos aquí dos horas y tu hija tendrá que comer.

—Ya lo sé, pero necesitaba tanto hablar contigo que me acabo de dar cuenta. Nos tendremos que ir, porque la pequeña Leonor es muy buena, pero cuando se trata de comer, no perdona. Estará con una barraquera de impresión.

Capítulo 29

Todo volvió a la normalidad cuando Laura y su pequeña familia abandonaron París. Sin embargo, esa normalidad dejó un poso de nostalgia en Consuelo. Ahora, más que nunca, añoraba Madrid y las noticias que habían compartido sus amigos, lo acrecentaban. El Movimiento Democrático de la Mujer se iba abriendo paso en España, el partido comprendió que de nada servía posicionarse al margen de un colectivo que crecía de día en día. Ya no eran las ciudades que en su día encabezaron la protesta, sino las mujeres de toda España las que iban tomando conciencia de la falta de libertades y derechos. La Sección Femenina se veía desbordada ante el nacimiento de un grupo que se enfrentaba a ellas desde el mismo espacio ideológico puesto que muchas mujeres nacidas en el seno de la derecha se unían a él. La propuesta de un sueldo para las amas de casa desconcertó a las de Pilar Primo de Rivera, que consideraban innecesaria esta reivindicación ya que su ideario basaba el papel de la mujer en servir a su marido y cuidar de la prole, haciendo de ello su misión en la sociedad y, por consiguiente, al no considerarlo un trabajo, sino un destino, no contemplaban un sueldo por hacerlo.

Lo primero que hizo Laura al llegar a Madrid fue ponerse en contacto con una mujer que había conocido a través de Dulcinea Bellido, la esposa de un líder del Partido Comunista encarcelado. Dulcinea y Consuelo había compartido muchos momentos dando apoyo a los presos y tenía un grato recuerdo de la abogada madrileña amiga de Laura. No daba crédito a lo que oía cuando Laura la llamó para contarle lo que sucedía en París con Consuelo. Se alegraba infinito de que hubiera sobrevivido y le pidió a Laura discreción al respecto, pues sabía de la existencia de infiltrados en todos los grupos de la resistencia, incluso en los de Acción Católica. «Ponte en contacto con Adela y dile que vas de mi parte», le había dicho Dulcinea. Añadió que ella no podía llamarla por precaución. Todos

creían que Consuelo estaba muerta. En cuanto a dejar el partido, tenía todo el derecho. Y si ahora su vida daba un giro y se dedicaba a cuidar el niño que, según Laura, había adoptado, no sería el partido quién se lo impidiera. Le prometió tomar cartas en el asunto.

Consuelo le había hablado de Paloma Fernández, la que desde su llegada a París no paraba de hostigarla para que se afiliase con su nuevo nombre al PCF que, desde los sucesos de mayo del año anterior, había sufrido un descenso considerable en la militancia. Su fijación con Consuelo llegó a ser enfermiza. Esa era la actitud que mantenía contra todas las que priorizaban la lucha de la mujer, en vez de la línea dura del partido centrada en la lucha de clases. Sin embargo, no hablaba en nombre del partido al someter a Consuelo a ese acoso, sino que obedecía a un machismo muy arraigado en ella, que difería de forma ostensible con los movimientos feministas, y en última instancia, llegados a este punto, también con el partido.

Pero la recriminación de sus correligionarios llegó tarde, porque unos días después de la marcha de Laura, Consuelo, con fuerzas insufladas por haber hablado con su amiga, llamó a Paloma para zanjar la situación de una vez por todas.

Alejarse del partido dejó a Consuelo sin trabajo, aunque en ese momento era lo que menos le preocupaba. Lo peor fue que, al tener tanto tiempo libre, aumentó su nostalgia por España. Cuando Laura le contó los avances que se estaban llevando a cabo por parte de asociaciones feministas en todo el Estado, la tristeza se tornó rabia por no poder participar de forma activa con ellas. Consideró la idea de regresar e instalarse en otra ciudad, porque Valencia, Barcelona, Zaragoza, Galicia... En toda España crecía la marea feminista y ella viviendo como una burguesa en un país que no era el suyo, en un exilio en el que había arrastrado a su madre, que nunca se quejaba, pero ella sabía lo mucho añoraba Madrid y pasear sus calles.

Los meses pasaron sin apenas darse cuenta; se había apartado de la militancia, no solo en el partido, sino en el feminismo. Leonor veía a su hija falta de ilusiones, a pesar de que la maternidad llenaba parte de su tiempo. Maurice pronto cumpliría un año y continuaba siendo un niño inquieto y nervioso, aunque el pediatra que lo vigilaba de cerca, aseguraba que pronto verían los progresos y le retirarían la medicación que desde que nació necesitaba.

Hablaba con frecuencia con Laura, que siempre que podía llamaba para

interesarse por ella. Nunca le hablaba de su regreso a la militancia, algo que Consuelo agradecía, pero era inevitable. Laura, que nunca creyó en las ideologías, actuaba por libre. Pensaba que la igualdad de la mujer empezaba por su libertad económica y que no tuviese que arrastrarse en pos de una comida para sus hijos y había creado por su cuenta una especie de «cartilla» para suministrar alimentos a las que carecían de medios de vida, la mayoría madres solteras. De esta forma, mujeres a las que la vida había marginado a la hora de encontrar un empleo, aunque este fuese limpiando, hallaron su solución en la tendera que, semanalmente, suministraba de forma gratuita, lo necesario para la subsistencia. Por su parte, Juan se encargaba de buscarles pequeños quehaceres en las iglesias afines a la HOAC, a fin de que pudiera sacar algún dinero para pagar la vivienda.

El verano finalizó y con el frío despertó su pasado militante; aquella mañana, Maurice dormía después de pasar una noche inquieta e insomne, Leonor y Consuelo desayunaban al calor de un rayo de sol que entraba por uno de los ventanales.

—Hoy tenía pensado ir a ver a Marie, mamá. Mi vida empieza a no tener sentido todo el día mano sobre mano. —Se lamentaba Consuelo.

—Mucho has tardado, hija mía. Lo esperaba antes.

Consuelo sonrió. —No me parecía bien dejarte sola cuidando a Maurice, pero ya no es un bebé y creo que podemos llevarlo a una guardería, así tú puedes dedicarte a tus cosas.

—¿Mis cosas? Yo no tengo «cosas», Consuelo. Mi vida eres tú y ahora también este pequeñajo que me tiene robado el corazón.

—Antes de la llegada del niño ibas a clases de Francés, y aunque lo hables ya con soltura, no estaría mal que siguieras con él. O un taller de escritura, que me habías comentado alguna vez tu ilusión por hacerlo.

—Si te parece hoy mismo me doy una vuelta y busco una guardería en condiciones para Maurice. De momento y hasta que se acostumbre, solo por las mañanas, pero a partir de enero lo llevamos todo el día. Tampoco le vendrá mal, que lo tenemos muy consentido —Leonor estaba de acuerdo con su hija.

Marie recibió a Consuelo con un fuerte abrazo y sin preguntas, aunque Consuelo quiso darle explicaciones por su larga ausencia y su escaso compromiso desde su regreso de Londres, pero Marie, que sabía de las renunciadas de Consuelo y lo que había sufrido hasta convertirse en Juliette Leblanc, además de la adopción del

hijo de la que fue su pareja, no se lo permitió.

—Mi alegría es inmensa al tenerte de nuevo con nosotras. No tienes que darme ninguna explicación. Es tu vida, Consuelo, y me parece que la historia no tendrá nada que reprocharte.

—No lo hago por la historia, Marie, soy egoísta. Es por mí. Desde hace más de veinte años he vivido por y para la lucha y este periodo de reflexión, llamémosle así, me ha servido mucho. Mi objetivo es el feminismo y aquí me tienes para lo que decidas.

—Lo primero que quiero es que conozcas a las nuevas compañeras que se han ido incorporando y los grupos de trabajo que hemos creado para reivindicar diferentes objetivos, si bien, todos confluyen en la misma idea: libertad e igualdad, que en eso vamos de la mano de la república —sonrió—. *Liberté, egalité et fraternité*.

—No sé qué decirte, porque lo que cuentan algunos militantes sobre los campos de concentración en los que la república encerró a los republicanos que huían de Franco, no son muy igualitarios que digamos, y desde luego, demuestran poca fraternidad... —Consuelo no creía en esos cacareados principios de la República Francesa.

Marie sugirió a Consuelo integrarse en el grupo jurídico, aunque sabía que en Francia no le servía su carrera. Ayudada por las compañeras de MLF, se puso al día del derecho francés, que difería ostensiblemente del español, que todavía miraba las leyes napoleónicas para inspirar su doctrina, de la misma manera que las universidades españolas contemplaban a los escolásticos a la hora de prohibir el aborto. Los franceses habían modificado su doctrina de la existencia del alma para el momento en que el feto tuviese apariencia humana, a la imperante en los años anteriores que sostenían que el alma residía en el embrión desde el momento de su fecundación.

De esta manera Consuelo logró al fin su parcela de felicidad, si bien había renunciado al amor, pues aunque su opción estuviese clara, no se sentía identificada con las lesbianas que iba conociendo en los grupos que defendían esa opción. No le importaba, a pesar de notar que el tiempo jugaba en su contra cuando miraba su rostro, cada día más poblado de arrugas.

La llamada de Laura anunciando un nuevo embarazo impedía el viaje que habían proyectado para la festividad de Reyes, lo mismo que el año anterior; esta vez era especial, porque 1970 inauguraba una década y abría sus puertas a una nueva vida; el paso del tiempo permitió a la lucha callejera perder el miedo. Todas las ciudades españolas, encabezadas por Barcelona y Madrid,

protagonizaban a diario manifestaciones y protestas colapsando las ciudades, pero también despertando a la sociedad de un letargo que ya duraba demasiado. La falta de libertades no convencía a los jóvenes que se unían a los grupos revolucionarios convencidos de poder cambiar las cosas, pero el franquismo no cedía. Barcelona encabezaba la lucha anarquista, mientras Madrid se apoyaba más en el comunismo, si bien, ambas ideologías perseguían lo mismo: libertad.

Las canciones protesta llenaban los festivales; Raimon, un valenciano inundaba sus recitales de consignas en forma de canción; Lluís Llac, lograba burlar a la censura con sus canciones cargadas de mensajes. El bunker no daba abasto a controlarlo todo y se desesperaba en el intento. Camilo Alonso Vega se había jubilado y su sucesor, Tomás Garicano Goñi, a pesar de proceder del ala dura del franquismo, no actuaba con la misma dureza que su predecesor, lo que permitió a la disidencia acrecentar su lucha, por lo que solo duró unos años en el cargo siendo sustituido por Carlos Arias Navarro, que había sido Director General de seguridad y empleaba la mano dura requerida por el agonizante régimen franquista. Las palizas en las manifestaciones en las que la policía armada, los famosos «grises», que no necesitaban demasiado para emplear la fuerza bruta en la represión, se incrementaron con la llegada de Arias.

La agonía del franquismo no le impedía aumentar la represión, o tal vez por eso, porque vislumbraba su fin, se revolvió como el muerto enterrado vivo. En España no cambiaban las cosas, tampoco para Laura, que convivía con la represión y con el trabajo que suponía ser madre de tres hijos que se llevaban poco más de un año entre ellos, además de empresaria, aunque ahora el peso del negocio recaía sobre Juan, si bien Laura ejercía las cuestiones administrativas desde casa. No tuvo más remedio que contratar a una mujer que le ayudase en el día a día.

A más de mil kilómetros, pero más cercanas que nunca, Leonor y Consuelo ansiaban el día de poder regresar a su querida Madrid; Maurice crecía sano a pesar de la tortura que supuso, no solo para él, sino para su familia de adopción, lidiar con las secuelas que la drogadicción de su madre le había dejado como herencia.

Sin demasiados cambios los setenta iban pasando, hasta que una mañana de marzo de 1974, la prensa acrecentó la desesperación de Consuelo cuando leyó que el joven anarquista, Salvador Puig Antich, militante del MIL, (Movimiento Ibérico de Liberación), grupo surgido en 1971 en Barcelona que, con escasa

militancia, pero con el apoyo de los jóvenes libertarios catalanes, discrepaban de la postura conciliadora abrazada por el comunismo, llevaban a cabo infinidad de acciones violentas. Salvador fue acusado de disparar y dar muerte a un inspector de la social durante su detención, si bien, en círculos reducidos se rumoreaba que la muerte la causaron sus propios compañeros durante el tiroteo que se orquestó entre los anarquistas y la policía. Lo cierto que el franquismo moría matando, como había comenzado. Lo que en principio el aparato del poder llevó a cabo pensado que serviría de escarmiento, generó el efecto contrario, pues las protestas crecieron y la policía no lograba sofocar las revueltas a pesar de emplear toda la dureza que era capaz.

Franco enfermó de gravedad en octubre del año siguiente a la ejecución del joven anarquista, pero todavía tuvo tiempo de firmar su última sentencia de muerte, que esta vez se cobró la vida de tres militantes del FRAP, (Frente Revolucionario Antifascista y Patriota), nacido bajo el auspicio de una escisión del partido comunista de España: los llamados marxistas leninistas. El grupo, con clara ideología terrorista, había matado a dos policías y herido de gravedad a otro, lo que en aquel momento era el pasaporte directo a la pena de muerte, tras el simulacro de justicia que eran los consejos de guerra. Dos miembros de ETA, la organización terrorista que atesoraba infinidad de muertes bajo sus siglas, también fueron ejecutados. Dos meses más tarde, Franco moría después de una cruenta agonía.

Consuelo leía con avidez esas noticias que llegaban desde España; la muerte del dictador le permitían ver un rayo de esperanza para regresar a su amada tierra, pues si bien Paris había sido su casa durante muchos años, en la ciudad del Sena solo habitaba su cuerpo, porque su alma se quedó prisionera en la cárcel de Las Ventas, junto a las mujeres que conoció allí. ¿Qué habría sido de Berta? Lo más probable es que hubiera muerto, porque su salud estaba muy delicada por las palizas recibidas antes de su ingreso en prisión. ¿Y los niños de la maternidad de O'Donnell? ¿Habría destapado alguien lo que allí se hacía? La prensa no decía nada, ni la española ni la francesa y eso no era una buena señal. Su amiga Laura, aconsejada por ella, no se había acercado a nada que tuviera que ver con este atroz delito. Lamentaba que lo que ella había iniciado no hubiera tenido continuidad, lo que hasta cierto punto consideraba normal, a tenor de lo que ella sufrió por este motivo. Ahora no le cabía la menor duda de la existencia de un pacto de silencio, puesto que hacía mucho tiempo que militaba en el partido comunista sin que nadie se hubiera preocupado por esos niños robados a sus madres.

—Creo que pronto podremos regresar a Madrid —comentó Leonor a su hija con la prensa abierta por la página que anunciaba la muerte de Franco.

—Ya era hora. Pensaba que este hombre era inmortal ¡qué horror! Si ya no se tenía en pie, era patético verlo en las noticias de España con esa cara de viejo decrepito y temblando como una hoja. ¡Lástima que no muriese antes de las últimas ejecuciones!

—Sí, decrepito y todo lo que tú quieras, pero se ha llevado por delante a cinco jóvenes más. No sabes lo que me alegro de que tu padre no haya tenido que asistir a estos últimos juicios.

—Es que si papá viviera tú no pensarías como piensas, porque nunca te hubieras separado de él y tu vida seguiría siendo la misma que cuando me echó de casa.

—No te creas, hija. Tu marcha me hizo reflexionar, ya lo sabes. Los libros que dejaste, mi rebeldía sometida y el recuerdo de mis padres, hicieron el resto. No te voy a negar que en los últimos tiempos junto a tu padre me costaba mucho trabajo callar.

—Bueno, no pensemos ahora en el pasado que no tiene arreglo. Lo que tenemos que hacer es hablar con Laura que nos cuente cómo están las cosas y ver cuándo podemos regresar.

Capítulo 30

Consuelo decidió correr el riesgo amparada bajo su nombre francés; acompañada por su inseparable madre y su hijo adoptivo emprendieron el viaje a Madrid. Laura las esperaba en el aeropuerto, Juan y los pequeños se quedaron en casa y preparaban la bienvenida. Las I Jornadas de la Mujer en España se celebraban en los primeros días de diciembre.

Hacía menos de un mes que había muerto Franco y en París, una vez creada por el Partido Comunista la Junta Democrática, que integraba al Movimiento Democrático de la Mujer buscaba recuperar el tiempo perdido. El feminismo se abría camino en España con identidad propia, todavía de forma clandestina, pero sin el miedo de antaño crecían las asociaciones de mujeres que luchaban por su independencia.

Dos corrientes empezaban a dibujarse en el horizonte feminista; por un lado las que pensaban que la defensa de las lesbiana era una reivindicación al margen del feminismo y que atañía por igual a los hombres, pues debía encuadrarse dentro de la lucha por la libertad sexual. La mayoría se adscribía a la lucha por la igualdad de las mujeres dejando al margen el lesbianismo, sin embargo, las que organizaban las protestas más sonadas eran las lesbianas, que además de las libertades jurídicas y el reconocimiento de los mismos derechos que los hombres, incluían el derecho a vivir su sexualidad sin la marginación que sufrían.

Cuando la ONU declaró 1975 Año Internacional de la Mujer, el franquismo intentó instrumentalizarlo a través de la Sección Femenina, pero los colectivos feministas no se lo permitieron. En este sentido, se celebraron asambleas tanto en Madrid como en Barcelona, algunas a partir del MDM, que pronto cuestionarían las propias feministas que pensaban que el feminismo era en sí una ideología en la que tenían cabida todas las mujeres al margen de su

adscripción ideológica. Otros grupos independientes se inscribieron en el evento que reunió a mujeres de todo el mundo. Consuelo hacía muchos años que consideraba la lucha de la mujer una reivindicación que no debía plantearse a partir de ningún partido, lo que le había supuesto que, después de muchos años, abandonase la militancia para adherirse al movimiento francés; aconsejada por Marie no protagonizó ninguna ponencia, a pesar de haber elaborado el texto que presentaba otra de sus compañeras.

No tenía miedo a ser reconocida, se encontraba muy cambiada. Próxima a los cincuenta años su aspecto físico ya no era el de la joven estudiante de derecho que emprendió la lucha en los años cincuenta; la pequeña deformidad de su nariz ayudaba a ello, aunque sus ojos y la mirada inquisitiva, que no había cambiado con los años, eran su marca de identidad.

El hijo de Lucie, al que consideraba propio, tan solo tenía siete años y a veces suponía una carga que añadir a su vida, volcada en lograr la emancipación de la mujer. Por fortuna, ahí estaba Leonor, su madre, que se ocupaba de todo. Sin embargo, también se iba haciendo mayor y deseaba más que nunca regresar a su patria para escolarizar a Maurice cuanto antes en Madrid. Decidieron hacerlo antes de la Navidad con el fin de celebrarla juntos y zanjar para siempre su vida en París.

—Me muero de ganas de volver a vivir en aquí —dijo Consuelo asomada a la ventana de la casa de Laura, por la que se divisaba la calle, que lucía esplendorosa llena de gente que iba y venía.

—Pronto podrás hacerlo, no te preocupes. He oído decir que van a cambiar las cosas.

—No sé qué decirte, porque con Arias como presidente del Gobierno no lo espero —apostilló Juan—. Era patético verlo dar el mensaje de la muerte de Franco.

—Concederán una Amnistía —respondió Laura.

—Eso espero —asintió Leonor.

Discurría el segundo día de las Jornadas. La mujer que trabajaba en casa de Laura se había quedado al cuidado de los niños y Juan al frente de la tienda. Las tres escuchaban felices a las conferenciantes que iban desgranando sus reivindicaciones ante una concurrencia mayoritariamente femenina, ávida de escuchar. Fueron muchas las propuestas debatidas, pero las más llamativas se habían ido perfilando a lo largo de toda la década de los sesenta defendían la

lucha feminista sin vinculación a ningún partido con el único objetivo de la liberación de la mujer. Frente a ellas, aunque con el mismo objetivo pero diferente enfoque, se hallaban las afiliadas a partidos que defendían la lucha de clases, porque consideraban que el género se había convertido en una clase más. Laura, Consuelo y Leonor eran partidarias de la opción feminista independiente. Veían que para la izquierda no era prioritaria la defensa de los derechos de la mujer. Una de las conferencias a cargo de una militante del MDM, desató la ira de Consuelo, que intervino cuando enaltecía con fervor la lucha de las mujeres comunistas en defensa de las libertades, porque recordaba las trabas que había tenido que sortear ante el partido, que siempre dio prioridad a la lucha de clase en detrimento de la mujer.

La réplica de Consuelo despertó los aplausos de las independientes y cosechó numerosos vítores de muchas compañeras que la reconocieron. Laura miraba a su alrededor buscando posibles infiltrados de la policía, temerosa de que alguien pudiera denunciar a Consuelo.

Se celebraban en el Colegio Montpellier, en el Barrio de la Concepción, un espacio rodeado de jardines por los que las tres paseaban comentando los temas tratados. Detrás de la verja que cercaba el colegio observaron varios coches de la Policía aparcados. Consuelo se sobresaltó al verlos.

—Tranquila, Juliette —le dijo Laura. Tú eres francesa y no pueden hacerte nada.

—Si nadie me denuncia, no. Soy una bocazas. No tendría que haber intervenido porque la voz no me ha cambiado y me temo que algún infiltrado estaría por el público. Ahora los policías se dejan melenas y se confunden entre los progres.

—No seas ave de mal agüero, hija —le reprendió Leonor.

Consuelo guardó silencio, pero no estaba tranquila. La siguiente conferencia iba a empezar; regresaron al interior del colegio y ella no volvió a intervenir. Sin embargo, algunas militantes que la habían reconocido se acercaron a saludarla una vez concluido el acto, cuando se agolpaban para salir. Intentó esquivarlas, pero no fue posible. En especial alguna de ellas insistía en ir a tomar algo. Ya en la calle, cuando un grupo de mujeres más radicales enarbolaron una pancarta exigiendo la despenalización del adulterio, el derecho al aborto y al propio cuerpo, al tiempo que gritaban exigiendo libertad. Unos ojos observaban complacidos la escena: era Cristina, que no había dudado en denunciar la presencia de Consuelo y los policías solo aguardaban la ocasión para detenerla.

De los coches patrulla, que esperaban el más mínimo movimiento en falso, comenzaron a salir policías armados que no dudaron en emplear sus porras contra las mujeres que portaban la pancarta, deteniendo a algunas. Sin poder evitarlo Consuelo echó a correr. Laura intentó detenerla, pero fue tarde porque un agente la tenía sujeta del brazo cuando Leonor y Laura llegaron junto a ella.

—Haga el favor de soltar a esta mujer. Es una amiga francesa y ustedes no pueden detenerla. En todo caso, si no la sueltan llamaré al consulado.

El guardia dio un empujón a Leonor tirándola al suelo. Laura se apresuró a levantarla y Consuelo se delató cuando gritó:

—Mamá, márchate con Laura. No te preocupes por mí. No pueden hacerme nada.

—¿Con que francesa, eh? Ya te dará el inspector cuando lleguemos una tortilla, que será lo único francés que tengas —exclamó el policía esposándola y tirando de ella hacia el coche patrulla aparcado a pocos metros.

Leonor se levantó de inmediato. Se había hecho daño en un brazo, pero no revestía gravedad. Laura la arrancó literalmente del tumulto llevándola a una esquina.

—No hagas nada, Leonor, por favor. No empeores las cosas. Vamos a casa y hablaré con un abogado de la HOAC para que vaya a buscarla.

Las dos mujeres iniciaron el camino de regreso puesto que nada podían hacer por Consuelo; unos ojos se cruzaron con los de Laura: Cristina sonreía a lo lejos contemplando la escena. Laura tuvo la certeza de que ella era la responsable de la detención de Consuelo, pues los policías infiltrados, debido al tiempo transcurrido, era improbable que hubieran reconocido a su amiga. Decidió iniciar una investigación por su cuenta para cerciorarse, pero albergaba pocas dudas.

La clausura de las jornadas que tuvo lugar al día siguiente ya no contó con la presencia de las tres mujeres: Consuelo, detenida, Laura buscando soluciones para arrancar a su amiga de las garras de la Policía y doña Leonor dolorida, con el brazo en cabestrillo en el que un hematoma morado se extendía desde el hombro hasta el codo, lamentando la hora en que hizo caso a su hija y volvieron a España. Ella siempre pensó que deberían dejar pasar más tiempo antes de regresar. Ni siquiera hacía un mes que el dictador había muerto y sus esbirros se afanaban en sus últimos coletazos represivos, para que nadie se hiciera ilusiones de que las cosas iban a cambiar. Para ellos, los enemigos seguían siendo los mismos y Consuelo era una presa deseada.

De nada le sirvieron sus protestas ante la policía, porque su identidad había

quedado al descubierto en cuanto le tomaron las huellas. Juliette Leblanc acababa de morir a manos de la Brigada Social, que se reía de ella y la golpeaba sin piedad, aunque en esta ocasión solo era la saña la causante, porque no necesitaban obtener ninguna información. El inspector que había recibido el dinero de su padre para dejarla escapar, se resarcía ante los suyos, que siempre sospecharon de una fuga tan irreal como la protagonizada por la hija del abogado jurídico.

Una vez descubierta su verdadera identidad no dudaron en devolverla a la cárcel, y esta vez la consigna de no tener consideración con ella se hizo efectiva. Nadie salió a recibirla. Berta había muerto, las presas políticas se arracimaban en las celdas y el espacio vital se había reducido. Las celadoras volvieron a raparle el pelo, lo que, junto a los golpes recibidos, le daba un aspecto que nunca pensó volver a tener. Jamás hubiera creído que su vuelta a España fuese así, pero debería haberlo imaginado, pensaba tendida en el trozo de jergón que le había cedido una de las internas. Al contrario que la vez anterior nadie la conocía. De las antiguas quedaban solo dos que ni siquiera se acercaron a ella. La despersonalización había surtido efecto y después de tantos años en la cárcel no respondían a ningún estímulo.

El indulto concedido en noviembre 1975 con motivo de la coronación del Rey Juan Carlos I no devolvió a Consuelo la libertad, puesto que excluía expresamente, entre otros, al Partido Comunista. La desilusión sumió a Leonor la en una profunda tristeza, lo mismo que a Laura, que estaba segura de que su amiga saldría de la cárcel. Consuelo pensaba en su madre y recordarla en el suelo el día de su detención, le dolía más que los golpes recibidos.

La primera vez que tuvo derecho a visitas fue diez días después de su ingreso en prisión. El abogado que Laura envió, cuando consiguió entrevistarse con ella, le daba esperanzas y le pedía paciencia. La amnistía que pedía a gritos la calle, convertida en un hervidero de manifestaciones, era la ilusión que mantenía a las presas. Sin embargo, el año 1976 discurría sin verla y Consuelo se desesperaba entre rejas. Pensaba en Maurice, su hijo legal pero que en ese momento perdía sus derechos porque su madre adoptiva, Juliette Leblanc, ya no existía. Ese era un entramado jurídico que debería resolver cuando lograra la libertad.

La presencia de Laura y Leonor no paliaba el sufrimiento de Consuelo en la cárcel, que veía pasar los meses privada de todo lo que constituía su vida. Preguntaba obsesivamente por Maurice y ver a su madre demacrada y conteniendo las lágrimas aumentaba su zozobra. Sus emociones se desbordaban.

A duras penas lograba controlar las lágrimas cuando venían a verla. Pronto sería su cumpleaños sin la alegría que había soñado para el momento. Los regalos recibidos ese día vinieron de manos de una de las celadoras que aprovechaban cualquier ocasión para propinarle golpes, insultos y toda clase de vejaciones. Le llamaban «la Tortilla». El apodo con que la recibió una de las carceleras al llegar borró todos sus nombres. Consuelo, Pilar y Juliette quedaron eliminados.

A medida que pasaban los meses su ánimo decaía. Solo le consolaba pensar que algún día saldría de allí, pese a la cadena perpetua a la que estaba condenada. Agradecía a su padre el regalo de esos años en libertad que al final, a él le costó la vida y a ella le permitieron conocer el amor y ser madre, aunque su hijo fuese adoptado. Pero la mayor fuente de felicidad y congoja se hallaba en su madre. La felicidad de saberla su cómplice y amiga, de haberle permitido vivir esos años sin carecer de nada y gozando de su compañía. La congoja se la producía el saber lo que estaría sufriendo.

Los malos tratos y las vejaciones iban remitiendo a medida que los cambios se iban produciendo en la sociedad con el nombramiento el mes de julio de un nuevo Presidente de Gobierno. Probablemente el miedo a las represalias había amortiguado las manifestaciones de odio, que no este, porque la mirada no podía disimularse y, aunque no profirieran insultos ni golpes, el desprecio de las funcionarias por las «rojas» seguía siendo enfermizo. La epidemia de piojos servía de excusa a las carceleras para afeitar las cabezas de las reclusas y todas acentuaban su mal aspecto con esta medida.

En los últimos días del mes de julio de 1976 recibió la visita de su abogado, que le comunicaba la inminente amnistía que terminaría con su encierro, pero a Consuelo ya no le reconfortaba la noticia porque podía tratarse de otra esperanza vana, pues esos rumores corrían por la cárcel desde pocos días después de su llegada a Las Ventas, antes de cumplirse un mes de la muerte del dictador. Sin embargo, Laura sí confiaba en el fin del encierro de su amiga y preparaba ilusionada una fiesta para darle la bienvenida con la complicidad de Leonor, que también mantenía viva la esperanza.

Esta vez la esperanza se cumplió y en los primeros días de agosto salieron de las cárceles los represaliados por la dictadura, que sí incluía a Consuelo al no tener delitos de sangre en su haber.

La noticia de la amnistía no fue recibida con el mismo júbilo por todo el mundo; Cristina se lamentaba con una de las monjas de la Maternidad de O'Donell. Estaba segura de que la abogada no cejaría en su empeño por descubrir el destino de muchos niños sustraídos a sus madres engañadas con la

muerte del bebé. La Sección Femenina, a la que pertenecía desde hacía tiempo, le había encargado la misión de localizar «mujeres descarriadas», tarea que ella cumplía gustosa y mucho más desde que la gerencia de la clínica le ofreció un plus extra si localizaba a mujeres solas, que no tuvieran familia a la que enseñar el nacido muerto. Su falsa afiliación al Partido Comunista tenía una doble misión: por un lado, informar de los movimientos de los afiliados. Por otra, vigilar a los que intentasen inmiscuirse en la gestión de la Maternidad. Era consciente de que España caminaba hacia una democracia en la que sería más fácil acudir al Estado para denunciar hechos como los que sucedían en torno a los niños nacidos de madres sin recursos, preferentemente de ideología contraria al régimen agonizante.

Tardó en reponerse de los duros meses en prisión; varias hernias discales en sus vértebras lumbares debido a traumatismos, según dijo el médico que la atendía tras ver las radiografías, la obligaron a guardar reposo y usar una faja lumbar durante un tiempo, además de suministrarle calmantes para el dolor.

—Yo sé lo que ha destrozado la espalda de mi hija —comenzó a decir Leonor, que la acompañaba—. Sin embargo, una severa mirada de Consuelo la hizo callar; se mordía la lengua, pues lo que estuvo a punto de decir, antes de ser silenciada le quemaba en sus labios. «Las palizas en la Dirección General de Seguridad, los golpes con toallas mojadas y retorcidas para que no dejaran señales externas, es lo que ha destrozado las vértebras de mi hija». No hacía falta decir nada, su pelo rapado era la evidencia.

El dolor alejó a Consuelo momentáneamente de su objetivo, que no era otro que volver a la casa que había alquilado cerca de la cárcel de Las Ventas, que Laura había seguido costeando hasta que Leonor tuvo conocimiento de ello y se hizo cargo. En noviembre, ayudada por un bastón, logró retomar su tarea ante el disgusto de su madre, pues pensaba que su hija ya había dado bastante a la defensa de las mujeres y de la izquierda en general. Su pelo apenas había crecido, esta vez, clareado de canas.

—Por el amor de Dios, Consuelo. ¿No puedes esperar a estar bien del todo?

—Nunca voy a estar bien del todo, mamá. No pienso quedarme en casa, se me cae encima. Además, hace tiempo que nadie se ocupa de esas mujeres y necesitan ayuda.

—No es cierto. Laura se preocupa de que no les falte comida.

—Claro, y si cuando nace su hijo se lo roban diciéndole que ha muerto, no pasa nada. No es solo comida lo que precisan, sino asistencia jurídica y al menos he recuperado mi profesión, que ya la echaba de menos.

—Déjame que te acompañe —insistió Leonor.

—No mamá. Tengo que ir sola y ver qué está pasando en torno a los niños. España está cambiando y parece que el nuevo presidente del gobierno, a pesar de venir del franquismo, da la impresión que quiere cambiar las cosas. De momento solo voy a ver cómo están las mujeres, más adelante, cuando me haya colegiado de nuevo y reconducido mi situación legal, emprenderé otras acciones.

No conocía a ninguna de las mujeres refugiadas en la casa. Cuatro, en aquel momento, aunque ellas sí sabían quién era Consuelo y la saludaron con cariño y admiración. Ya no las perseguía la policía, sin embargo, el Patronato de la Mujer, no había quitado sus ojos de las embarazadas sin recursos ni de las mujeres republicanas en general. Nada había cambiado en realidad, aunque la policía no emplease la violencia de antaño además de hacer la «vista gorda» a los manejos del Patronato.

—¿Y vuestros hijos? ¿Cuántos nacen muertos? —preguntó conociendo la respuesta.

Justina, una de las refugiadas, bajó los ojos. Fue otra de ellas la que respondió:

—Pues hay de todo, señora Consuelo. Unos nacen muertos y otros se quedan con sus madres.

Al oírse llamar «señora Consuelo», un relámpago recorrió su cuerpo. «Es el pelo, que todavía no me ha crecido y me envejece. ¿Será el bastón? ¿O tal vez las canas?» Estos pensamientos eran como bofetadas. Ella se sentía joven y su espíritu de lucha permanecía intacto; tomar conciencia de que era eso, una señora de edad le causó tristeza. La vida que le había tocado vivir le pasaba factura.

—Supongo que saldrán de allí sin certificado de defunción ni siquiera la partida de nacimiento —acertó a decir.

—La partida sí que la tienen las que salen con el niño. Las otras no lo sé, porque no se nos ha ocurrido preguntárselo.

—¿Me podéis dar la dirección de alguna que haya perdido a su hijo?

—Nosotras no las conocemos. Alguna se fue a su pueblo, pero tenga usted en cuenta que aquí venimos porque la señora Laura, que no sé si usted la conoce,

nos dice que en esta casa nos pueden ayudar. También nos trae paquetes de comida. Si no fuera por ella...

¡Claro, su querida Laura! Y como siempre en silencio, sin hacer ruido ni buscar reconocimiento. Necesitaba hablar con ella. Seguro que sabría decirle qué había pasado con las que perdieron a sus hijos.

—Eso sí, la señora Laura nos advirtió que tuviéramos cuidado con unas que dicen que son de un Patronato que nos ayudarán, incluso después de nacer el niño; les prometen un colegio para el niño y a ellas les aseguran un trabajo, pero alguna que consiguió escapar nos contó la verdad. Dicen que viven peor que en una cárcel.

La conversación no conducía a ningún sitio y Consuelo decidió concluir la visita. De sobra conocía ella lo que hacía el Patronato con las mujeres y la complicidad con algunas clínicas para comerciar con los recién nacidos. Hablaría con Laura. Se daba cuenta de que aquel piso era un proyecto suyo, no del partido y, a tenor de sus malas relaciones con él, no enviaban a ninguna mujer.

La urgencia por ver a Laura se frustró, porque cuando llegó a su casa el dolor le impedía pensar y decidió esperar. Necesitaba recuperar su vida en Madrid, además de su traslado definitivo desde París.

Capítulo 31

Consuelo y su madre regresaron a París en los primeros días de diciembre, cuando Consuelo se encontraba más restablecida y caminaba sin dolor; era consciente de que traer el coche desde allí con todos los enseres requería un estado de forma que de ninguna manera tenía en ese momento, aun así no quería esperar más. Maurice no las acompañó. Laura se haría cargo del niño el tiempo que fuera necesario.

La llegada de las dos al piso parisino despertó la nostalgia de ambas. Lo primero que hizo Consuelo fue visitar a Paloma, la compañera del partido responsable de la célula española en París, para pedirle la baja, no en nombre de Juliette Leblanc, que nunca estuvo afiliada, sino de Consuelo Martínez. Dejaba el partido desilusionada porque ni siquiera se había dignado a ponerse en contacto con ella durante el tiempo que permaneció en la cárcel. Marie había hablado a menudo con Laura y lamentaba no poder hacer nada si ya no continuaba con identidad francesa. Era evidente que la lucha feminista independiente no había sentado bien al partido y era lo único que le faltaba a Consuelo para cerrar una etapa de su vida de la que no se arrepentía, y daba por buena la ayuda prestada a lo que ahora estaba sucediendo en España. Ni siquiera discutieron. Paloma permaneció en silencio y miró con recelo a su antigua compañera de militancia, mientras tramitaba su baja.

Madre e hija pasearon de nuevo unas calles que ya consideraban suyas después de tantos años viviendo en ellas. Sentimientos de nostalgia se turnaban con los de alegría por volver a España. Tal vez habían pasado demasiado tiempo y, sin proponérselo, las raíces habían crecido más de la cuenta. Si miraban esos años encontraban más momentos de felicidad que de pena. La muerte de Lucie fue el episodio más doloroso para Consuelo, pero reconocía para sí que lo peor fue su huida. Dejarla atrás sin despedirse, sin una explicación... Empezaba a

entender la frase hecha que utilizaban cuando alguien se iba sin decir nada: «Despedirse a la francesa».

El coche, que casi no utilizaban en la ciudad, pero que les había servido para hacer excursiones y conocer pueblos cercanos, las llevaría de vuelta a sus vidas, pero antes precisaba una puesta a punto después de tanto tiempo sin usarlo. Como muchos exiliados que no tenían la suerte de ellas, porque apenas habían logrado sobrevivir con trabajos subalternos y mal pagados, soñaban con iniciar una nueva vida. El día antes de partir dieron el último paseo por las inmediaciones del Teatro de la Ópera, muy próximo a las Galerías Lafayette y Consuelo miró por última vez su fachada recordando a Laura. Su querida Laura... ¡Cuánto había cambiado! En nada se parecía la mujer que ahora cuidaba de su hijo a la viuda de Felipe Rubio, un buen hombre que murió el mismo día que asesinaron al presidente de los Estados Unidos. Jamás pensó que su amiga se convertiría en una militante sin partido, pero con un compromiso mayor que otros que atesoraban el carné, como si con él lo tuvieran todo hecho. Había protegido a hombres y mujeres perseguidos sin importarle su ideología y paliaba el hambre a muchos necesitados con productos de su tienda.

Quince días después salían de París con el coche cargado de cajas llenas de recuerdos, maletas con sueños rotos, libros con los que Leonor aprendió francés y los juguetes de Maurice, que había preguntado por ellos muchas veces. Algunos bultos las mandaron por ferrocarril.

—Me da mucha pena abandonar todo esto —comentó Leonor cuando dejaron atrás la ciudad.

—A mí también, mamá. Siempre le agradeceré a esta tierra que me permitiera recuperar lo más importante de mi pasado: a ti.

—Calla, no digas eso, que al final me harás llorar. Lo que más alegría me da es cumplir los setenta y dos en Madrid y poder hacer una fiesta todos juntos.

—No me recuerdes los cumpleaños. Cada vez que pienso que el último estaba entre rejas, me muero de rabia. Y todo por nada, por hacerme daño sin más, porque ellos sabían que con Franco muerto las cosas cambiarían.

—O no, Consuelo. Con Arias al frente del Gobierno y todo «atado y bien atado», tal vez creían que la dictadura no moriría. Por fortuna ya no está y parece que el nuevo es diferente.

—Y pasará lo de siempre, que cada uno pensará que gracias a su gestión han cambiado España —comentó Consuelo.

Leonor miraba a su hija que conducía con seguridad. De repente, se puso seria y le preguntó.

—¿Qué vas a hacer, Consuelo? ¿Vas a ejercer Derecho o seguirás en la política?

—No es incompatible. Es más, diría que se complementa. Abriré un despacho especializado en temas de la mujer y me uniré a la lucha por conseguir nuestros derechos. Espero contar con Laura.

—Me parece que no. Laura tiene ya tres hijos, un marido y una tienda. No creo que le quede tiempo ni ganas para hacer nada más.

—Yo por si acaso se lo propondré. Me gustaría montar una especie de gabinete en el que trabajase alguna psicóloga y una ginecóloga. Un espacio para la mujer, vaya. Eso sí, veré la forma de conseguir que el nuevo gobierno investigue qué ha pasado con los hijos robados.

—Pues yo me quedaré tranquila en casa sin hacer nada que no me apetezca. Leeré, miraré películas en el televisor... Y cuando salga Maurice del colegio me lo llevaré al Retiro a montar en bicicleta.

Leonor se durmió al poco tiempo de comenzar el viaje, hasta que Consuelo paró en una gasolinera junto a un restaurante. No necesitaba gasolina, pero sí estirar las piernas y tomar algo porque a ella también le daba sueño la monotonía del viaje; seguían el margen del Loire y el paisaje regalaba verdes de diferentes tonalidades, tanto en la vegetación como en sus aguas.

Hicieron el recorrido en tres etapas. Cuando por fin pisaron Madrid, Consuelo, que no había dicho nada en todo el camino, apenas podía caminar. Sus vértebras lumbares contracturaban los músculos de su espalda intentando paliar el dolor. Pensó en visitar a un nuevo especialista en cuanto estuvieran instaladas.

Los primeros días fueron una vorágine en los que madre e hija apenas tenían tiempo para relajarse. Consuelo disimulaba cuanto podía el dolor, aunque a veces se tumbaba poniéndose calor sobre las vértebras dañadas. Los paquetes enviados desde París tardaron una semana en llegar y una vez acondicionada la casa llegó la nostalgia. Consuelo echaba de menos la vida parisina, la libertad de sus calles, en las que los hombres no decían piropos ni opinaban sobre las mujeres a su paso por la calle. No le gustaba esa costumbre tan española de resaltar los encantos femeninos sin ningún recato, aunque observó que muchas mujeres sonreían al oírlos, algo que ella no entendía porque lo consideraba una intromisión incalificable; por suerte, haber pasado la frontera de los cincuenta no la hacía acreedora de ellos.

Siempre le había gustado la canción francesa, pero desde su relación con

Lucie le resultaba doloroso escucharla. A veces sonaban temas en la radio que Lucie solía cantar y despertaban una honda tristeza en su alma. No esperaba volver a enamorarse, pero ¿debía renunciar? España cambiaría, sí, pero todavía no lo había hecho. Además, no quería perder el tiempo con amoríos, que de nuevo le restarían fuerza para seguir luchando. Era el momento, ahora no podía despistarse, porque si el país emprendía una reforma sin contar con las mujeres, toda su lucha habría sido en vano. Otra renuncia. Primero fue a una vida cómoda junto a su familia y ahora el amor. ¿Valía la pena? —se preguntaba a veces.

Leonor también añoraba París. Sin duda fueron los mejores años de su vida. Allí se sentía joven, una más entre las mujeres que paseaban solas por la calle sin que nadie reparase en ella. Parecía que los años que tenía los hubiera cumplido de golpe. Los vestidos que lucía, en París no despertaban críticas allí, sin embargo, en Madrid notaba las miradas a su paso y los cuchicheos a sus espaldas. ¿Debería cambiar su estilo? Las mujeres de su edad en España parecían ancianas mientras ella se sentía llena de fuerza, joven y con ganas de vivir. Parecían haber llegado al final y, como los elefantes, caminaban lentamente al cementerio resignadas a su suerte, prisioneras de matrimonios que no las hacían felices o al cuidado de nietos y padres mayores; poco les importaba la libertad, porque para nada había de servirles.

Madre e hija iban y venían por la casa tratando de acoplar los últimos enseres.

—¿Te apetece un café? —preguntó Leonor—. No puedo más. Voy a hacer una pausa.

—Echas de menos París, ¿verdad, mamá?

—Sí, hija. Mucho. Esto es otro mundo y más para mujeres de mi edad. Tendré que comprarme ropa, porque la mayoría de la que tengo no me sirve en un mundo que sigue siendo pueblerino y pacato. Me había olvidado —sonrió.

—No hagas caso. Yo no pienso cambiar mi forma de vestir por cuatro paletos.

—No son «cuatro paletos», hija. Es España, que, como dicen por ahí, es diferente.

—¿Crees que no me he dado cuenta de cómo me miran cuando me ven con mis sombreros masculinos? Ellas llevan sombreritos para ir de boda o a misa, pero no con una gabardina los días de lluvia, sobre todo el último que me compré estilo gánster —rio—. Me miran como a una aparición.

—Hablando de otra cosa. Tendrás que ir a un buen especialista. ¿Crees que no me he dado cuenta de lo que te cuesta incorporarte? Además, a veces cojeas.

—Lo haré, mamá. No te preocupes. ¡Son los años! Nos estamos haciendo viejas.

Capítulo 32

Algo muy parecido a la felicidad se vivía en casa de Leonor, donde planeaban reunirse las dos familias. Además de las fiestas tradicionales tenían mucho que celebrar, por primera vez en muchos años Consuelo iba y venía por la calle sin mirar atrás, sin el miedo a las sombras sigilosas que pudieran seguirla. Sin embargo, se equivocaba. Cristina no se había olvidado de ella, toda vez que formaba parte del entramado que continuaba operando de forma impune en torno a la maternidad de O'Donell. La abogada era la encargada de asesorar la 'legalidad' de los falsos recién nacidos, hijos de las desgraciadas que parían hijos «muertos», amén de localizar embarazadas que carecían de familia.

A través de otros confidentes, como ella, sabía la intención de Consuelo de acudir a la justicia aportando denuncias formuladas por mujeres a las que habían sustraído sus hijos que logró localizar, ayudada por algunas de las que habían recibido refugio en el piso de Las Ventas.

Después de las fiestas de Reyes, en las que reinó la alegría viendo a los cuatro pequeños abrir los regalos, Consuelo decidió que había llegado el momento de preparar la documentación necesaria para llevar a buen puerto la investigación que apenas iniciada años atrás, le había costado la cárcel, aunque los verdaderos motivos nunca figurasen en las acusaciones vertidas por la policía.

Sin embargo, España volvía a revivir el horror cuando en la noche del día 24 de enero, la extrema derecha irrumpió en el gabinete de abogados de Comisiones Obreras, central sindical vinculada al partido comunista, asesinando a tiros a cinco de ellos y dejando malheridos a otros cuatro. La mayoría eran amigos de Consuelo, aunque desde su exilio apenas había tenido contacto con ellos, pensaba visitarlos buscando asesoramiento para el documento que pretendía elaborar promoviendo la investigación en torno al robo de niños.

Se encontraba en su despacho rodeada de papeles cuando Leonor irrumpió en la estancia con el rostro desencajado.

—Consuelo, ven. Tienes que ver esto.

—¿Qué pasa, mamá? Déjame terminar estos, enseguida voy.

Leonor desoyó a su hija y tiró de ella asiéndola de un brazo hasta conducirla al televisor que emitía la noticia mostrando imágenes del escenario ensangrentado donde se había perpetrado la masacre. Consuelo enmudeció dejándose caer en el sofá junto a su madre. De repente rompió a llorar profiriendo palabras de odio contra el franquismo y la impunidad con la que operaban los grupos paramilitares, algunos adscritos a la Brigada Social, que veía mermado su poder y sobre la que planeaba el rumor de su desaparición.

Casi de forma simultánea a la noticia sonó el teléfono. Una militante del partido, con la que Consuelo mantenía la amistad a pesar de haber roto con la cúpula, le contaba entre lágrimas lo sucedido.

—Lo acabo de ver, Adela. No puedo creerlo.

—Estamos organizando actos de protesta y esperamos contar contigo, a pesar de que sabemos que ya no perteneces al partido, pero en este momento tenemos que estar unidos.

—Por supuesto que contáis conmigo. Manténme informada.

Leonor miraba temerosa a su hija. Temía por ella y sabiendo las dificultades que tenía para caminar y las lesiones, todavía recientes que padecía su columna, se estremeció al oír las palabras de su hija.

—¡Esto no cambiará nunca! —se lamentó Consuelo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó temerosa Leonor.

—Lamentablemente nada, mamá. ¡No podemos hacer nada! —gritó—. Solo unirme a la protesta.

Nada pudieron hacer, pero sí salir a la calle acompañando a los miles de personas que protestaban por la matanza, y según observadores internacionales, muchas no eran ni siquiera simpatizantes comunistas, pero la barbarie de los hechos unió a los madrileños que ansiaban una transición sin armas.

Los rumores de unas elecciones democráticas despertaron la ilusión de los españoles; las protestas de la calle tras los atentados no se hicieron esperar; los comunistas exigían la participación en ellas aduciendo que si entraban en el juego democrático acatarían la legalidad vigente, que incluía a la monarquía, por más que ellos eran republicanos. Consuelo no retomó la militancia, pero sí el

contacto con militantes comunistas, con los que comentó su intención de investigar lo sucedido en torno a la maternidad. La mayoría le prometieron su colaboración a pesar de saber que se había adscrito al feminismo radical, que consideraba al Estado culpable de consolidar la familia patriarcal y la heterosexualidad.

Una nueva esperanza se abrió para todos cuando en la semana santa de ese mismo año fue legalizado el partido. Sus antiguos compañeros la llamaron para invitarla a la fiesta que celebraban en la sede donde Consuelo dio sus primeros pasos de militante. El ambiente respiraba felicidad, si bien en el recuerdo de todos subyacía la muerte de los compañeros asesinados hacía unos meses. El día 23 de abril, aniversario de la muerte de Cervantes y día del libro por antonomasia, Consuelo salía de su casa vestida con sus consabidos pantalones y una chaqueta beige que contrastaba con el color rojo de la gorra que lucía.

Ya no necesitaba bastón, aunque su andar no era tan seguro como en aquellos años que corría delante de los grises; la fiesta comenzaba a las diez de la noche; en ella tenían previsto actuar algún cantautor y grupos de rock florecidos al amparo de la incipiente democracia, todavía por consolidar. La sede se encontraba en el barrio de Usera, alejado del centro. Desde donde vivía Consuelo necesitaba hacer trasbordo en el metro, aunque su madre le aconsejó regresar en taxi porque Leonor desconfiaba de la zona, en la que el paro y la marginación se daban la mano. Sin embargo, Consuelo, que siempre había defendido a los marginados, la tachaba de exagerada. Eran las diez menos cuartos cuando transitaba por la calle Marcelo Usera, donde se encontraba la sede, cuando cayó fulminada por un certero tiro en la cabeza, que tiñó de un rojo distinto la gorra que llevaba.

Fueron los dueños de un bar los que alertaron a la policía del suceso; algunos aseguraron haber visto un coche Renault 12 azul metalizado, desde el que, según testigos, disparó un encapuchado.

Leonor esperaba a su hija instalada en su nueva habitación, mientras escribía retazos de su vida parisina. Había decidido escribir una especie de memorias volcando lo vivido como una manera de asimilarlo y, sobre todo, de no olvidar una experiencia que dio a su vida un giro inesperado. Lo primero que reflejaba era la muerte de Laureano, principio de todo, puesto que si él no hubiera muerto, jamás le habría permitido ir a Paris.

El teléfono descansaba en una mesita auxiliar; acababa de cenar y solo una

radio en la que sonaba música clásica rompía el silencio, cuando el timbre rompió la armonía.

Pasaban apenas unos minutos de las once cuando la vida de Leonor se hizo pedazos:

—Soy yo —respondió cuando pronunciaron su nombre.

—¿Mi hija? No. Tiene que ser un error. Ella está en una fiesta con unos amigos...

No era un error; horas más tarde, ya de madrugada, reconocía su cadáver en el depósito al que la habían trasladado por orden del juez, con el fin de hacerle la preceptiva autopsia. Una bolsa con las pertenencias de Consuelo fue todo lo que se llevó Leonor consigo. Una bolsa en la que metió su alma; abandonó el lugar con los ojos secos y fijos en un punto lejano. Comenzó a caminar sin rumbo calle abajo hasta que, de forma mecánica, levantó la mano parando un taxi. Ni siquiera había llamado a Laura, no quería compartir su dolor con nadie. Era suyo, solo suyo. Estaba sola; sus padres, sus abuelos, su marido... Todos estaban muertos y ahora su hija.

De repente se acordó que Maurice estaba solo y ese pequeño fue el resorte que le permitió dirigirse a su casa, cuando lo que ansiaba era morir y volver a encontrarse con todos ellos en un mundo más justo. Por suerte, cuando abrió la puerta y se dirigió al dormitorio del niño, este dormía plácidamente ajeno a la soledad que se le venía encima. Estaba amaneciendo la noche más negra de toda su vida. Debía llamar a Laura, pero no tenía fuerzas; aun así, como una autómatas levantó el auricular y marcó el número y apenas pudo articular cuando, oyó la voz somnolienta de Laura:

—Laura, ven cuanto antes.

Un frío recorrió la espalda de su interlocutora y solo fue capaz de decir:

—¿Consuelo?

Leonor colgó.

Laura y Juan llegaron en menos de media hora. Leonor abrió como una autómatas y señaló la bolsa con las pertenencias de Consuelo:

—Eso es todo lo que queda de tu amiga. Ni siquiera está reconocible, le han reventado la cabeza.

Laura estalló en sollozos intentando abrazar a Leonor, que la apartó de forma brusca.

—No es momento de llantos. Mi alma me pide venganza y no pararé hasta

encontrar a los culpables.

»Solo quiero pedirte un favor, por eso te he llamado: hazte cargo de Maurice.

Juan y Laura se miraron atónitos y, ante la mirada ausente de Leonor. Transcurridos unos minutos y viendo que la madre de Consuelo persistía en su actitud, observada también por Maurice que no había ido al colegio, decidieron llevarse al niño, que no comprendía lo que estaba pasando y preguntaba una y otra vez por su madre.

—¿Te parece bien que le expliquemos a Maurice lo sucedido, Leonor?

—Haced lo que os parezca. En este momento necesito todo mi tiempo. Quedaos con él y, por favor, dejadme sola.

Capítulo 33

—Tenemos que hacer algo, Laura. Leonor no reacciona y temo que haya perdido el juicio.

—No quiere ver a nadie, Juan. Me he presentado en su casa y lo único que me pide es que Maurice se quede con nosotros, que ella no puede hacerse cargo de él. Ha transcurrido una semana, el niño pregunta por ella y yo ya no sé qué decirle.

—Me parece que lo único que podemos hacer es pedir ayuda a un psicólogo para que nos aconseje como actuar con el niño —respondió Juan.

—Con el niño y con Leonor. Tengo miedo que haga alguna tontería.

Juan miró a su mujer pensando que no vendría mal que ella también pidiese ayuda. Intentaba sobreponerse ante los niños y se hacía la dormida cuando él se acostaba, generalmente después de ella; sin embargo, notaba como lloraba en silencio, la veía levantarse cuando lo creía dormido y, abrazada a un cojín, sollozaba noche tras noche dando rienda suelta a su dolor. Él respetaba el sufrimiento en soledad, pues conocía la estrecha relación que la unía a su amiga muerta y no le importaba que no quisiera compartirlo con nadie, ni siquiera con un compañero respetuoso y comprensivo como su marido.

La vida de Laura se había derrumbado, pues al dolor que sentía se unía el carácter de Maurice, mimado hasta lo indecible por Consuelo y que no acataba ninguna norma. La pequeña Leonor se desesperaba con él. Le rompía los juguetes solo por disfrutar viéndola llorar. Su válvula de escape era la destrucción, pues Maurice arrasaba con todo lo que veía a su paso. Los pequeños de la casa le tenían miedo. Su presencia en los juegos daba al traste con estos. Si los niños levantaban una construcción con las piezas de madera, Maurice le daba una patada tirándolo al suelo. Los coches que hacían la delicia del mediano, los pisaba con saña y los peluches del pequeño aparecían cortados o con los ojos

fuera.

Laura le había explicado que su madre se había ido al cielo, que podía verla en las estrellas, en el cielo azul de la primavera madrileña, que este año a Laura se le antojaba triste y oscura. Aconsejados por un psicólogo buscaron un perro para que le hiciera compañía, sin embargo, el animal también le huía y prefería a la niña antes que a él. Una mañana oyeron los gritos del animal al que Mauricio había atado una cuerda alrededor del cuello con intención de ahorcarlo colgándolo de una puerta. Los aullidos del perro alertaron a Juan, que logró desatarlo a tiempo, pero este fue el hecho que colmó la paciencia de la pequeña Leonor que pidió a su madre que Maurice se fuera de su casa, que no quería estar con él. La situación se tornaba insostenible y cuando Laura intentaba hablar de ello con Leonor, esta le daba evasivas diciéndole que hasta que no finalizasen unos asuntos personales que necesitaba gestionar, no se podía hacer cargo de él.

Al día siguiente de enterrar a su hija, tan impasible como el día que supo su trágico final, Leonor fue al palacete residencia de un íntimo amigo de su padre, con intención de hablar con él. Lo conocía desde niña; era un aristócrata fiel al rey exiliado, descontento con el reinado de Juan Carlos, al que consideraba un advenedizo puesto que el verdadero rey de España era don Juan, su padre. No era el único que pensaba así, la monarquía no veía con buenos ojos que Franco hubiera dado un salto en la línea sucesoria nombrando a un rey fiel a su doctrina.

—¡Qué alegría verte, Leonor! saludó el aristócrata cuando tuvo delante a la hija de su buen amigo fallecido.

Era un hombre de modales exquisitos, pelo blanco y escaso y andar vacilante por lo avanzado de su edad, debía rondar los noventa años.

—Lo mismo digo, don Cosme. Por usted no pasa el tiempo.

—¡Quita, quita, zalamera! Estoy hecho una ruina, los años no pasan en balde. Pero dime, ¿qué te trae por aquí después de tanto tiempo? Desde que te casaste con el abogado no hemos vuelto a saber de ti. Ya me enteré que murió, lo lamento por ti, hija mía. ¿Y tu hija?

—A eso vengo, don Cosme. A mi hija la han asesinado hace unos días. Necesito que me ayude a encontrar al que lo hizo. No descansaré hasta verlo muerto.

Don Cosme Ridruejo, Marqués del Campo Sagrado, miró a Leonor con preocupación.

—¿Me estás pidiendo que te ayude a vengarte? Porque si es así, conmigo

no cuentas. Sabes que nunca quebrantaré la ley.

—No, don Cosme. De ninguna manera. Necesito que me recomiende algún detective privado para que investigue lo sucedido y dárselo mascado a la policía, que con tanta ETA, revolucionarios y obreros en huelga, no hará nada. Estoy segura. Ahora bien, si se lo sirvo en bandeja, no tendrán más remedio que actuar.

El marqués pareció tranquilizarse con la explicación, Leonor sabía ser muy convincente cuando quería y se empleó a fondo con su mejor papel de cristiana abrasada por el dolor que solo buscaba justicia, no venganza.

Leonor abandonó la residencia del marqués, su mirada no había cambiado, pero sí el rictus de su boca en la que se dibujaba una sonrisa fría. Miró la tarjeta que don Cosme le había facilitado recomendándole una agencia de detectives privados con la que siempre trabajaba la sede monárquica, instándole a que preguntase por don Elías. Miró la hora: las 12:30. Tenía tiempo para establecer un primer contacto. Ya no se fiaba de los teléfonos y prefería ir aunque ese día no pudiera recibirla. Un taxi la condujo hasta su puerta.

Don Elías ya no se ocupaba de resolver casos, sino que estaba al frente de la gestión de la agencia y asesoraba sobre casos a los nuevos integrantes. Cuando la secretaria le anunció la visita de una señora que venía de parte del marqués de Campo Sagrado, le respondió que pasase inmediatamente.

Elías Montero era decano de los detectives privados; algo más joven que el marqués, pero de avanzada edad, hizo una ceremoniosa inclinación acompañada de un besamanos, retirándole la silla frente a su mesa para que tomase asiento. Le preguntó si deseaba tomar algo, que Leonor declinó, y acto seguido se interesó por el motivo que la llevaba hasta él.

Cuando Leonor le contó los servicios que precisaba de la agencia, el gesto del detective me crispó en un rictus contrariado.

—Ante todo mi más sentido pésame por su pérdida, vivimos unos tiempos de locura que no sé cómo van a terminar. —Tras una pausa, prosiguió con cierto titubeo—. Verá, señora, con todos los respetos, tengo que decirle que no puedo aceptar lo que me pide. La ley no nos permite investigar crímenes, algo que no serviría para nada en caso de lograrlo, porque excede a nuestras competencias.

—Lo sé, don Elías. Lo sé. Tengo amigos en la policía, no en vano mi marido era letrado del Tribunal de Orden Público, son ellos los que me han aconsejado acudir a un detective —mintió—. Dicen que están faltos de personal y desbordados por las revueltas callejeras, los atracos a bancos y lo que está sucediendo en España. Me han dicho que si se lo doy resuelto ellos intervendrán

sin mencionar la fuente de la investigación.

El detective se llevó la mano a la barbilla mirando incrédulo a Leonor, pero esta mantuvo la mirada con toda la inocencia de que era capaz y logró persuadirlo.

—Está bien. Veré qué puedo hacer, pero no le prometo nada.

—Muchas gracias, don Elías. Dígame sus honorarios, pues tengo entendido que hay que dejar un depósito para gastos.

—No se preocupe por eso, señora. No es prioritario.

—Claro que me preocupo; los investigadores suelen tener gastos en sus pesquisas y no quisiera causarle más problemas. —Leonor sacó un sobre con un puñado de billetes y se lo tendió—. Cuando haya concluido el informe ajustaremos cuentas. Si falta, se lo abono y si sobra, se lo ofrece usted al encargado del caso como compensación.

Una rápida ojeada al sobre bastó al detective para valorar que con ese dinero podían esclarecer todos los casos del año. Guardó el sobre en un cajón, dando las gracias a su extraña clienta.

La agencia de detectives se encontraba en la calle Atocha y decidió caminar por el Paseo del Prado, un bulevar que había recorrido infinidad de veces empujando el cochecito de Consuelo; en aquellos días se adentraba en El Retiro embelesada con los aspavientos de su hija cuando veía las palomas revolotear a su alrededor. Ese día ni siquiera miró el camino que conducía al parque, aunque de haberlo hecho no lo hubiera visto porque sus ojos ya no registraban lo que miraba, solo lo hacían a un punto lejano lleno de muerte, lleno de venganza.

Antes de llegar a la Plaza de Neptuno, un gentío surgido de la nada, enarbolando pancartas del grupo escindido del Partido Comunista, que no estaba de acuerdo con la política de reconciliación esgrimida por el secretario general Santiago Carrillo, le cerró el paso. Gritaban consignas contrarias a la monarquía y pancartas con la foto del rey con la consigna sobre su imagen: muerte al Borbón. Detrás de Leonor nuevos manifestantes le cerraron el paso; intentó salir del tumulto echándose a un lado y se topó con numerosos policías armados que se afanaban en detener a los portadores de la pancarta.

Todo sucedió de forma rápida sin que pudiera escabullirse de la desbandada de jóvenes que corrían, perseguidos por los policías, casi tan numerosos como los manifestantes. De repente, se vio en el suelo sin poder incorporarse porque cuando intentaba hacerlo, de nuevo era derribada por unos y

otros. En esos momentos su capacidad de reacción se detuvo y se resignó a servir de alfombra a las botas militares de unos y las alpargatas de otros. Se acordó de su hija y sus ojos se llenaron ¡por fin! de lágrimas por su muerte. En susurros que nadie escuchó, pronunció su nombre y se sintió feliz al pensar que pronto se reuniría con ella.



[ISV1] Esta información es mejor eliminara, puesto que luego vas especificando cuánto dura cada etapa del viaje.

[MJM2] Demasiado “cuando” en el párrafo anterior.

[MJM3] Evitar repetición.

[MJM4] Información repetida.